

UNIDAS, SOBREVIVIMOS



NATALIE C. PARKER

RBA

D.J.57



NATALIE C. PARKER

Traducción de Alexandre R. Brunet

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que en él aparecen son todos producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es pura coincidencia.

Título original inglés: *Seafire*.

Autora: Natalie C. Parker.

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello de Penguin Random House, LLC.



Producido por Alloy Entertainment, LLC.

© Alloy Entertainment y Natalie C. Parker, 2018.

© de la traducción: Alexandre R. Brunet, 2018.

© de la ilustración de cubierta: Billelis, 2018.

Diseño de cubierta: Corina Lupp.

Adaptación de interior y cubierta: Lookatcia.com.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2018.

RBA MOLINO

REF.: ODBO392

ISBN: 978-84-272-1697-6

DEPÓSITO LEGAL: B.22.057-2018

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL · EL TALLER DEL LLIBRE, S.L.

Impreso en España · *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,

comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

LAS HERMANAS SE PELEAN,
SE PROTEGEN,
Y LUCHAN EN EL MISMO BANDO.
TENGO SUERTE DE TENER UNA COMO TÚ, ROSIE.



Antes

Caledonia rondaba por la proa de la nave Fantasma mientras esta partía el agua negra por la mitad. Era de noche y el océano solo ofrecía el reflejo del cielo oscuro y la promesa de una tumba fría en sus profundidades.

Rhona, su madre, estaba agachada a su lado, con un rifle afianzado sobre las rodillas, los ojos sondeando la pista de mar que tenían por delante.

—El camino está lleno de peligros, ¿te das cuenta? —le dijo.

Caledonia estudiaba las corrientes buscando señales de posibles rocas, barcos hundidos, remolinos inusuales y repentinos golpes de mar. Rhona era siempre la primera en vislumbrarlos, pero a Caledonia se le daba cada vez mejor.

—Rocas —dijo Caledonia, y sin esperar a que le dieran permiso, se giró y avisó a su padre, que se encontraba en el puente de mando—: ¡Tres grados a babor!

El morro de la Fantasma viró en dirección sur para evitar el inminente peligro. A ambos lados surgieron los contornos familiares de pequeñas islas. Eran las aguas de la desembocadura del Bone, una serie de islas y salientes rocosos que apenas ofrecían refugio a los valientes que se atrevían a navegarlas. Eran traicioneras a la luz del día e infranqueables por la noche, salvo para la madre de Caledonia, Rhona Styx, capitana de la Fantasma. Bajo su mando, se podían transitar como si fueran aguas cristalinas.

A Rhona le gustaba recordarle a su hija que años atrás no era necesario

proceder con tanta cautela. Cuando Rhona era una niña, navegó por las corrientes frías del norte, más allá de las imponentes Islas Rocosas, hasta llegar a la desembocadura del Bone sin correr más peligro que alguna tormenta ocasional. Luego, de una forma gradual que pocos previeron hasta que ya fue demasiado tarde, un hombre llamado Aric Athair logró reunir una flota de barcos blindados y armados para robar y matar. Su flota de barcos Bala se desplegaba formando una cadena violenta a lo largo de la única puerta de entrada y salida de esas inmensas aguas. Cualquiera que estuviera en el lado equivocado de la famosa Red quedaba completamente a su merced.

Después de años esquivando a Aric Athair y a sus Balas, y enfrentada a unos recursos cada vez más limitados, Rhona decidió que era la hora de que su pequeña banda perforase la Red. Pasaron meses buscando la mejor manera de hacerlo, estudiando los barcos Bala desde la distancia, y descubrieron que su punto débil era la punta de la desembocadura del Bone, que hasta los barcos de Aric preferían evitar. La nave Fantasma podía lograrlo, pero primero necesitaban alimentos —fruta, nueces y carne, si conseguían procurársela— y llenar las reservas pensando en los mares desconocidos que les esperaban.

Aquella noche se reabastecieron, y la siguiente fue la última en que navegaron.

—Prepárate para ir a la orilla con tu hermano. —La melena roja de Rhona ondeaba hacia atrás, luchando contra el viento.

Un leve estremecimiento enderezó la espalda de Caledonia. Desde los seis años se ofrecía voluntaria para encargarse de las incursiones a la orilla, pero su madre no le había asignado la tarea hasta ese último año. A pesar de que Caledonia valoraba la confianza que su madre depositaba en ella para estas expediciones largas y oscuras, sabía que su hermano las odiaba. Se pasaba la noche entera aterrorizado en la costa, tan lejos de la seguridad que le proporcionaba la Fantasma.

—Deja que me lleve a Piscis. —Caledonia se puso en pie y siguió a su madre—. Formamos un buen equipo. Además, Donnally es demasiado joven para ir a la orilla. Solo tiene doce vueltas.

Rhona soltó su risa de oso pardo.

—¿Lo sabes por experiencia?

Caledonia se imaginó los ojos de Donnally cerrados por el miedo, su boca comprimida formando una raya estoica, tratando de no decepcionar a su madre.

—Sí —respondió.

—Cala, tu hermano solo aprenderá a tu lado —dijo Rhona suspirando, aunque sin beligerancia.

Madre e hija rodearon el puente de mando y, una después de la otra, bajaron

por la escalerilla que llevaba a la cubierta inferior. Hasta en la oscuridad sin luna se orientaban perfectamente por la Fantasma. La nave se había convertido en un refugio para las familias que trataban de escapar del yugo de Aric. Al crecer el número de familias, había que transformar a diario cada centímetro de la nave, y así los mástiles servían tanto para sujetar las velas como para tender ropa, los comedores pasaban a ser dormitorios, e incluso en la cubierta se amontonaban los lechos de flores y había dos corrales con cabras. Aunque decenas de hombres y mujeres se encontraban a esa hora en la cubierta principal, la mayoría de la tripulación dormía en las pequeñas cabinas de debajo. Había puestos de vigilancia en la proa, en la popa y en la cofa de vigía a pesar de que, por la noche, en la desembocadura del Bone, la Fantasma nunca se había cruzado con uno de los barcos Bala de Aric. Los Balas eran valientes y despiadados, pero la mayoría carecían del talento para la navegación de Rhona.

Caledonia espiaba a su hermano, agazapado detrás de uno de los cuatro mástiles que adornaban la línea central de la nave, con un abrigo demasiado grande, abombado como una nube gris. Tenía el pelo moreno como su padre, la complexión pálida de su madre y una nariz respingona que le hacía parecer siempre sorprendido.

El tatuaje de una flecha de punta roma, medio coloreado con tinta negra, asomaba por debajo de sus rizos. Caledonia tenía uno parecido dibujado en la sien. Era una tradición de la Fantasma que los padres marcaran a sus hijos con signos distintivos por si eran capturados. Algún día, esa marca tal vez les ayudaría a encontrar a sus familias.

—Me lo llevaré la próxima vez.

Caledonia se sentía culpable. Su madre tenía razón. La única forma de preparar a Donnally para el mundo era llevándole de la mano, pero a veces temía por su hermano pequeño. El ligero destello en los ojos de su madre indicaba que a ella le pasaba lo mismo.

—¡Donnally! —exclamó Rhona— ¡Levanta la mirada, hijo!

Donnally se sobresaltó y se puso en pie como un cohete, desmañado, antes de divisar a su madre y a su hermana. Caminó fatigosamente por la cubierta, reticente, el pelo negro cayendo sobre sus ojos. Cuando preguntó «¿Vamos a la orilla?», lo hizo con unas facciones entrenadas para la ocasión. Pero un atisbo de tensión en su voz le delataba.

—Sí, pero de esta te vas a librar. Cala se llevará a Pi, o sea que os quiero a ti y a Ares en el puesto de vigilancia. ¿Entendido? —Rhona señaló la cofa de vigía.

Donnally asintió con entusiasmo.

—Entendido —respondió mientras sonreía agradecido a Caledonia.

Rhona tomó a su hija entre sus brazos y le plantó un beso en la frente.

—Cumple con tu misión.

—Y regresa a la nave —terminó Caledonia.

Cuando echaron el ancla cerca de una isla a la que llamaban Gem, Caledonia y Piscis estaban listas para partir. Subieron a un bote con arneses sujetos al casco de la Fantasma y lo bajaron al agua como habían hecho tantas otras veces.

Remando a gran velocidad cubrieron la distancia entre la Fantasma y la isla. Piscis había crecido y ahora era algunos centímetros más alta que Caledonia. Debido a su altura, nunca parecía tener miedo. Piscis tenía los hombros anchos y fuertes, la piel de un tono dorado cálido, y llevaba el pelo recogido en cuatro largas trenzas. Mientras remaban, su mirada estaba llena de emoción, pensando en la isla y el botín que escondía. Caledonia, por su parte, estaba pendiente del océano negro.

—Esto está demasiado tranquilo. No me gusta —dijo Caledonia.

Piscis respiró profundamente y devolvió una sonrisa a su amiga.

—Sí, es relajante. Como estar bajo el agua a tanta profundidad que ya no se ve la superficie.

—A eso se le llama ahogarse. Solo a ti se te ocurriría encontrar eso relajante.

Piscis se rio en silencio para no descentrar aún más a Caledonia.

Juntas amarraron el bote en una cala resguardada y lo escondieron entre unas hierbas altas. Las chicas se separaron para ser más eficientes tras acordar reunirse en la cala cuando hubiesen llenado los sacos.

El sendero que bordeaba la orilla era estrecho, y el océano estaba tan oscuro y casi tan plano como el cielo de aquella noche. Caledonia avanzaba por los límites rocosos del bosque apiñando cocos, plátanos y yacas caídos en los sacos de lona que cargaba a sus espaldas. Había tal cantidad que podía permitirse escoger, aunque, cuanta más fruta cogiera, más tiempo podrían navegar. Nadie sabía lo que les esperaba más allá de la Red. Era posible que tuviesen que navegar durante días, o meses, y tenían que estar preparados frente a diversas situaciones. Se decía que pasada la Red había mares abiertos y poblados donde los niños no estaban sometidos a las órdenes de un tirano. Era un mundo que Caledonia no podía imaginar.

La marea estaba baja y las olas perezosas balbuceaban y seseaban en su ir y venir. Dejaban a su paso una estela de arena que brillaba gracias a los caparazones nacarados de los cangrejos cavadores y a las espaldas escurridizas de las medusas varadas en la playa.

Detrás de Caledonia se oyeron pasos, fuertes y apresurados.

El corazón de Caledonia se disparó, sus manos tartamudearon sobre la cinta de uno de los sacos de lona, e instintivamente se puso de cuclillas entre la

espesura de las plantas. No habían avistado otros barcos desde hacía millas. Los pasos tenían que ser de Piscis. Seguro.

Pero su cadencia no evocaba la imagen de Piscis al correr, con sus trenzas largas y negras revoloteando.

Las reglas de la Fantasma imperaban incluso lejos de la nave. Número uno: *No ser visto nunca*. Caledonia se sosegó, colocó los pies en posición y se quitó de encima un saco lleno de fruta. Estaba lista para correr. Lista para luchar.

Los pasos sonaban cada vez más fuertes y más cercanos. Apareció una figura oscura: alta, musculosa, viril. En lugar de pasar de largo, como esperaba Caledonia, se detuvo a pocos pasos de su escondite. Era un chico, con la piel fina bronceada y resbaladiza por el sudor, el chaleco y los pantalones forrados con pistolas y cartuchos de municiones. Sus bíceps estaban marcados por una cicatriz que incluso en la oscuridad parecía de un color naranja brillante, saturada por el Limo que tenía en la sangre. Era un Bala, un soldado del ejército de Aric Athair.

Aric reclutaba a niños y dismantelaba familias para construir su imperio. Las familias rebeldes como la de Caledonia se hicieron a la mar para no ver cómo les robaban a sus hijos y los transformaban en soldados.

Este Bala no era mucho mayor que Caledonia: tenía diecisiete vueltas a lo sumo, pero la marca en su bíceps significaba que ya había matado a las órdenes de Aric.

Caledonia olió la sal de su sudor, el pellizco intenso de la pólvora y un aroma dulce e irreconocible. Se estremeció.

El chico no la vio, no pareció darse cuenta de que estaba tan cerca, agazapada, con los dedos desenfundando lentamente la pistola. En su lugar, hizo lo mismo que ella había estado haciendo hasta entonces. Se arrodilló y empezó a recoger fruta.

Nunca había visto a un Bala de tan cerca. Sus padres habían hecho todo lo posible por mantener la Fantasma lo más lejos posible de la flota de Aric. A lo largo de los años habían dejado atrás a decenas de barcos Bala y recogido decenas de familias de otros barcos y de asentamientos remotos, al tiempo que se mantenían fuera del alcance de sus enemigos.

Regla número dos: *Disparar primero*.

Tenía la pistola en la mano, el dedo enroscado en torno al gatillo. Cuando el chico le dio la espalda y se arrodilló para inspeccionar un coco, Caledonia lo tenía todo a su favor. Solo iba a necesitar una bala.

Levantó la pistola y salió silenciosamente de su escondite.

El chico se quedó helado y dejó caer el coco mientras levantaba las manos.

—Quienquiera que seas, me rindo —dijo.

Caledonia no respondió; tenía la garganta tensa mientras calibraba si la

mejor opción era disparar.

—¿Serviría de algo pedirte que no dispares? —preguntó el chico, mirando hacia delante con los ojos clavados en el océano—. ¿Y si te suplicara clemencia?

—Matarte ya sería un acto de clemencia —le advirtió al Bala.

—Puede ser —respondió con voz lastimera y resignada—. Al menos deja que te vea la cara si vas a matarme.

El pulso de Caledonia se aceleró. No tenía tiempo para estos juegos. Allí donde había un Bala había muchos más. Tenía que encontrar a Piscis y regresar a la nave, y tenía que hacerlo ya. «Dispara», le decía la voz de su madre, pero esta era una regla que, hasta ese momento, Caledonia no había tenido que obedecer.

Sintiendo que vacilaba, el chico se puso de rodillas y se giró para tenerla delante. Seguía con las manos levantadas, pero ahora la estaba mirando.

Asustada, Caledonia dio un paso atrás sin querer.

—Si te mueves otra vez, disparo. —Apuntó a su cabeza.

El chico asintió, con sus ojos pálidos en forma de estrella fijos en el cañón de la pistola. Tenía el rostro alargado, con una mandíbula tan puntiaguda que parecía un arma. Su pelo rubio, saciado de viento marino y sal, enmarcaba su frente como si fuese una corona. Una oreja sobresalía más que la otra, pero el efecto que ello causaba era enternecedor. Caledonia contó dos pistolas atadas a sus muslos, lo cual significaba que había al menos otras dos que no estaban a la vista. En aquel momento tenía el dominio de la situación, pero sabía lo rápido que eso puede cambiar.

—Si tengo que morir, al menos será a manos de alguien encantador. —Sus ojos recorrieron el rostro de Caledonia muy lentamente.

Las mejillas de Caledonia se enardecieron.

—¿Dónde está el resto de tu tripulación?

—¿Puedo señalar?

Caledonia asintió y el chico señaló en la dirección por la que había llegado.

—La nave está anclada en el extremo norte de la isla. Hemos parado para venir a buscar fruta.

—¿Solamente una nave? —preguntó Caledonia.

—Sí —respondió—. Nos dirigíamos a la Red y hemos decidido pasar la noche aquí. Hay mala luna para viajar.

Podía estar mintiendo —probablemente lo hacía—, pero tan lejos como estaba del Holster era posible también que dijera la verdad. Una nave en el lado opuesto de la isla no era una amenaza tan grande siempre que Piscis y ella regresaran de inmediato a la Fantasma.

Pero tenía que hacer algo con este Bala.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El chico parecía empequeñecerse bajo el peso de la pregunta.

—¿Qué más da si vas a matarme?

—Es verdad, da igual. —El dedo de Caledonia volvió a encontrar el gatillo, y nuevamente se quedó ahí, bloqueado.

Una sonrisa triste hizo que los labios del chico se torcieran.

—Lir. Me llamo Lir. E imagino que serás la última persona en saberlo.

Estaba listo para morir. Y era tan joven. ¿Era lo suficientemente joven como para que le perdonaran la vida? Decían que los niños de Aric no tardaban en sucumbir a la atracción ilusoria del Limo. La adicción hacía que los Balas fueran leales y crueles. También se decía que tropezarse con un Bala solo puede terminar de dos maneras: o mueres tú o muere él.

«Dispara, mi niña valiente», susurraba la voz de su madre.

—Lo..., lo siento —dijo, preparándose para disparar. Le temblaban los dedos.

Sus ojos se agrandaron, sus manos estaban rígidas y extendidas.

—Por favor —dijo—, por favor, muéstrame la clemencia que el Padre nunca tiene con nosotros. Llévame contigo. Sea como sea tu vida, seguro que es mejor que la que nos obliga a llevar él. Por favor, ayúdame.

Precisamente por esta razón la primera regla era *disparar primero* y no *disparar lo antes posible* o *disparar cuando sientas que estás listo*.

Lir quería escapar desesperadamente.

Lir no le había hecho daño.

Lir podía ser el hermano de alguien.

Si hubiese sido Donnally en otra playa con otra chica apuntándole a la cabeza, ¿no hubiese querido que le ayudaran?

—Levántate —dijo Caledonia, bajando la pistola hasta apuntar al pecho.

Lir obedeció y su expresión se suavizó al ver que ella se le acercaba y sacaba seis pistolas y dos cuchillos de las fundas repartidas por los muslos, las pantorrillas y la espalda. De cerca ese olor a pólvora se acentuaba y se mezclaba con un pellizco de algo demasiado dulce. Mantenía los brazos levantados mientras ella hacía su trabajo, registrando con la mirada cada lugar en el que ella le tocaba.

—Por favor —repetía—. Nunca tendré una oportunidad como esta. Por favor, ayúdame.

El océano se precipitaba hacia ellos para luego retirarse, las olas aceleradas al subir la marea. Era la misma marea que se llevaría a todas las familias a bordo de la Fantasma lejos de esa terrible vida que convertía a los niños en guerreros y que hacía que alguien como Lir suplicase en una playa vacía, en medio de una noche sin luna. Podía ayudarle. Y quería ayudarle, pero iba en contra de todo

aquello que su madre le había enseñado.

Negó con la cabeza y presionó la boca de la pistola contra el pecho de Lir.

La desesperación del chico afloró en la curva trémula de su boca.

—¿Cómo te llamas?

No era ningún secreto, pero aun así Caledonia frunció el ceño, eludiendo la pregunta.

La sonrisa del chico se volvió triste.

—¿Y si te llamo Farolillo? Parece apropiado.

Sus ojos se levantaron para delinear la forma de su cabello. La sonrisa que dibujaban sus labios la sorprendió. No era la primera vez que alguien comparaba el color naranja brillante de su pelo con los farolillos, pero era la primera vez que se tomaba la comparación como un cumplido.

—Llámame como quieras —respondió ella—. No voy a decirte mi nombre.

—No te fías de mí. Y es lógico, pero te voy a demostrar que puedes hacerlo.

El dedo de Caledonia aprisionaba el gatillo mientras el chico deslizaba una mano dentro de su chaleco para sacar un puñal. La empuñadura era tan pequeña que toda ella cabía en su mano, mientras que la hoja negra asomaba por en medio de los dedos índice y corazón. Se lo acercó con la empuñadura por delante en el poco espacio que había entre ellos.

Caledonia se lo arrancó de las manos, notó el metal caliente por el contacto con su cuerpo, y se lo metió en el cinto.

—¿Merezco ahora un poco de confianza, Farolillo?

Echaba en falta la sabiduría de su madre. Rhona sabría qué hacer en una situación como esta. Sabría hacer lo correcto, aunque ello supusiera correr algún peligro.

Pero Caledonia solo podía recurrir a sí misma.

—Nadie confía en un Bala —respondió—. Pero quizás pueda ayudarte.

—¿Vas a llevarme con tu gente? —sonrió Lir con tristeza, como si supiera la respuesta de antemano.

Regla número tres: *No revelar nunca la existencia de la nave.*

—No —dijo con determinación—. Pero no voy a matarte.

Lir inclinó la cabeza, la valentía de su rostro transformada en decepción. Incluso en la oscuridad de la noche Caledonia podía ver que su mandíbula estaba tallada con barro y viejas cicatrices. Los ojos le brillaban a media luz, y la boca se le quedó rígida. El destello de esperanza que Caledonia había advertido hacía un instante se había convertido en resignación.

Cuando, a continuación, habló, su voz estaba vacía.

—Deberías marcharte. Regresa a tu nave. Sal de aquí. Yo me esconderé o me moriré, pero lo haré siguiendo mi destino.

Miró en dirección a la Fantasma, deseando que todo fuera tan fácil como llevarse a Lir con ella.

Lir estudió su mirada y se volvió tan adusto y frío como la pistola que ella tenía en sus manos.

—¿Sabes cómo llamamos a esta luna? —preguntó.

—Esta noche no hay luna —respondió Caledonia.

—Es la luna naciente —dijo después de un momento de silencio, sin rastro de aquella triste resignación—. Es un tiempo de potencial y crecimiento. Un augurio de lo que está por venir.

Tocó su mejilla y Caledonia, bajando el brazo, resopló. Una mano se deslizaba entre sus cabellos, una chispa de fuego placentero salía de esos dedos al rozarla.

—Es la luna de los comienzos y los finales. —En su voz había una astucia maliciosa.

Era demasiado tarde. Sabía que si se había dejado un puñal bien podía haberse dejado otro.

Los dedos estrujaron su cabello. Una sonrisa satisfecha apareció dibujada en sus labios.

Y entonces hundió el puñal en sus entrañas.

Lir sujetó la parte posterior de su cabeza. Se aferraba a su cuerpo, mientras la sangre caliente se desparramaba por el estómago. Las rodillas cedieron y la pistola dio un golpe seco al caer al suelo.

—Gracias por tu clemencia, Farolillo —susurró, acompañando el cuerpo suavemente hasta la arena.

Caledonia sentía náuseas por culpa de un dolor que le quemaba por todo el cuerpo.

—Y gracias también por tu nave.

Caledonia gritaba y luchaba por no desmayarse. Si la oían desde el barco, tal vez podrían escapar. Se apretó la herida y notó que tenía arena en la cara, aspereza en los labios. Sabía que por ahí rondaba el dolor, pero lo único que sentía era pánico. Tenía que levantarse, encontrar a Piscis y alertar a la nave. Volvió a gritar.

Pasos. Esta vez los reconoció: eran de Lir, que se apresuraba para avisar al equipo de Balas que acabarían abriendo fuego contra su familia. Buscó su pistola a tientas por la arena hasta encontrarla, y entonces disparó tres veces al aire.

Incluso errando el tiro, los disparos habrían resonado por toda la isla. Su familia habría recibido la alerta. Podrían escapar y, siempre que obedecieran las reglas, era exactamente eso lo que pasaría.

La náusea se suavizó hasta convertirse en un extraño entumecimiento.

Todavía tenía clavado el puñal. Un regalo de despedida que a la postre acabaría salvándola. Se puso en pie lentamente, sosteniendo el cuchillo en esa posición para contener la hemorragia, y tambaleándose se dirigió a la cala donde estaba el bote, con la mente puesta en facilitar la huida de la Fantasma.

—¡Cala! —Piscis emergió de entre los árboles, sus largas trenzas balanceándose como si fueran cuerdas—. ¡Oh, aguanta, Cala!

—Balas. —Caledonia apenas pudo articular palabra antes de caer sobre sus rodillas—. Hay que darse prisa.

Piscis asintió con gravedad y arrancó una larga tira de su camiseta. El puñal dolió aún más al salir. Piscis actuó con rapidez, cerrando el vendaje sobre la herida antes de colocar la cabeza por debajo del brazo de Caledonia para ayudar a su amiga a ponerse en pie.

Juntas, las chicas atravesaron el bosque como pudieron, tomando el camino más corto para llegar lo antes posible al pequeño bote que las esperaba. Caledonia intentó correr, pero a cada paso sentía que sus piernas flaqueaban y que le faltaba aire en los pulmones. Sus entrañas le quemaban con solo moverse. Las espinas de las plantas se les clavaban en las piernas y en los brazos como garras, dejando surcos de sangre en la piel. El espesor de la vegetación ralentizaba aún más su avance. Antes de volver a ver el océano entre las ramas de los árboles, el sonido de los disparos rasgó el aire.

Ninguna de las dos habló hasta que llegaron a la cala. El bote estaba todavía ahí, meciéndose con el movimiento de la marea al subir. Pero en aquel instante un barco Bala iluminado se acercaba al lugar donde fondeaba la Fantasma.

Era un buque de asalto con la proa afilada y ranuras a lo largo del casco en las que se cobijaban Balas con bombas magnetizadas. La Fantasma trató de levar el ancla y huir, pero ya tenía el buque de asalto encima. Las bombas planeaban sobre el canal de agua que había entre las naves, cada vez más estrecho. Las explosiones desgarraban el aire mientras los misiles explotaban contra la Fantasma, destripándola al tiempo que el aire entraba en los pulmones de Caledonia cada vez con mayor dificultad.

Las llamas se derramaban por los boquetes abiertos en el costado del casco. Aquello era todo lo que las chicas habían aprendido a temer y a evitar. Sus padres se habían pasado la vida intentando protegerlas de escenas como esa. Y Caledonia les había llevado la desgracia a su puerta.

Los gritos reemplazaron el sonido de los disparos. Caledonia iba dando tumbos, tratando de superar el dolor y de meterse en las aguas poco profundas. Por un momento consiguió avanzar, resuelta a nadar, pero su cuerpo vaciló y acabó clamando al cielo, derrotada. Sus pies se hundieron en la arena, la sal le quemaba las entrañas, y Piscis la agarró por los hombros para devolverla a la

orilla.

—¡Caledonia, no! —gritó.

Las dos chicas no podían hacer otra cosa que ser testigos de lo que estaba pasando. Nadie se salvaría.

Duró menos de quince minutos.

El sol despuntaba. Los gritos y disparos palidecían.

Entonces los Balas empezaron la horrible tarea de arrastrar a los muertos hasta su nave y enarbolar los cuerpos asesinados en las puntas de metal que salpicaban la barandilla.

Uno de ellos, colocado en la parte delantera del barco Bala, llevaba un abrigo demasiado grande, abombado como una nube gris. Sus pies colgaban en el aire y Caledonia se atragantó al recordar que unas horas antes había dejado a Donnally atrás.

Caledonia temblaba en la cálida noche. La sangre había calado todo su cuerpo, pero el dolor de la herida apenas era comparable con la presión que sentía en el pecho.

—¿Cómo ha pasado? —susurró Piscis.

Caledonia se desplomó sobre sus rodillas. Negó con la cabeza, incapaz de confesar la verdad a su amiga. Había fallado a su familia y no podía fallarle también a Piscis. Por eso enterró la verdad más allá de su pena, de su culpa y de su rabia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Piscis, su rostro tostado alumbrado por las lágrimas—. Cala, ¿y ahora qué hacemos?

Caledonia fijó su mirada en el barco Bala, su oído en los gritos postreros de su familia. El fuego se reflejaba airadamente en la superficie negra del océano. Pese a la oscuridad, no había logrado mantener a su familia en secreto. Pero el fracaso también era de Caledonia. Su corazón se endureció al pensar en Lir. Le había robado su clemencia y la había teñido de rojo. Ahora solo quedaban ella y Piscis.

Tomó la fría mano de su amiga y respondió de la única forma que supo.

—No tengo ni idea.

CAPÍTULO 1



Cuatro años después

Antes del amanecer, Caledonia subió al aparejo de popa de la nave. Sentía las cuerdas rugosas contra las palmas callosas de las manos al escalar cincuenta pies del palo de mesana, confiada y segura de sí misma, sus pies y sus manos cada vez más veloces, retando al sol en una carrera hasta la cima.

El cielo tenía ese resplandor azul brumoso del amanecer. Caledonia se impulsaba cada vez con mayor ímpetu, deleitándose en el primer beso de sudor contra su piel. Todavía no había alcanzado el lugar al que quería encaramarse cuando gritó a las chicas en la cubierta de abajo:

—¡Estirad!

Unas voces entusiastas repitieron la orden y cuatro pares de fuertes manos sujetaron los cabos e hicieron virar la nave. Las poleas chirriaron y se revolvieron a lo largo del mástil. Caledonia clavó su mirada en la botavara, que se le acercaba.

—¡Cambio de rumbo! —gritó mientras la botavara alcanzaba la altura de su pecho. Ahí colgaba la vela de sol, compuesta de brillantes escamas negras que absorbían la energía solar y alimentaban los motores.

Las chicas amarraron los cabos mientras Caledonia se balanceaba sobre el

bao. El viento de la mañana, tan suave en la cubierta, se animaba en las alturas, y la constante tensión en el estómago de Caledonia adoptaba la forma de un remolino. Agarrando los cabos con una mano, se estiró para arriar el ancla y dejarla a pique, asegurándose de que quedaba bien sujeta.

El horizonte era de un amarillo ardiente y la salida del sol hizo sonreír a Caledonia. Más abajo, Amina estaba encaramada a la barandilla de estribor. La siguió con una mirada astuta. No hacía falta que la capitana amarrara las velas, cualquiera de las Nudos de Amina era igualmente capaz. Aquel momento a bordo de la nave Mors Navis era único y hacía que Caledonia deseara tener el mundo a sus pies.

—¡Orientad la nave hacia babor! —gritó.

Las velas pivotaron hacia el este justo cuando los primeros rayos se deslizaban por la superficie del océano. La luz trepaba por el casco y por un segundo pintaba las audaces brazadas de las chicas antes de alcanzar la lámina negra de la vela de sol.

Era como el fuego.

La luz rebotaba sobre un centenar de escamas al mismo tiempo, formando un destello de color amarillo intenso, naranja y rosa, una cascada de fulgor momentáneo que ascendía con la trayectoria del sol en el cielo y en cuya cúspide se encontraba Caledonia. El viento tiraba de su pelo y mangas, la luz la bañaba desde las botas hasta la frente, y se sentía tan viva como la nave que estaba pisando, llena de vigor y energía.

Duró solo un instante, y luego el deslumbrante fuego de la mañana se desvaneció.

Ahora la luz del sol relucía serenamente en las velas, generando combustible para los sistemas de la nave que antaño era conocida como la Fantasma. Reparada y rebautizada como Mors Navis, el gran navío era puntiagudo y elegante, revestido de un acero oscuro y gris excepto por algunas partes hechas de madera y alquitrán. Todos los elementos que componían la nave eran una mezcla de tecnología del viejo mundo junto con los recursos naturales que la tripulación había podido encontrar. Consiguieron que funcionara. La Mors Navis transportaba una tripulación de cincuenta y tres chicas, seis gatos y una cabra. Habían convertido el barco en un arma, y en un hogar.

Cuatro años atrás, hubiera sido un espejismo. Atrapada junto con su mejor amiga en una playa, sin nada más que una herida en el vientre y esa misma nave hecha pedazos, Caledonia jamás hubiese podido soñar con el día en que encontraría los medios para reponerse y volver a luchar. Pero ese día llegó antes de lo previsto, concretamente la mañana en la que Piscis la miró directamente a los ojos y le dijo que quería venganza. Llegó mientras se estrujaban el cerebro

pensando en la manera de recomponer la nave. Llegó con las chicas, que se incorporaron una a una. Caledonia y Piscis habían apedazado la nave y su tripulación a partir de los retazos que el mundo iba desechando.

Mientras Caledonia bajaba por la escalera oyó que el bote caía desde la plataforma colgante y golpeaba contra el agua. Un momento después, se abrió paso con cinco chicas a bordo y Dienterrojo al mando, las puntas rojas de sus trenzas rubias en un fondo azul brillante matinal. Iban a explorar unos kilómetros más allá de la Mors Navis, buscando nuevos problemas y oportunidades. Caledonia se detuvo, observando cómo, antes de salir a toda velocidad, Dienterrojo alzaba la mano para saludar a otra figura oscura que se encontraba en el agua.

Era Piscis. Algunos días parecía que había estado en el agua desde el asalto a la Fantasma. Aquel primer y terrible día en la playa se levantó antes de que saliera el sol y se fue directa al océano para bañar sus lágrimas. Cuando regresó a la superficie para buscar aire, sus sollozos desgarraron la mañana silenciosa. Incapaz de moverse por sí misma, Caledonia no pudo hacer otra cosa que quedarse quieta mientras a su amiga la inundaba la pena, una pena que era como la fiebre y que Caledonia podía sentir hirviéndole su propia sangre. Piscis buscó consuelo en el océano al tiempo que Caledonia levantaba su mirada al cielo y dejaba que sus lágrimas se colaran por la arena compacta.

Habían cambiado muchas cosas en esos cuatro años, pero otras seguían igual. Piscis se zambullía en el agua cada mañana tan pronto como Caledonia llegaba al aparejo. Piscis conocía las profundidades del océano tan bien como Caledonia conocía la superficie y su nave.

La luz del sol se reflejaba en el pelo y en los hombros lisos de Piscis antes de que volviera a desaparecer debajo del agua. Caledonia recordaba el momento en que Piscis se le había acercado con una cuchilla en la mano y los ojos llenos de lágrimas.

—Córtalo —le dijo.

—¿Qué quieres que corte? —preguntó Caledonia mientras cogía cuidadosamente la cuchilla, temiendo la respuesta que le iba a dar su amiga.

—Mi pelo —contestó Piscis, con voz sosegada. Las lágrimas se escurrían por sus mejillas—. Me molesta con el agua. No puedo nadar tan rápido como me gustaría.

Caledonia empezó a cortar, deteniéndose a menudo para pestañear y así ahuyentar las lágrimas.

Había sido el primero de muchos sacrificios. Pero gracias a todos ellos eran más fuertes y estaban más cerca del objetivo que tanto ansiaban: vengarse por la muerte de sus madres, padres, hermanos y familias a bordo de la Fantasma.

Algún día llegarían hasta Aric Athair.

—¿Qué tal la visibilidad esta mañana, capitana? —una voz se dirigió a Caledonia desde la cubierta.

Puntilla era siempre de las primeras en saludar, sin importar lo pronto que se levantara Caledonia.

—Tan clara como tu pelo. —Caledonia la miró, examinando su raudal de rizos rubios, tenaces en su alegría como la propia Puntilla—. ¿Qué noticias traes? —preguntó Caledonia, de camino al puente.

A pesar de ser una de las más jóvenes del personal de mando, Puntilla se había ganado la confianza de Caledonia casi desde que puso el pie en la nave. Era tranquila y competente, con una risa de oso pardo como la de Rhona. Su piel era pálida como la espuma del mar y sus rizos, aunque no eran de color teja, sí eran desafiantes. Se le hacía raro asociar a alguien tan joven con su madre, pero a Caledonia la reconfortaba ese parecido en la forma de ser, y por ello quiso a Puntilla desde que la conoció.

Caminaban juntas mientras Puntilla exponía el informe matinal de las actividades previstas para el día, que incluía cambios en la asignación de tareas, temas de mantenimiento y asuntos médicos. Tenía el don de informar sobre situaciones terribles haciendo que no lo parecieran, un talento muy poco frecuente. La mayoría de los asuntos no requerían de la atención directa de Caledonia, pero el último de la lista solía dejar huella en la mente de la capitana.

—Y finalmente —empezó Puntilla.

—Y finalmente —repitió Caledonia con un suspiro.

—Viveres. Far dice que solo nos quedan judías y sopa de sal, y que como máximo puede hacer que duren cinco días.

—Hace tres días que dice lo mismo. La sopa empieza a parecer agua. ¿Estás segura de que nos llega para cinco días más?

La sonrisa de Puntilla era tan sólida como la cubierta debajo de sus pies.

—Hemos sobrevivido a cosas peores que a una sopa aguada, capitana.

Cinco días más de comida escasa y la tripulación se resentiría. Caledonia sintió un pellizco en el estómago, amplificado cincuenta y dos veces. A su lado, Puntilla estaba inusualmente callada.

—¿Hay algo más?

A su alrededor, la cubierta vibraba con la actividad. Se tensaban las cuerdas para tender la ropa; las cinco hermanas María engrasaban los cortadores de cables y los cartuchos debajo de la barandilla; y Amina y las once chicas que componían el grupo de las Nudos trepaban por el aparejo para abrillantar las láminas de la vela de sol.

La sonrisa de Puntilla se desvaneció:

—Hemos perdido a Bocademetal.

—Mierda. —Caledonia se detuvo frente a las huellas del animal, con las manos en las caderas.

—Far cree que estaba ya en las últimas. Debe de haber sido terrible tener que sacrificarla.

Eso era quedarse corto. Por lo general las cabras son animales resistentes, y el nombre Bocademetal era debido a que esta, si hubiese podido, se habría comido entero el casco de la nave. Si no hay cabra, tampoco hay leche. No era la peor situación a la que se habían enfrentado, pero tampoco iba a ser sencillo encontrar una sustituta.

—¿Sabes cuál es la parte buena? —preguntó Puntilla y su sonrisa asomaba otra vez—. Que tendremos carne para cenar.

—Las más jóvenes las primeras —murmuró Caledonia.

Su mente ya estaba puesta en calcular la distancia entre el lugar en el que se encontraban y las aguas familiares de la desembocadura del Bone. Si cambiaban de rumbo ahora, podrían llegar antes de que se les terminara su reserva de judías. Con suerte, buscarían comida por las islas y pescarían.

—Reúne al mando de la tripulación. Vamos a cambiar de rumbo.

Antes de que Puntilla pudiera ejecutar la orden, se oyó un silbido en el aire. Lo siguió el grito de Amina desde la parte alta del aparejo.

—¡Se acerca un bote!

—¡Qué rápido! —sopesó Puntilla, cubriéndose los ojos para atisbar el océano.

El bote trazó una línea recta, avanzando con gran urgencia. Significaba una de dos: o habría que correr o habría que pelear.

Las hermanas María movilizaron a la tripulación de cubierta de inmediato para que prepararan los ganchos que iban a acoplarse al bote y lo elevaran hasta la plataforma. La maniobra no siempre había sido sencilla para una tripulación inexperta, pero esta vez pescaron el bote a la primera y lo sacaron del agua sin dificultades.

Dienterrojo se encaramó a la barandilla en un instante. Sus ojos azules, como los músculos de sus brazos, siempre quemados por el sol, sobresalían al dirigirse a Caledonia.

—Capitana —dijo, colocando una mano en su hombro—. Tenemos un problema.

Caledonia podía adivinar el futuro en el entusiasmo de Dienterrojo. En el código de la nave, un problema significaba pelea. Y a juzgar por la sonrisa que Dienterrojo apenas podía disimular, esta no iba a ser cualquier pelea. Se presentaba la oportunidad de causar daños a Aric Athair y no la podían

desaprovechar.

—¿Este problema es comestible? —preguntó Caledonia.

Los labios de Dienterrojo se abrieron formando una mueca diabólica.

—Por supuesto —respondió—. Somos la tripulación de la Mors Navis.
Nosotras desayunamos Balas.

CAPÍTULO 2



La barcaza era un objetivo perfecto. Flotaba en el mar azul cristalino, cubierta de flores naranjas dispersas bajo el sol.

Bajo las órdenes de Dienterrojo, el bote se había topado con un buque cargado de farolillos. La cubierta, larga y plana, era un derroche de flores lozanas, listas para ser deshojadas, procesadas y, más adelante, deshidratadas y convertidas en Limo. La barcaza iba de camino para reunirse con la Agriflota de Aric junto con otros barcos que transportaban otras cosechas. Aric dependía de esas flores, de la droga que producían, para asegurarse la lealtad de sus Balas, quienes ansiaban el Limo casi tanto como la aprobación del tirano.

Destruir la barcaza sería todo un golpe.

El día era claro, el aire enhebrado con el perfume distante y excesivamente dulce de esas flores venenosas, el mar plácido.

Caledonia bajó los prismáticos y después miró a las cinco chicas al mando de la nave: Piscis, Amina, Dienterrojo, Puntilla y la Bella Hime. Piscis era la segunda de a bordo, mientras que las otras cuatro comandaban pequeños grupos de una docena de chicas que supervisaban la mecánica de la nave, el entrenamiento, la navegación y la parte médica, respectivamente. Solamente Piscis había acompañado a Caledonia desde el primer ataque a la flota de Aric que transportaba la droga, pero con el tiempo los rostros de las chicas habían empezado a endurecerse. La Bella Hime ya no escondía las manos en los

bolsillos de su delantal, Amina oteaba el horizonte con la misma frecuencia con la que su mirada se perdía en el cielo, Puntilla sonreía con más determinación que alegría, las trenzas rubias de Dienterrojo estaban permanentemente cubiertas de arcilla roja para dar a entender que en cualquier momento estaba lista para el combate y Piscis pasaba tanto tiempo entrenando en el agua que sus hombros estaban siempre bañados con sal fina de mar. Ellas eran las rocas en las que se apoyaba Caledonia: algunas pequeñas, otras más grandes, pero cada una de ellas importante a su manera.

Desde donde se encontraban en la cubierta de mando, veían claramente tanto la barcaza como la tripulación en la cubierta inferior.

Los ojos de Caledonia se encontraron con la mirada fija de Amina, quien reaccionó levantando al aire su mano tostada, como si fuese una vela, con la palma de la mano ahuecada.

—Sopla del oeste un viento asesino y las chicas están hambrientas —dijo—. Quieren sangre y no importa de quién.

Por supuesto que importaba, pero Caledonia no estaba de humor para discutir con Amina. En su lugar, preguntó:

—¿Cómo vamos de energía?

—Estamos a un ochenta por ciento. Vamos más despacio desde que la vela de sol se rasgó la semana pasada. —La voz de Amina dejaba entrever una fresca amargura al recordar el reciente enfrentamiento. Se giró pensativa hacia la popa—. Estoy buscando una solución.

Como la mayoría de naves en su día siniestradas, la Mors Navis funcionaba con reactores de energía solar, y, a diferencia de la mayoría de embarcaciones, tenía un sistema de mástiles retráctiles con velas hechas a base de tela de retales que podían guardarse debajo de la cubierta. En cualquier momento la tripulación podía desplegar los mástiles y hacer avanzar la nave con la fuerza del viento.

—Hime —dijo Caledonia, girándose hacia la pequeña.

Tenía unos ojos interminablemente oscuros y la piel de un beis refrescante como una caracola. Llevaba el pelo negro y largo recogido en trenzas para esconder una oreja mutilada, las puntas atadas con una cinta azul. Tenía las manos dobladas con discreción sobre un largo delantal que volaba sutilmente por encima de sus pantalones y sus botas.

—Tienes que bajar.

—*Yo quiero luchar* —dijo Hime, moviendo sus manos con destreza.

Dienterrojo expresó su disconformidad con un gruñido.

—Qué torpeza, princesita. —Distraída, se frotó una pequeña cicatriz que tenía en la palma de la mano.

Las mejillas de Hime se sonrojaron de enfado e irritación, pero a Caledonia

solo le importaba que saliera de la cubierta y se resguardara del combate inminente. En la flota de Aric todo el mundo tomaba Limo. Incluso las Guadañas, que eran las principales responsables de las barcazas. Y aunque Hime estaba limpia desde hacía casi un año, el hábito tiene unas garras largas.

Amina colocó una mano amiga en la espalda de Hime.

—Te necesitamos aquí. Por si resultamos heridas.

Hime se relajó con el roce de Amina, levantó sus ojos oscuros en dirección a los farolillos del horizonte y apartó la mirada.

Una nave en mar abierto, cientos de posibles trampas esperando, inviable poder anticiparse a todas ellas. Las barcazas que transportaban farolillos nunca viajaban solas. Habría por lo menos dos barcos Bala peinando un amplio perímetro para prevenir ataques, listos también para regresar inmediatamente y proteger el precioso cargamento a la primera señal. La Mors Navis pagaría un precio por la batalla, pero la única forma de poner fin al dominio de Aric era debilitar su poder sobre los Balas. Ello exigía sacrificar municiones, energía y sangre. A Caledonia no le eran ajenos estos sacrificios, pero quería asegurarse de que los de Aric fueran mayores.

Se colocó al frente de la tripulación, en la cubierta. Necesitaba que todas las chicas a bordo conocieran sus fortalezas e hicieran su parte del trabajo. Algunas, como Far, podían molestar en una batalla más que resultar de ayuda, pero incluso con chicas acurrucadas debajo de la cubierta por razones de seguridad, contaba con cuarenta y nueve combatientes. Estaban todas de pie, con la mirada puesta en Caledonia. Habían visto la barcaza y se habían provisto de armas y cuchillos, sus rostros desafiantes e impacientes. Sabían perfectamente lo que les esperaba. Caledonia levantó una mano y gritó:

—El único Bala bueno...

—¡Es un Bala muerto! —respondieron las chicas.

—¡A toda máquina! —La fuerza del agua se coló por los motores dispuestos a lo largo del casco de la Mors Navis. Una nube de agua bulliciosa se alzó por detrás mientras la nave aceleraba.

La respuesta al ataque no se hizo esperar, y, tal y como había previsto Caledonia, la barcaza emitió una señal de emergencia. Estalló en el cielo como una grandiosa flor púrpura, y luego se oyeron un chasquido y un silbido al convertirse en humo. Empezaba la cuenta atrás para la llegada de los barcos Bala.

—Vosotras —Caledonia señaló a la Bella Hime con el dedo—, las de ahí debajo, no salgáis.

Hime asintió y, tras mirar por última vez a Amina, se puso a cubierto.

Dienterrojo sacó una pequeña lata gris de un bolsillo con cremallera que

tenía en la parte baja de su pierna, y con una amplia sonrisa mojó sus dedos en el interior. Se esparció una especie de arcilla de color rojo por la boca para que los labios parecieran un corte sangriento. Entonces, saltando del puente a la cubierta, se puso a organizar los grupos de asalto.

Amina se encontraba a medio camino, dando instrucciones a las Nudos para que desplegaran los mástiles y se colocaran en el aparejo. Cuando los mástiles quedaron en su sitio, bloqueados, un grupo de chicas con rifles a sus espaldas empezaron a escalar. Se colocaron entre las velas amarradas, atadas a los arneses, atrincheradas y listas para disparar a la artillería enemiga.

La tripulación seguía a su ritmo. Tina, la mayor de las cinco hermanas María, daba una lista de órdenes a la tripulación de cubierta hasta que cada una de las veinte chicas dispuso de un arma.

—Tengo el puente controlado, capitana —anunció Puntilla, echando sus rizos blanqueados por el sol hacia atrás y regresando a su posición en el puente. Era un foco luminoso entre la tripulación, una roca de cuarzo centelleante llena de luz y calidez. Todo en ella transmitía alegría, desde su perenne sonrisa hasta la puntilla hecha jirones con la que se envolvía las manos cuando entraba en combate. Era la Chica del Timón, que comandaba la pequeña tripulación del puente en ausencia de Caledonia. Era la única persona a bordo a quien Caledonia confiaba ese rol.

—Ahora estás al mando, Puntilla —confirmó Caledonia, dejando el cobijo del puente y cruzando la cubierta de mando para tener una vista panorámica de la barcaza desde la punta de su navío. Estaba de pie, con las manos en las caderas, los ojos puestos en el objetivo, su pelo rojo ondeando como una tormenta mortífera, igual que hacía su madre cuando asomaba el peligro. Que las demás vieran que no tenía miedo.

Piscis apareció por detrás.

—Minas con cables —dijo, agitando el amuleto que llevaba alrededor del cuello en una cadena.

Caledonia asintió. Con toda probabilidad había una red de minas sumergidas, atadas a cables y suspendidas en un perímetro alrededor de la barcaza. Tendrían que desactivarlas o hacer que explotaran antes de realizar incursiones desde la Mors Navis para destruir los farolillos. Pero primero tenían que localizar las minas.

Estaban más cerca que nunca. A través de los prismáticos podía ver figuras diminutas apresurándose para salvaguardar las flores.

—¿Puedes hacerlo? —Caledonia se volvió hacia su amiga, esperando que la respuesta fuese afirmativa y negativa a la vez.

—Sí. —Piscis dejó caer el amuleto. Presintió la momentánea indecisión de

Caledonia, por lo que posó las puntas de sus dedos en la flecha tatuada que su amiga tenía en la sien.

Caledonia respondió levantando sus dedos hasta el tatuaje que Pi tenía en la sien. De color negro y con el contorno empezando a difuminarse, el tatuaje era un simple círculo con dos líneas escoradas a un lado que lo cortaban verticalmente. Para ambas, esas señales se habían convertido en santuarios vivientes de sus hermanos asesinados, símbolos de las familias que vengaban en cada batalla.

De esta manera, las chicas se tomaron un respiro antes de que Piscis saliera como una ráfaga de viento, volando hasta donde la esperaba su equipo de submarinismo. Mientras Piscis se ponía el uniforme, Caledonia imaginó que su corazón se desinflaba y quedaba plano como el océano. El cariño que se tenían las distinguía de tipos como Aric, pero en momentos como ese el cariño era solo una distracción. Caledonia reorientó su mente hacia la batalla que las esperaba.

—¡Balas! —El grito llegó del aparejo.

Allí donde momentos antes solo había agua y los polvorientos rayos del sol, ahora aparecían tres manchas negras que pronto crecerían hasta convertirse en barcos. Llegaron por el lado de estribor para rescatar a la barcaza.

—¡Meted el remolque en el agua! —gritó Caledonia.

El remolque, que tenía la forma de una bala gigante, era un artefacto de propulsión manual capaz de impulsar a una persona por debajo del agua. Junto con un pulmón azul que reciclaba el aire, esa persona, que siempre era Piscis, podía quedar sumergida durante horas.

Piscis tendría que llegar a la barrera de minas para hacerlas explotar desde la distancia con una pistola electromagnética. Era el peor trabajo de todos los de la nave, pero Piscis siempre dio muestras de tener unos nervios de acero cuando se ponía la máscara, se abrochaba la armadura flexible y hacía las comprobaciones pertinentes del pulmón azul.

—Mantente a distancia, Pi. Y regresa a salvo.

Con el remolque ya en el agua, Piscis saltó por la borda y desapareció.

—¡Tres kilómetros para distancia de tiro! —vociferó Amina desde la plataforma, con los ojos puestos en los barcos Bala que se acercaban. Estaban a seis kilómetros de distancia, dentro de tres estarían lo suficientemente cerca para abrir fuego y golpear la Mors Navis.

A la velocidad a la que iban era cuestión de minutos, y necesitaban cada uno de ellos.

Bajo el mando de Caledonia, la Mors Navis ralentizó el avance, flotando a medio kilómetro de la barcaza. Las chicas estaban ocupadas abrochándose las armaduras en los hombros y muslos, controlando los cartuchos y esperando a

que las naves enemigas quedaran por completo al descubierto. Eran un buque de asalto, un destructor y un barco *mag*. El buque de asalto era rápido y estaba fuertemente armado, el destructor fue diseñado para impactos devastadores, pero el que preocupaba a Caledonia era el barco *mag*, equipado con un sistema de arpones magnetizados. Si conseguían impactar el casco de la Mors Navis, esta quedaría inmovilizada frente a los ataques de las otras naves.

Una explosión emergió del agua cerca de la barcaza. Piscis perforó su primer blanco e hizo un pequeño hueco en el perímetro de las minas con cables. Caledonia esperaba una segunda explosión para ver la distancia existente entre las minas y para ver si Piscis sobrevivía a la onda expansiva. En la cubierta de la barcaza, las Guadañas apuntaban al agua con sus rifles y empezaron a disparar a Piscis.

Eran momentos de extrema tensión. Caledonia respiraba lentamente, echando un vistazo a su tripulación. Amina se atrincheraba en el aparejo con el resto de las Nudos, rezando al cielo. Dienterrojo estaba agachada junto a su grupo de asalto en uno de los dos botes que se balanceaba por el lado de estribor.

La segunda explosión se produjo a tres metros de la primera. Piscis estaba viva y acababa de proporcionarles una puerta de entrada.

La barcaza iba a ser suya.

CAPÍTULO 3



Todo se desencadenó al mismo tiempo.

Dienterrojo y sus botes cayeron al agua en una magnífica colisión. Los motores se despertaron rugiendo y las chicas alzaron sus armaduras por el lado de estribor, entrelazándolas para formar una pared sólida desde la que poder parapetarse ante el avance de los barcos.

—¡Los vamos a hundir!

Caledonia saltó al puente, arrebató el brillante timón de latón de las manos de Puntilla, y llevó a la Mors Navis al máximo de su potencia. Dirigió la proa directamente contra los barcos Bala y sus chicas soltaron un salvaje grito de guerra. Esa rabia concentrada le recordaba que, aun siendo ella quien mantenía la cohesión del grupo, todas estaban ahí por voluntad propia.

El buque de asalto disparó. Dos preciosos misiles volaron como rayos por el cielo. La voz de Amina retumbó y la siguió una descarga. Las Nudos tenían buena puntería y lograron derribar todos los misiles en pleno vuelo. Explotaron inofensivos sobre el océano.

Cerca de la barcaza, otra explosión salió en erupción del agua. Dienterrojo tenía ahora mucho espacio de maniobra para plantar las minas y destruir la embarcación. Caledonia tenía que darles el máximo tiempo posible para hacer el trabajo.

Los barcos Bala se aproximaban a toda velocidad. El viento cantaba a través

de las chimeneas fantasma montadas sobre la cubierta, produciendo un aullido etéreo y discordante con el que Caledonia involuntariamente se estremeció. Muy pronto, el barco *mag* rompió filas y recorrió la distancia que lo separaba de la Mors Navis, con el destructor de proa pesada en su estela.

Preparaban una maniobra de detener y golpear: el barco *mag* detrás de la Mors Navis iba a atrapar la nave con sus arpones magnéticos, sujetándola para que el destructor, que llegaba por detrás a toda velocidad, pudiera golpear de costado. La Mors Navis era tan resistente como su tripulación, pero su calado era poco profundo. Un golpe seco de un destructor podía derribarla. Caledonia revolucionó los motores de nuevo y viró en dirección al barco *mag*, el blanco más pequeño que podía haber.

—¡Sacad los cortadores de cables! —La orden de Tina llegó a todas las chicas, que, dispuestas en fila, se preparaban para lo inevitable. Ella y sus hermanas comandaban la cubierta con extrema eficacia—. ¡Fuego!

Los rifles y las pistolas sacaban humo, el aire se volvió gris, pero el barco *mag* seguía ahí, imperturbable.

A pocos metros, se puso de lado y se deslizó por el agua hasta ponerse a la altura de la Mors Navis. Un pequeño grupo de Balas les dio la bienvenida con rostros viciosos y hambrientos y una docena de cañones apuntando a las chicas. Ellas se resguardaron tras un muro de escudos contra el que impactaban los balazos. Antes de que las chicas pudieran recuperarse de la arremetida, el barco *mag* se coló en su estela y disparó cinco *magones*.

El casco de la nave de Caledonia estaba hecho de retazos de metal y de madera, hilvanados por unas costuras de brea negra, duras e impermeables. Si uno de los *magones* alcanzaba la madera, todavía podrían escapar. Pero Caledonia oyó que las ataduras magnetizadas encontraban los trozos de metal y supo que, llegados a ese punto, más que suerte necesitarían agallas. Mantuvo la velocidad de la nave, pero viró ligeramente hacia la barcaza para ganar algo de tiempo.

No importaba. Mientras su tripulación intercambiaba balazos con la del barco *mag*, las cinco ataduras que conectaban las embarcaciones se tensaron.

La Mors Navis vio frenada su marcha.

Amina y las Nudos abrieron fuego a la desesperada, intentando despejar el camino para que la tripulación de la Mors Navis se encaramara a la barandilla y cortara los cables de los *magones*. Los Balas tiraban despiadadamente. Las descargas chisporroteaban contra el casco del barco *mag* y pronto encontraron carne y huesos. La sangre oscureció la cubierta y el aire se volvió espeso de humo, gritos y llantos. Caledonia contemplaba cómo se sucedían los acontecimientos con el corazón en un puño. Despejar el camino para que las

cortadoras de cables pudieran arrancar los *magones* requería un tiempo del que no disponían.

El buque de asalto siguió avanzando, pero esta vez no en dirección a la Mors Navis, sino hacia la barcaza y Dienterrojo. Eso suponía que el destructor, con su cuña metálica mortífera en la proa, iba a embestir a la Mors Navis. Un impacto directo del destructor las hundiría, seguro.

Era la trampa perfecta, pero las trampas solo funcionan cuando das por sentado que tu enemigo no te puede sorprender.

—¡Amina! —gritó, y Amina bajó por las cuerdas hasta reunirse con Caledonia en la cubierta—. Es hora de darle otra oportunidad a tu red.

Los disparos silbaban a su alrededor mientras las dos chicas se apresuraban a recoger el último invento de Amina: tres baterías que formaban una red de electricidad, capaz de provocar un shock mortal a quien cayera en ella. Para que el mecanismo funcionara, cada batería tenía que estar a seis metros de distancia de las otras.

—Rápido —le dijo Amina, calibrando las baterías sosegadamente y cargando las tres pistolas—. Si se desconectan antes de estar en su sitio, no funcionará.

A lo lejos, el buque de asalto se cernía sobre la barcaza. El tiempo se aceleraba en el corazón de Caledonia, que cogió aire para ralentizarlo antes de levantar la primera pistola a la altura de su hombro. Amina hizo lo propio.

—Tres, dos, uno.

El fuerte retroceso no evitó que ambos disparos diesen en el blanco. Amina cogió la tercera pistola y disparó. Caledonia no quiso esperar a ver adónde había aterrizado la batería antes de presionar el botón con el control remoto.

Una luz azul y blanca formaba un arco entre las distintas baterías y reptaba hasta besar la abundancia de metal que había en cada barco Bala. Los cuerpos saltaron por los aires como las velas al viento, las miradas dirigidas hacia el cielo, las bocas congeladas con las mandíbulas apretadas.

—¡Ahora! —gritó Caledonia.

El destructor estaba ya muy cerca, su proa alineada para embestir justo en el centro de la Mors Navis.

Cinco chicas saltaron por la borda, con sus pies cogidos por fuertes manos mientras estaban suspendidas y se estiraban para cortar los cables de los *magones* que obstaculizaban el movimiento de la Mors Navis. Uno a uno, los cables saltaron. Caledonia corrió hasta el timón y llevó los motores al límite de su potencia.

La Mors Navis tiró con brusquedad, pero sin la velocidad necesaria. El destructor la golpeó de refilón, desgarrando un pedazo de metal que salía de la

popa.

La nave se inclinó hacia un lado, lo que hizo que las chicas rodaran por la cubierta. Caledonia no podía hacer otra cosa que agarrarse al timón y esperar. Desde su posición, podía ver a Dienterrojo y los botes apresurándose para regresar a la nave. Detrás de ellas, una explosión partió la barcaza de farolillos en dos, llenando el cielo de unos pétalos naranjas, vibrantes, que se desplomaban apaciblemente sobre el océano.

Las chicas rugieron por el triunfo que aquello suponía. Fue un sonido violento que llenó a Caledonia de tanto placer que pensó que podía enderezar la nave ella sola. Aric había perdido una cosecha abundante. Y fueron Caledonia y su tripulación quienes se la habían quitado de las manos.

No muy lejos de la barcaza zozobrate vislumbró algo que se mecía en el agua, una figura oscura que se cruzaba en el camino del buque de asalto, cada vez más cerca.

Piscis, se dijo horrorizada. Y los Balas la tenían justo delante. En el preciso instante en que la Mors Navis empezó a recobrar su verticalidad, un gancho salido del barco enemigo se clavó en el hombro de Piscis.

Caledonia observó que los enemigos arrastraban a Piscis por el agua hasta capturarla.

CAPÍTULO 4



Caledonia no se dio cuenta de que estaba gritando hasta que las chicas respondieron a su alarido con otro, en este caso colectivo. Levantándose de golpe, condujo la nave hasta donde se encontraba Dienterrojo. Por su parte, al destructor, cien metros por detrás, le costaba recobrar la iniciativa y atacar. El barco *mag* era ya un cadáver en el agua, y el buque de asalto, que había frenado para recoger a Piscis, ya no les podía alcanzar. La *Mors Navis* iba más rápido que los otros dos barcos restantes, por lo que no iba a ser difícil escapar.

Excepto para Piscis. Fueron necesarias todas sus reservas de autocontrol para que Caledonia no fuera en busca de su amiga y mantuviera el rumbo, aun a pesar de que el pánico mordía el fondo de su garganta.

Los botes regresaban a las aguas turbulentas al pie de la nave. Después de tres intentos, la tripulación logró subirlos gracias a unos ganchos y colgarlos en las plataformas. Las chicas actuaban con eficacia, descargando el botín que habían recogido los grupos de asalto antes de hundir la barcaza. La alegría por su victoria era silenciosa.

Lo habían conseguido. Habían logrado su objetivo de destruir la barcaza de farolillos y se habían hecho con el botín. Ahora tocaba huir. La misión se desarrolló tal y como había prometido Caledonia: golpear fuerte y escapar rápido, sin tomar riesgos innecesarios. Pero las manos de Caledonia temblaban al apartar la mirada del buque de asalto.

—Caledonia. —Puntilla estaba de pie a su lado. Pronunció su nombre como si fuera una orden. ¿Cuántas veces tuvo que repetirlo?

—Sí, Puntilla.

—¿Cuáles son las órdenes? —Se le acercó—. ¿Regresamos a por ella? Solo tienes que decirlo, capitana, y lo haremos.

Consideró por un instante cómo sería un enfrentamiento directo con dos barcos Bala. Sus chicas eran valientes y audaces. Si se lo pidiera, caerían como una tormenta con tal de traer a Piscis de vuelta. Ella lo quería. Deseaba levantar la voz con todas sus fuerzas y pedir a la tripulación que siguiera luchando. Pero el riesgo era mayúsculo. ¿Cómo justificaría las vidas sacrificadas para salvar a una sola persona? Si solo estuviese en riesgo la suya, no habría problema. Se sacrificaría mil veces por Piscis, pero pedir eso mismo a su tripulación hubiese sido una irresponsabilidad.

—Nos vamos a la desembocadura del Bone —dijo, con voz áspera.

—Capitana... —empezó a protestar Puntilla.

—Ahora, Puntilla.

Los motores se agitaron. Los oídos de Caledonia se llenaron de un viento que aullaba. Parte de ella se decía que lo que estaba viviendo no era real, la otra parte lloraba porque era aún más real que el timón que sostenía entre las manos.

Apretó los dientes y echó una última mirada a los barcos Bala. De la barcaza solo quedaba una mancha de pétalos naranjas en el agua, el barco *mag* fluctuaba con las olas de arriba abajo, sin potencia, y el destructor había dado marcha atrás para reunirse con el buque de asalto, a tres kilómetros de distancia. Tres terribles kilómetros que la separaban de su amiga, quien en realidad era su familia. Su pecho se endureció y algo en su corazón empezó a deshilacharse.

Piscis ya no estaba.

Nunca había perdido a una chica en combate. Ni una. ¿Por qué Piscis tenía que ser la primera? Caledonia no lo podía soportar.

Entonces se oyó un grito de entre las Nudos:

—¡El remolque!

Caledonia agarró el timón con más fuerza aún. Pero solo cuando oyó que alguien decía «¡El remolque de Piscis!» decidió frenar de golpe.

—¡Cuidado con los Balas! —Caledonia advirtió a las Nudos, consciente de que el buque de asalto podía considerar que esa pausa era una oportunidad para contraatacar.

La cubierta bullía de actividad mientras Caledonia bajaba por la escalerilla. Había tres chicas en la barandilla asomándose.

Piscis. Repetían el nombre una y otra vez, pero Caledonia no se lo creía, no se lo podía creer hasta que vio aparecer a su amiga, sangrando y reluciente, por

encima de la barandilla y de las cabezas de la tripulación, hasta que dejaron su cuerpo en la cubierta.

Caledonia corrió hacia ella, empujando a las chicas con manos temblorosas, preparándose para lo peor. Y de repente, ahí estaba. Con sangre cubriendo un lado de su cara, que salía del tajo que tenía en la frente. La camiseta se le había teñido de negro a la altura de su hombro herido, y había un profundo agujero en el cuero de su chaleco que mostraba por dónde había entrado el gancho. Viva. Estaba viva.

Se agachó y tomó a Piscis entre sus brazos, rodeadas de una tripulación entusiasta.

Antes de que Caledonia pudiera decir algo, apareció por la barandilla un desconocido, a quien levantaron por la fuerza junto con el remolque. Era un chico. Un Bala.

Se hizo el silencio.

Las chicas formaron un corro a su alrededor mientras Caledonia dejó a su amiga para dirigirse al chico.

Quizás era un poco mayor que ella, tenía los ojos grandes y marrones y una nariz granítica. Las cicatrices horizontales de la bandolera Bala rajaban su bíceps de color dorado intenso. Tenía tres: espesas, pegajosas y saturadas del mismo color naranja brillante de los farolillos. Caledonia solo había visto tan de cerca una bandolera Bala en una ocasión. Eran un símbolo de lealtad a Aric, representaban algún tipo de servidumbre mortal al tirano, y el hecho de que este Bala tuviera tres cicatrices daba a entender que sus manos estaban manchadas de sangre. No era solamente peligroso, sino directamente mortal.

—Tíradlo por la borda —ordenó.

Piscis levantó la mano.

—Espera.

Caledonia podía ver un ápice de esperanza en las comisuras temblorosas de la boca de Piscis.

—Me ha salvado la vida —dijo Piscis—. Por favor.

Piscis, como todas las demás chicas, conocía las reglas perfectamente, pero no estaba al corriente de por qué, unos años atrás, los Balas habían descubierto la nave Fantasma. Habían perdido a sus familias porque Caledonia había bajado la guardia con Lir. Este Bala no podía ser muy diferente y no iba a dejar que su amiga cometiese el mismo error.

En la distancia, los barcos Bala se acercaban, tal vez decididos a perseguir el botín parado delante de ellos.

—Vamos. —Caledonia desenfundó la pistola y tiró el percutor hacia atrás, apuntando el cañón a uno de los ojos grandes y marrones del chico—. Tíralo por

la borda y ahorrémonos todo esto.

—Arriesgó su vida para salvarme —protestó Piscis—. Cala, mató a su propia gente para sacarme del buque de asalto. Jamás le dejarían volver.

Caledonia creía en lo que decía su amiga, pero creía más en su instinto. Ella precisamente sabía lo engañoso que puede llegar a ser un Bala. Sacrificar a uno de los suyos para tener un infiltrado que saboteara la Mors Navis era una decisión fácil de tomar para una mente empapada de Limo. Harían cualquier cosa por complacer a Aric Athair.

Caledonia gritó:

—¡Primera regla!

Y la siguió un coro de voces:

—¡Nada de Balas!

Desde siempre había sido la primera regla. Cuando sanaron sus heridas, Caledonia y Piscis repararon los daños sufridos por la nave y estuvieron de acuerdo en formar una nueva tripulación. Pero la traición de Lir era el secreto de Caledonia. La acompañaba siempre. Y cuando pidió que todos los miembros de la tripulación fueran chicas, Piscis no tuvo nada que objetar.

Piscis se colocó delante del Bala, con su cabeza al otro extremo del cañón.

—Me ha salvado la vida —repitió, pronunciando cada palabra con cautela y precisión.

La sangre brotaba en abundancia del tajo que tenía en la cabeza. Tal vez el chico había salvado su vida, pero Caledonia iba a asegurarse de que Piscis *siguiese* con vida.

Dienterrojo se asomó por encima del hombro de Piscis, con el rostro cubierto de ceniza y sudor. Necesitó un solo gesto para inmovilizar los brazos del chico detrás de su espalda y hacer que se arrodillase en la cubierta. Él no hizo ningún ruido. No opuso resistencia.

—Tienes unos minutos preciosos para devolverle el favor, Pi. —Caledonia bajó la pistola y con la otra mano dio la señal a Puntilla para que acelerase—. Si nos alejamos mucho más, se ahogará.

—Y si le mandamos de vuelta, le matarán —dijo Piscis en voz baja—. Quiere dejar de ser un Bala. Si le abandonamos es que no somos mejores que ellos.

Caledonia tenía un puñal guardado en el cinto. Era pequeño, con una empuñadura de madera curvada para adaptarse perfectamente a la forma de su mano, y una hoja negra y corta hecha para reposar entre los dedos índice y corazón. La última vez que lo probó sabía a sangre, la suya, cuando cayó en manos del Bala que, ese también, decía que quería dejar de serlo. No había espacio en su nave para alguien que pronunciara esas palabras.

La cubierta retumbó bajo sus pies al tiempo que los mástiles se replegaban en sus compartimentos. Las Nudos de Amina ya no los necesitaban. La mitad de la tripulación estaba en movimiento, limpiando la cubierta, con los ojos puestos en el chico, en Piscis y en Caledonia. El aire entre los tres olía a océano y a cobre. Piscis posó una mano sobre su herida, la sangre bajaba por el brazo como un río poco profundo. Piscis debería estar debajo de la cubierta con el resto de las chicas heridas para que la Bella Hime pudiera curarla, no ahí arriba luchando por la despreciable vida de un Bala.

Las reglas de la nave eran sencillas: nada de Balas, actuar todas juntas o no actuar y la palabra de la capitana es ley. Si existía flexibilidad en alguna de las tres era en la última: las chicas de Caledonia no tenían miedo de expresar sus opiniones. Si lo hacían mientras fregaban la cubierta, pelaban patatas o curaban heridas, a Caledonia no le importaba. Al contrario, le gustaba que tuvieran agallas. Pero el reto que se le planteaba ahora podía pasarle factura si no lo cerraba debidamente.

Caledonia dio un paso para acercarse a Piscis, dudando sobre si era mejor dejarla inconsciente o razonar con ella.

—No te puedes fiar de un Bala.

—Bien que nos fiamos de Hime —disparó Piscis en voz baja para que no la oyeran las demás—. ¿Por qué iba a ser diferente con él?

—Ya sabes por qué.

—Pues no. —Piscis se encogió, reposando su mano sobre la herida—. Recogemos a las chicas que quieren dejarlo. ¿Por qué no hacemos lo mismo con él, que me ha salvado la vida?

El viento azotaba, y el intenso aire de mar no ayudaba precisamente a rebajar la tensión. Era verdad que Hime había estado a las órdenes de Aric, y era verdad que la habían acogido, asumiendo ciertos riesgos.

—Esto no es una negociación. —Caledonia sentía las miradas de las demás chicas siguiendo la conversación con disimulo. Levantó la pistola, apuntando de nuevo al chico—. Nada de Balas. Ni ahora ni nunca.

El chico no se movió. Parecía que apenas notara el cañón a la altura de su cabeza. Tenía los labios separados y miraba a Caledonia sorprendido pero sin miedo.

Entonces habló. Pronunció una palabra que no sentó nada bien a Caledonia. «Clemencia».

La expresión de Caledonia era tan dura como su corazón.

—En esta nave, no —contestó.

No era el chico de ojos pálidos de tantos años atrás, no era el chico que Caledonia soñaba con matar, pero se le ocurrió que disparar a este Bala sería una

experiencia casi igual de satisfactoria.

—Has hecho una buena acción, por lo que voy a dejar que te marches con vida. Si saltas por la borda, tal vez tu gente te corresponda con otra buena acción.

En la boca de su amiga, Caledonia vio la determinación que tanto admiraba. Nada convencería a Piscis de que había que tirarlo por la borda, de la misma manera que nada la convencería a ella de que era mejor que lo acogieran.

—Os puedo ayudar. —La voz amable del chico era estremecedora en medio de ese silencio. Caledonia rio y abrió la boca para expresar exactamente lo que pensaba de todo aquello, pero él insistió—. Por favor, sé cómo piensan. Puedo...

Dienterrojo abrevió el alegato con un revés en la parte posterior de su cabeza.

—Interrumpir es de mala educación —gruñó.

La risa se apoderó de la tripulación al ver como el chico se caía de morros. Dienterrojo no era de las que se andaba por las ramas.

—¡Estamos a veinte kilómetros, capitana! ¡Mar despejado! ¡No nos sigue nadie! —El grito de Puntilla significaba que habían dejado los restos de la flota de barcos Bala a unos veinte kilómetros, sin señal de que las estuvieran siguiendo. Buenas noticias para las chicas. Malas para el chico.

—Tíradlo por la borda —volvió a ordenar Caledonia.

Dienterrojo lo levantó por los pies, pero esta vez intentó zafarse.

—¡Esperad! ¡Por favor! ¡Os puedo ayudar! ¿Queréis hundir sus barcasas? ¡Yo sé dónde se encuentran!

Todo lo que salía de su boca era ruido, y las chicas que estaban en la cubierta lo sabían. Nunca se fiarían de un Bala para encontrar a Aric o a sus cargamentos. Esta vez fue Piscis quien dio un paso al frente y, retorciéndose de dolor, golpeó la cabeza del chico con su puño. Sonó como una bofetada sorda y todo el cuerpo del chico respondió desplomándose.

Inconsciente, se hundió en los brazos de Dienterrojo, con la cabeza inclinada a un lado y las rodillas separadas en ángulos insólitos. Piscis también se desplomó. Al ser alta, sus anchos hombros colgaban como piedras, las manos suspendidas a cada lado. Parecía a punto de romperse, pero todavía no había dicho la última palabra.

—Nada de Balas —dijo Piscis, levantando la voz para que todas la oyeran—. Lo tiramos en aguas poco profundas a la primera que podamos.

Era un precedente peligroso, Caledonia lo sabía. No era romper las reglas, pero se le acercaba. Su tripulación era leal, y la lealtad se zurraba con reglas y con años difíciles de evasiones y batallas. Amenazar una regla suponía amenazar el propio hilo del tejido.

Caledonia se acercó para hablar al oído de su amiga.

—Estás viva, no sabes cuánto me alegro y lo agradecida que estoy, pero tenerlo a bordo, aunque solo sea durante un tiempo, es un riesgo.

Piscis le respondió con una mirada a la vez dulce y atrevida.

—Podremos luchar contra ellos mientras no seamos como ellos.

—Mierda. —Caledonia no podía discutir esas palabras. Las había pronunciado en incontables ocasiones a lo largo de los años, pero ahora ya no salían de su boca, sino de la de Piscis—. Rhona estaría muy orgullosa de ti.

—Y de ti también. —Piscis alcanzó la mano de Caledonia, pegajosa de sangre.

—Amordázalo. Átalo. Mételo en el agujero —ladró Caledonia—. A la primera que podamos lo tiramos en aguas poco profundas.

Entre la tripulación se propagaron susurros, murmullos, quejidos. Erguida, Caledonia abarcó con su mirada a quienes la rodeaban.

—Vamos —ordenó, tranquila pero resuelta.

Dienterrojo dejó caer al chico sobre sus rodillas para que las otras pudieran amordazarlo y atarlo. Antes de que terminaran, recuperó la consciencia, parpadeando con resignación a la luz del atardecer. No dio ninguna señal de sorpresa por estar todavía vivo. Se limitó a obedecer incluso cuando Dienterrojo se agachó para asegurarse de que las cuerdas estaban lo bastante apretadas como para provocarle cortes en la piel.

—Capitana —avisó Amina, acercándose desde el puesto de mando.

Llegó en su día desde Manos del Río, un pueblo ubicado en la región de las Trenzas, y hablaba con un acento aterciopelado, musical. El sudor brillaba contra la piel de color pardo rojizo de Amina, quien se movía como una corriente del océano, con una gracia ondulante en cada gesto. Aunque era más bajita que Caledonia, era igualmente imponente, con ambos lados de la cabeza suavemente afeitados y una cresta hecha con trenzas enrolladas que daban vueltas a su coronilla. Las chicas se apartaban a su paso, formando un pasillo.

Caledonia se preparó, siguiendo la trayectoria de los ojos de Amina, que iban del chico a ella.

Amina acertó el espacio que las separaba como una pequeña tormenta.

—Tenemos un problema —dijo.

Caledonia sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Puede esperar?

—No —respondió—. Han alcanzado nuestra vela de sol. Otra vez. La vela no obtiene energía, así que solo nos quedan las reservas.

Tras la reciente batalla, las reservas serían escasas. Y debían haber consumido muchas al escapar. Necesitarían más para llegar a las aguas de la

desembocadura del Bone. Y tendrían que hacerse con ellas rápido si esperaban poder comer.

—¿Qué nos queda? —preguntó, temiendo la respuesta de antemano.

La nave daba sacudidas y se desplazaba cada vez con mayor dificultad.

Amina aguantó la mirada de su capitana sin pestañear.

—Un día más y estaremos muertas debajo del agua.

CAPÍTULO 5



La vela de sol colgaba del mástil a trozos, goteando como la lluvia en la parte donde se había deshilvanado. Las escamas negras salpicaban la cubierta, algunas de ellas agrietadas o rotas, otras relucientes gracias al sol del atardecer, que convertía el puente de mando en un campo de joyas. Era casi precioso.

—¿La puedes reparar? —preguntó Caledonia, paseando los ojos por los bordes andrajosos.

Amina recogió un puñado de escamas caídas y les dio la vuelta como si fueran monedas. Llevaba tres años con Caledonia y Piscis. Las chicas habían terminado de apedazar la nave e iban en busca de partes para reparar esa misma vela de sol cuando rescataron a Amina de una pequeña patrulla de Balas. No llegaron a tiempo para rescatar a las compañeras de Amina, por lo que esta se unió a la tripulación con el corazón lleno de rabia. Prácticamente la mitad de los sistemas de la nave funcionaban gracias a su dedicación y creatividad. Más que nadie sabía la diferencia entre algo roto que no tiene remedio y algo roto que se puede reparar. Si se podía reparar, Amina encontraba la manera.

Dejó caer las escamas de una en una. Chocaron contra la cubierta provocando un sonido hueco.

—No —dijo—. Está rota.

La palabra parecía sencilla, pero la realidad estaba lejos de serlo. «Rota» significaba que la nave se veía limitada al impulso de los vientos que los

espíritus de Amina decidieran mandarles. «Rota» significaba que ya no serían capaces de navegar más rápido que un barco Bala. Todavía les quedaba energía. La cubierta estaba llena de marcas solares —pequeñas placas en el suelo que alimentaban la parte inferior de la cubierta de luz y energía— y toda la proa estaba revestida de una pintura solar que suministraba energía a los sistemas del puente. Pero sin la vela de sol para cargar los motores, ya no conseguirían aventajar a nadie en esos mares.

—¿Qué opciones tenemos? ¿Y si redirigimos la energía de las marcas solares y de la proa? Si dejamos las cabinas a oscuras...

La mano de Amina se abatió sobre el antebrazo de Caledonia. Lejos de la tripulación, Amina dejaba entrever su profunda frustración. Había mantenido esa vela en funcionamiento durante tres años, la había reparado una y otra vez para que la Mors Navis pudiera seguir avanzando. Pero ahora los trozos estaban desperdigados por el suelo como si fueran casquillos de rifle usados.

Meneó la cabeza.

—Lo siento, capitana. Podría hacer lo que sugieres y redirigir la energía que obtienen esas marcas, pero nos impulsaría menos que el viento. —Miró al cielo, como hacía a menudo, buscando señales o algún rayo de esperanza. Como no encontró ninguno, emitió un suspiro pausado antes de añadir—: No es la solución, y me temo que tampoco tengo una idea mejor.

El sol arremetía contra el rostro de Caledonia, reflejándose en la superficie del mar y endureciendo su piel. Era enérgico. Y una fuente de energía. Pero fuera de su alcance.

—Encontraremos la manera. —Habían superado dificultades mayores que esa, pero incluso al decirlo Caledonia sabía que la situación era complicada.

Observó a su tripulación. Todas sabían que algo iba mal. La Mors Navis siempre golpeaba fuerte y se escondía rápido. Era así como lograban sobrevivir, evitando quedarse para ver lo que pasaba después de la primera estocada. La Mors Navis debería estar navegando a toda velocidad y no a un ritmo constante y sereno. Pero también había otras cosas por hacer, y la tripulación se encargaba de ello.

Las chicas heridas estaban debajo de la cubierta con la Bella Hime. La tripulación de cubierta, a las órdenes de Tina María y sus cuatro hermanas, recogía velozmente los casquillos de bala para reutilizarlos, se deshacía de los escombros, recargaba las armas y fregaba las manchas de sangre. Algunas chicas subidas a la barandilla utilizaban cuñas de goma para desenganchar los restos de *magón*. Iban a reapropiarse del material y Amina lo iba a convertir en su siguiente arma. Pronto todas las señales de la batalla quedarían integradas en la rutina.

El chico ya no estaba. Dienterrojo se lo había llevado a la celda donde permanecería encerrado hasta que Caledonia decidiera qué quería hacer con él. Por el momento, le gustaba tenerlo a oscuras, angustiado por si la muerte le llegaba en unos pocos minutos o en unas horas.

Habían ganado la partida. Se habían llevado un buen botín, habían hundido la cosecha de farolillos y habían sobrevivido al ataque. El suelo debajo del mástil principal estaba despejado. Todas las chicas estaban vivas, ni un solo cuerpo amortajado había enturbiado aquel día. Era una bendición por la que Caledonia estaba muy agradecida.

—Parece que el viento asesino no quería nuestra sangre —dijo Amina con la mirada fija.

—Que sea siempre así —replicó Caledonia, aunque Amina sabía perfectamente que Caledonia no creía en los espíritus.

Caledonia se retiró para ayudar a recoger las escamas y regresar al puente, donde Puntilla la recibió con un informe y una sonrisa animada. Excepto el hombro de Piscis, las heridas no habían sido de consideración. Gracias al asalto a la barcaza habían logrado abastecerse de comida y municiones suplementarias, que tampoco eran muchas. Ahora habían fijado el rumbo hacia la desembocadura del Bone.

—A esta velocidad llegaremos en tres días. —Puntilla dijo esto último con una ceja levantada y un tono inquisitivo—. Claro que si aceleramos al máximo llegaremos antes.

—Mantén el rumbo y la velocidad —respondió Caledonia, abandonando el puente y dirigiéndose a la proa.

Habían cambiado muchas cosas en un solo día. Caledonia necesitaba tiempo para reflexionar y reconfigurar sus pensamientos. Considerando que la vela de sol estaba rota, todo lo demás era secundario: las heridas de Piscis, el Bala, el incremento provisional de las reservas de comida. Nada de eso importaba si no encontraban la manera de generar energía. Ese era su trabajo. Que no faltara comida, municiones ni energía.

Caledonia conocía los nombres de las cincuenta y dos chicas. Algunas eran fugitivas de pueblos que entregaban a sus hijos a cambio de seguridad; otras, como las hermanas María, fueron rescatadas de fortalezas propiedad de los esbirros de Aric; y había también las que, como Caledonia o Piscis, habían pertenecido a familias rebeldes. Todas habían sido víctimas del creciente imperio de Aric, que querían destruir parte por parte. Sin importar su procedencia, todas estaban ahí para luchar.

Se hicieron fuertes y valientes al parapetarse en los bancos rocosos de la desembocadura del Bone. En total habían hundido siete barcasas de farolillos.

Pero ahora Caledonia se vería obligada a comunicarles que todo había terminado. No eran más que un velero. Y los veleros no sirven para luchar.

Caledonia decidió llamar a Amina durante la puesta de sol.

—¿Capitana? —preguntó, acercándose a Caledonia, que estaba petrificada en la cubierta de mando. La Mors Navis presumía de ser una embarcación baja, con solo dos niveles por encima de la cubierta principal. La cubierta de mando era un apéndice del puente, lo suficientemente lejos como para que las dos chicas pudieran hablar sin que las oyera la tripulación.

—¿Y si te consigo una nueva vela?

Amina entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

—Como siempre. Si robamos una vela de sol, ¿podrás hacerla funcionar?

—Pues claro —respondió Amina, visiblemente ofendida por la pregunta.

—Bien —dijo Caledonia, regresando al puente—. ¡Detened la nave!

Apararon los motores y la nube de agua que salía de la Mors Navis quedó completamente plana. La nave patinaba por encima del agua, dejando que el oleaje la convenciera poco a poco de que debía detenerse. Por primera vez, los suaves tirones parecían inquietantes. En poco tiempo hasta le costaría avanzar a paso de tortuga.

—¿Capitana? —Puntilla apareció de repente, sus rizos rubios brillantes con el atardecer.

Caledonia regresó a la cubierta principal. Empezaba a dolerse de unas contusiones que había recibido, sin darse cuenta, durante la batalla. Era una sensación agradable, que saboreaba mientras daba la orden a Puntilla de reunir a la tripulación.

La orden se propagó por la nave, y la Bella Hime, junto con las doce chicas heridas, subió de debajo de la cubierta. La tripulación del puente llegaba desde arriba e incluso Far, la más veterana de la nave, con cuarenta y dos años, abandonó la soledad de la cocina, que tanto le gustaba. Caledonia estaba de pie junto al mástil principal mientras las chicas se agrupaban a su alrededor como tiburones. Piscis encontró el camino hasta llegar al lado de Caledonia. Con una mano rozó la parte posterior del brazo de su amiga para hacerle saber que estaba ahí. No se oía ni una mosca.

El sol sangraba en el horizonte, encendía el océano y le daba al cielo un tono azul brillante como de escama de pez. Pronto la cubierta estaría iluminada por el tenue resplandor azul de las marcas eléctricas solares, lo suficientemente intensas como para que las chicas pudieran ver en qué punto terminaba la barandilla y empezaba el océano, pero no tanto como para llamar la atención de un barco Bala.

—Tenemos a un chico a bordo —dijo cuando todas estuvieron presentes. Sabía de antemano que esas palabras provocarían un murmullo desagradable—. No va a quedarse. Pero salvó la vida de Piscis y a cambio vamos a dejarle en las aguas poco profundas de la desembocadura del Bone. —Dejó pasar solamente un segundo antes de continuar—. Pero ese no es nuestro problema. Nuestro problema es que la vela de sol ya no funciona.

Volvió a detenerse para dejar que calara cierta inquietud. Nada bueno saldría de maquillar la verdad. Las chicas tenían que saber en qué situación se encontraban antes de escuchar su plan.

Una ráfaga de voces se extendió por el círculo que la rodeaba.

—¿No funciona? —preguntó Pippa, que no estaba dispuesta a creérselo—. Pues estamos apañadas.

Tina intervino con su voz profunda.

—¿Y Amina no la puede arreglar?

—Si pudiera, es lo que estaría haciendo ahora mismo —respondió Amina irritada.

Caledonia sentía el mismo enfado y temor que las demás, pero su semblante denotaba tranquilidad. Levantó la mano y las voces se calmaron.

—Pronto será únicamente el viento lo que nos impulsará. Solamente el viento, ya sabéis lo que eso significa. Si seguimos así, moriremos o tendremos que separarnos. Y no estoy dispuesta a que ocurra ninguna de las dos cosas.

Se giró lentamente, escudriñando los rostros de las chicas. Todos eran de acero y brillantes. No encontró muestras de capitulación.

—Tenemos algunas opciones —empezó—. Sin energía la mejor tal vez sea escondernos.

Dienterrojo emitió un sonido a medio camino entre un bufido y una carcajada.

Tiempo atrás probablemente muchas de las chicas hubiesen preferido esconderse. Pero eso era antes de estar compenetradas como tripulación, antes de saber lo bien que se les daba lo que hacían. Esconderse sería un insulto al poco orgullo que habían conseguido reunir. Caledonia contaba con ese orgullo en su discurso.

—Escondernos nos hizo ser fuertes. Nos dio tiempo para hacer que la nave fuera resistente. Pero hay algo que hacemos aún mejor que escondernos —dijo Caledonia.

—Gastar municiones —replicó Tina con acidez—. Y hundir barcos.

Tina era varios centímetros más alta que Caledonia, tenía el pelo encrespado de color castaño, salpicado de mugre y sudor, y los ojos, de color azul claro, reflejaban la puesta de sol. Ella y sus hermanas habían sido las últimas en unirse

a la tripulación, ocho meses atrás. Habían sido una bendición para la nave, pues eran inteligentes y trabajadoras. Pero Tina no escondía su deseo de perforar la Red y escapar de las garras de Aric para siempre. Caledonia sabía que varias chicas acariciaban esa misma idea.

—Exactamente —confirmó Caledonia—. ¡Seguiremos luchando! Pero si seguimos luchando, necesitaremos una nueva vela de sol.

—¿Vamos a atracar en algún puerto? —preguntó Dienterrojo, entusiasmada ante la idea de capitanear grupos de asalto por la costa. En todos los mares Bala no había un solo puerto que pudieran considerar amigo, pero uno de ellos se consideraba libre del dominio de Aric.

—No. —Caledonia señaló el horizonte que acababan de dejar atrás, ahora manchado de sombras nocturnas—. Vamos a parar hasta que nos encuentre un barco Bala.

—¿Y cómo vamos a desplazarnos sin generar energía y sin viento? —Tina hizo un gesto al cielo, donde el aire apenas se movía.

—No vamos a desplazarnos —dijo Caledonia, enfrentándose a las aprensiones de Tina con decisión. Todo se había desarrollado según sus cálculos, también el arrebató final de Tina. Las chicas estaban listas para luchar e iban a hacer todo lo necesario. Sabía que las tenía en el bolsillo incluso antes de decir —: Vamos a cargar todas y cada una de nuestras armas. Y vamos a dejar que se nos acerquen.

CAPÍTULO 6



A Caledonia, las noches claras le recordaban los tiempos en que su madre pilotaba la nave, cuando navegaban bajo la luna y se escondían durante el día.

Rhona Styx capitaneó la Fantasma durante tantos años que hasta Donnally había nacido ahí. Cuando Caledonia fue lo suficientemente mayor, su padre le enseñó a escalar el aparejo, a atar nudos y a juzgar distancias, todo ello bajo la pálida luz de la luna y las estrellas resplandecientes. De su madre aprendió a pilotar la nave entre los estrechos de la desembocadura del Bone y a confiar en los viejos mapas y en los ojos de la tripulación.

A veces, cuando el mar estaba sereno durante kilómetros y kilómetros, ella y su hermano pequeño escalaban el puente y se ponían a cantar. Donnally empezaba entonando canciones que les habían enseñado sus padres y que también cantaban las otras familias que viajaban a bordo, una extraña mezcla de ritmos y de lenguas olvidadas tiempo atrás, pero pronto se puso a crear su propia música. Componía canciones sobre el pelo rojo de Caledonia, sobre el diente que le faltaba a su madre y sobre cómo cabalgar a lomos de ballenas gigantes.

Había demasiadas canciones para recordar. Pero en las noches serenas como aquella, Caledonia atrapaba al vuelo alguna de las que flotaban en su memoria y de repente podía oír la voz de su hermano, el trémulo canturreo de soprano que esta vez versaba sobre un cangrejo que había subido demasiado arriba y ahora era prisionero de las estrellas.

Aquellos recuerdos iban siempre acompañados de la amenaza del llanto. Lo sentía bañando el fondo de su garganta en acidez, como si fuera lima amarga, pero lograba contenerse. En su nave cabían las lágrimas, pero no las suyas. Y había practicado el pasar por encima de esa lacerante tristeza familiar mediante la ira. Solo necesitaba repetir una palabra: Lir. Evocó el rostro del chico en su mente, sus ojos azules, y dejó que la ira consumiese la tristeza, anticipándose al placer de clavarle un puñal entre sus costillas.

Algún día sería más que una agradable ensoñación.

—Cala —exclamó Piscis sigilosamente en la oscuridad.

Caledonia se sentó en el puente de mando con una rodilla contra su pecho, observando el océano plano que tenía por delante. Desde esa posición elevada, en la silla de la capitana, estaba rodeada por los cuatro puestos de la nave: timón, navegación, control y velas. Cuando la Mors Navis estaba en marcha o disponía de energía, cada uno de ellos controlaba uno de los sistemas principales. Pero en ese momento los puestos estaban vacíos y la tripulación del puente estaba descansando en las cabinas hasta que llegara la hora de luchar. A través de los cristales autorreparables veía que en la cubierta quedaban apenas cuatro chicas, atentas a las señales de los barcos Bala.

Piscis también debería haber estado descansando. Hime le había cosido el corte que tenía en la cabeza y lo había curado con un emplastro regenerador. La herida del hombro no tenía tan mala pinta como habían temido al principio. La armadura de cuero se había llevado la peor parte de ese gancho despiadado, pero tampoco es que haya heridas buenas. Hime les recordaba a menudo la conveniencia de robarles a los Balas material para la piel, como parches o nanogeles, con el fin de poder curar las heridas más graves, a pesar de lo difíciles que eran de encontrar. Hime cosió la herida de Piscis con hilo y vendas, y le dijo que hiciera reposo hasta que fuera absolutamente imprescindible que se moviera. Pero Piscis iba a volver al agua tan pronto como apareciese el siguiente barco. Con o sin herida.

—No deberías estar aquí arriba. —Caledonia se volvió hacia su amiga, cuyo vendaje blanco brillaba a la luz de la luna—. Necesito que estés descansada. Y en la mejor forma posible.

—Ya lo sé, pero te quería dar las gracias. Por dejar que se quede.

Hacía horas que Caledonia no pensaba en el chico. Todavía estaba encerrado, pudriéndose con sus propios pensamientos.

—No me des las gracias hasta que esté fuera de mi nave.

—Te doy las gracias ahora. —Piscis conocía lo suficientemente bien a Caledonia como para no dejarse intimidar por su aparente dureza—. Te he puesto en un compromiso delante de la tripulación, y creo que has hecho lo

correcto.

En realidad, Caledonia no quería que le dieran las gracias. No creía haber hecho algo bueno. Tener a un Bala a bordo era la mayor estupidez que podía cometer, pero Piscis era la debilidad de Caledonia. Estaba dispuesta a casi todo por su amiga, que vivía en la parte más blanda de su corazón. De no ser por Piscis, el chico estaría en ese mismo instante tratando de mantenerse a flote o de vuelta en manos de su tripulación. En la situación actual, probablemente acabaría muerto.

Quizás todas ellas acabarían muertas.

—Ya me tenían, habían atrapado mi remolque. Y hubieran regado mi sangre de Limo, dejándome soñar hasta la muerte. Pero él dio la cara por mí. Solo los espíritus saben por qué, pero de repente apuntó a los demás y me salvó la vida. —Con cara de dolor, Piscis rozó su hombro vendado con mucha cautela—. No puede regresar. Ya sabes lo que piensan de los traidores. Lo que les hacen. Se merece que le ayudemos.

Caledonia no estaba dispuesta a seguir por ese camino. La capacidad de Piscis para atemperar su sed de venganza con dosis de compasión le hacía sentir a Caledonia peligrosamente vulnerable. Después de muchos años, el rechazo de Caledonia a sentir compasión se interponía entre ellas.

—No —dijo decidida—. No se lo merece. Puede que haya hecho algo bueno con respecto a nosotras, pero hay un montón de cosas malas que le persiguen. No lo olvides.

—Cala —dijo Piscis, recorriendo la espalda de su amiga con su voz, como lo haría la mano cariñosa de una madre, calmando y regañando a la vez—. Solo porque alguien haya hecho cosas malas no significa que en su interior sea malo.

Excepto si esa persona era un soldado de Aric Athair. Dejó que la línea que la separaba de su amiga se volviera más espesa, y se la imaginó envolviendo su corazón como si fuese un muro. Piscis necesitaba su corazón. De las dos, era la que sabía interpretar cuándo la tripulación necesitaba espacio para respirar, gritar o luchar. Era útil que por lo menos una de las dos fuese consciente de este tipo de cosas.

En la lejanía repicaron dulcemente ocho campanas. El turno de cuatro horas terminaba y alguien fresco vendría a tomar su relevo. Las chicas se movían discretamente por la cubierta, avanzando como si fueran sombras.

Una silueta apareció en la entrada, justo detrás de Piscis. Los rizos rubios absorbían la luz de la luna.

—Capitana. —La voz de Puntilla era sosegada, relajante y familiar como una manta que abriga—. No hay novedades. Empieza el siguiente turno.

Caledonia asintió, animada como siempre por la presencia de Puntilla. Por

mal que fueran las cosas, siempre encontraba motivos para la esperanza. Su madre había vivido bajo el yugo de Aric, y murió sacándola de escondidas del Holster. Puntilla solía terminar de contar esa historia con una sonrisa. «También hay gente buena ahí dentro. Luchando de todas las formas posibles». Fuera verdad o no, Caledonia se lo creía para saborear también el optimismo de su amiga.

—Gracias, Puntilla. Ve a dormir. Tú también, Pi.

Puntilla se retiró con la misma rapidez con la que había llegado, pero Piscis seguía dudando.

—Pi.

—Me quedaré contigo a hacer guardia. —Piscis se hubiese quedado con Caledonia aun si estuviera sangrando por los oídos.

—Si no puedo tenerte entera, al menos que estés descansada. Vete a la cama o haré que se te lleve Rojo. —Intentó expresarse con suavidad, pero por la respuesta que obtuvo de Piscis era evidente que no lo había logrado del todo.

—¿Qué pasa si realmente es lo que dice ser? —insistió Piscis.

—No lo es —respondió Caledonia de inmediato.

—¿Pero qué pasa si dice la verdad y quiere dejar de ser un Bala? Nos podría ayudar. Era un Bala, debe saber tantas cosas sobre...

—Todavía es un Bala —ladró Caledonia—. Y no pienso seguir hablando de este tema. Lo echamos. Tan pronto como llegemos a aguas poco profundas.

Piscis caminó hacia la puerta y otra vez hacia atrás. La frustración era cada vez más evidente en su mirada brusca.

—No es el enemigo, Cala. Es un instrumento del enemigo y no deberíamos tomarnos a la ligera el hecho de que quiera dejar de ser un Bala. Prométeme que no lo harás.

Eso sí era capaz de hacerlo.

—Te prometo que no voy a tomarme nada de lo que hagas a la ligera.

Si Piscis percibió las palabras de Caledonia como una amenaza, prefirió no darse por aludida.

—Buenas noches, Cala —dijo, dejando un beso en la mejilla de su amiga.

Cada hora pesaba como una losa en la mente de Caledonia. A los Balas no les gustaba viajar de noche, pero cuanto más tardaran en alcanzar a la Mors Navis, más barcos conseguirían reunir, posiblemente. Si enfrentarse con uno ya era difícil, con más de dos sería virtualmente imposible.

El plan podía salir mal de muchas maneras diferentes.

Estuvo tentada de preguntarle a Amina por lo que los espíritus aceptarían como ofrenda para tener el viento a favor. En su lugar, le pidió que escondiera decenas de cartucheras por la cubierta y que en cada una de ellas introdujera un

arma cargada.

Estaban tan preparadas como jamás lo iban a estar. Solo faltaba que las encontrara un barco Bala y que este mordiera el anzuelo.

Cansada de estar sentada y mirar fijamente la oscuridad, Caledonia salió del puente de mando. Saludó rápidamente a la tripulación de cubierta y bajó por la escalerilla hasta llegar a su litera. Sus botas pisaron la cabina con un ruido sordo. La envolvía una oscuridad densa, y necesitó unos instantes para que sus ojos se ajustaran al tenue resplandor de las marcas solares en el techo. Según lo prometido, Amina había redirigido esa energía al sistema de propulsión de la nave, dejando cargadas solamente algunas marcas. Un momento después la luz se estabilizó formando un arco polvoriento a lo largo del pasillo.

Aunque era capaz de orientarse por el vientre de la nave con los ojos cerrados, Caledonia rozaba las paredes con la mano al caminar. Años antes, las cabinas de ese pasillo habían hospedado a las familias que formaban parte de la tripulación de la nave Fantasma. Cada familia tenía su propia habitación, independientemente de su número de integrantes. Ahora, las chicas dormían en las cuatro literas de cada cabina, con un arsenal de armas suplementario guardado en los baúles de debajo del suelo.

Aunque la mayoría de las chicas dormían, Caledonia podía oír, detrás de las puertas, el frágil vaivén de las voces susurrantes. No siempre tenían tanto tiempo antes de una batalla, y los nervios seguirían yendo a más conforme avanzara la noche.

Siguió caminando hasta la cocina, que estaba a oscuras e incluso a estas horas olía a té y a café. La cena había sido más abundante que de costumbre gracias a la muerte de la pobre Bocademetall y a los restos de comida que habían cogido de la barcaza. Como era habitual, Far le había dejado un plato aun sabiendo que no se sentaría a comer. A esas horas debía estar durmiendo en el camastro de la despensa, lista para alimentar a las chicas en cualquier momento si venían a pedir comida. En otras circunstancias, Caledonia hubiera ido a saludar a la mayor de las chicas, pero aquella noche pasó de largo, bajando por las escaleras hasta el almacén.

No sabía adónde se dirigía hasta llegar al tercer nivel, en lo más profundo del vientre de la nave, donde aferró una escotilla sólida de metal situada en una esquina, en la parte anterior del compartimento. La superficie estaba moteada con pintura que poco a poco se iba desgastando. A plena luz parecía una tela de retales amarillos y azul oscuro, pero bajo el brumoso resplandor de las marcas solares el color oscilaba más bien entre distintos tonos de gris. En el centro había una rueda pesada y bloqueada con un cerrojo.

No tenían por costumbre tomar prisioneros, por lo que la celda no solía

utilizarse para esos fines. En aquel momento había un Bala en el interior.

Caledonia abrió el cerrojo, giró la rueda y desbloqueó la escotilla.

Dentro encontró a un chico envuelto en un rayo de luz plateada que entraba por la claraboya. Tenía las manos ahuecadas, atadas por cuerdas blancuzcas. No dormía, como ya suponía Caledonia, pero tampoco le devolvió la mirada. Estaba concentrado en un solo punto de la celda. Tenía un moratón en el lado de la cara y varios más en la piel desnuda de sus brazos. La mordaza que tiraba fuerte entre sus labios estaba húmeda de saliva y sangre. No lo recordaba tan pequeño.

—Levántate.

Dejó la puerta abierta y entró.

Unas cajas de cañamazo, ropa y vendas bordeaban las paredes. Nada que pudiera convertirse en un arma. El espacio restante era largo y estrecho, apenas lo suficiente para que un cuerpo pudiera tumbarse para descansar. No era un buen lugar para pasar mucho tiempo. Apenas había espacio para respirar y esperar.

La última vez que habían utilizado aquel espacio para un propósito similar fue dos años atrás, cuando encontraron a Hime. Pero sus necesidades habían sido dramáticamente diferentes. Por un momento, Caledonia casi podía ver a la pequeña enrollada en el suelo como un helecho. Casi podía oír el golpe seco de sus manos y pies al aporrear el suelo debido al suplicio. Había dado por supuesto que la cicatriz en su oreja significaba que era sordomuda, pero Amina se dio cuenta de que no era así al acurrucarse a su lado y tratar de consolarla susurrándole al oído mientras la pequeña se retorció de dolor.

Caledonia casi había olvidado lo terrible que era ver cómo alguien dejaba el Limo.

Examinó al chico para ahuyentar los fantasmas que la atormentaban. Era fuerte y estaba bien alimentado, como todos los Balas. En la posición en la que se encontraba, sus hombros caían hacia delante y sus rodillas se doblaban ligeramente contra su pecho como si por instinto fuera a enrollarse como una bola en busca de consuelo, pero su cuerpo era tenso, cada músculo perfectamente compacto. Las tres cicatrices en su bíceps izquierdo estaban separadas por apenas dos centímetros. Dos parecían viejas y torcidas, mientras que la otra estaba hinchada como si fuera una herida reciente. Incluso en esa luz plateada se podía ver el pigmento naranja brillante del Limo. Los Balas tomaban tal cantidad de droga que esta se quedaba sedimentada en la sangre y en la piel, brotando en las cicatrices como los farolillos de los que provenía.

Distraída por un sentimiento momentáneo de náusea, a Caledonia le sorprendió que el chico hubiese levantado el mentón, lo justo para mirarla. Era difícil discernir la expresión de su rostro con la mordaza, pero no había malicia

en sus ojos oscuros. Parecía alguien reflexivo, hasta curioso.

—Tengo algunas preguntas. Si me mientes, te cortaré la lengua —avisó Caledonia.

Como respuesta, el chico inclinó la cabeza y bajó los ojos brevemente. Aceptó la amenaza sin enfadarse.

Caledonia dio un paso al frente hasta quedar por encima del chico, con un pie a cada lado de sus piernas. Se agachó y le arrancó la mordaza con brusquedad. La sangre oscurecía las comisuras de sus labios. Olía a sal y a metal.

El chico se humedeció los labios y relajó la mandíbula con un movimiento de atrás hacia delante, sin perder de vista a Caledonia.

—Gracias —dijo, después de una larga pausa.

Caledonia hizo una mueca y le tiró la mordaza sobre su regazo.

—Si me das las gracias otra vez, te la vuelvo a poner.

El chico entendió que lo mejor era callarse. No se movía más que para pestañear. Todavía tenía los hombros encogidos, el mentón ligeramente inclinado y una expresión perfectamente neutral. Era un claro intento de no querer intimidar y de parecer insignificante que Caledonia no estaba segura de si era fingido o real.

Aunque era completamente opuesto en todos los sentidos al chico de la playa —piel dorada en vez de blanca, ojos profundos en vez de frívolos, mandíbula cuadrada en vez de puntiaguda—, su mirada despertó la ira que Caledonia tenía almacenada en el corazón.

—¿Conoces a un Bala llamado Lir? —preguntó, comprendiendo finalmente la razón por la que había bajado hasta ahí.

El chico se incorporó, de repente en alerta. No contestó, pero tampoco tuvo que hacerlo. Fue suficiente con su reacción: Lir estaba vivo y el chico lo conocía.

Todavía agachada por encima de él, Caledonia se acercó hasta que las narices de los dos prácticamente se tocaron.

—Dime el nombre del barco.

A Caledonia no le pasó por alto el temblor en el labio del chico. Le tenía miedo. A ella o a Lir.

—Deja que me quede contigo —le pidió—. No me echéis al agua.

—No confundas esto con una negociación. —Caledonia se apartó para que pudiera apreciar la burla al completo—. Dime el nombre del barco o no serán las aguas poco profundas, sino el fondo del mar.

Tragó saliva y su mirada viajó de los ojos de Caledonia a su sien, para volver apresuradamente a los ojos.

—Te puedo ayudar.

Extendió el puño antes de que pudiera terminar de hablar, impactando contra su mejilla amoratada. El chico cayó de lado, manteniendo el equilibrio torpemente con las manos atadas e intentando agarrarse a las cajas de madera.

Se agachó para aferrar su mentón y entonces le susurró unas palabras terribles.

—Esa mentira ya me la sé. Si vuelves a salirme con esas, te voy a cortar la lengua. ¿Lo entiendes?

Asintió solamente en la medida en que la mano de Caledonia se lo permitía.

—Lir se encuentra en la Farolillo.

El nombre cogió a Caledonia por sorpresa. Oyó una vez más la voz de Lir llamándola *farolillo*, diciendo que parecía apropiado llamarla así, y una rabia renovada empezó a arder en su corazón.

El chico continuó.

—Es uno de los Cinco hijos de Aric. Si es a él a quien andas buscando, te espera una buena pelea.

Caledonia lo había estado buscando desde el primer día en que ella y su tripulación salieron al mar con sus armas. Pero nunca se atrevió a pensar que fuera posible encontrar a un Bala en toda la amplitud de los mares.

—Hay algo más —dijo el chico en voz baja y desafiante.

—¿Qué te hace pensar que voy a creerme lo que dices? —Le había facilitado buena información, pero cuanto más hablaba, menos le creía.

Se oyeron gritos a través del casco que llegaron hasta la celda como una canción obstinada. Habían visto un barco.

Soltó la cara del chico y se incorporó para salir.

—Caledonia —avisó con esa voz dulce y osada a la vez.

Se giró, arrepentida al instante de no haberle vuelto a poner la mordaza.

Su ojo se estaba hinchando y poniendo un poco morado a causa del puñetazo. Pero aun así le aguantó la mirada y dijo:

—Yo no te voy a mentir.

—Lo acabas de hacer —respondió, antes de retirarse.

CAPÍTULO 7



El barco Bala apareció cuando el amanecer se filtraba por las aguas matinales.

Caledonia y la tripulación de la Mors Navis se pasaron tres horas observando la silueta oscura contra el horizonte. Sin querer acercarse demasiado antes de que se hiciera de día, el barco Bala merodeaba amenazante, esperando su momento. Cuando el sol destapó la sábana de la noche, Caledonia reconoció el elegante morro de un buque de asalto marcado con dos franjas verticales de pintura roja. En el puesto de mando, las escamas negras de la vela de sol aprovechaban los primeros rayos de luz.

Era comparable en cuanto a tamaño con la Mors Navis y como esta podía llegar rápidamente a puntas de velocidad muy altas. Pero no era tan fácil de maniobrar y, como consecuencia, era más eficaz cuando atacaba junto con otros barcos. Por el momento, sin embargo, estaba solo en el horizonte, vigilando a su presa desde la distancia.

Con las velas de viento replegadas y la de sol hecha trizas, Caledonia esperaba atraer al barco Bala con su aparente fragilidad. Para que la oferta fuese aún más atractiva, iban a transmitir además la sensación de tener miedo.

—Máxima propulsión —gritó Caledonia—. ¡Desplegad los mástiles!

La nave retumbó, arrastrando agua de la parte delantera y expulsándola por la parte trasera para intentar cobrar velocidad. Durante unos segundos emergió una estela por detrás, impulsando la nave unos pocos metros hacia delante antes

de que el sistema se apagara y la nave volviese a la deriva. Un segundo más tarde, los mástiles de babor se abrieron y los palos alcanzaron únicamente la mitad de su impresionante altura antes de detenerse.

Que se pensarán que la Mors Navis intentaba huir, que se pensarán que el fallo en los sistemas las había cogido desprevenidas.

Caledonia no perdía de vista el buque de asalto, que se detuvo un instante, merodeando a unos kilómetros de distancia. Ya sería mala suerte atraer a un Balístico prudente en lugar de a uno con ansias de gloria. La prudencia las acabaría mandando al fondo del océano.

De repente, una nube de agua emergió por detrás del buque de asalto, y la distancia empezó a acortarse.

—¡Pi! —gritó Caledonia, pero Piscis ya estaba saltando por la barandilla de babor para llegar a su remolque, con todas las baterías cargadas. Llevaba la funda del pulmón azul en la espalda y la máscara completa del regulador en la cara. Después de comprobar que salía aire del estrecho tubo que conectaba a ambos, desapareció debajo de las aguas turbulentas. Esta acción no contribuía precisamente a curar su herida, pero tener a Piscis fuera del agua en una situación como esa hubiese sido peor.

—Al suelo, chicas. —La voz de Dienterrojo se propagó por entre las filas—. Que parezca que estamos a su merced.

Si el buque de asalto decidía acribillar la Mors Navis desde la distancia, la nave se hundiría. El plan era que las chicas se quedasen parapetadas y que pareciese que estaban más cerca de rendirse que de luchar. Pero hacerse las víctimas iba en contra de todos sus instintos. Por eso eran un muro de dientes apretados, de puños cerrados, de sangre ardiente de fuego y guerra, de voces que las gargantas apenas conseguían silenciar. No iban a aguantar mucho tiempo así.

El buque no iba a toda potencia, sino que viraba a derecha e izquierda, probablemente tratando de discernir si la Mors Navis estaba tan incapacitada como parecía.

La tripulación contenía la respiración. La mayoría estaba agazapada debajo del techo de la barandilla de estribor y de una pared con escudos de metal, mientras que las Nudos de Amina se encaramaban a medio mástil. Durante la espera caían perlas de sudor de sus cejas y de sus labios salían plegarias.

Caledonia se puso en pie. Levantó el mentón, dejó que su trenza de color rojo intenso cayera sobre sus hombros, y cuando estuvo segura de haber llamado la atención del buque de asalto, sacó una pistola y disparó directamente al océano en señal de rendición.

Solo se oía la vela de sol hecha jirones. Luego el aire se llenó del rugido del buque de asalto mientras aceleraba en dirección a la Mors Navis.

—¡La cabeza fría, chicas! —gritó Caledonia, sintiendo como su pulso se embalaba. La necesidad que tenía de alcanzar su arma era casi insoportable, pero en aquel instante no enseñar las armas era lo único que las mantenía con vida—. ¡No os mováis!

El buque de asalto siguió ganando velocidad hasta que la chimenea fantasma montada sobre la proa empezó a canturrear en tonos que no eran de este mundo. Era como el grito sordo de un niño al que se han llevado por delante las olas. Siempre que Caledonia oía ese ruido, un escalofrío recorría su espalda.

Ya tenían al barco encima. Su cubierta rebosaba de Balas, los rostros iluminados por la conquista que se antojaba inminente, los brazos desnudos mostrando las cicatrices de color naranja brillante. El barco daba vueltas alrededor de la Mors Navis para sondear su estado. Una ráfaga de disparos golpeó el casco, desafiando a las chicas a que rompiesen filas y empuñaran las armas.

—¡La cabeza fría! —gritó Dienterrojo por encima del barullo.

Ni una sola chica cogió su arma.

La Mors Navis se balanceaba mientras el buque de asalto navegaba en círculos concéntricos, aproximándose a pocos metros.

Un hombre mayor se subió a la barandilla. Llevaba el pelo muy corto y en su camino descendente a través de la cara, la nariz apuntaba en tres direcciones distintas. En su brazo derecho tenía cinco cicatrices horizontales, todas de un naranja brillante, y un poco más abajo la letra A en el interior de un círculo, que lo identificaba como uno de los Balísticos de Aric.

La expresión tenebrosamente plácida de aquel hombre cambió al inspeccionar la cubierta de la Mors Navis, sorprendido de encontrarla llena de chicas. Finalmente, sus ojos se fijaron en Caledonia.

—¡Entregad las armas! —ordenó—. Si os rendís, os acogeré entre mi tripulación.

La reacción de los Balas no permitía confiar en que esas palabras fueran verdad. Risas y vítores hasta que empezaron a amartillar las armas. Aquello no hacía presagiar una buena acogida. Pero el buque de asalto estaba aún demasiado lejos como para que funcionara el plan de Caledonia. Tenían que atraerlo para poder abordarlo.

Caledonia habló para su tripulación.

—Entregad las armas, chicas. Tal como planeamos.

Blandió su pistola al aire y la lanzó al océano. El agua chapoteó, como lo hizo cuando cayeron las armas del resto de la tripulación, que rápidamente imitó a Caledonia. Aquello era una pérdida. Y en modo alguno insignificante, pero estaban en posición de ganar algo mucho más importante.

Satisfecho, el Balístico dio una señal. El buque de asalto avanzó, circundando la Mors Navis una vez más antes de colocarse en paralelo. Los ganchos descendieron como dientes torcidos, acoplándose a la Mors Navis y dejando que los Balas utilizaran una plancha de desembarco para conectar las dos naves.

—La capitana primero. —El Balístico la observaba atentamente.

Caledonia dio un paso adelante. Sola, cruzó la plancha de desembarco del buque de asalto. Podía oler el Limo, excesivamente dulce, y ver la mirada cristalina de cada Bala. Contó más de cuarenta, desperdigados por la cubierta. La vela de sol estaba izada en un único mástil de la parte trasera, bien atornillada aunque desprotegida.

Con gran esfuerzo, se giró para mirar a su tripulación, todavía a salvo a bordo de la Mors Navis. Por un momento se sintió culpable mientras la arrestaban. Nunca les había pedido que tomaran un riesgo semejante. Pero las chicas se la quedaron mirando, con los ojos vigilantes y encendidos, las bocas resueltas y endurecidas. Confiaban en ella.

Dirigiéndose al Balístico, dijo:

—Soy la capitana Caledonia Styx, de la Mors Navis, y me rindo.

—Caledonia Styx. No eres más que una niña. —El Balístico sonrió con alegría y arrogancia. Luego, con un movimiento tan rápido que Caledonia apenas vio venir, le abofeteó la cara con el dorso de la mano. Cayó de rodillas y empezó a ver doble, pero no tanto como para perderse la petulante expresión de su rostro cuando dijo—: Uno se rinde arrodillado.

La sangre se deslizaba por el mentón de Caledonia. El sabor en la lengua era intenso. Se sentía fuerte y despreocupada, pero no sonrió al responder:

—Sí, señor.

El Balístico dejó que uno de los chicos la cacheara para ver si llevaba armas. Unas manos rudas bajaron por sus brazos y espalda buscando pistolas y puñales grandes, sin encontrar ninguno. Fue un registro somero. Probablemente habían preparado algo más exhaustivo para más adelante. Si tenían la oportunidad, iban a despojarla de algo más que de sus armas. Primero serían sus sentidos, confundidos a base de Limo para que se convirtiera en una más de las piezas del ejército de Aric.

Satisfecho, el Balístico dirigió su atención a las chicas a bordo de la Mors Navis.

—¡Ahora el resto! —gritó, con una escopeta apoyada en el hombro.

La siguiente fue Amina. Lideraba una pequeña banda de cinco chicas al otro lado del tablón, muy convincentes a la hora de mostrarse derrotadas y desafiantes al mismo tiempo. Puntilla lideraba otro pequeño grupo que pisaba los

talones de Amina, y finalmente siguieron dos grupos más, de mala gana, antes de que hubiera veintiséis chicas a bordo del barco Bala.

Los Balas buscaron cuerdas y esposas para atar a las chicas. Mientras su atención estaba puesta en la rendición, Caledonia sacó un control remoto de su cinto. Esperaba haberle dado tiempo suficiente a Piscis, pues no había un segundo que perder.

—Quedaréis empapadas con la lluvia. Última oportunidad, chicas.

Dijo «chicas» como si le provocara cosquillas en la garganta, ronroneando y con una sonrisa. Aquello provocó una mueca de asco en el labio de Caledonia, pero se contuvo y buscó el interruptor con el pulgar. Al ver que ninguna de las chicas se movía, el Balístico levantó una mano. Los Balas apuntaron con sus armas y dirigieron sus miradas hambrientas a las chicas que todavía estaban a bordo de la Mors Navis.

—¡Fuego! —gritó el Balístico mientras Caledonia accionaba el interruptor.

Una explosión en el lado de babor provocó una sacudida en el buque de asalto que derribó a todos los que se encontraban en la cubierta.

Todo estaba tranquilo. La vela de sol del barco Bala brillaba como una joya. El agua siseaba mientras la lluvia caía sobre el océano y la tripulación de Caledonia preparaba su próximo movimiento.

Amina y las cinco chicas que había escogido se recuperaron antes que los demás. Sacaron las armas de sus botas y de los arneses que llevaban escondidos, y corrieron hacia la vela. Puntilla y las otras avanzaban junto a Caledonia, bloqueando el camino.

El buque de asalto se escoró fuertemente a estribor. Cinco Balas corrieron hacia el interior de la nave para contener sus heridas, mientras el resto fue a por Caledonia y las chicas.

Las superaban en número. Caledonia contó al menos treinta Balas todavía en la cubierta. Mientras blandían las espadas y sacaban las pistolas, oyó que Dienterrojo decía:

—¡AHORA!

Las chicas a bordo de la Mors Navis abrieron fuego tras sacar las armas que llevaban escondidas.

El ataque cogió por sorpresa a los Balas, dejaba vía libre para Amina y ofrecía a Caledonia y sus chicas la oportunidad de luchar en igualdad de condiciones.

—¡Desplegad los mástiles! ¡Nudos al aparejo! —El grito de Caledonia cruzó el espacio que separaba las dos naves. Dienterrojo repitió la orden y los mástiles llegaron a su máxima altura.

Algunos Balas trepaban por la barandilla para llegar a la Mors Navis. Lo

intentaban por cualquier medio. Algunos pasaban por la plancha de desembarco, otros saltaban y aun había los que llegaban hasta allí colgados de los cabos. Los que permanecían en el buque se acercaban cada vez más a Caledonia y a su pequeña banda.

Puntilla se encontraba al lado de Caledonia, con una pistola y una espada en las manos, en plena refriega. Caledonia buscó al Balístico y lo encontró persiguiendo a Amina y apuntando su rifle a una de las chicas que estaba encaramada a la vela de sol.

La explosión de otra de las bombas de Piscis arrojó el buque contra la Mors Navis e interrumpió momentáneamente la batalla. La plancha de desembarco se partió por la mitad, aunque sin caer al agua, y el buque, que se inundaba, se inclinó hacia la proa.

El Balístico levantó de nuevo su arma y esta vez apuntó directamente a Amina.

Caledonia corrió por la cubierta, consciente de estar dejando sin protección a la tripulación, que quedaba a expensas de los Balas. Pero no había tiempo para pensar en la seguridad. A toda prisa, Caledonia dio una patada a la muñeca del Balístico. Le golpeó justo a tiempo para que el disparo mordiera la cubierta del barco en lugar de la cabeza de Amina.

El Balístico se dio la vuelta y con el cañón de la pistola atacó a Caledonia. Golpeó su mejilla, lo que la dejó aturdida.

El Balístico se inclinó para mofarse de ella mientras la agarraba del cuello.

—Si te hubieras entregado en silencio, tal vez habrías salvado algunas vidas. Ahora vas a ver cómo mueren.

La confianza que tenía en sí mismo era tan apestosa como su aliento. Veía la victoria cada vez más cerca. Las chicas estaban separadas en dos barcos, mientras que su tripulación, además de ser brutal, estaba apelotonada. El Balístico creía que la táctica de Caledonia era improvisada, en lugar de estar perfectamente calculada.

Y ese fue su error.

Un grito despiadado rasgó el aire al tiempo que doce chicas irrumpieron en la parte del buque de asalto que estaba sin vigilancia. Con las miradas puestas en la cubierta, los Balas no habían visto a las chicas deslizarse en un bote y rodear las dos naves. Ya no era su tripulación la que estaba acorralada, sino la de los Balas.

Aprovechando esta maniobra de distracción, Caledonia metió una pierna entre las del Balístico y en dos rápidos movimientos le hizo caer hacia atrás. Se revolvió en busca de su pistola, pero ella fue más rápida. Apuntó y disparó.

Fue un disparo sólido. La sangre se derramó desde la parte alta del hombro,

arrebatándole el espíritu de lucha que llevaba dentro. Sus rodillas cedieron y cayó sobre la cubierta.

Las chicas revoloteaban por todas partes. La pelea era cada vez más salvaje. Se obtenían pistolas mediante puñetazos y puñaladas. A Caledonia le llegaban imágenes de lo que hacía su tripulación: Tina y Foli luchaban espalda contra espalda, las trenzas de Dienterrojo se arremolinaban mientras clavaba su puñal. Puntilla, por su parte, con sangre en la mejilla, luchaba contra un chico que doblaba su estatura.

Pocos minutos después la batalla había terminado. El grupo de Amina había logrado bajar la vela de sol hasta la cubierta, y las chicas se alegraron por el triunfo. Caledonia empezó a sentirse aliviada.

Mientras arrinconaban a los Balas que habían sobrevivido alrededor del mástil principal, Caledonia vio un charco de rizos rubios contra el gris de la cubierta. Allí yacía un cuerpo, inmóvil, teñido de rojo.

—Puntilla. —Caledonia corrió hacia ella, poniéndose de rodillas—. Puntilla —repitió, sin apenas voz. Las mejillas de la chica estaban todavía rosadas por el sobreesfuerzo, y un mar de sangre se desparramaba por debajo de su pequeño cuerpo. En la mano todavía tenía su pistola, con un lazo de puntilla alrededor del puño. Pippa lloraba a su lado, agachada, intentando por todos los medios curar la herida que tenía en el pecho. Pero era demasiado tarde. El momento en el que Caledonia había captado una imagen del rostro de Puntilla, en plena batalla, había sido el último.

Caledonia quería gritar de rabia. Quería ordenar a las chicas que dispararan a los Balas que quedaban, que arrancaran sus corazones negros de este mundo, que mandaran esos cuerpos al fondo del océano y al buque detrás de ellos.

Respiró hondo para tranquilizarse. Sangre. Pólvora. Sal. La batalla había sido costosa para la tripulación, no tenía sentido gastar más municiones.

—Rendíos pacíficamente y tal vez viviréis —ordenó Caledonia, poniéndose de pie.

Esperaba que al menos alguno de los Balas le procuraría otro momento de violencia. Caledonia sentía que la rabia la oprimía como una soga: uno a uno los Balas bajaron las pistolas y los cuchillos.

Pippa y Foli recogieron las armas abandonadas a vuelapluma. Eran más que suficientes para reemplazar las que habían tirado por la borda en la rendición simulada. Detrás de la multitud surgió Amina con dos chicas más y la vela de sol que habían robado doblada entre sus manos.

Caledonia se agachó para estrechar el cuerpo de Puntilla entre sus brazos, su corazón gimiendo de dolor como una de las chimeneas fantasma de los barcos Bala.

—¿Realmente crees que puedes huir de él? Vuestra nave está condenada — dijo el Balístico desde la cubierta, de rodillas, sus palabras tan espesas como la sangre que goteaba de su brazo.

Caledonia barrió la embarcación con la mirada. Había pasado tanto tiempo observando los barcos de Aric desde la distancia que nunca había pensado cómo sería dejar de huir, dar media vuelta y luchar como lo habían hecho.

—Tienes razón. Aric Athair nos condenó hace mucho tiempo. —Le ofreció una sonrisa completamente fría—. Ahora simplemente queremos devolverle el favor.

Mientras la tripulación custodiaba a los Balas a punta de pistola, Caledonia abrazó a Puntilla y se dirigió a la plancha de desembarco, con las chicas siguiéndola por detrás. Su madre le dijo una vez que era más importante la estrategia que la violencia. En aquel momento necesitaba que todo el mundo, las tripulaciones de ambas embarcaciones, supiera que ella había ganado y que no le daba miedo darle la espalda a un barco lleno de Balas.

—¡Replegad los mástiles! —ordenó, con los pies una vez más en el suelo familiar de su cubierta—. ¡Soltad la plancha!

Apareció Tina, quien delicadamente levantó el cuerpo de Puntilla con sus brazos.

—Yo me encargo, capitana.

Las palabras le resultaron familiares, como cuando Puntilla, con su dulce voz, decía «Yo me ocupo del puente de mando, capitana». Por un momento dejó de respirar y tuvo que apretar los dientes para contener las lágrimas. Devolvió la mirada triste de Tina y respondió:

—Toda tuya, Tina.

Poco después, los motores de la Mors Navis zumbaban con sus últimas reservas. En la distancia, una explosión final sacudió el buque de asalto: era el regalo de despedida de Piscis que golpeaba el casco por última vez para asegurarse de que el barco se hundiría lentamente.

Estaban a pocos kilómetros cuando un destello iluminó el cielo matinal. Era de color púrpura, amarillo y rojo. Los Balas que habían sobrevivido estaban pidiendo ayuda.

Caledonia deseaba que no llegara nunca.

CAPÍTULO 8



Cincuenta y dos.

La cifra se había incrementado con el paso de los años. Algunas veces de uno en uno, otras de dos en dos, incluso en ocasiones en grupos de cinco o más. Cada vez que aumentaba, Caledonia sentía un nudo de pánico en el pecho. Aunque era alentador que la tripulación creciera en número, también la aterraba. Ella era responsable de cada chica, tenía que asegurarse de que tenían comida, bebida y salud, y había luchado todos los días para conservar su tripulación entera. Las cincuenta y tres.

Sin éxito.

Había pasado una noche y un día desde que abandonaran el buque de asalto, navegando sin parar hasta llegar a las aguas de la desembocadura del Bone, todas ellas resueltas y centradas en su trabajo. Amina instaló la nueva vela de sol mientras apuraban las reservas. Ahora colgaba del palo de mesana como si nada hubiera cambiado.

Dienterrojo velaba el cadáver de Puntilla en el interior de la nave, gruñendo cuando alguno de los gatos se le acercaba demasiado. Se mostraba tan impasible y estoica como una estatua de mármol, con ríos de lágrimas tallados en las mejillas. Hime era la única que podía acercársele para traer comida. Su amistad se remontaba a los días en que Hime intentaba dejar el Limo, cuando trataba de golpearla y Dienterrojo no se dejaba. Hime sabía distinguir cuándo el exterior de

mármol de Rojo era solamente eso, un escudo que protegía su corazón vulnerable.

Piscis desvió su atención hacia los motores, hacia algo que pudiera arreglar. Y Caledonia se puso al timón, que tan a menudo había compartido con Puntilla, pilotando la nave con mano firme.

Cuando aparecieron en el horizonte las islas de la desembocadura del Bone, Caledonia ordenó parar y se retiró a su cabina. Necesitaban aguas profundas para el cadáver de Puntilla, y Caledonia aprovechó unos momentos de tranquilidad sin que le cayeran encima todos los ojos de la tripulación.

El cansancio la empujaba hacia la cama, pero antes se quitó la ropa manchada de la batalla y se puso algo fresco, un simple par de pantalones y un top de color marrón. El tejido era una reliquia del viejo mundo: absorbía eficientemente el sudor cuando hacía calor y reflejaba su propio calor corporal cuando hacía frío, era fácil de lavar y difícil de romper. A pesar de los años que hacía que lo usaba, el top era igual de resistente que su nave. Después se hizo una trenza en la coronilla utilizando un peine de madera. Las lágrimas se abrían paso por los cálidos senderos de sus mejillas, y ella no hizo nada para detenerlas.

Cincuenta y dos. Eran cincuenta y dos, cuando deberían haber sido cincuenta y tres. Cincuenta y una posibilidades más de fracasar.

Y no era una chica cualquiera. Era Puntilla. Aparte de Piscis, no había otra chica en quien confiara más. Se había integrado en la nave como si siempre hubiese estado ahí. Había trabajado sin ningún problema con Caledonia y gracias a su risa podía evocar los recuerdos más alegres de su madre.

Por su culpa habían muerto las dos.

Alguien llamó a la puerta de su cabina y Caledonia arrancó de raíz esos pensamientos. Se limpió las lágrimas contra la piel y se puso en pie para volver a atarse el cinto.

—Está abierto —dijo.

Se abrió la puerta y entró Piscis, que tenía los ojos rojos y brillantes.

—Estamos listas.

Caledonia asintió. No confiaba en que le saliera la voz. Sentía pinchazos de tristeza en la garganta, en los pulmones y en las entrañas, como si el aire estuviera saliendo de su interior a través de pequeños agujeros.

—Cala, nadie te culpa. —Piscis trató de llamar su atención.

—Pues deberían hacerlo —respondió Caledonia con apenas un hilo de voz.

—No es tu culpa. Y cualquiera de nosotras se hubiese intercambiado por ella.

Las manos de Caledonia temblaban al sujetar el cinto y abrochar la hebilla. «Cualquiera de las chicas se hubiese intercambiado por Puntilla». No era una

amenaza, pero sonaba igual de fuerte.

—Pi... —empezó, pero, al no encontrar las palabras, decidió sujetar la mano de su amiga.

Piscis la estrujó con fuerza.

—Todas la queríamos, y todas te queremos.

Años atrás, Caledonia y Piscis habían decidido cuál de las dos iba a capitanear la tripulación en ciernes. Llevaban un año solas, siguiendo una rutina que no necesitaba palabras. El dolor por haber perdido a sus familias hizo que desarrollaran una poderosa intimidad. En lugar de rivalizar crecieron juntas, sus corazones y mentes entrelazándose como las raíces de un árbol viejo. Pero al crecer la tripulación en número, había que aclarar cuál iba a ser la estructura de mando.

—Una de nosotras tiene que liderar —había dicho Piscis—. Mejor que seas tú.

—¿Por qué no tú? —había preguntado Caledonia, a pesar de que sabía que Piscis tenía razón. Apenas tenían catorce vueltas entonces, y ella se sentía demasiado joven para recoger el testigo de su madre.

—Porque una de nosotras tiene que seguir —había sentenciado Piscis.

Entonces no había logrado entender lo que eso significaba. Pero con el paso del tiempo lo fue entendiendo un poco mejor. Ahora significaba que tenía que sobreponerse a la enorme pérdida de Puntilla. Y significaba que Piscis estaría ahí para apoyarla.

Con la mandíbula apretada y entre lágrimas recientes, Caledonia dejó que Piscis la condujera por el pasillo oscuro hasta la cubierta. Tenían delante a la tripulación entera, bajo la luz de la luna. A sus espaldas, muy cerca, se veía el contorno de las islas y de la desembocadura del Bone. A sus pies yacía Puntilla.

Las hermanas María la habían lavado y puesto un vestido recto que le llegaba hasta los tobillos, canturreando mientras cosían. También habían envuelto sus manos con una puntilla nueva, nítida y brillante a la luz de la luna. En los brazos, las chicas habían escrito sus nombres en tinta negra. Cincuenta y un nombres grabados en la piel, mientras que en las manos habían dejado una pistola aferrada contra su pecho.

Caledonia se vio abrumada por la tristeza, como si la arrastrase una ola gigante. Levantó la mirada de nuevo hacia los rostros que tenía delante, buscando en su interior la fortaleza que tenía su madre.

No recordaba muchas muertes a bordo de la Fantasma, pero en cada una de ellas Rhona Styx había permanecido con la cabeza alta, pronunciando las palabras que ahora buscaba Caledonia. Ni una sola vez flaqueó. De niña, Caledonia pensaba que era porque su madre era demasiado fuerte para sentir

pena. Pero, al encontrarse ella en la misma situación, entendió que Rhona había convertido la tristeza en otro tipo de fortaleza. Era responsabilidad suya mostrarse entera frente a la tripulación ante la pérdida que habían sufrido.

—Esta noche nos despedimos de una de nuestras hermanas —empezó—. El mar nos lleva en volandas mientras vivimos. Nos alimenta, nos ofrece consuelo y nos plantea retos. En la muerte, lo que nos da es paz.

Mientras hablaba, Amina, Hime y las hermanas María ataron piedras al cuerpo de Puntilla. Eran grises y planas, piedras de mar sin nada especial, pero Caledonia se imaginó que cada una de ellas era un cuarzo que brillaba y que le servirían para iluminar su camino. Una en los pies, una en los muslos, una sobre el pecho. Cuando terminaron, levantaron el cuerpo entre varias y lo subieron a la barandilla, mientras los rizos rubios se mecían por una última vez. Piscis estaba cerca, con el pincel en la mano. Caledonia se agachó para añadir su nombre en el dorso de la mano de Puntilla.

—Te queríamos mucho, Puntilla —dijo Caledonia—. Pero tú nos querías mejor. Llévate nuestros nombres y corazones contigo, y no permitas que nos hundamos.

Con cuidado, las chicas pasaron el cuerpo de Puntilla por encima de la barandilla y lo bajaron hasta que desapareció en las aguas oscuras. Se hundió después de un ligero chapoteo mientras la tripulación saludaba con las manos en el aire, las palmas ahuecadas como si fueran velas en el último adiós.

Mucho después de que la tripulación se hubiera dispersado para pasar la noche en sus respectivas cabinas, Caledonia seguía en el mismo sitio con los ojos clavados en el océano. Respiraba profundamente, obligando a su mente a dejar la muerte de su amiga atrás. Necesitaba tener la mirada limpia para guiar a su tripulación.

Pero Puntilla estaba muerta. Una persona a quien quería estaba muerta. Y era su culpa. Una vez más.

Dienterrojo se inclinó hacia Caledonia, con la cadera apoyada contra la barandilla. Parecía más fresca que nunca. Sus trenzas rubias eran delicadas, la arcilla roja en las puntas parecía nueva, sus pecas se veían nítidas y claras, y se había tomado el tiempo para remendar las roturas de su chaqueta gris favorita. Pero sus ojos estaban hinchados de tristeza. Caledonia recordaba su llanto, resonando por la nave mientras navegaban hasta ese lugar de reposo.

Más que cualquiera de ellas, Dienterrojo estaba hecha para la batalla. Encontraba placer en el peligro y luchaba sin miedo al lado de sus hermanas. Pero toda esa furia venía de una sorprendente fragilidad. Amaba con la misma rabia con la que luchaba. Y lloraba por la muerte de su amiga con la misma profundidad con la que la había querido.

—Capitana —dijo con un tono de disculpa por haberla interrumpido.

—Perdona —Caledonia se sorprendió disculpándose.

Dienterrojo hizo una mueca severa, casi agraviada.

—Ella no querría que te disculparas.

—¿No?

—No. —Dienterrojo agitó la cabeza, segura de su respuesta a pesar de que le costaba encontrar algo más que decir—. Querría que siguieras adelante. Que siguieras luchando. Y creo..., creo que le gustaría que tuvieras esto.

En sus manos escondía un lazo de puntilla raído. Era largo como para poder enrollárselo en la mano unas doce veces o más, de un color crema manchado por los años de uso. Los bordes festoneados habían perdido su forma y el tejido era suave al tacto. Puntilla lo utilizaba para abrigarse las manos.

Cuando la madre de Puntilla la ayudó a escapar del Holster, le dio un pequeño carrete de esa misma puntilla. Era lo único que tenía de valor, y no podía soportar la idea de dejar marchar a su hija sin algo que poder intercambiar. Aunque fuera algo tan poco útil como la puntilla.

Había sido su táctica para entablar conversación cuando conoció a la tripulación de Caledonia: un carrete de puntilla a cambio de un puesto en la tripulación. Fue así que le pusieron el nombre de Puntilla. Y cuando las demás chicas le decían que aquello era menos útil que la cabra que viajaba con ellas a bordo, Puntilla les dio una lección. Se envolvía las manos antes de cada batalla y gracias a ello podía golpear más fuerte a los Balas.

Caledonia extendió las manos y dejó que Dienterrojo le colocara la puntilla. Por su mente cruzó la imagen de los rizos de su amiga mientras combatía valerosa contra un Bala que doblaba su tamaño.

La rabia creció en su corazón como una marea. Sus manos se cerraron alrededor de la puntilla. Su voz sonó mortífera cuando dijo:

—Traedme al chico.

CAPÍTULO 9



Dienterrojo subió al chico a cubierta. Casi se ahogaba por lo fuerte que lo cogía de la parte de atrás de la camiseta. Sus manos estaban rojas y le dolían por culpa de las vendas, y su rostro estaba más pálido que el día en que llegó a bordo. Pestañeó bajo la luz tenue de la luna y rápidamente buscó a Caledonia con la mirada.

Dienterrojo hizo una pausa, esperando órdenes. El chico parecía pensar que todo iría bien, tenía los labios entreabiertos en una extraña muestra de optimismo. A Caledonia aquello le provocaba escozor.

—Desatad sus manos —ordenó Caledonia.

Dienterrojo obedeció, y, al circular la sangre libremente, el chico resopló de alivio.

—¿Funcionan? —preguntó Caledonia, animándole a que doblara los dedos para comprobarlo—. Bien. Porque los vas a necesitar.

Dienterrojo sonrió y él se quedó de piedra.

—Tíradlo por la borda.

El chico forcejeó violentamente en un primer momento. Dio una patada a la rodilla de Dienterrojo, derribándola de un solo golpe. Las cinco chicas que quedaban en la cubierta principal estaban de guardia. No solían abandonar sus puestos, pero ante lo sucedido aparecieron al instante.

Caledonia sacó su pistola, lista para disparar y terminar con el asunto. Apretó

el gatillo justo en el momento en que alguien le golpeó la mano. El disparo pasó muy cerca del chico y justo entonces le arrebataron el arma por detrás.

Era Piscis, con sus labios apretados y los ojos bien abiertos. Tiró la pistola al suelo y una vez más interpuso su cuerpo entre Caledonia y el chico.

A Caledonia no le dio tiempo de calmarse. Con un paso al frente la tumbó de un puñetazo en el estómago. Piscis era alta y fuerte, e implacable, pero cuando se trataba de luchar, Caledonia siempre la superaba porque Piscis era incapaz de hacer daño a las personas que quería.

A pesar de todos los años que habían entrenado juntas, Caledonia no lograba explicarle a Piscis lo que se siente cuando una deja que su corazón se convierta en una piedra. Peleas como si tu vida dependiera de ello, aunque no sea necesariamente así.

Piscis se arrodilló, con una mano sobre la parte dolorida en el vientre. Había sido un puñetazo amable, no le había roto nada, pero los puñetazos amables también duelen.

—Me voy con él —advirtió Piscis—. Se lo debo.

—No le debes nada. —Caledonia hizo un esfuerzo para que no le saliera toda la rabia—. Solo le debes algo a tu tripulación. A tu familia—. Sus ojos volvieron rápidamente hacia el chico, detrás de Piscis—. Él es la razón por la que nuestra sangre ha muerto. Es la razón por la que Puntilla ha muerto. Lo único que le debes es una bala.

—Me salvó la vida. Esto tiene que significar algo. —Miró al chico, una vez más de rodillas en la cubierta bajo la atenta mirada de Dienterrojo—. Pasamos años esperando a que alguien defendiera a nuestras familias, a nuestras madres, padres y hermanos. Bueno, ¡pues él hizo algo así! Hizo lo que siempre esperamos que hiciera un Bala, y por eso no voy a dejar que lo mates.

Atraídas por el disparo, las chicas salieron poco a poco de las cabinas para ver el enfrentamiento entre Caledonia y Piscis. El chico se apoyó en las rodillas, con las manos extendidas en señal de rendición. Mantenía los ojos clavados en Caledonia y parecía estar tramando algo. Caledonia lo imaginaba calculando la distancia hacia cualquiera de las barandillas o grabando en su memoria los rostros de las chicas que llegaban para aumentar el tumulto.

Atrapada entre el deseo de satisfacer a su amiga o lanzar al chico por la borda, Caledonia se tomó unos valiosos segundos para reflexionar. Era imposible obviar la similitud entre aquel momento y el que había vivido cuatro años atrás en la playa. Solo que ahora era Piscis quien nadaba en las lágrimas de un Bala y la tripulación que estaba en peligro era la suya. Quería que Piscis recobrarla la sensatez y que se diera cuenta de que aquello era una trampa, quería no tener que enfrentarse a más desafíos y que las chicas se ayudaran con un único objetivo en

mente, tal y como habían hecho hasta entonces. Prácticamente toda la tripulación estaba en la cubierta, formando un círculo compacto en torno a su capitana.

—En los confines del mar, ¿en quién confiamos? —preguntó.

La respuesta de la tripulación fue al unísono:

—En nuestras hermanas.

Caledonia alzó un poco más la voz:

—Cuando nuestras naves se estropean, ¿en quién confiamos?

—En nuestras hermanas.

Vio que Amina, Hime y Tina se colocaban al frente de la multitud.

—En una tormenta de Balas, ¿en quién confiamos? —gritó.

El coro de la tripulación llegó a su máximo esplendor.

—¡En nuestras hermanas!

Y entonces Caledonia bajó la voz, dirigiéndose a Piscis exclusivamente, que todavía estaba arrodillada en el suelo:

—Frente a nuestros enemigos, ¿a quién nos debemos?

Piscis levantó la cabeza poco a poco. Tenía los ojos marrones llenos de lágrimas, pero había acumulado demasiada práctica como para dejarlas caer. Miró al chico, luego a su tripulación dispuesta en forma de círculo, y respondió:

—A mis hermanas.

Caledonia abrazó a Piscis y le dio un beso suave en la boca.

—Tiene que irse.

Finalmente, Piscis asintió.

Era todo lo que necesitaba Caledonia. Rodeó a Piscis, recogió su pistola de la cubierta y dio unos pasos hacia delante. El chico intentó ponerse en pie, pero en lugar de ofrecer resistencia, se detuvo y miró a Caledonia.

—Sé dónde encontrarlos.

—Creo que no entiendes lo poco que me interesan tus historias.

La examinó con toda la intención, los ojos clavados en el tatuaje que tenía en la sien.

—Tus hermanos. Las dos tenéis hermanos. Y sé dónde están.

Era lo último que esperaba que dijera en el preciso instante en que acompañaba la boca de la pistola hacia la parte blanda de debajo de su mentón. Dienterrojo se colocó detrás, convirtiéndose en una pared que impedía que el chico pudiera moverse. No intentó escapar.

—Esas marcas que tenéis en las sienes. Las he visto antes —dijo.

Los dientes de Caledonia rechinaron. Piscis, por detrás, acariciaba su espalda con las puntas de sus dedos. Incluso cuando discutían violentamente estaban unidas por un hilo de confianza. Caledonia inclinó la cabeza, tratando de no revelar su profunda ansiedad.

—Sigue.

Habló tranquilamente, pero con cierta urgencia.

—Dos chicos fueron capturados años atrás y pasaron a formar parte de la familia.

Caledonia apenas pudo contener su mano, que se alzaba hacia su tatuaje. Tampoco pudo contener el empuje de las lágrimas. Piscis resopló tan de cerca que Caledonia creyó que el sonido había salido de su propia boca. Los dedos que antes acariciaban su espalda ahora se aferraban a su camiseta.

—Las mentiras solo harán que tu muerte sea más dolorosa. —Caledonia sentía que las palabras temblaban en sus labios, pero estaba tranquila y se mostraba distante, como si la calmara una lluvia fría. No se dio permiso para ni tan siquiera considerar que el chico decía la verdad. Sus hermanos murieron como el resto de la familia. Había visto el abrigo gris de Donnally en la punta de metal. Estaban muertos.

Él meneó la cabeza.

—Te lo dije. ¿Por qué te iba a mentir? Uno blanquito y otro de piel más tostada, los dos tenían quizás diez vueltas cuando llegaron, ahora deben de tener dieciséis.

Durante el año posterior al ataque, Caledonia y Piscis habían mantenido la esperanza de no ser las únicas supervivientes. Imaginaban que alguien —sus madres, padres o amigos— podía haber escapado con el remolque y el pulmón azul, sumergiéndose y navegando durante muchos kilómetros para despistar a los Balas. Imaginaban a sus madres y padres inconscientes, a la deriva en algún fragmento de la nave, rescatados por el pueblo de Amina, en las Manos del Río, en la región de las Trenzas, hacia el norte. También imaginaban a sus hermanos escondidos en la nave atacante, escapando a la menor posibilidad.

Todo eso eran ensoñaciones nocturnas, palabras que ninguna de las dos se atrevía a decir en voz alta, ideas que en realidad eran armas que se clavaban una y otra vez en sus corazones, hasta que una noche decidieron no volver a hablar más de los muertos.

—Que vivan en nuestros corazones, pero que no nublen nuestras mentes —dijo Caledonia haciendo lo posible para mostrarse fuerte y valiente.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Piscis al manifestar su acuerdo en un tono de voz mucho más bajo que el de su amiga.

—Nuestra primera familia no será la última.

Después de las palabras de este chico endemoniado, Caledonia sintió que su mente se llenaba de imágenes de Donnally. Sus revoltosos rizos negros, sus historias incomprensibles, su insistencia en compartir con ella los trozos de pan. ¿Había estado vivo durante todos esos años? ¿Le había abandonado dos veces?

Esa idea se le clavaba en las entrañas como un puñal.

—Mentiras —repitió ella de nuevo, con dificultad para añadirle algún matiz a la palabra.

El chico se pasó la lengua por los labios, empujando hacia abajo con el mentón contra la pistola de Caledonia para poder encontrarse con su mirada.

—Al que tenía tu marca le gustaba cantar..., por lo menos al principio.

Donnally.

—Cala. —En la voz de Piscis había poco más que aire y dolor.

—Sé..., sé por dónde navegan. Puedo ayudarte a encontrarlos. —Esta vez, la voz del chico adoptó un tono angustiado—. Puedo ayudarte a encontrarlos..., pero ahora tienes problemas más graves.

—Sé más concreto —le exigió.

—Aric ha puesto una recompensa sobre esta nave. ¿Te acuerdas de la barcaza que hundisteis? Era una trampa. Os estaban poniendo a prueba. En aquel momento tenían una docena de barcos a un día de navegación. Ahora deben de estar muy cerca.

La tripulación era un muro silencioso que lo miraba y escuchaba cada palabra, preguntándose si decía la verdad. Porque si aquello era verdad, pronto todos los barcos de los mares Bala las estarían buscando.

Tenía que reconocer que había sido tremendamente astuto. Si hubiese luchado con más ahínco contra Dienterrojo o contra ella, ya estaría muerto. Pero estaba ahí, ofreciendo más información esencial. Era calculador. No debía olvidar nunca que los Balas podían ser muy calculadores.

—Solo eres un Bala —dijo Caledonia, dejando que sus palabras destilaran escarnio—. ¿Cómo nos puedes ayudar?

El viento hizo que el pelo del chico cubriera sus ojos y que su camiseta se le pegara al cuerpo. Tembló.

—Estuve allí desde los siete años —dijo sin vacilar—. Vuestros hermanos están en la ruta de reclutamiento de las Aguas del Norte, y yo sé dónde son más vulnerables.

En cuatro años, Caledonia ni siquiera había considerado dejar un Bala con vida. Pero quería conservar la esperanza, y ese deseo acalló su rabia, de manera que el Bala pasó a ser simplemente un chico. Cogía y sacaba aire por la nariz, intentando disimular el hecho de que estaba temblando, pero Caledonia vio que su hombro se estremecía. Tiritaba, más bien. Pronto necesitaría una dosis de Limo y, llegados a ese punto, posiblemente preferiría saltar por la borda antes que ser su prisionero.

—¿Están juntos? —presionó Piscis—. ¿Sabes en qué barco?

La esperanza en la voz de Piscis fue la gota que colmó el vaso. El corazón de

Caledonia se encogió. Levantó la mano.

—Ya no importa.

Piscis se quedó sin palabras, como si Caledonia le hubiera propinado otro puñetazo en el estómago.

—¿Qué quieres decir? Claro que importa. Están vivos y son nuestros hermanos. Tenemos que ir a por ellos.

Solo les llegaba el sonido del viento. Caledonia dejó que el guion se desarrollase en su mente: la Mors Navis yendo de cabeza a los mares Bala, docenas de naves estrechando el cerco a su alrededor como si fueran un puño que se cierra. Cincuenta y una muertes que podrían haber sido evitadas.

Si lo que él decía era verdad y sus hermanos estaban todavía vivos, Caledonia iría a por ellos sola si era necesario.

—Rojo, déjame espacio —dijo en voz baja.

La orden hizo que Dienterrojo frunciera el ceño. Se apartó y transmitió su irritación a la tripulación.

—¡Apartaos! —gritó, llevándose a las chicas de allí como un rebaño para que no pudieran escuchar la conversación.

Caledonia guardó su pistola y se aproximó al chico hasta que entre ellos solo había viento. Su aliento era cálido y su respiración irregular. Tenía la mandíbula tensa. Caledonia intentó susurrar de forma tajante.

—Odio lo que eres más que a nada en el mundo.

El chico se encogió y respondió:

—Te aseguro que yo lo odio más.

Su primer instinto fue pasar por alto el comentario. Le daba igual lo que odiara o dejase de odiar, pero había un punto de sinceridad en esa voz que no podía ignorar.

—¿Qué es lo que saben de esta nave?

—No mucho. Tienen una descripción general. Sospechan que os escondéis en la desembocadura del Bone. Pero te garantizo que no saben que todas sois chicas. O al menos no lo sabían cuando yo me fui.

—¿Y si lo supieran?

Una mueca atravesó su rostro como un fognazo.

—Mandarían más de doce barcos a buscaros. Aric nunca dejaría que se dijera que su flota ha sido derrotada por un puñado de chicas.

—Una tripulación —mordió Caledonia.

El chico casi sonrió.

—Una tripulación.

Era verdad. Con algunas excepciones legendarias, en la flota Bala predominaban los hombres, excepto las Guadañas, que en su mayoría eran

chicas. Aric prefería que las mujeres se dedicaran a incrementar la fuerza de combate que a luchar.

Caledonia examinó al chico durante un rato más. No podía confiar en una sola de las palabras que salían de su boca, pero tampoco era capaz de rechazar lo que decía.

—Si estás mintiendo sobre lo de nuestros hermanos para salvar tu vida, me aseguraré de que sufras durante mucho tiempo.

Asintió, cruzando su mirada con la de Caledonia.

—Te creo, Caledonia Styx.

Una vez más, luchó contra su impulso de tirarlo al agua. Tenerlo allí ya era desagradable, pero, si además se mostraba amable, la cosa se volvía directamente insoportable. Dio un paso atrás para ponerse de cara a la tripulación.

—Si realmente hay una recompensa sobre esta nave, tendremos que intentar pasar desapercibidas durante un tiempo.

—¿Pasar desapercibidas? —preguntó Piscis, horrorizada—. ¿Y qué hay de nuestros hermanos? Los podemos salvar, Cala. ¡Podemos rescatarlos!

—Acabamos de perder a una compañera al enfrentarnos a un solo barco. ¿Quieres navegar directamente a los mares Bala? Sería un riesgo demasiado grande incluso para recuperar a nuestros hermanos.

—Pero él sabe dónde se encuentran. —La voz de Piscis corría con facilidad por la cubierta. Decenas de chicas seguían la conversación ansiosas, con curiosidad, atentas a cada palabra.

Caledonia no quería hablar de eso allí, delante de todo el mundo. Necesitaba tiempo para pensar y para tomar en consideración las distintas opciones. No podía abandonar la nave y su tripulación mientras las estaban buscando, pero tampoco podía ponerlas en peligro al pedir a las chicas que la siguieran. Por último, tampoco podía ignorar que posiblemente sus hermanos estaban vivos.

—No es tan sencillo —dijo.

—Pues a mí me lo parece. —Dienterrojo colocó las manos en la cadera, erigiéndose por encima de las demás—. Vuestros hermanos están vivos. Vamos a por ellos. Los rescatamos y los traemos de vuelta a casa.

Un murmullo se extendió por la tripulación. Hubo un silbido de aprobación, algún aplauso desperdigado y señales claras de que la opinión de Dienterrojo contaba con apoyos. Caledonia pensó en aprovecharse de la situación y mandar a las chicas a la boca del lobo para salvar a Donnally y Ares. Pero sería un disparate. Y un gesto egoísta.

—De vuelta a casa... —repitió Caledonia—. No hay nada que me gustaría más que tener a nuestros hermanos aquí, a salvo en esta nave. Pero no puedo

pediros que arriesguéis vuestras vidas en una operación tan peligrosa. Especialmente con la recompensa que pesa sobre nuestras cabezas. —Miró a Piscis—. Si vamos, vamos solas.

—Lo siento, capitana, pero ni hablar. —Dienterrojo se encogió de hombros, su mirada puesta en la puntilla dentro de la mano de la capitana en forma de pelota—. Lo que tiene la familia es que a veces no tienes que pedirnos que hagamos cosas estúpidas, y a veces puedes obligarnos a que no las hagamos. ¿Ir a por vuestros hermanos? Vale la pena arriesgarse, en mi opinión.

La voz de Rhona resonó en su interior. «La pérdida es inevitable. Algunas pérdidas serán más duras que otras. Recuerda: no arriesgues nunca más de lo que estás dispuesta a perder».

—Pondríamos en riesgo las vidas de todas solamente a cambio de dos. —Caledonia se imaginó que su corazón era una piedra pesada que se hundía en las olas convulsas del océano.

Tina se desmarcó del círculo, con sus cuatro hermanas a sus espaldas.

—Rojo tiene razón. Estamos todas aquí porque ese cabrón nos robó algo. Si no somos capaces de luchar para recuperarlo, entonces, ¿para qué luchamos?

Las cabezas asintieron, sin una sola nota de desacuerdo.

—La misión sería muy diferente —protestó Caledonia—. Normalmente hundimos barcazas y después huimos. Pero hay un océano entre nosotras y las Aguas del Norte. De ahí no escaparíamos tan fácilmente.

Buscó el apoyo de Amina y se encontró con un rostro en conflicto: incluso ella no parecía convencida. Con el entrecejo fruncido, Amina levantó la voz:

—Hermanas, ¿cuántas de nosotras hemos perdido a nuestros hermanos a manos de Aric Athair? —Unas cuantas manos se levantaron por la cubierta. Amina continuó—: Asesinaron a mi hermano delante de mí. Si viviera, nada me disuadiría de ir a por él, del mismo modo que nada debería disuadirte a ti, capitana. Utilicemos este Bala para salvarlos.

Hime dio un paso al frente, moviendo las manos con soltura.

—*Somos tus hermanas, lo has dicho muchas veces. Si nosotras somos tus hermanas, entonces ellos son también nuestros hermanos. Hagámoslo. Vayamos a por ellos.*

Caledonia no sabía qué hacer con el escalofrío que recorría su sangre. La mano de Piscis se entrelazó con la suya y la apretó.

Dio media vuelta para hablar con el chico. Podía resultarle de ayuda el dirigir toda su rabia contra alguien. Los hombros del Bala se crisparon y parpadeó con fuerza. Necesitaba una droga que no le podían proporcionar.

—Vas a pasar un infierno cuando el Limo deje de circular por tu sangre. Si sobrevives, tal vez puedas sobrevivirme a mí.

No sonrió. Caledonia pensó que, de hacerlo, le hubiese pegado. En cambio, respiró aliviado, asintiendo sin hablar.

—¿Cala? —preguntó Piscis, atreviéndose a sonar esperanzada—. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Necesitamos provisiones y reparar la nave —dijo, saboreando la sal en los labios y la incredulidad en la lengua. Respiró profundamente y empezó a enrollar la puntilla alrededor de su mano izquierda. La desembocadura del Bone estaba a la vista, pero necesitaban más de lo que podrían encontrar en esas islas. Tenían que llegar a un puerto—. Nos vamos a Nuberrota.

La tripulación permaneció inmóvil hasta que Caledonia terminó de introducir la puntilla por entre todos los dedos y alrededor de la muñeca. Apretó el puño para poder atarla. Era lo único de su amiga que podía llevar, pero por lo menos era la parte que siempre estaba lista para luchar. Caledonia no tenía ninguna duda de que Puntilla hubiese estado de acuerdo con su valiente tripulación. Y lo hubiese estado con una sonrisa.

Caledonia volvió a mirar a las chicas. Esperaban ilusionadas y preparadas.

—Nos persigue una tormenta, señoras. Y no es una tormenta pequeña. Pero nosotras somos fuego en el agua. —Hizo una pausa para dirigirse a Piscis—. Vayamos a salvar a nuestros hermanos.

CAPÍTULO 10



Caledonia pasó el resto de la noche luchando contra el fantasma de su madre.

No podía quitarse de encima la sensación de que Rhona estaba sentada en la cama de al lado, la espalda contra la pared y una rodilla doblada por debajo de su cuerpo, con una expresión crítica en el rostro que parecía decir: «¿Qué crees que estás haciendo, Caledonia?».

La respuesta parecía egoísta. Quería creer que estaba haciendo lo correcto, más aún, quería creer que Rhona habría hecho lo mismo. Pero Caledonia sabía lo que hubiera hecho su madre: se habría mantenido firme en su postura frente a la tripulación y las habría llevado por un camino que incrementara sus posibilidades de supervivencia. Nunca las hubiera puesto en peligro de haber habido alguna posibilidad de escapar. «El deber de la capitana es mantener las cosas tal como están y tomar decisiones orientadas a preservar la seguridad de la tripulación, incluso cuando los corazones piden otra cosa». Caledonia estaba haciendo exactamente lo contrario.

Respecto a Donnally, ¿estaba realmente vivo? ¿Vivía con la flota de Aric? La descripción del Bala era demasiado concreta como para no tomarla en serio. Se encontraba indefensa frente a esa esperanza que revoloteaba en su pecho, dando puntapiés a los viejos recuerdos.

Las noches en las que Caledonia se tumbaba boca abajo en la proa de la nave, estudiando las aguas como le había enseñado su madre, Donnally se

colocaba a su lado, mirando al cielo, siguiendo las estrellas.

—Nia —dijo una noche cuando soplaban un viento frío y estaban tapados con varias capas de hermosa lana. Era la única persona que la llamaba Nia. Todos la llamaban Cala o Callie o simplemente Cal. Pero Donnally necesitaba diferenciarse con algo que fuera solo suyo—. Nia, el padre de Ares me ha contado una historia. ¿Quieres oírla?

—No —Caledonia respondió inmediatamente, harta de las historias interminables de su hermano.

—Hay un monstruo marino en el cielo. Si te giras y alzas la vista, te lo enseñaré. —«Levanta la mirada» era algo que solía decir su padre cuando consideraba que estaban demasiado obsesionados con una sola cosa. En el caso de Caledonia, con la superficie del océano. Pero aquellas palabras, al salir de la boca de su hermano, sonaban condescendientes. Caledonia lo ignoró, pero Donnally insistió—: Era el señor de los océanos y aterrizzaba al rey y a la reina. Para apaciguar su ira, estos decidieron sacrificar a su propia hija. El monstruo se llamaba Cetus.

En estado de excitación, Donnally agarró por el hombro a Caledonia con sus pequeñas manos. Ella se lo quitó de encima con un codazo.

—Es una historia terrorífica —contestó—. Me alegro de que papá y mamá no sean así.

—No te preocupes —dijo Donnally, reculando poco a poco con una mirada traviesa—. Un niño fue a rescatarla.

Se marchó antes de que Caledonia pudiera demostrarle cuál de los dos necesitaba que lo rescataran. Su risa resonó por toda la nave como si fueran campanas iluminadas por el sol, pero con un sonido irritante.

La sangre se aceleraba por las venas de Caledonia como si fuera una corriente del océano al pensar que Donnally se encontraba destinado en algún lugar de la flota de Aric. Se imaginaba sus rizos negros cayendo por encima de sus ojos, se preguntaba si le habría crecido la nariz y temía que hubiese olvidado sus historias.

Se merecía una hermana capaz de rescatarlo.

El fantasma de Rhona suspiró y chasqueó la lengua. En realidad eran pequeños sonidos que distraían a Caledonia lo suficiente como para mantener los ojos bien abiertos y husmear en el baúl hasta que fuera imposible conciliar el sueño. No era un fantasma de verdad, sino una brisa que entraba por la claraboya, la bofetada alquitranada de la superficie del mar contra el casco. Era la culpa que sentía por arriesgar las vidas de su tripulación basándose en las palabras de un Bala.

Alguien llamó a su puerta a primera hora de la mañana. Caledonia reconoció

el sonido y, sin molestarse a salir de la cama, dijo:

—Entra Pi. —El físico espigado de Piscis era como una sombra en el aire de color carbón. Se deslizó por la puerta, cerrándola después de entrar, y subió a la cama de al lado.

Cuando encontró una posición confortable susurró:

—Creo que es real. Tiene que serlo, ¿verdad?

Sus ojos oscuros eran grandes y estaban cansados. Tampoco había dormido, pero no por miedo o sentimiento de culpabilidad.

—Tiene muchas razones para mentir. —La precaución de Caledonia era tan profunda como el océano—. Pero...

—¡Pero los detalles! —Piscis se olvidó de bajar la voz—. Nadie habría podido adivinar eso de Donnally si no le hubiera visto cantar. Eso es real, ¿no? Tiene que serlo.

—Creo... —La precaución cedía bajo el peso de la esperanza—. No lo sé, Pi.

Las lágrimas de Pi se bañaban en la luz del amanecer. Sonrió con delicadeza y pasó los dedos por el tatuaje de Caledonia.

—Estás caliente. —Piscis siempre lo estaba, pero esta vez más de lo habitual—. ¿Tienes fiebre?

Con cuidado de no hacerse daño en su hombro herido, Piscis se recostó en la almohada de Caledonia.

—Es el proceso de recuperación. La Bella Hime dice que tener un poco de fiebre es normal.

Piscis se preocupaba mucho por Caledonia, pero hacía lo posible para que su amiga no hiciera lo mismo con ella. Casi siempre funcionaba. Pero había restos del viejo mundo que todavía persistían: la tecnología de las naves, los tejidos, las armas y un virus que quemaba los cuerpos como el fuego. La fiebre era siempre una razón para preocuparse.

—Apenas duele —continuó Piscis—. Y, honestamente, siento que podría nadar kilómetros y kilómetros en este mismo instante.

—Me alegro. Eso es bueno. —Los ojos de Caledonia se posaron en el baúl de la esquina—. A Rhona no le gustaría el plan que tenemos entre manos.

—Eso no lo puedes saber. —Piscis se puso de espaldas, con una mano sobre el amuleto que había llevado alrededor del cuello durante esos cuatro años. Era un pequeño círculo de cristal dentro del cual se encontraba, prensada, una planta verde que había pertenecido a Ares. Lo había rescatado de la cáscara quemada de la nave Fantasma.

—Yo creo que sí. Nunca se hubiera arriesgado. ¿La tripulación entera a cambio de dos personas? No salen las cuentas.

—Solo si piensas en la gente como si fueran números.

Caledonia suspiró lentamente.

—Una capitana tiene que pensar en la gente como si fueran números. Es la única manera. Cuando una pequeña parte de la tripulación está fuera de tu alcance, poner al grueso en peligro es un disparate. No importa quienes sean, si dos personas se quedan atrás, las dejas y proteges al resto.

En realidad, hacía años que Rhona hubiese estado en desacuerdo con Caledonia. Arriesgaba demasiado, era demasiado beligerante. Y con ello había conseguido que pusieran una recompensa sobre la nave y su tripulación.

Piscis se incorporó bruscamente.

—¿Crees que nos dejó abandonadas en la playa, aquel día?

—Por supuesto.

—¡Cala!

—Tenía que hacerlo —Caledonia respondió con una mueca—. Era su única salida.

—Cala, piénsalo. Pasó mucho tiempo desde tus disparos hasta que empezó el ataque. Tuvieron tiempo de levar el ancla y salir de ahí. Pero cuando llegamos a la playa estaban exactamente donde les habíamos dejado. Nos estaban esperando.

—¿Qué? —preguntó Caledonia, paralizada, tratando de encontrar una sola prueba en su recuerdo de que Piscis se equivocaba, sin éxito.

—Murieron porque nos querían demasiado para marcharse —continuó Piscis, con el amuleto guardado en su puño—. Es posible que tu madre fuese partidaria de respetar siempre las reglas, pero en ese momento cambió de opinión. Habría querido que fuéramos a por nuestros hermanos. Más aún, habría querido que fuéramos a por los responsables de sus muertes. Lo creo firmemente, y tú también deberías.

Una mezcla de miedo y terror invadió a Caledonia. Era extraño que Piscis mostrara tanta rabia contenida, pero de vez en cuando salía a relucir, asomándose a la superficie como la aleta de un tiburón.

—Es nuestra oportunidad para hacer precisamente eso. —Las mejillas de Piscis se encendieron por la fiebre y la determinación. Sonó más ambiciosa que nunca cuando añadió—: Podemos vengarles.

Caledonia creía en cada palabra que decía su amiga. Creía que si algún día Piscis descubría a la auténtica responsable de la destrucción de la Fantasma, no dudaría en enterrarle un puñal en el corazón. En su corazón.

Ese día llegaría. Pero antes, Caledonia obtendría su venganza.

—Solo es un Bala —dijo ella, con la mente puesta en el chico que tenían bajo su custodia—. Probablemente nos está mandando directamente hasta Aric.

Piscis rio, lo que provocó que los labios de Caledonia volvieran a adoptar la

forma de una sonrisa.

—Deja de pensar que es una trampa por un minuto. Disfruta del sentimiento. Donnally y Ares están vivos.

Era una fantasía peligrosa. Si dejaba que su corazón se empapara de ella, Caledonia estaba convencida de que acabaría sufriendo. Pero allí, con Piscis, debajo de las sábanas gastadas de su cama, se permitió el lujo de creer por un momento. Si Donnally y Ares habían sobrevivido, tal vez podría salvarlos y redimir esa pequeña parte de su pasado.

—Podría volver a oírle cantar —murmuró, con su frente apoyada en Piscis.

—Y yo podría volver a hacer carreras contra Ares. —La cabeza de Piscis rodaba sobre la almohada—. Probablemente ya sea más alto que yo.

Aunque tres años más joven que su hermana, Ares también era capaz de abrirse paso por el océano. Era tan valiente como Piscis, mientras que Donnally, en cambio, era una persona tranquila. Por alguna razón, los dos eran tan inseparables como las hermanas mayores.

—No puedo imaginarme a Donnally más alto que tú. Era tan torpe y larguirucho.

La imagen fue más impactante de lo que Caledonia había esperado e hizo que sintiera un doloroso pellizco en el pecho.

—Arriba —dijo Caledonia, pasando por encima de su amiga y saliendo de la cama—. Ya basta. Tenemos trabajo.

—Has aguantado más de lo que creía —bromeó Piscis—. ¿Eran sinceras esas emociones o...?

Caledonia lanzó su camiseta sucia a la cara de su amiga.

—Tienes suerte de estar herida.

CAPÍTULO 11



El sol desprendía rayos de color rosa sobre los labios de la claraboya y el olor a tabaco fresco flotaba por los pasillos. Las chicas se levantaron, se vistieron y desayunaron en poco tiempo. Tina estaba al lado de la capitana cuando esta salió de la cocina, y le relató con entereza el informe completo de las actividades nocturnas, si bien sus manos parecían incómodas mientras sujetaban el cuaderno de Puntilla.

—¿Cuál es la temperatura de la tripulación? —preguntó Caledonia.

—¿La temperatura? —Tina la miró alarmada, con miedo de haber olvidado alguna parte de la contabilidad.

—El estado de ánimo —aclaró Caledonia—. ¿Cómo están llevando lo de Puntilla?

Tina entrecerró sus ojos azules y consultó su lista. Era un registro pormenorizado de las existencias y de los turnos de guardia, nada que pudiera ayudarla a contestar a la pregunta. Sin embargo, la estudió durante un buen rato antes de llegar a una conclusión:

—La echamos de menos, pero se habla más de los hermanos.

—¿Y qué dicen al respecto? —preguntó Caledonia. Al ver que Tina dudaba, añadió—: Necesito que seas honesta conmigo, Tina. Es importante que sepa no solo las cosas buenas.

Tina negó dos veces con la cabeza y continuó:

—Todas están contigo. Sabemos que es arriesgado y que no todas regresaremos con vida, pero estamos contigo, capitana.

Tal vez la mañana con Piscis la había dejado demasiado sensible, pero aquella noticia le cortó la respiración y necesitó todo su autocontrol para que no se le notara. Por un instante sintió cincuenta y un par de manos apoyadas contra su espalda, sosteniéndola en el aire y llevándola en volandas. No podía defraudar a las chicas.

—Estamos listas, capitana —Piscis la avisó desde la distancia.

Caledonia dio las gracias a Tina y volvió atrás para seguir a Piscis por la cubierta.

La sala de mapas era un cubículo sin ventanas debajo del puente. En la estantería de una de las paredes había mapas recopilados con el paso del tiempo, cada uno de ellos cuidadosamente etiquetado y clasificado según la región.

Esos habían sido los dominios de Puntilla. Cada vez que encontraban un nuevo mapa se pasaban horas analizándolo, tratando de recomponer las piezas del viejo mundo para entender mejor el nuevo. En los mapas más antiguos aparecían masas inmensas y desconocidas de tierra rodeadas por numerosos océanos. Ninguna de esas masas encajaba con el paisaje que las circundaba. Pero Puntilla estaba convencida de poder encontrar alguna clave que desentrañase el pasado y que pudiera explicar el presente.

Los mapas de los mares Bala eran pocos y habitualmente nada fiables, pero los había utilizado para elaborar el suyo propio. Mientras navegaban, Puntilla anotaba observaciones de cada nueva región. El norte era la región menos detallada. Las Islas Rocosas estaban cartografiadas solamente en su frontera oriental, mientras que en el extremo occidental había una zona llamada Tormenta Perpetua. La corriente de las Aguas del Norte, por su parte, fue rastreada muy vagamente en la región de las Trenzas y más allá, y los ríos eran solamente hipótesis sobre papel. El sur, en cambio, estaba lleno de anotaciones. En la península oriental el Holster estaba marcado claramente con una «X» y en la desembocadura del Bone cada isla estaba perfectamente dibujada hasta representar la forma exacta del archipiélago, mientras que las flechas indicaban de forma fidedigna la dirección de las corrientes. La Red estaba marcada con una serie de almohadillas y lo que había más allá Puntilla lo había denominado «el Exterior». Según Puntilla, todo este mundo estaba en progreso.

Además de sala de mapas, aquí es donde se reunía el mando de la nave cuando tenían que hablar en privado. Había una segunda mesa en el centro de la sala, más grande y rodeada de sillas. En la que se hallaba más lejos de la puerta estaba sentado el Bala.

Inclinado sobre sus manos y empapado en sudor, estaba sumido en oleadas

de temblores. Cada respiración parecía más dolorosa que la anterior y su piel se había enrojecido y palidecido a la vez. No suponía ninguna amenaza, pero aun así Dienterrojo estaba de pie detrás de él, lista para reprimir cualquier estupidez que pudiera cometer.

Todo esto ya lo habían visto antes. Los Balas de su edad necesitaban una dosis diaria de Limo para ser funcionales. Y este llevaba tres días desde la última. La fiebre se intensificaría y el chico se pondría a sudar hasta que ya no quedase sal en su interior. Los temblores se convertirían en auténticos escalofríos y pronto empezaría a sufrir alucinaciones.

Podían darle una dosis. Mantenerlo en sus cabales durante uno o dos días. Pero ofrecerle una dosis suponía revelar a Hime lo que no tenía que saber: que habían robado Limo refinado de la última barcaza y que pretendían venderlo al llegar a Nuberrota.

Hime se encontraba lejos del Bala, apartada en una esquina. Intentó hacer ver que los temblores no la afectaban, pero dejaba entrever su malestar retorciendo constantemente las manos. En los peores momentos, ella se había peleado con cualquiera que se le acercaba. Y la primera vez que le habían puesto una espada en las manos para ir a luchar, había caído en un pánico ciego, atacando de forma indiscriminada. Si no hubiese sido gracias a la intervención de Dienterrojo, habría matado a alguien de su tripulación. Por su parte, Dienterrojo se llevó un tajo en la palma de su mano derecha.

Caledonia se encontraba entre Piscis y Amina, de cara al Bala. Necesitaban toda la información que les pudiera facilitar antes de que sus palabras dejaran de ser coherentes.

—¿Puedes hablar? —Caledonia dio unos pasos alrededor de la mesa.

El Bala miró hacia arriba, se encontró con su mirada y la sostuvo.

—Sí.

Caledonia dobló sus dedos para enseñar su puño, pero no le golpeó.

—El nombre de la nave.

Tragó saliva e intentó coger fuerzas de un violento temblor.

—Electra.

Caledonia ignoró la parte remota de ella que se compadecía por su dolor e insistió.

—¿Qué tipo de nave es?

—Un transporte. Con un calado más profundo que vuestra nave, aunque más lenta. Y más pesada.

—Pues entonces les embestimos —dijo Dienterrojo, entusiasmada con la idea—. Los dejamos fuera de combate y dejamos a las ratas desperdigadas por las aguas congeladas.

—No podéis. —El Bala habló sin que nadie se lo pidiese y sin perder de vista a Caledonia.

—¿Por qué no? —Caledonia lo miraba con una irritación desenfrenada.

—Su casco está electrificado. Si embistes antes de desactivarlo...

Dienterrojo soltó un cúmulo de sus expresiones más pintorescas.

—¿Cómo funciona? —preguntó Piscis. Se había sentado al otro lado del Bala con papel y lápiz.

El Bala apenas lograba mantener el mismo tono mientras hablaba.

—La nave Electra tiene un doble casco, pero no está reforzado. Los dos cascos están separados, pero solamente el externo está aislado y cargado con un voltaje letal. Está hecho para que parezca fácil de perforar, pero en el momento en que vuestro casco entrara en contacto con el suyo... —Levantó las manos y presionó las puntas de sus dedos—. La carga se transferiría a vuestra nave y todas las personas a bordo se convertirían en conductores de electricidad.

Era demasiado fácil de imaginar: el impacto del metal contra el metal, los aullidos de la tripulación con sus cuerpos expuestos a una electricidad mortal. No era un sistema muy diferente de las redes eléctricas de Amina, pero este siempre estaba en funcionamiento.

—¿Y cómo demonios abordamos una nave así? —preguntó Piscis. Su expresión era de súplica mientras miraba al Bala.

—Alterando la carga —dijo Amina—. Pero para alterar ese tipo de carga..., necesitaríamos mucha energía. Más de la que disponemos.

—¿Puedes encontrar lo que necesitas en Nuberrota? —preguntó Caledonia.

Amina se encogió de hombros.

—En Nuberrota puedes encontrar cualquier cosa. Otro tema es poder procurártela.

—Si se puede construir algo para neutralizar esa carga, yo te lo conseguiré —dijo Caledonia—. ¿Puedes?

Amina asintió, decidida.

—Por supuesto, capitana.

Caledonia devolvió su atención al Bala.

—Ahora dinos dónde los podemos interceptar.

El Bala se aclaró la garganta, se cogió el cuerpo con los brazos y empezó a hablar.

—La Electra navega por la ruta de reclutamiento de las Aguas del Norte cada diez meses con el fin de incorporar a nuevos reclutas de las colonias. Estará ahí en tres semanas. Su punto débil es la zona más al oeste. —El Bala respiró para recobrar el equilibrio. Piscis parecía preocupada, pero él continuó—. Cubre un trayecto de ida y vuelta. Empieza en el pueblo más lejano y regresa

paulatinamente para no tener demasiados reclutas a bordo al mismo tiempo.

Todas sabían que «reclutas» significaba «niños». Aric barría las Aguas del Norte al menos una vez al año, llevándose un porcentaje de niños de entre siete y nueve años. De hecho, las colonias podían establecer ese porcentaje a su discreción. No había nada más terrible que un pueblo que entrega a sus propios habitantes para servir al tirano de un lugar remoto. Salvar a sus hermanos les dejaría un mejor sabor de boca si, de paso, lograban hundir esa nave.

Los escalofríos del Bala eran cada vez más intensos, y esta vez Hime se acercó con las manos en alto.

—*Basta. Necesita descansar.*

—Descansará cuando la capitana haya terminado de interrogarlo —ladró Dienterrojo.

—*Si no descansa, ya no nos será útil.* —Hime fulminó a Dienterrojo con la mirada, ignorando que Amina, detrás de ella, había dado un paso adelante.

—Guarda tu compasión para alguien que la merezca, princesita —dijo Dienterrojo reculando.

Caledonia examinó al Bala durante un minuto de reloj.

—Tenemos lo que necesitamos, por ahora. Levantadlo.

Dienterrojo ayudó al chico a ponerse en pie y se lo llevó dando la vuelta a la mesa hasta llegar a la escotilla. Antes de salir, Caledonia cogió a Dienterrojo por el brazo.

—Ya me lo llevo yo.

Dienterrojo luchó contra su propia mueca, pero seguía ahí, deformando su rostro en una expresión que denotaba consternación.

—Sí, capitana.

Caledonia lo empujó.

—Muévete —ordenó.

El chico trastabilló. Sus pasos eran irregulares y torpes, pero Caledonia vio que no necesitaba que le dieran indicaciones para regresar a su encierro. A pesar de haber hecho el camino una sola vez, se acordaba de cada giro.

Entró en la celda e inmediatamente se desplomó sobre un montón de cañamazo, con dificultades para respirar.

Caledonia enterró la simpatía inoportuna que le despertaba aquella escena. Dienterrojo tenía razón, no merecía su compasión, aunque tenía una pinta lamentable.

—Una nave con un casco electrificado. —No entró en la celda, sino que se detuvo en la puerta.

—Eso es lo que he dicho. —Apenas se movía, pero sus palabras iban cargadas con un ápice de agresividad.

—Parece un arma increíble. ¿Cómo es que nunca había oído hablar de ella?
Sus ojos se entrecerraron.

—Quizás tus prisioneros anteriores murieron demasiado rápido.

Estaba enfadado. Bien. Enfadado significaba honesto.

—Un Bala nunca muere lo suficientemente rápido.

Soltó una carcajada. Era un ruido áspero y dolorido, como papel de lija sobre metal.

—Creía que disfrutabas viéndome sufrir.

Sus miradas se encontraron. Por primera vez la del Bala tenía un aire desafiante. A Caledonia no le importaba lo que él había dicho. Un Bala es un Bala. Algún día acabaría demostrando que no merecía mayor confianza que la que le habían dado. Estaba convencida de ello. Y cuando se acabara demostrando, estaría lista con un puñal en la mano.

CAPÍTULO 12



Aparecieron los picos de las Islas Rocosas, bañados por el frío y el intenso azul del atardecer, envueltos en unas profundas sombras. La cordillera se veía interrumpida por una enrevesada y prácticamente infranqueable red de canales. Aunque los picos más altos estaban a menudo cubiertos de nieve, en las laderas había algunos de los terrenos más fértiles de los mares Bala. Ricas en recursos naturales y de difícil acceso, las montañas albergaban la ciudad de Nuberrota, un mercado portuario de dos niveles que por tradición y circunstancias no formaba parte de los dominios de Aric.

A su alrededor había un archipiélago de islas escarpadas creadas para que los barcos redujeran la velocidad al acercarse y en las que se podían encontrar metales preciosos. En esas islas artificiales las aguas estaban llenas de restos de cascos de barcos por culpa de capitanes que habían intentado pasar por la fuerza. Era un cementerio, en un sentido muy real, y una parada peligrosa para cualquiera que estuviera huyendo. Era un lugar difícil de penetrar y del cual era igualmente difícil salir.

Esperaron hasta la mañana para empezar la maniobra de aproximación. Cuando estuvieron seguras de que el mercado estaría abierto, cuando una fina niebla se cernió sobre las montañas, la Mors Navis empezó a deslizarse. Caledonia estaba en la cubierta de mando, sus ojos clavados en las aguas oscuras que tenía por delante, escogiendo un camino lo suficientemente ancho a través

de las islas escarpadas. La nave estaba en el límite superior de lo permitido para atracar. Si hubiera sido un poco más grande, se habrían visto obligadas a fondear y llegar a tierra en un bote.

—¿Qué pasará si han llegado hasta aquí las noticias de la recompensa? — Amina estaba al lado de la capitana, con pequeñas gotas de niebla posándose sobre su cresta frondosa—. Entonces los barcos Bala no serán los únicos en perseguirnos.

Caledonia también había pensado en ello. Una recompensa ofrecida por Aric llamaría la atención de mucha gente, no solo de sus perseguidores. Por otro lado, el mercado había cambiado de manos por lo menos doce veces en el mismo número de años. Al propietario actual, Hesperus Shreeves, le llamaban el Rey Astuto de Nuberrota. Caledonia había averiguado que el apodo venía de cómo Hesperus sacaba el mayor provecho de cualquier negocio, sin importar las circunstancias. Incluso frente a Aric, el Rey Astuto parecía salirse siempre con la suya. Aunque no se encontraba en territorio Bala, Nuberrota estaba lejos de ser un lugar amistoso.

—Por eso nos hemos esperado a la mañana. —Caledonia se vio obligada a confesar algo en lo que no terminaba de creer. Alzó la mano hacia la espiral de niebla—. Si avanzamos más rápido de lo que tarda esta niebla en levantarse, habremos salido de aquí antes de que el Rey Astuto descubra nuestra nave en el puerto.

Amina apretó los labios.

—El tiempo es un aliado caprichoso.

—Sí, pero es el único que tenemos. De todas formas, puede que ni siquiera exista esa recompensa. —Incluso al pronunciar esas palabras, algo le decía que no eran verdad. Nadie había hundido siete, ahora ocho, barcasas de Aric sin sufrir las consecuencias.

—Estoy segura de que pronto lo sabremos —dijo Amina, reproduciendo los pensamientos de Caledonia.

Mientras que Piscis aportaba a Caledonia el equilibrio emocional que compensaba su carácter duro, Amina le proporcionaba un punto de vista pesimista con una naturalidad desinteresada, basada en la confianza que existía entre ellas. Amina no se esperaba lo peor, pero tampoco le sorprendía. Eso sí, siempre confiaba en que Caledonia las sacaría de cualquier situación.

La nave rodeó una serie de dientes metálicos puntiagudos y de repente los muelles aparecieron desperdigados al pie de la montaña sin un método de organización aparente. Se encontraban en Baja Nuberrota. Al ser un embarcadero además de un mercado, ahí podían encontrar cualquier cosa, desde piezas para reparar la nave hasta, con un poco de suerte, bloques de proteínas.

Caledonia vio grupos de pequeños barcos comerciales y dos otras naves tan grandes como la suya, pero entre ellos no había ningún barco Bala. El Rey Astuto de Nuberrota tenía un acuerdo con Aric. Los barcos Bala no entraban en su puerto y Hesperus, a cambio... Caledonia no estaba del todo segura de lo que Hesperus ofrecía a cambio, pero seguro que decía poco a su favor.

Por norma general, a Caledonia no le gustaba adentrarse más allá de Baja Nuberrota. Pero los objetos de gran valor, como las baterías que necesitaba Amina para construir un *electromag* o las municiones que utilizaban para luchar, las obligaban a ir a Alta Nuberrota. Ello implicaba subir a los imponentes acantilados en los elevadores y que Caledonia se separase de su tripulación durante unas horas.

Una de las dos naves grandes ocupaba uno de los extremos del puerto, desde donde se podían observar las idas y venidas. La otra había atracado cerca de los elevadores de Nuberrota, de forma que la tripulación tenía un rápido acceso a la nave en caso de urgencia. Los barcos más pequeños que merodeaban a su alrededor perseguían seguramente fines comerciales, aunque algunos tal vez escondían rebeldes como ellas. Si alguien tenía noticias de la recompensa, las cosas probablemente se torcerían. Pero, mientras que los barcos Bala iban equipados con radios para comunicarse rápidamente, casi todos los demás las evitaban para no ser detectados.

Dienterrojo se unió a ellas en la proa, apretando los labios.

—No hay ninguna alternativa buena —dijo con pesimismo.

Caledonia asintió para confirmarlo.

—Sospecho que es la primera de una serie de alternativas poco atractivas para el día de hoy. ¡Tina! —gritó, alzando la mano y señalando un atracadero situado entre dos de los barcos más pequeños. De las dos naves grandes, prefería estar cerca de la que se encontraba en una posición menos ventajosa, al lado de los elevadores.

Tina supo guiar la Mors Navis hasta encontrar sitio para atracar. Los motores de proa ralentizaban la velocidad de la nave y la impulsaban hasta el muelle. Tina maniobró bien, aunque Puntilla o Caledonia lo hubieran hecho de otra manera.

Tan pronto como la nave rozó las gruesas defensas aparecieron doce vendedores ofreciendo sus mercancías. Vendían de todo, desde fruta fresca, carne salada o vino hasta alquitrán, estopa o servicios de reparación. La tripulación de Caledonia amarró la nave y bajó la pasarela de popa. Algunas chicas se situaban en lugares estratégicos, vagando por aquí y por allá y mirando el paisaje con desinterés. Con desinterés, pero con las armas bien a mano.

—¡Hora de marcharse! —gritó Caledonia. Al ver solamente a Dienterrojo y

Amina, preguntó—: ¿Dónde está Pi?

Como si le hubiese llegado el turno, un grito profundo y quejoso resonó por todo el casco de la nave. No era el primero que oían del Bala abandonado, pero sin viento y agua para amortiguar los sonidos, este último aullido barrió la cubierta como un metal que se retuerce lentamente. Unos segundos más tarde, Hime surgió de la escalerilla con Piscis frunciendo el ceño por detrás.

Esta última llevaba una voluminosa chaqueta verde para esconder el vendaje de la vista de los demás. Pero el sudor en su frente no pasaba desapercibido. La fiebre que temía Caledonia había llegado.

—*La herida está infectada. Tiene que verla un médico.* —La amabilidad característica de Hime mostraba señales de hartazgo. Sus ojos aterrizaron en Caledonia mientras levantaba las manos—. *Es necesario que la acompañe a ver al médico.*

—No necesito un doctor, lo que necesito es descansar —protestó Piscis, contemplando los acantilados de Nuberrota. No le gustaban las alturas y prefería la presión sofocante del agua a casi cualquier otra cosa—. Solo necesito descansar y estaré bien.

Al siguiente aullido que llegó del fondo de la nave, el rostro de Piscis se desencajó lo justo para que Caledonia comprendiera que sus reticencias a salir no eran debidas a los elevadores. Sonó una alarma en la mente de Caledonia: alta y clara. La simpatía que Piscis manifestaba por el chico ya era una distracción, y había influido en su toma de decisiones.

—Hime dice que no estás bien y en este tema confío más en su juicio que en el tuyo. Tú vienes —afirmó Caledonia, cargando con cuatro sacos de escamas solares en los hombros, que iban a vender en el mercado. Y a Hime le dijo—: Tú te quedas.

Piscis emitió un suspiro profundo y cogió uno de los sacos. Antes de poder cargarlo en sus hombros, Hime agarró la tira con la mano y se la arrebató.

—*No la puede llevar* —dijo—. *Pero yo sí.*

—Hime —empezó Caledonia, suavizando el tono—. Es demasiado peligroso y te necesito aquí.

—*No me da miedo el peligro* —insistió, los movimientos de las manos eran cada vez más alterados—. *Soy más fuerte de lo que crees. Te lo demostraría si me dieras la oportunidad.*

Era una cuestión delicada. Después de curar a Dienterrojo en una batalla, Hime había demostrado ser imprescindible como enfermera. Se había encargado de todos los problemas de salud de la nave, y las chicas, en ese ámbito, confiaban mucho en ella. Pero cuando había Limo de por medio, Caledonia se veía obligada a buscar un equilibrio entre proteger el corazón de Hime y

proteger al resto de su tripulación.

—Eres fuerte —aceptó Caledonia—. Y necesitamos que lo sigas siendo. ¿Me estás diciendo honestamente que estás preparada para ir a un mercado en el que se trafica con Limo?

Hime sujetó su delantal con las manos, la frustración resplandeciendo en su mirada. Miró a Piscis, a Caledonia y luego al saco que colgaba de las manos de Rojo. Finalmente se le acercó Amina, quien le cogió las manos tensas y le acarició los nudillos con los pulgares. Hime raramente dejaba que le tocaran las manos, pero Amina era una excepción. Cuando se miraban a los ojos, las demás desaparecían.

—Princesita, por favor. —Amina la calmó, asegurándose de no cogerle las manos con demasiada fuerza—. Ese chico empezará a llamar la atención si sigue así. Eres la única que puede entender lo que está sufriendo. Necesitamos que lo ayudes para que él nos ayude a nosotras.

Aquello calmó a Hime. Asintió con las manos, resistiéndose a dejar las de Amina, y finalmente dio un pequeño paso atrás.

—*No dejéis que Piscis cargue con nada. Se caería. Y encontrad a un doctor con antibióticos. Son caros, pero los necesita.*

Caledonia asintió.

—Hecho.

Amina cargó con su saco. Dienterrojo llevaba los otros dos. Piscis se envolvió en su chaqueta. Mientras las cuatro se dirigían a la pasarela, Caledonia ordenó a Tina que sobornara al dueño del puerto con una cantidad decente. Así encontrarían las mejores ofertas para hacer las reparaciones necesarias, y un pequeño extra serviría para que las avisara si surgía algún problema.

—Priorizad los alimentos frescos según la lista de Far. Si veis alguna cabra, haced lo posible para que sea nuestra. Que las chicas sigan trabajando en el parche de popa. Hay que reforzarlo. Y si observáis algún peligro, salid corriendo. ¿Recordáis cuál es el punto de encuentro?

Tina asintió.

—Lo recuerdo.

—Bien. Sed fuertes.

Llegaron al embarcadero y subieron por la orilla rocosa hasta llegar a los elevadores. Había pescadores ordenando sus capturas de primera hora de la mañana, comerciantes empaquetando palés para subirlos a Nuberrota y el ocasional hombre o mujer que la tripulación había dejado atrás para vigilar el barco. Se fijaban en Caledonia tanto como ella se fijaba en los demás. Pero ninguno daba señales de saber nada sobre la recompensa.

El sistema de elevadores era impresionante. Unas cuerdas gruesas y

empapadas en aceite para que no les afectara la humedad eran el soporte de una serie de palés de madera y metal de todos los tamaños. Algunos apenas eran lo suficientemente grandes para una persona, mientras que otros parecían hechos para la mitad de la tripulación de Caledonia. Las cuerdas subían en forma de espiral por el acantilado, cientos de metros hacia arriba hasta desaparecer en el interior de la niebla. A mitad de camino había una serie de banderas amarillas que ondeaban sin energía, lo cual hacía pensar que arriba no soplaba mucho viento. Estaban a punto de confiar sus vidas a alguien a quien no podían ver, lo cual no era precisamente una idea reconfortante.

Dienterrojo probó varios de los palés, dando botes en el centro para asegurarse de que el material era resistente, antes de escoger uno en el que cupieran ellas cuatro y sus tesoros.

—Este —dijo al final sobre un palé de madera con las lamas separadas a escasos centímetros de distancia—. Los tablones están en buen estado y su separación debería ayudar en caso de que el viento sople más fuerte allí arriba. Y como lo único que se ve es niebla y más niebla, prefiero este a un metal resbaladizo. Esta es la segunda ronda de la mejor de las alternativas poco atractivas. ¿Verdad, capitana?

—Pues sí. Carguémoslo.

Piscis soltó un gemido. El estómago de Caledonia todavía estaba asimilando el desayuno. Amina puso los pies en el palé para probar las cuerdas como si fuera a escalar hasta Alta Nuberrota.

Colocaron los sacos en el centro de la parte plana, cada una de ellas situada en una esquina para que el palé no quedara descompensado. Con una fuerte sacudida de la cuerda que estaba al lado de la imagen pintada de una campana, el palé empezó a subir.

Iban más rápido de lo que se esperaban. Piscis dio un respingo y Dienterrojo rio mientras Caledonia clavaba la mirada en su nave, cada vez más pequeña. Un viento gélido soplaba desde arriba y hacía que el pelo de Caledonia le tapara los ojos. La niebla se volvió espesa como una manta y muy pronto la Mors Navis se convirtió en un contorno borroso en un fondo gris. Luego desapareció.

Durante unos minutos viajaron hacia arriba a una velocidad de vértigo. Debían de haber ascendido un kilómetro cuando el palé comenzó a ralentizarse.

Se oía solamente el chirriar de las cuerdas y al minuto siguiente un ligero silbido causado por una docena de poleas que se movían por encima de sus cabezas. Los sonidos eran cada vez más intensos, el palé iba frenándose y pronto se detuvo debajo de la débil silueta de varias grúas jorobadas por encima del acantilado. Unas cuerdas bajaban desde las grúas y desaparecían entre la niebla.

Todas excepto Piscis se pusieron de pie, con las manos agarradas a las

cuerdas para no caerse. El palé se movía con la brisa. Por primera vez Caledonia agradeció que la niebla le impidiera ver lo lejos que estaban del punto de origen.

Al otro lado del palé había una pequeña abertura en la pared. Pero estaba a varios metros y apenas era lo suficientemente ancha como para que pudiera caber un cuerpo humano.

—¿Saltamos? —preguntó Dienterrojo, lejos de estar aterrada por su propia pregunta.

—Tú primera —dijo Amina.

—Viene alguien —añadió Piscis, casi sin palabras.

Lo oyeron antes de verlo. Los tacones de sus botas golpeaban la piedra a un ritmo constante. Caledonia imaginó a alguien alto y robusto, pero aquel hombre no era más alto que ella, con unos hombros estrechos caídos que parecían diseñados para caber perfectamente en la cueva por la que había entrado. Su piel era pálida y limpia, llevaba una bufanda amarilla alrededor de los hombros. Al verlas, sus pasos vacilaron y apareció un pliegue en su amplia frente que denotaba confusión.

—¡Sois todas chicas! —gritó, acercándose para ver si veía a algún hombre en alguna parte del palé—. ¡Y tan jóvenes!

—Solo en años. —Amina era la que estaba más cerca e inclinó el cuerpo para proteger parcialmente a Caledonia, que estaba detrás. En su tono había una advertencia.

—Bueno, no importa. —Meneó la cabeza como para convencerse antes de continuar—. Bienvenidas a Nuberrota. Soy el Campana del Pueblo, pero podéis llamarme Clag. ¿Qué tal el viaje?

Sus preguntas ponían a prueba los nervios de Caledonia.

—Muy agradable —respondió.

—Bien, bien. ¿Ninguna se ha puesto enferma? Algunos lo encuentran desagradable para el estómago. Tarda un poco en ponerse en su sitio. —Su tono alegre era infatigable, y sus ojos pasaron de Caledonia a las chicas y a los sacos amontonados en el centro del palé, evaluando la situación.

—Nuestros estómagos están bien. Pero si no le importa, nos gustaría volver a pisar tierra firme. —Por el rabillo del ojo vio la mano de Dienterrojo acercarse a la pistola en su cinto.

Clag, sin embargo, permanecía impassible.

—Claro, claro. No perdamos más el tiempo. Solo unas preguntas y dejaré que vayáis donde queráis. —Esto último lo añadió riendo para sí mismo—. ¿Venís a Nuberrota por negocios?

Caledonia señaló los cuatro sacos.

—Para comerciar.

—¿Vais a solicitar un permiso para tener una caseta?

—No, solo venimos a comerciar. —Caledonia respiró para calmar la parte de ella que quería pedir mayor rapidez.

—¿Estáis todas bien de salud? —Se fijó más concretamente en Piscis—. Vuestra amiga hace mala cara. Le brilla la frente.

—Está herida —dijo Caledonia con un tono firme, ansiosa por borrar esas sospechas de su mente—. Vamos a visitar a un médico durante nuestra estancia.

La mandíbula de Clag iba de un lado a otro mientras sopesaba la situación.

—No se permite la entrada a nadie que pueda tener el Pálido Fuego. O, de hecho, cualquier otro tipo de fiebre.

—No tengo el Fuego. —Con una mueca, Piscis se puso en pie y lentamente se quitó la chaqueta para enseñar la venda que tenía en el hombro—. ¿Quieres ver la herida? —preguntó, desafiante.

Clag agitó la mano en el aire con desdén.

—No, no. Ay, querida, eso tiene mala pinta. Espero que alguien de aquí pueda ayudarte y me alegro muchísimo de que no sea una enfermedad. Por tu bien, naturalmente. ¿Y cuánto tiempo os pensáis quedar en Nuberrota?

—Solo venimos a pasar el día. —Mientras respondía, Caledonia sintió la presión del tiempo. La Mors Navis no era una nave que pasara desapercibida. Cuanto más tiempo estuviera en el puerto, más posibilidades habría de que la noticia de la recompensa llegara a Nuberrota.

—Eso es una estancia muy corta, ¿no os parece? ¿Estáis en problemas?

—No —cortó Caledonia con rapidez. Con demasiada rapidez.

Clag arqueó una de sus tupidas cejas blanquecinas.

—Al Rey Astuto no le gusta la gente que trae problemas a su puerto. No le gusta nada.

El Rey Astuto hacía lo posible para estar a bien con Aric Athair. Si llegara a saber que Caledonia y su tripulación habían atracado en su puerto, haría todo lo posible para evitar que se fueran hasta poder entregarlas.

Caledonia se obligó a respirar profundamente antes de responder.

—No estamos en problemas, simplemente nos esperan en otro lugar. —Tenía la intención de marcharse mucho antes de que la flota de Aric la encontrara allí.

—Muy bien. Eso es todo. Gracias por vuestra sinceridad —dijo mientras juntaba sus manos, expectante.

—Entonces —empezó Caledonia—, ¿cómo entramos?

—¡Ah! Todavía no. Queda el asunto del pago por vuestro viaje. ¿Trueque o monedas? Aceptamos los dos. Pero los billetes de servicios ya no son moneda de curso legal en Nuberrota por orden del Rey Astuto.

—Podemos pagar. ¿Cuánto es? —preguntó Caledonia, buscando un

equilibrio entre la indiferencia y el hartazgo.

Clag inspeccionó a Caledonia. Sus ojos de color azul claro tenían una forma de brillar retorcida.

—Eso depende. ¿Estáis satisfechas con el servicio?

—Sí —respondió Caledonia con cautela.

—Bien. Entonces, lo que consideréis que es justo.

¿Justo? La última vez que habían hecho el viaje fue por un precio fijo. Llevaban entonces un cargamento menos valioso. Mientras el palé se mecía en mitad del aire, Caledonia sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña cantidad del Limo que habían robado de la barcaza. Era poco, pero valioso.

Le mostró un solo recipiente. El naranja brillante no dejaba lugar a dudas sobre el contenido. O de dónde venía. Clag arqueó las cejas en señal de interés.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—Seis dosis. Puro. Directo de la flota Bala.

—Seis, ¿eh? Déjame ver.

Caledonia dudó un instante. El palé se mecía otra vez, las cuerdas protestaban con un chillido metálico. Se arriesgaba a que Clag aceptara las dosis y se le cayeran de las manos o a que las aceptara y pidiera más. Ella no tenía ninguna influencia, ninguna capacidad de elección. Ató un cordón de cuero alrededor de la pequeña bolsa y se la lanzó a las manos de Clag, que estaban a la espera.

Clag sacó una pequeña libreta de su bolsillo trasero. La hojeó durante unos momentos, con el dedo índice recorriendo cada página de arriba abajo. Finalmente golpeó una página tres veces y cerró la libreta apresuradamente.

—Encantado de conoceros —dijo. Agitó los dedos por delante de esa sonrisa perpetuamente entusiasta. Y, sin mediar palabra, tiró de una cuerda escondida justo en el interior del túnel.

Antes de que Caledonia pudiera responder, el palé cedió bajo sus pies.

Cayeron.

CAPÍTULO 13



Chocaron contra algo duro y siguieron cayendo. Sus cuerpos resbalaban y recibían arañazos mientras se oía el eco de los gritos de Piscis. Tardaron un minuto que se hizo eterno en aterrizar, con las piernas demasiado frágiles para sostenerse en pie. Todas excepto Amina, que cayó suavemente y de pie, con las trenzas haciendo piruetas alrededor del cuerpo.

Caledonia forzó su cuerpo hasta ponerse en pie. Inmediatamente se puso a examinar las posibles salidas de la pequeña cámara en la que se encontraban. Era una cueva labrada toscamente, con un pequeño túnel a la derecha, otro a la izquierda y uno más grande justo enfrente. Encima había el agujero por el que habían caído. Mientras Caledonia estiraba el cuello para inspeccionar, el pequeño rayo de luz por el que habían llegado se cerró. Indudablemente habían instalado una trampa debajo del palé para atraparlas mientras caían.

«Hubiera estado bien una advertencia», pensó Caledonia, taciturna.

Con mucho cuidado, Amina ayudó a Piscis a levantarse, mientras Dienterrojo cargaba con dos de los sacos y Caledonia examinaba los túneles.

—Por aquí se oye un murmullo —dijo, señalando el túnel más grande de los tres—. Parece el ruido de una ciudad.

—Vamos, poneos en pie. —La voz entusiasta de Clag llegó por detrás, cogiéndolas por sorpresa. Salió de uno de los túneles satisfecho y sin mostrar asombro por el hecho de que todas hubieran sobrevivido a la caída—. Disculpadas

el retraso. Requiere su tiempo bajar todas estas escaleras.

—¿Disculpad el retraso? —Amina dio un paso hacia aquel hombre que seguía sonriendo a pesar del temblor que le dio en la pierna derecha.

—Hace tiempo que no venís por aquí, ¿verdad? Sí, la caída puede ser un poco alarmante, pero estoy seguro de que comprenderéis que es una medida de seguridad necesaria. No podemos tener a gente subiendo en los elevadores sin interrogarles como corresponde. Es el precio que hay que pagar para que nuestra pequeña ciudad sea segura para los negocios.

—Nos podrías haber matado —protestó Caledonia.

Clag soltó una risita y meneó la cabeza.

—Tonterías. Ni siquiera hace viento hoy, y la física es una buena amiga si sabes lo que te llevas entre manos. Bueno, he venido a traeros las fichas —dijo, sacando cuatro piezas azules marcadas con una secuencia de cinco números. Entregó una ficha a cada chica—. El viaje de vuelta abajo es gratuito, pero solamente si conserváis las fichas.

—Si es gratuito, ¿para qué necesitamos las fichas? —preguntó Amina.

Clag sonrió con astucia.

—Nos gusta saber quién va y quién viene, eso es todo. Las fichas no tienen valor comercial, pero conservadlas.

Sonó una campana en algún lugar de los túneles. Clag reaccionó atravesando la cámara hacia el túnel que se encontraba en el lado opuesto a aquel desde el que había aparecido. Según pudo observar Caledonia, se movía sigilosamente, sintiéndose en casa en aquella red de túneles, escaleras y trampas para cada elevador que habían visto desde la playa.

Al llegar al umbral se detuvo. Suspiró y se giró hacia Caledonia. Todavía estaba alegre, pero algo había cambiado en su semblante.

—Se supone que no debería hacer este tipo de cosas, pero... —Miró por encima de los hombros de Caledonia hacia donde se encontraba Piscis—. La doctora que necesitas se llama Tricius. Está en el Distrito Corporal. Te curará sin cobrarte ni una libra de carne.

—Gracias, Clag —dijo Caledonia. Pero Clag simplemente meneó la cabeza y regresó rápidamente al túnel, murmurando algo sobre los corazones blandos y los mundos crueles.

Piscis se desplomó contra la pared de la cueva. De repente, Caledonia comprendió lo que había despertado la generosidad de Clag. La piel de Piscis estaba de un color entre gris y marrón claro, desprovista de su tono soleado, y el sudor en la frente se había extendido a toda su cara.

Sin pensárselo, Caledonia cargó con un saco en un hombro y sostuvo a su amiga con el otro. Caminaba flanqueada por Amina y Dienterrojo, y juntas

avanzaron todo lo rápido que les permitía Piscis, cuya fuerza se desvanecía.

—Casi estamos —dijo Caledonia en voz baja a su amiga, esperando que no fuese mentira—. Apóyate en mí. Encontraremos a la doctora Tricius en un momento.

—Estoy bien, Cala —dijo Piscis con una voz susurrante. Pero aferró su brazo al hombro de Caledonia, caminando cada vez con mayor dificultad.

Afortunadamente, el túnel era corto y pronto las cuatro chicas se encontraron en la entrada de un mercado lleno a rebosar situado en un barranco con montañas alrededor. En una posición elevada, sobre el muro sur, había una fortaleza de círculos concéntricos superpuestos. Frente a ella, casetas de todos los tamaños se extendían en medio de una caótica aglomeración. Estaban dispuestas una al lado de otra de cualquier manera, dentro del espacio existente, y exhibían pancartas, banderines o escudos de metal pintados para atraer la atención. El olor a tostado de los frutos secos y de la carne con especias atravesaba el aire frío, de la misma manera que los gritos de los comerciantes que vendían sus mercancías. En todas las direcciones se encontraban con un fluir de gente que navegaba en corrientes impredecibles. El conjunto parecía operar bajo una lógica interna completamente ajena a las chicas.

Rojo soltó un exabrupto. Piscis desfalleció. Y Amina desapareció.

Caledonia se agarró con fuerza a Piscis. Estudió el tráfico que tenía enfrente, convencida de que, si encontraban algo remotamente parecido a una arteria principal, todo sería más fácil. Pero cuanto más miraba, menos convencida estaba. El lugar estaba dispuesto para desorientar, para desconcentrar a los recién llegados y para dificultar la salida.

Amina regresó poco después con una niña que la seguía. Era muy joven, tendría como mucho trece vueltas, con unos tatuajes preciosos en la piel morena de su mejilla izquierda y de su frente. Su pelo era de un negro lustroso, recogido en mechones multicolor que aleteaban con la misma ligereza con la que caminaba. Caledonia percibió de inmediato la manera en que sus ojos se precipitaron sobre las tres y la facilidad con la que se desenvolvía en ese escándalo desconcertante, con las manos en los bolsillos. Era más sabia de lo que uno podía suponer por su edad, Caledonia estaba segura de ello.

—Chicas —dijo Amina. A su lado, la niña sonrió—. Esta es Ortiga. La he contratado para que nos haga de guía.

—No encontraréis una mejor. —La voz de Ortiga era joven: se subía a los tonos más agudos como a la cresta de una ola y arrastraba las vocales a final de palabra para suavizarla o reforzarla, de una manera que recordaba el acento de Amina—. Conozco este lugar al dedillo.

—Eres solo una niña. —Dienterrojo repitió la misma idea, esta vez mirando

a Amina—. Es solo una niña.

—Tú tampoco es que seas mucho mayor. —Ortiga se encogió de hombros—. Me han dicho que estáis buscando a la doctora Tricius. Es por aquí.

Sin esperar la aprobación de nadie, Ortiga se zambulló en la muchedumbre.

—¿Cómo sabemos que nos llevará adonde queremos ir? —preguntó Dienterrojo cuando Ortiga estuvo fuera de su alcance.

—Nunca infravalores a las chicas de este mundo —la amonestó Amina, tomando la iniciativa.

Ortiga era fácil de seguir. Aunque era bajita, sus mechadas de pelo multicolor brillaban por encima del gentío. Las guio por un camino aparentemente arbitrario a través de tiendas, cortando ocasionalmente por algún callejón tan estrecho que ninguna de las chicas lo habrían considerado un camino propiamente dicho. A Caledonia se le hacía la boca agua con el olor de la carne con especias, las ciruelas estofadas y el pan fresco. Estuvo tentada de detenerse y gastar alguna de sus valiosas monedas en una comida rápida para las cuatro, pero las miradas que recibía por parte de la gente la animaban a continuar. La mayoría observaba a Piscis con recelo, seguros de que tenía el Fuego o alguna otra enfermedad. Otros miraban a las cuatro jóvenes chicas con deseo, lo cual hacía que a Caledonia le rechinaran los dientes.

Ortiga se movía a un ritmo rápido, parecía en todo momento saber adónde se dirigía y hacía pausas para que las demás pudieran alcanzarla en caso de que se hubiera adelantado demasiado. La multitud hablaba y gritaba en un puñado de lenguas diferentes. Caledonia reconocía algunas, pero otras, no. La gente estaba curtida y actuaba con cautela, y nadie tenía las cicatrices naranjas de las bandoleras Bala. Por lo menos, no a la vista. Los únicos distintivos los llevaban hombres y mujeres con capas cortas y negras y con los hombros salpicados de cintas azul celeste en honor del Rey Astuto. Al paso de los guardias, la gente se apartaba, mostraba los permisos para las casetas o se agachaba entre las tiendas para esquivarlos. La presencia del Rey Astuto era evidente y no del todo acogedora.

A cada lado, los comerciantes vendían todo aquello que una persona pudiera desear. Había gran variedad de pieles de distintos colores, desde el fucsia más estridente hasta el negro más oscuro, carne salada perfectamente preparada para resistir largas travesías en el mar, tecnología solar, pólvora, cuerdas, redes y semillas cuyo brote estaba garantizado. En un primer momento, Caledonia intentó identificar las casetas a las que iban a regresar más adelante, pero, cuanto más avanzaban, menos factible resultaba aquella empresa. Las calles cambiaban incluso al pasar por allí la primera vez. Los comerciantes cerraban las casetas improvisadas con la misma facilidad con la que otros las abrían, sin importar los

transeúntes. Caledonia no tenía más remedio que confiar en que, si Ortiga sabía llegar hasta la doctora Tricius, también sabría encontrar las demás mercancías que necesitaban.

Tardaron casi una hora en llegar a su destino. El ritmo de Piscis había disminuido considerablemente y avanzaban lentamente a través de la multitud, a pesar de que Amina cargaba con el saco de Caledonia. Al final, Ortiga se paró delante de una carpa de tamaño mediano.

El Distrito Corporal era menos apabullante que el mercado principal, con menos casetas abiertas y más carpas cerradas. En las entradas de las carpas había ilustraciones de los servicios que se ofrecían en el interior. El camino que siguieron las llevó por una serie de tiendas de artesanos que vendían tatuajes, cicatrices y *piercings* y por delante de una serie de trabajadoras del placer hasta llegar a los curanderos. La mayoría anunciaba la parte de la anatomía en la que estaban especializados con un dibujo aproximado de un pie, una cabeza o una barriga en alguna parte de la carpa. Pero en la carpa de la doctora solamente había pintada una serpiente enroscada en un bastón. Por encima, el nombre de «Tricius» estaba escrito en letras rojas mayúsculas.

—Soy una chica de palabra —dijo Ortiga orgullosa, señalando la carpa con la mano.

No había timbre ni forma de anunciar su llegada, por lo que Caledonia pasó a través de la entrada con Piscis demacrada apoyándose fuertemente en ella.

—¿Hola? ¿Doctora Tricius? —dijo, pero la pregunta era innecesaria.

El espacio era tan pequeño como podía pensarse desde fuera y olía con mucha intensidad a hierbas secas mentoladas. A un lado de la habitación había una cama en alto, al otro lado un banco estrecho y una mesa de trabajo cerca de un baúl con decenas de cajones minúsculos. Era lo primero que Caledonia veía en el mercado que le parecía estable y duradero.

Una mujer se levantó del banco. Su piel era de un ocre frío y sombreado, tenía pecas por toda la cara y su pelo castaño, enrollado y recogido en la coronilla, estaba enhebrado con lazos plateados. Las recibió con una sonrisa relajada, pero no corrió a saludarlas.

—¿Necesitáis que os atienda a todas? —preguntó amablemente.

Fue entonces que Caledonia se dio cuenta de que Dienterrojo las había seguido hasta el interior de la carpa, espiando por encima del otro hombro de Piscis.

—No, solo a ella —dijo Caledonia—. Se llama Piscis.

—¿Podéis pagar? —Esa fue la siguiente pregunta—. No acepto trueques. Solo monedas.

—Sí, podemos pagar. —La tripulación no solía llevar monedas de mucho

valor. Las oportunidades para comerciar eran escasas y la mayoría de lugares que aceptaban monedas trabajaban para Aric. Pero guardaban algunas para ocasiones como esta.

—¿Estás consciente? —preguntó la doctora Tricius a Piscis.

—Sí. Solo estoy herida.

La doctora Tricius hizo un gesto con la cabeza a Caledonia.

—Ponedla sobre la cama y luego tú y tu amiga podéis esperar fuera. —Fue a su mesa de trabajo, destapó una botella de alcohol y se empapó las manos del líquido acre.

—Necesita antibióticos. ¿Tienes? Podemos pagar el extra —ofreció Caledonia.

—Lo que necesite lo decidiré yo —protestó la doctora Tricius—. Tú y tu amiga esperad fuera.

Caledonia obedeció y empujó a una Dienterrojo reticente fuera de la carpa. Allí encontraron a Amina, que supervisaba el lento avance del gentío, con una mano en la pistola. Ortiga estaba a su lado, cerca pero sin tocarla, con los ojos bien abiertos.

—¿Eres la capitana de tu propia nave? —dijo la niña entusiasmada.

—Sí. —Caledonia miró el cielo nublado. Era imposible medir el progreso del sol, pero debía de ser cerca del mediodía. Separar al grupo no era ideal, pero sí necesario—. La doctora se ocupará de Piscis, pero nosotras tenemos que seguir con lo nuestro. Rojo, tú quédate aquí. Espera a Pi y, cuando esté recuperada, regresa a los elevadores y espéranos allí. ¿Está claro?

—Está claro —respondió Rojo.

—Amina, tú vendrás conmigo —continuó Caledonia—. Ortiga, debemos ir rápido. Tenemos que comprar comida en buen estado para navegar, tecnología armamentística y..., ¿Amina?

—Baterías, magnesio o respiradores de aire. Y litio en estado sólido si sabes dónde se puede encontrar.

—No es nada fácil. —La sonrisa de Ortiga se transformó en una mueca—. Pero puede que conozca a un tipo.

—¿Puede? —Dienterrojo se inclinó y presionó la nariz de Ortiga contra la suya—. ¿Quieres que te ayude a estar segura? Creo que mi amiga te ha pagado para que estés segura de las cosas.

Ortiga dio un paso atrás voluntariamente.

—Habéis pagado para que os guíe. Si queréis que os presente a gente, la tarifa es otra.

Caledonia sujetó el hombro de Dienterrojo antes de que pudiera acercarse otra vez a la niña. Aunque también a ella le parecía irritante, admiraba sus

agallas. No debía de ser fácil enfrentarse a tres chicas armadas y pedir más de lo que le habían ofrecido. Si había algo que Caledonia siempre había admirado, eran las chicas con iniciativa.

—Pon un precio —dijo Caledonia.

—Yo os presento a la gente y a cambio me aceptáis en vuestra tripulación.

—Ni hablar —contestó Caledonia—. No aceptamos a nuevos miembros en este momento. Especialmente a chicas demasiado pequeñas como para manejar un cuchillo.

Los ojos de Ortiga se encendieron, indignados. Se sentía insultada, pero no entró en la provocación. Forzó una sonrisa relajada, cruzó los brazos sobre su pecho y repitió su propuesta.

—Conozco a gente que os ofrecerá buenos tratos para las baterías de los respiradores de aire. Os puedo llevar ahora mismo si queréis.

El juego le resultaba familiar, y en otro momento a Caledonia le hubiese gustado participar. Sacó otra bolsita del interior de su chaqueta y le dio una buena sacudida para que Ortiga viese que contenía muchas monedas.

—No acepto a más chicas ahora mismo, pero me gustas. Guíanos lo mejor que puedas y la próxima vez que vengamos a Nuberrota hablaremos.

Ortiga en ningún momento miró la bolsita. Estaba concentrada en Caledonia, impávida y reflexionando. Era impresionante.

—Hablaemos de que me aceptas en tu tripulación —confirmó Ortiga. Cuando Caledonia asintió, Ortiga le birló la bolsita llena de monedas—. Trato hecho.

Caledonia y Amina dejaron a Dienterrojo con Piscis, cargaron con los sacos y siguieron a Ortiga de vuelta entre el gentío. Iban más lentas, puesto que ahora tenían que transportar dos sacos cada una, y más de una vez Caledonia envidió la fuerza de Dienterrojo, especialmente cuando a ella la hacían ir de un lado a otro.

A pesar del frío húmedo, el sudor empezó a gotear por la frente de Caledonia y a resbalar por su espalda. La pendiente era cada vez más escarpada en dirección sur, donde los caminos se transformaban en carreteras y las estructuras a cada lado pasaban de ser casetas temporales a edificios de madera y piedra. Allí la gente que las rodeaba parecía menos agitada y se veían más estandartes de color azul celeste en honor al Rey Astuto. En la cima de la colina que tenían enfrente se encontraba la fortaleza del mismísimo Hesperus. A Caledonia se le pusieron los pelos de punta al estar tan cerca de la sede del poder. Si allí era donde había que hacer negocios, habría que hacerlos rápidamente.

—¡Ya hemos llegado! —Ortiga trotó hacia delante, subiendo por unas escaleras y desapareciendo en el interior de un edificio de piedra con cuatro columnas talladas. La puerta abierta daba a una sala iluminada con velas

parpadeantes.

Avanzaron con cautela a través de la puerta y por las escaleras. La sala era cavernosa, flanqueada por velas colocadas en nichos a lo largo de las paredes. La luz bailaba sobre una gran mesa de madera dispuesta frente a pilas de cajas y sacos de cañamazo, cada uno etiquetado con rayas de amarillo claro para identificar el contenido. Al lado, una escalera subía paralelamente a un elevador no muy distinto del que habían utilizado por la mañana. El aire frío olía ligeramente a grasa animal y a humo. No había rastro de Ortiga.

Un niño entró en la sala antes de que las chicas pudieran dejar los sacos en el suelo. Caledonia creyó ver una bandolera Bala en sus brazos, pero al acercarse se dio cuenta de que no eran cicatrices, sino tatuajes como los que tenía Ortiga en las mejillas y en la frente, del mismo color marrón rojizo de su piel. El Limo no envenenaba su sangre.

Caledonia se temía lo peor y se preguntaba qué tipo de pacto evitaba que ese chico estuviera a las órdenes de Aric. Estaba claro que era obra de Hesperus, el Rey Astuto, y que no escondía nada bueno. Otra señal de que no era buen lugar para quedarse. Tenían que finalizar el intercambio y largarse antes de llamar la atención.

El niño se detuvo a mitad de camino hacia el escritorio e inclinó la cabeza para saludar, todo ello mientras respiraba apresuradamente.

—Perdón por la espera —dijo, aunque apenas habían entrado en la sala cuando apareció él—. Ortiga dice que habéis traído cosas para intercambiar. Subiremos por las escaleras. Podéis dejar las cosas en el elevador, si queréis.

—No, las llevaremos con nosotras —dijo Caledonia, a pesar de que sus músculos rezaban para que les concediesen una tregua. Las escamas solares eran todo lo que tenían para comerciar y prefería tenerlas cerca.

El chico asintió como si aquella fuese la respuesta habitual e hizo un gesto para que lo siguieran mientras trotaba por las escaleras. Amina iba la primera para proteger a la capitana de lo que pudiera estar al acecho a la vuelta de la esquina.

El chico siguió avanzando al mismo ritmo, subiendo cada nivel de la escalera de caracol. Pasaron catorce plataformas intermedias entre cada nivel y poco a poco el aire se fue volviendo más frío y delicado. Caledonia seguía el ritmo de Amina, pero ambas respiraban con dificultad. Cuando el chico se detuvo, estuvieron más que contentas de poder dejar los sacos en el suelo.

—Capitana Caledonia Styx. —La voz estalló muy cerca. Caledonia levantó la mirada y vio a un hombre alto, de espaldas anchas y con la piel tan negra como el océano a medianoche. Llevaba un gabán largo atado por la cintura, inflado alrededor de sus piernas como un nubarrón, e iba seguido de seis o siete

personas, entre ellas Ortega, entre avergonzada y satisfecha.

«Una chica de palabra», pensó Caledonia con un toque de humor. Y tanto que lo era.

Caledonia logró calmar su respiración enderezando la espalda y poniendo sus hombros rectos.

—¿Y tú eres?

—Disculpa, creía que te habían informado —dijo el hombre, echando una rápida ojeada por encima del hombro de Ortega—. Soy Hesperus Shreeves —añadió mientras hacía un gesto de barrido con la mano— y esta es mi corte.

CAPÍTULO 14



Caledonia se transformó en una piedra. Estaba frente a la persona más peligrosa de Nuberrota, el único hombre que debería haber evitado. El Rey Astuto se había tomado muchas molestias para apaciguar a Aric Athair y poder así seguir gobernando con autoridad. No dudaría en entregar a Caledonia y su tripulación si ello suponía asegurar sus intereses. Y ahora Caledonia se encontraba en su corte, con solo Amina al lado.

La sala era casi una réplica de la que habían encontrado en el piso inferior. A un lado estaba el elevador, protegido por una verja metálica, y las paredes estaban decoradas con pequeños nichos iluminados con velas. Hesperus y su séquito entraron por la puerta opuesta a la escalera. Caminó a zancadas sobre las piedras hasta llegar al centro de la sala. Los demás se dispersaron por detrás: cuatro mujeres y dos hombres acompañados de cuatro guardias ataviados con las cintas azul celeste y las capas negras, igual que los que habían visto por todas partes en el mercado. Mientras que los guardias se situaban estratégicamente por la habitación, los demás acompañantes permanecieron cerca de Hesperus.

—Ortiga dice que eres el único aquí capaz de vendernos lo que necesitamos —arguyó Caledonia, resuelta a seguir adelante y superar el creciente sentimiento de espanto. Se dijo a sí misma que la recompensa la habían puesto sobre su nave, no sobre ella, y que su nave estaba a salvo en el embarcadero, cubierta bajo una capa de niebla.

—Conoce bien el negocio. —La sonrisa de Hesperus era tan ancha como sus hombros—. Y yo conozco bien el mío. ¿Qué me has traído?

—Escamas solares, todas en buen estado. Listas para ser reconvertidas en cualquier artilugio que necesites—. Mientras hablaba, Amina abrió uno de los sacos. Las escamas brillaban a la luz de las velas.

Un desconocido se adelantó para inspeccionar las escamas. Amina permaneció en su sitio, concentrada en ese hombre que trabajaba con diligencia, escogiendo algunas escamas de la pila y dándoles la vuelta. Cuando asintió, Hesperus aprovechó para continuar.

—¿Y qué quieres a cambio de este tesoro? —preguntó con voz tranquila.

Caledonia recitó la lista de cosas que necesitaban: proteínas, municiones, litio en estado sólido. Hesperus mantuvo una expresión neutral, escuchando con la misma indiferencia que le provocaba oír hablar de corrientes o vientos.

—Tú quieres muchas cosas —dijo finalmente cuando Caledonia terminó de hablar—. ¿Y si tomamos un refresco mientras ponemos a prueba tus escamas?

—Funcionan —protestó Amina como si la hubieran ofendido.

—Claro que funcionan, querida. —Hesperus se dio la vuelta para observar a Amina, que se enfureció al escuchar el epíteto que le había dedicado—. Pero yo no hago trueques sin saber lo que me estoy quedando. Así que acepta mi refresco o lárgate.

Caledonia sonrió sin querer. Era un tipo peligroso y no se podía confiar en él. Pero no era tonto ni un bárbaro. Podía lidiar con alguien así.

—Solo bebemos vino tinto —dijo Caledonia.

Hesperus soltó una carcajada. Su cabeza se inclinó hacia atrás revelando todos sus dientes.

—¡Kae! Vino tinto para mis invitadas. Chicas, me temo que os voy a pedir que subáis unas escaleras más, pero os prometo que el esfuerzo valdrá la pena. Por favor, seguidme.

Subieron dos pisos más de la escalera de caracol hasta llegar a una sala circular envuelta en cortinas de azul celeste convenientemente apartadas para que se viera el cielo desde todos los ángulos. Se encontraban en la cima de la fortaleza. En el centro de la sala había un fuego con cuatro telescopios sobre trípodes regulables a su alrededor, enfocando los puntos cardinales. Las densas nubes de la mañana se estaban volviendo más finas, y desde esa atalaya privilegiada podían observarlo todo, desde los acantilados del este hasta las cumbres nevadas del oeste. Caledonia se estremeció al ver que también se veía a la perfección el embarcadero.

Cruzó su mirada con la de Amina y vio reflejada su inquietud, aunque no amplificadas. Si era una trampa, habían caído de pleno y la única manera de salir

era atravesándola.

Dos mujeres las guiaron hasta la sala, ambas con la piel tan oscura como la de Hesperus y con espadas en sus caderas. Una de ellas se sentó en un borde de la pared, con la espalda contra el fondo de nubes que había en el exterior y la mirada puesta en Caledonia y Amina. Tenía la cabeza afeitada como Piscis y sus ojos eran grandes y distinguidos como los de Hime. Aunque estuviera apoyada contra una columna, no podía esconder el poder que emanaba de su cuerpo flexible.

La otra mujer, Kae, se acercó a una mesa baja y sirvió tres cálices de piedra con un vino tinto de color rubí. Si la primera mujer era fría, Kae era más tranquila, seguramente para calmar los ánimos antes de que empezara la negociación o para hacer que los invitados de Hesperus bebieran más de la cuenta. «Tienes que dar por supuesto que los actos de quienes te rodean son intencionados», le había dicho su madre. Eso era especialmente cierto de alguien como Hesperus. No había llegado al poder por accidente y evidentemente no lo conservaba comportándose de forma irresponsable.

Hesperus bebió un buen trago de su cáliz para que vieran que era seguro. Caledonia dio un pequeño sorbo. Era más dulce de lo que se esperaba, con un sabor fuerte que la dejó parpadeando.

—Vino de cereza —dijo Hesperus, satisfecho—. Las cerezas crecen en las montañas cercanas a la ciudad, pero son demasiado frágiles para comercializarse. Es una de las ventajas de vivir en Nuberrota. No vienes mucho a este puerto, Caledonia Styx de la Mors Navis, pues estas cosas las sabrías.

Su nave. Así que la había visto. Y conocía su nombre. Se le aceleró el pulso, por lo que se obligó a dar otro sorbo de vino antes de contestar.

—No voy a menudo a los puertos —habló con toda la indiferencia que le permitía la opresión que sentía en la garganta—. Y no tengo intención de quedarme mucho tiempo en este.

—Eso habrá que verlo —afirmó, dejando de lado el humor—. No navegas bajo la bandera del Padre. Dime, capitana, ¿cómo lo haces para permanecer fuera de su alcance?

—No he venido para hablar de mis tácticas contigo, Lord Hesperus, con todos los respetos —añadió para distender el ambiente, a pesar de que sentía que el pulso le palpitaba incluso en los oídos—. He venido a comerciar y luego me marcharé.

Detrás de Hesperus, la guardia sentada en la ventana cambió de sitio, sin alejar nunca la mano de su espada.

—Comerciar forma parte de la táctica, capitana. Y antes de ponerme a ello, me gusta saber con quién estoy tratando. No sucede cada día que una chica joven

se presente en mi corte buscando litio en estado sólido.

«Comerciar forma parte de la táctica». Caledonia retuvo aquellas palabras mientras consideraba qué respuesta debía dar y cuáles eran las motivaciones de Hesperus. Era posible que simplemente fuera prudente. El litio en estado sólido era difícil de encontrar, y si Aric las terminaba atrapando, sabría dónde lo habían conseguido. Pero no parecía que el Rey Astuto de Nuberrota estuviera preocupado por lo que la gente hiciera con sus mercancías. Estaba tratando de ganar tiempo. Buscaba información que fuera igual de valiosa que las escamas solares. Tenía que darle algo.

—Tú ya sabes quién soy. Sabes más de lo que dices.

—Eres muy lista. —Le dedicó una sonrisa depredadora y satisfecha—. Ofrecen una recompensa por ti y por tu nave.

Los dedos de Caledonia no podían apartarse de su copa de vino. El mundo se había convertido en un lugar muy pequeño y muy frío.

—¿Y vas a reclamar esa recompensa? —preguntó, esperando que no se le quebrara la voz.

La mano de la guardia se aferró con fuerza a la empuñadura de la pistola.

Hesperus se incorporó en su asiento, con los codos en las rodillas, cruzando y descruzando los dedos. Tenía un pequeño tatuaje entre el pulgar y el índice, un dibujo sencillo hecho con tinta negra descolorida.

—Mi negocio consiste en preservar la seguridad de mi puerto, de mi mercado y de mi familia. Esto lo consigo haciendo que el Padre esté contento conmigo siempre que se me presenta la oportunidad. Así que sí, voy a reclamar la recompensa.

Las entrañas de Caledonia quedaron arrasadas.

—¿Considerarías algún otro trueque? ¿Mis escamas solares a cambio de nuestra libertad? Estoy segura de que su valor es muy parecido al de la recompensa.

—En dinero probablemente, pero no valen tanto como la benevolencia del Padre. —Meneó la cabeza—. Me caes bien, Caledonia Styx, y si no fuera por la recompensa, las cosas habrían podido ser muy diferentes, pero me temo que voy a quedarme con tus escamas solares además de reclamar la recompensa. A menos que tengas otra cosa que ofrecer.

—¡Villano! —gritó Amina. Su grito fue seguido del chasquido de la pistola que había disparado la guardia, el percutor mordiendo hacia atrás mientras una bala recorría la sala. Las dos quedaron paralizadas.

Por un instante, Caledonia pensó en el Bala que tenían en su poder. Tal vez Hesperus consideraría que el valor de devolver a un Bala desertor podía reemplazar la recompensa. Pero una desagradable incomodidad en el estómago

le impedía poner el trato sobre la mesa.

No tenía nada de valor para ofrecer, y él lo sabía.

—Piensa lo que quieras. Tengo más cosas de las que ocuparme que de tus pequeñas desgracias. —Hesperus estaba de pie, con la copa de vino bien cogida. Atravesó la sala dándoles la espalda, mirando hacia delante.

La guardia apuntó con su pistola a Amina, mientras Kae se puso en pie con elegancia y habló.

—Tranquilas. No queremos derramar vuestra sangre.

—El viento sopla del norte. ¿Estás segura de que sería nuestra sangre? —Amina cogió la pistola que tenía atada al muslo y con su cuerpo cubrió a su capitana.

—Si no la vuestra, entonces la de la tripulación de allí abajo. —Aunque las palabras eran claramente una amenaza, Kae las dijo sin perder la compostura—. Pero tranquilas.

Durante todo ese tiempo Caledonia estuvo siguiendo a Hesperus con la mirada.

—Tengo a cuarenta y ocho chicas en esa nave. Si reclamas la recompensa, nos matas a todas.

Se dio la vuelta.

—Y si el Padre se entera de que os he dejado marchar, me obligará a estar presente mientras mata a mi familia antes de matarme a mí. No tengo otra alternativa que entregaros.

—¡Claro que tienes una alternativa! ¡Puedes luchar! Aquí tenéis recursos ilimitados. Si alguien puede enfrentarse a él, eres tú. —Se dejó llevar por el vigor de sus palabras.

Hesperus la interrumpió con una carcajada.

—Pero, chica, ¿cómo quieres que me enfrente a una flota como la suya?

—Hundiendo un barco a la vez.

La carcajada del Rey Astuto se suavizó y se volvió compasiva.

—No hay forma de luchar contra ese hombre. Lo único que podemos hacer es escoger el camino que nos resulte menos costoso.

—¿Aunque le cueste la vida a la persona que tienes a tu lado? —rebatía Caledonia, sintiendo un asco repentino por el hombre que tenía delante.

—¿Entonces, según tú, debería empezar a tirarle piedras a la montaña? —replicó Hesperus, impasible.

—Mejor eso que esconderse en ella. —Insultarle era una temeridad, pero en aquel momento a Caledonia ya no le importaba.

—Mino —avisó a la guardia—. Ata a nuestras invitadas y llévatelas a una celda mientras damos la bienvenida a su tripulación en las cárceles de Nuberrota.

Siendo cuarenta y ocho tendrán poco espacio, pero dudo que se queden mucho tiempo.

—Hermano... —la voz de Mino era tensa y delicada a la vez. Levantó la mano para señalar hacia la ventana.

Las nubes que durante toda la mañana habían estado constantemente agazapadas sobre las Islas Rocosas se habían levantado por completo. El mar se extendía a sus pies, los islotes relucían suavemente a la luz del sol. Y más allá, quizás a quince kilómetros aproximadamente, media docena de barcos Bala navegaban directamente hacia allí.

Las chimeneas fantasma deberían haberle provocado pánico, pero por primera vez en su vida Caledonia estuvo contenta de oírlas.

CAPÍTULO 15



—Capitana —la voz de Hesperus era tan imponente como las montañas que los rodeaban—, parece que vuestra espera será aún más corta de lo que pensaba.

—Hermano —era la guardia una vez más, su voz tan delicada como la lluvia al caer—, es uno de los Cincohijos.

Hesperus maldijo la interrupción y miró por el telescopio. Caledonia esperaba ansiosa, observando cómo llegaban los barcos. Se le encogía el corazón.

—La Farolillo. —Hesperus alzó la cabeza y lanzó una mirada fulminante a lo que había encima del agua.

Caledonia se desplazó entre Hesperus y el telescopio, sin que nadie se lo dijera, para mirar por el cristal. Seis embarcaciones de diferentes formas y tamaños entraban en la resguardada bahía de Baja Nuberrota. Cinco de los barcos llevaban el distintivo de una flor naranja en el casco. La proa del sexto estaba cubierta de ellas. La sangre de Caledonia se le heló al comprender que tenía delante la nave en la que viajaba Lir.

El tiempo se precipitaba como los pétalos de una flor moribunda. Caledonia inspeccionó los barcos con extrema frialdad. Solo cuatro eran lo suficientemente pequeños como para superar los islotes: la nave Farolillo y otro de los barcos se verían obligados a quedarse atrás. Si los cuatro pequeños no eran capaces de localizar a la Mors Navis en el puerto, intentarían echarlos de ahí y destrozarlos

en mar abierto. Antes de que Hesperus pudiera detenerlas, las chicas estarían en el fragor de la batalla.

Sintió el filo cortante de un puñal contra su cuello y una mano firme en un hombro.

—Me gustaría que vinieras sin oponer resistencia —susurró Hesperus en su oído.

—Yo quizás, sí —dijo Caledonia rotundamente—. Pero mi tripulación, no.

—Bueno, eso a mí no me preocupa —continuó.

—Pues debería. —Caledonia seguía observando los barcos Bala, cada vez más cerca del puerto—. Mi tripulación va a hacer saltar tu puerto en mil pedazos tratando de escapar. ¿Y crees que a los Balas les importa dónde caen sus misiles? En pocos minutos no quedará un amarradero intacto. Y cuando se extienda el rumor de que los Balas están luchando en tus dominios... No me parece que sea bueno para los negocios.

Con un tirón, Hesperus la obligó a darse la vuelta.

—¿Estás intentando negociar?

—Te estoy ofreciendo un trato. —Caledonia levantó el mentón por encima del cuchillo—. Una oportunidad para salvar tu puerto.

Mino tenía a Amina inmovilizada, cuyas manos cogía por detrás de la espalda. Kae observaba a los cuatro con la frente marcada por la consternación.

Para sorpresa de Caledonia, Hesperus no estaba furioso. Parecía alerta, impaciente, como si el cambio de circunstancias le deleitara de una forma muy lejana. Enfundó su cuchillo y le preguntó:

—¿Cuáles son tus condiciones, capitana?

Caledonia miró por el telescopio y vio que los barcos estaban mucho más cerca de lo que pensaba. Su sangre resonó con fuerza en sus oídos. Estaba a pocos kilómetros del responsable de la muerte de su familia. Se puso colorada y se sintió ligera como el aire, llena de deseos de luchar. Pero aun cuando su cuerpo vibraba con el ansia de atacar a la nave Farolillo directamente, el campo de batalla jugaba en su contra. Entablar un combate allí supondría la muerte de la mayoría de su tripulación, si no de toda. Aun superando los islotes, no lograrían acercarse a Lir.

Prefería una batalla que pudiese ganar. O una que le permitiese acercarse lo suficiente para ver la cara de Lir. Si metía a su tripulación en ese combate, las estaría traicionando a todos los niveles.

—Lord Hesperus, ¿los canales de las Islas Rocosas son navegables? —Caledonia lo miraba con una expresión glacial.

—Sí que lo son. Pero se necesita una nave ligera y estrecha, y la vuestra, por lo que veo, no lo es.

—Ya me ocuparé yo de mi nave. ¿Tienes mapas? —Él asintió y Caledonia continuó—: Entonces el trato es este: tú me llevas a mí y a mi tripulación de vuelta a la nave, y nosotras evitamos que haya una batalla en el puerto.

Hesperus dudó. Habría fracasado en su intento de retenerlas si les entregaba los mapas de los canales de las Islas Rocosas. Pero una batalla pasados los islotes era decididamente peor. Nuberrota había tardado años en ganarse la reputación de puerto seguro, pero la podía perder en unos pocos minutos.

Kae presionó el brazo de Hesperus con la mano, revelando un pequeño tatuaje escondido entre su pulgar e índice. Caledonia sospechaba que tal vez fuera la pareja del tatuaje de Hesperus y la guardia. No mentía cuando decía que su negocio era proteger a su familia.

Hesperus enseñó los dientes a su hermana.

—Sí, maldita sea, te los daré. Pero tenéis que marcharos ya. Rápido.

—Tengo a dos chicas de la tripulación en la ciudad. No voy a dejarlas tiradas. —Caledonia sabía que la benevolencia de Hesperus estaba al límite. Pero sintió que podía presionar un poquito más. Quizás no fuera enemigo de Aric, pero tampoco su amigo.

—Mino —dijo Kae a su hermana.

—¿Dónde? —preguntó Mino, soltando a Amina.

—En los elevadores —dijo Amina—. Dos chicas.

—¿Y ya está? —preguntó Mino. Desapareció por las escaleras después de que Amina y Caledonia asintieran.

—Las encontrará y las mandará de vuelta por el elevador. Pero ahora tenéis que seguirme —dijo Kae, apremiándolas al bajar por la escalera. En lugar de seguir hasta abajo del todo, se desvió y las guio por un pasillo que ya habían recorrido antes. Hesperus iba primero, hasta que se separó del grupo tras ordenar a Kae que no las dejara marchar antes de que hubiera vuelto.

El pasillo era lo suficientemente ancho como para que dos personas pudieran caminar una al lado de otra, hasta que Kae tomó un desvío y pasaron por una puerta de madera que llevaba a un estrecho túnel. Allí el aire era más frío y olía más intensamente a tierra y rocas. En lugar de bajar por la ladera de la montaña, estaban cortando por su interior.

No volvería a dejarla atrás. El pánico luchaba por apoderarse de la mente de Caledonia, socavando sus pensamientos hasta llegar al punto de que solo podía pensar en Piscis, su hermana, la persona que evitaba que su corazón fuese de piedra.

Kae se detuvo delante de una puerta de metal enrejada. La apartó a un lado hasta llegar a otro elevador. Este estaba hecho de metal, con barandillas a cada lado. Parecía indudablemente más sólido que el espanto al que habían subido

aquella mañana.

—Subid. Os llevará directamente a los muelles. —Kae abrió un panel en la pared y tiró de las palancas. Se encendió una luz verde cenagosa y otra de un naranja quemado. Caledonia pensó en si los controles que hacía funcionar Clag eran similares.

—No puedo marcharme sin Piscis ni Rojo. —Caledonia sabía que no estaba pensando con lucidez, que estaba poniendo por encima su corazón a la tripulación. Amina también lo sabía. Se colocó delante de su capitana y la sujetó con una expresión de intransigencia.

—Métete en el elevador, capitana. —Sus manos se posaron sobre los hombros de Caledonia, aplicando un poco de presión, aunque sin empujarla—. O te meteré yo. —Se le acercó para decirle algo en voz baja—. Quedarnos aquí solo pondrá más en peligro a la tripulación. Tienes que confiar en que Piscis y Rojo sabrán moverse con rapidez y llegar a la nave. Y todo tiene que estar listo para cuando lleguen. Confiamos en ti para ello.

Tenía razón. Claro que tenía razón, pero Caledonia sentía que le pesaban los pies al entrar en el elevador.

Unos pasos resonaban por el túnel. Caledonia esperaba que fueran sus chicas acompañadas de Mino, pero eran los pasos de una sola persona, no de tres.

Era Hesperus. Regresó con un cilindro metálico en la mano. Tenía la frente sudada. No le ofreció el cilindro inmediatamente, sino que lo sostuvo como si fuese un arma.

—No hay ningún mapa de los canales que sea completamente fidedigno. — Todo resto de resistencia se había desvanecido. Era un Hesperus diferente, sincero y preocupado. Era un Hesperus en quien Caledonia confiaba instintivamente—. Cada mapa contiene un defecto intencionado, un error cuyo objetivo es confundir a aquellos que no están familiarizados con los canales. Esa es una de las razones por las que parecen infranqueables. En este mapa el defecto está relacionado con los canales del norte; la profundidad, la anchura y la longitud están equivocadas. A veces por unos pocos metros, otras por muchos más. No te fíes de lo que indica. Busca otro camino y todo irá bien.

—Dices que estos defectos son una de las razones por las que parecen infranqueables. —Amina estaba mucho más alerta que Caledonia en ese momento—. ¿Cuáles son las otras?

La sonrisa de Hesperus era desalentadora al entregarles el cilindro de metal.

—La mayoría de las Islas Rocosas son inestables. Se rompen y ceden a diario. No hay ningún mapa que os pueda ayudar con eso.

—No hay tiempo —apremió Kae. Cerró los barrotes que se interponían entre ellos—. Debéis marcharos.

El elevador tuvo una pequeña sacudida, pero consiguió bajar.

—Gracias, Lord Hesperus —dijo Caledonia, alzando la cabeza para mantener el contacto visual—. No lo olvidaré.

—No causéis daños en mi puerto —gritó Hesperus antes de quedar fuera de su alcance—. Espero que sobreviváis.

El elevador ganó velocidad al bajar por el hueco de rocas. Un viento húmedo corría hacia arriba trayendo los olores familiares del océano y de las arenas blanquecinas. Aunque la fortaleza de Hesperus estaba a mayor altura que el mercado de Nuberrota, el viaje pareció requerir la mitad del tiempo que les había costado subir.

El elevador frenó antes de detenerse por completo, y las chicas empujaron la puerta enrejada. Caledonia no perdió el tiempo. Se encontraban en una pequeña antecámara. Atravesaron unas puertas por fortuna desbloqueadas hasta aparecer finalmente en la playa, a pocos pasos del embarcadero que habían dejado por la mañana.

Poco después las dos chicas estaban subiendo a bordo de la Mors Navis. Desde allí no podían verse los barcos Bala y la tripulación no tenía ninguna razón para sospechar que se acercaba un peligro hasta que Caledonia gritó:

—¡Todas preparadas! ¡Se acercan los Balas!

Las chicas se pusieron en marcha de inmediato para disponer la nave. Caledonia dirigió la mirada hacia los acantilados. Bajaban tres elevadores. Si sus amigas no estaban en ninguno de ellos, ya sería demasiado tarde.

—¡Desplegad los mástiles! —gritó—. ¡Amina!

—¡Nudos al aparejo! —La voz de Amina hizo que sus chicas se colocaran en torno a los cuatro mástiles. Salieron disparadas desde la cubierta para perforar el cielo.

Tina apareció a su lado.

—¿Órdenes, capitana?

Caledonia destapó el cilindro de Hesperus apresuradamente y dejó caer el contenido en su mano. El mapa, tal como él había prometido, reproducía los canales con extremo detalle.

—¿Los canales? Capitana, nadie navega por los canales. Por lo menos no con este tipo de naves. No lo conseguiremos —protestó Tina.

—Sí que lo conseguiremos. Solo tenemos que encontrar el buen camino. — Sus ojos se deslizaban por los pasos en forma de laberinto. Si escogían el equivocado, acabarían atrapadas.

«Puntilla hubiera sido capaz de fijar el rumbo», se dijo con una extraña e incómoda mezcla de irritación y sentimiento de pérdida. Tina se guardó las demás quejas que tenía sobre el tema y estudió el mapa por encima de los

hombros de Caledonia.

—Por aquí parecen lo suficientemente anchos y profundos—. Los dedos de Tina marcaban un camino que atravesaba los canales del norte.

Si fuera verdad...

—Estas medidas son probablemente falsas, según Hesperus. Mira hacia el sur de los canales. —Caledonia señaló el primer canal del norte que le pareció que no podía considerarse como tal—. Deberíamos poder confiar en las medidas de cualquier canal al sur de esta línea.

Caledonia le pasó el mapa a Tina para que pudiera informar a la tripulación del puente, mientras ella volvía a mirar hacia los elevadores. Uno se había parado a mitad de camino, otro se encontraba ya en el piso inferior y el tercero estaba entre uno y el otro.

—¡Amina! —gritó.

Como si pudiera leer su mente, la respuesta de Amina llegó desde la punta del palo de mesana.

—No son ellas, aunque no alcanzo a ver los otros dos elevadores.

—¡Dos barcos cruzando los islotes! —El grito llegó desde la popa, donde una de las Nudos estaba encaramada sobre la vela de sol con la mirada puesta en la amenaza inminente—. ¡Y veo otros dos más!

La frustración desgarraba la garganta de Caledonia.

—¡Motores! ¡Preparadas para arrancar!

Hime llegó enseguida con una cara de pánico que convirtió su boca en una mueca de angustia. Sus manos volaban.

—¿Y Dienterrojo? ¿Y Piscis? ¿Dónde están?

—Están llegando —prometió Caledonia—. Lo conseguirán.

La nave retumbaba bajo sus pies, reproduciendo la furia de su corazón, que iba en aumento. Tenían que marcharse. Tenía que dar la orden de salir.

—¡Capitana! —La voz de Amina—. ¡Están en la playa!

Caledonia se dio la vuelta y las divisó al instante. Las trenzas rubias de Dienterrojo planeaban detrás de ella mientras corría tirando de Piscis con una mano. Incluso a tanta distancia era evidente que a Piscis le costaba mantener el ritmo. Sus largas piernas avanzaban lentamente, estaba cabizbaja por el esfuerzo.

—¡Están a mitad de camino! —gritaron las Nudos de Amina.

Las chicas estaban a la expectativa, con los cuerpos tensos. Podrían haberse marchado minutos antes y sacar ventaja a los barcos Bala, pero todavía estaban en el puerto, flotando como una presa fácil. Cada una de las chicas miraba las siluetas a la carrera de Dienterrojo y Piscis. Si la voluntad combinada de todas ellas las hubiera podido arrastrar, habrían llegado a la nave mucho antes.

—¡Arrancad! —gritó Caledonia al fin.

La tripulación desató las largas cuerdas que tenían a la nave amarrada al puerto, mientras que en el puente las chicas encendieron los propulsores.

Piscis cayó y la nave pareció que se quedaba sin respiración antes de volver a recuperarla. Oyeron a Dienterrojo gritando, vieron los puños de Piscis enterrados en la arena. Luego volvieron a salir, y las chicas corrieron hacia la nave, que ya estaba en marcha.

—¡Lista, Tina! —gritó Caledonia.

Despacio en un primer momento y acelerando después, la nave salió del muelle para cubrir los casi doscientos metros que la separaban de la entrada de los canales. Dienterrojo corría por el embarcadero arrastrando a Piscis. Gracias a una última carrera, las chicas saltaron a la cubierta de la nave justo antes de que estuviera fuera de su alcance.

Piscis cayó con las manos y las rodillas antes de chocar con su hombro bueno, mientras que Dienterrojo cayó dando volteretas y cuando se detuvo quedó de espaldas al suelo.

Caledonia esperó el tiempo justo para verlas a salvo antes de gritar más órdenes a Tina. La nave aceleró en dirección a la entrada de los canales de las Islas Rocosas.

CAPÍTULO 16



Tina llevó la Mors Navis al límite de lo que permitían aquellas aguas poco profundas. Su estela surgía por detrás, sumándose a unas aguas que ya eran peligrosas de por sí, por en medio de los islotes. Aquello frenaría a los barcos Bala, pero no los detendría del todo.

—¡Amina! —gritó Caledonia mientras corrían en paralelo a las paredes de acantilados en dirección a la estrecha desembocadura de los canales de las Islas Rocosas—. ¡Replegad los mástiles! ¡A toda velocidad!

Amina soltó un silbido penetrante y todas las Nudos bajaron del aparejo. Caledonia echó un vistazo a Piscis, que estaba sentada con la cabeza apoyada contra el palo de mesana y era atendida por Hime con rostro serio. Luego corrió como un rayo por la escalerilla hasta llegar al puente.

—¡Preparad las armas, chicas! ¡Escudos en alto! —Dienterrojo gritó justo en el momento en que dos barcos surgieron entre los islotes y los primeros disparos explotaron justo detrás de ellas.

Tina llevaba el timón, agarrándolo con la misma dureza con la que miraba. Detrás de ella la tripulación del puente supervisaba el resto de los sistemas del barco. Caledonia examinaba el mapa, extendido sobre una mesa cerca del timón, con cada esquina doblada bajo un sujetapapeles de metal para que no se desplazara.

Se acercaban rápidamente a lo que parecía ser la pared del acantilado.

Aunque la entrada a los canales estaba bien definida en el mapa, era imposible verla desde esa distancia. En el mapa era estrecha, apenas lo suficientemente ancha como para permitir el paso de la Mors Navis. A un ritmo razonable hubiesen tenido tiempo para planear el giro que debían hacer. Pero en esa situación no había otra opción que confiar en la mirada penetrante de Caledonia y en su intuición.

Cuando relevó a Tina para coger el timón, se sintió más conectada con la nave, cuya potencia vibraba en las palmas de sus manos. Era un sentimiento reconfortante y familiar. Aun así, era Puntilla quien debería haber estado ahí, a su lado, midiendo las distancias con la tranquilidad que la caracterizaba. En su lugar estaba Tina, que no tenía experiencia en esa labor. Caledonia no podía confiar en su habilidad para medir distancias.

El agua salpicaba la pared de piedra mientras la Mors Navis pasaba como un relámpago por su lado. Casi doscientos metros más adelante, el caudal estaba más calmado y ya no se producían tantas corrientes.

—Preparad los propulsores. Fuerte giro a estribor a la de tres.

Tina informó a las demás.

—¡Giro fuerte! ¡Giro fuerte! ¡Utilizad las ataduras!

Caledonia le entregó el timón a Tina para poder atarse.

—¿Lo ves? —preguntó Caledonia.

—Creo que sí. —Tina no parecía muy segura.

—¡Empieza la cuenta atrás! —Caledonia gritó a toda la tripulación del puente de mando—. ¡Tres! —La entrada todavía no era completamente visible—. ¡Dos! —El viento zarandeó el puente—. ¡Uno! —Giró el timón bruscamente a estribor—. ¡Propulsores de la amura de babor, máxima potencia! ¡Propulsores de la aleta de estribor, máxima potencia!

La nave giró bruscamente, mordiendo y derrapando por encima del agua en un ángulo de corte. Caledonia se agarró al timón. Pasaron rozando la pared de rocas y, justo cuando la nave recuperaba la verticalidad y la inercia la empujaba hacia delante, apareció la entrada de los canales.

—¡Avante a toda máquina! ¡Propulsores fuera! —Ejecutaron las órdenes de inmediato y la nave se lanzó contra la entrada, a escasos metros de chocar por cada lado.

En la cubierta, Dienterrojo organizó a las chicas en una de las formaciones para la batalla, concentrando la artillería en la popa. Saber que iban a atacar por detrás suponía una ligera ventaja que pensaban aprovechar. Por lo que había visto Caledonia, los barcos Bala solían ser embarcaciones más pequeñas, lo cual significaba que serían más rápidas que la Mors Navis en esos canales serpenteantes.

La voz de Tina estuvo a punto de quebrarse al repartir órdenes entre la tripulación del puente, adaptándose al ritmo que imprimía Caledonia y a los estrechos canales. Iban demasiado rápido y lo sabían. El metal golpeó contra las rocas en más de una ocasión, pero nunca tanto como para dañar el casco.

El rugido de los motores crecía a su alrededor y retumbaba en las paredes altas. Cuatro barcos Bala entraron en los canales y siguieron la estela de la Mors Navis. Caledonia aceleró con las manos firmes en la rueda del timón, los músculos tensos y las piernas separadas. Conocía esa nave mejor que nadie.

Se oyeron gritos en la cubierta. El primer barco Bala estaba cerca e iba a dar batalla, por lo que abrieron fuego. Caledonia hizo lo que pudo para ignorar el chasquido seco de las balas al impactar en el casco. Los canales se retorcían severamente hacia un lado y luego hacia el otro. A cada giro, dejaban atrás el barco Bala durante unos segundos. Pero necesitaban algo más.

—¿Qué hay más adelante, Tina? —preguntó.

—¡Trescientos metros hasta la primera bifurcación! —gritó Tina desde su posición, al lado del mapa.

La nave tomó otra curva pronunciada y obtuvo una pequeña tregua de los barcos que la perseguían. Pero los pulmones de Caledonia se helaron al ver lo que les esperaba: las paredes del canal se abrían como unos brazos que se dirigen al cielo. Pronto las aguas serían amplias, perfectas para que varias embarcaciones pequeñas pudieran adelantar a una más grande.

Ahora tenían espacio para ganar velocidad. La iban a necesitar.

Caledonia ordenó que los motores funcionaran a toda potencia. La Mors Navis se impulsaba hacia delante y por un instante solo estaban ellas y el agua. El zumbido constante de los motores era lo único que se oía en el amplio canal.

Pero luego se terminó. Por detrás llegaban cuatro barcos Bala como truenos, girando y entrando por el canal, las velas de sol brillando intensamente. Se abrieron en abanico, listos para atacar a la Mors Navis desde todos los ángulos. Eran más pequeños, más ligeros, más rápidos. Trescientos metros más adelante los canales volvían a estrecharse y a bifurcarse. La carrera pasó a ser una batalla.

Dejando el timón a Tina, Caledonia corrió a la cubierta. Dienterrojo ya estaba dando órdenes, desmantelando la barrera de escudos de la cubierta de popa y distribuyendo la tripulación para que cubriera todos los ángulos. Las Nudos de Amina colgaban por encima del aparejo, parapetadas y con las armas apuntando a los barcos que se acercaban. Todas hacían exactamente lo que les correspondía. Caledonia examinó los barcos, que se acercaban cada vez más, y se dio cuenta de que su plan era insuficiente.

Caledonia silbó y Amina, Dienterrojo, Hime y Piscis formaron un círculo a su alrededor.

—Opciones —dijo.

—Desplegar las minas con cables que recogimos de las barcazas. —Piscis apenas se podía poner en pie. Llevaba el brazo en un cabestrillo que le inmovilizaba el hombro.

—Arriesgado —dijo Dienterrojo, con una franja ancha de arcilla rojiza pintada sobre su boca. Sus ojos brillaban en ese ambiente prebélico—. Esas cosas están diseñadas para flotar, no para ser arrastradas. Podrían jugar nos una mala pasada.

—Entonces las utilizaremos como último recurso. Más opciones.

—Dar media vuelta —dijo Amina decidida—. Activamos a fondo los propulsores y rompemos sus líneas antes de que puedan reagruparse. Si nos colocamos por detrás, tendremos la iniciativa.

Caledonia le dio vueltas a la idea en su cabeza. Dar media vuelta en un círculo estrecho a máxima velocidad era posible gracias a la potencia de sus propulsores y a que el casco de la nave era muy bajo. La maniobra dispersaría a los barcos Bala y daría tiempo a la tripulación para deshacerse de uno o de dos, pero aún quedarían el resto de barcos en condiciones de igualdad.

—Posible. Otras opciones —insistió.

La Bella Hime levantó las manos, dudando. Entrecerraba los ojos por la luz del sol, apartando la mirada de Amina antes de decidirse a hablar.

—*Tenemos cal viva*. —Se giró para examinar los cuatro barcos que las perseguían—. *Y hay viento*.

Habían robado la cal viva de una barcaza y la habían guardado en la zona de carga, lejos de los tanques de desalinización y otras fuentes de agua. Ese polvo corrosivo era muy útil para limpiar las cañerías, aunque peligroso cuando entraba en contacto con superficies húmedas, como el agua, los ojos o los pulmones. Caledonia casi había olvidado que estaba en su inventario.

—Cruel —dijo Dienterrojo, los labios se le torcieron hasta formar una sonrisa—. Me gusta.

Sí que era cruel, y por la manera en que Hime entrelazaba los dedos y miraba hacia otro lado, no parecía muy orgullosa de haber hecho la propuesta.

—Hagámoslo —ordenó Caledonia.

Dienterrojo obedeció encantada e impartió órdenes entre la tripulación.

Poco después, la cal viva apareció en la cubierta de popa. Las chicas que manejaban los sacos de cañamazo llevaban guantes y tenían las bocas y narices cubiertas de bufandas y pañuelos. Caledonia mandó a todas las demás a barlovento. Tina hizo que la nave avanzara lentamente, dejando que la popa fuera de un lado a otro. Creyendo aprovechar la situación de ventaja, los barcos Bala se acercaron. No veían la sonrisa dibujada en la boca de Dienterrojo

mientras blandía su puñal.

Cortaron las bolsas y el aire se llenó de una nube blanca de polvo. El viento lo levantó y arremolinó, haciendo que llegara a los cuatro barcos. Aunque hubieran sabido lo que se les avecinaba, los Balas no habrían tenido tiempo de reaccionar. El polvo sepultó los barcos como si fuera una niebla asesina, llenando sus narices, bocas, ojos y pulmones de algo que les quemaba y que no podían combatir.

Mientras el rugido de los motores se apagaba, el desfiladero se llenó de gritos de hombres y de niños. Sus barcos titubearon y ralentizaron la marcha. Pronto dejaron de oírse gritos; la cal viva había quemado la piel de los Balas y les había imposibilitado respirar, mucho menos chillar.

Hime se entristeció. Sus ojos se llenaron de lágrimas brillantes que luchó por contener.

—*Soy como ellos*—dijo Hime.

Caledonia pensó en responder. Nunca había visto a Hime como a un Bala. Le parecía una chica a la que habían forzado a adoptar un estilo de vida violento o morir. Le parecía una superviviente. En ese momento, se imaginaba todas las maneras en las que tener que sobrevivir cambia a una persona, todas las maneras en las que podía haber cambiado a su hermano. Luego dejó de imaginar.

—Quizás un poco—dijo con cautela—. Pero esa es una de las razones por las que seguimos luchando. Para que algún día nadie tenga que parecerse ni remotamente a ellos.

—Vamos.—Amina cogió la mano de Hime. Se le acercó y con el brazo envolvió sus hombros—. No hace falta que veas esto.

Hime se zafó, mirando fijamente a los barcos que dejaban atrás.

—*Sí que hace falta.*

Caledonia estaba atenta por si alguno de los barcos se recuperaba y seguía con la persecución, pero, cuando la Mors Navis entró en el siguiente canal, no había señales de ello.

Las chicas celebraron el triunfo, sus voces resonaban contra las paredes de los canales. Estaban cansadas y hambrientas, pero sus ojos brillaban a la luz del sol. Aun sabiendo que habían abandonado Nuberrota sin los víveres que necesitaban, la tripulación estaba comprometida con el viaje que habían emprendido, lo cual llenaba a Caledonia de una mezcla de orgullo y sentimiento de culpabilidad.

Cuando Caledonia regresó al puente, se dio cuenta de algo que la impactó: la recompensa sobre sus cabezas era real. El chico había dicho la verdad.

CAPÍTULO 17



La noche cayó por las paredes del desfiladero mucho antes de que se pusiera el sol. Los brazos de Caledonia temblaban de frío y cansancio. Cada movimiento de la nave tenía que ser preciso. Y rápido. Cuando Amina finalmente subió a la cabina para anunciar que, desde que habían soltado la cal viva, ya nadie las seguía, Caledonia dejó el barco en punto muerto. Tal vez no tenían una gran ventaja respecto al resto de los perseguidores, pero la conseguirían reduciendo su estela, navegando en silencio y dejando que esos canales enigmáticos y enrevesados cubriesen sus huellas.

—En silencio y a oscuras. Propulsores solo para ir a la deriva —dijo, entregando el timón a la tripulación del puente.

Todas necesitaban un descanso, pero aún necesitaban más un rumbo seguro a través de los canales. Caledonia y Amina pasaron horas encerradas en la sala de mapas, con la luz lo más baja posible y las espaldas dobladas sobre el mapa defectuoso que les había entregado Hesperus. Por norma general, aquella era una tarea para todo el mando de la tripulación, pero, tras la muerte de Puntilla y con Piscis herida, necesitaban a Dienterrojo en la cubierta y a Hime cuidando de las heridas.

El rumbo ideal las llevaría a través de los pasajes del norte, al oeste de las Islas Rocosas. Desde allí, en línea recta hacia el norte, podrían dirigirse a las rutas de reclutamiento de las Aguas del Norte. Pero eran precisamente los

canales del norte los que no eran de fiar. Más de una vez Caledonia se encontró estudiando ese rumbo, preguntándose si valía la pena arriesgarse.

Finalmente encontraron un camino seguro para salir de los canales. Las dejaría en dirección sur, al oeste de la punta más meridional de las Islas Rocosas. Estarían más lejos del rumbo que querían tomar que cuando habían atracado en Nuberrota, pero era una zona poco transitada por la flota de Aric y aquello, por lo menos, era una pequeña victoria.

Cuando las dos chicas volvieron a la cubierta, la noche era espesa y parte de la tripulación ocupaba los puestos de vigilancia. El cielo era una franja estrecha de un negro reluciente. Las marcas solares estaban oscuras y solo se oía el ocasional murmullo de las piedras al ser arrastradas por el agua.

Era el primer momento de calma desde que habían salido corriendo del observatorio de Hesperus.

—Lo he perdido todo —dijo Caledonia en voz baja—. Todo lo que teníamos para vender, lo he perdido.

Amina estaba de pie a su lado, en silencio, sin ofrecer consuelo ni mostrar censura. Miraba a su capitana con sus ojos oscuros, impasible. Era testigo, pero no juzgaba. Por alguna razón indescifrable, Caledonia sentía como un alivio que la escucharan en lugar de que la desafiaran o intentaran calmar. Era un alivio poder sentir su fracaso como un fracaso.

—No debería haberme llevado todas las escamas. Fue una imprudencia. — Rhona nunca hubiera hecho algo tan irresponsable. Se hubiera llevado la mitad y hubiese guardado la otra mitad. Por si acaso.

—Estoy de acuerdo. —La sinceridad de Amina la impresionó—. Pero en su momento no lo estaba. Era un buen riesgo que correr, aunque el resultado ha sido malo. Yo hubiera tomado la misma decisión.

—¿Intentas ahorrarme el sentimiento de culpabilidad, Amina?

Los ojos de Amina se entrecerraron, divertidos, al tiempo que su sonrisa se ensanchaba.

—¿Cuándo he tratado yo de ahorrarte algo?

Amina era la única que había abandonado su casa y su gente con la intención de luchar. En Manos del Río luchaban todo lo necesario para dejar a Aric fuera de la región de las Trenzas, pero a las quince vueltas Amina y su pequeña familia se unieron a una banda que pretendía algo más que simplemente mantenerle a raya. Perdió su familia a manos de un despiadado grupo Bala de una forma parecida a como la perdió Caledonia. Ella era como un bloque de granito tallado, moldeado por el fuego y por ello más resistente. Sería la última en mentir a Caledonia.

—¿Estás segura de que no hay nada en esta nave que podamos utilizar para

neutralizar el casco de la Electra?

—Estoy segura. —Amina permaneció en silencio, con la cabeza ladeada hacia la brisa como si estuviera escuchando la conversación de otros—. Capitana, hemos cometido errores. Pero las razones eran buenas. Tus razones eran buenas.

Parecía una acusación. No importaba que las razones hubieran sido buenas, el resultado seguía siendo el mismo. Había perdido la única opción viable de construir el arma que necesitaban para salvar a sus hermanos y por el camino había fracasado a la hora de obtener la comida que requerían para el trayecto que tenían por delante. Abrió la boca para comentar esto mismo cuando un terrible aullido estalló en las entrañas de la nave. Resonó a su alrededor, creciendo en el estrecho desfiladero como si fuera una bomba.

El Bala.

Sin mediar palabra, Caledonia y Amina corrieron por debajo de la cubierta. El sonido había congregado a varias chicas en los pasillos, pero en el momento en que oyeron que se acercaba la capitana dejaron espacio para que pasara.

Las dos llegaron rápidamente a la cocina y bajaron al tercer nivel, donde se encontraba la bodega de carga. Allí los gritos eran más intensos, intercalados con alaridos de auténtico dolor. A pesar de que era un Bala, se hacía difícil presenciar una agonía semejante.

Llegó hasta la puerta, pero una voz la interceptó antes de que su mano abriera la escotilla.

—¡Capitana! —Piscis entró con rostro de preocupación—. Capitana, yo me ocuparé de él.

—Necesito que se calle. —Caledonia se detuvo con la mano en el cerrojo.

—Yo me ocuparé de él —repitió.

Piscis parecía más descansada, le había vuelto el color a las mejillas, a pesar de que la carrera hacia allí probablemente le había quitado mucha energía. Después de otro grito, los labios de Piscis se contrajeron por la ansiedad.

—Necesito que se calle y que permanezca callado.

Caledonia quería asegurarse de que no había ninguna confusión sobre los objetivos.

Piscis enderezó los hombros, forzando el equilibrio de su respiración.

—He dicho que yo me encargo de él. Es mi responsabilidad.

—No. Es mi responsabilidad —la corrigió Caledonia.

En la celda, el chico se irritaba contra sí mismo. Daba golpes contra el suelo y sus gritos se convertían en gemidos espantosos. El puñetazo que iba a propinarle Piscis no sería más amable que el que le hubiese propinado Caledonia, pero en realidad no importaba quién lo dejaba inconsciente, solo que

lo hiciera alguien.

—Que sea rápido —dijo Caledonia.

Piscis no necesitaba más invitación que esas palabras. Abrió la escotilla y entró rápidamente, cerrándola detrás de ella. Los gritos del chico se atenuaron enseguida y un momento después se hizo el silencio.

Después de mandar a Amina a descansar, Caledonia regresó a la parte superior de la nave y se sentó en la proa, con una manta alrededor de los hombros para protegerse del frío, atenta a cualquier señal de persecución. Suavemente y por debajo, Caledonia sentía el zarandeo ocasional de los propulsores de proa, que mantenían la nave en el centro de los canales. Una leve brisa envolvió la nave. Ahora que tenía tiempo para contemplar el paisaje, Caledonia vio que, flanqueando los canales, había una fila de pequeños árboles pegados a los peñascos y a las estrechas plataformas de piedra.

En la cubierta, las chicas se movían silenciosamente a través de la noche. La campana estaba en silencio. Cuando fue la hora de cambiar los turnos de guardia, las chicas se reunieron brevemente en la oscuridad para completar el relevo.

Dienterrojo observaba la tripulación de cubierta desde la cofa del mástil principal, meciendo una pistola entre sus rodillas y tapada con una manta delgada para calentarse. Era tan dura como su pasado la había obligado a ser. No solía hablar de ello, pero se sabía que había sido rescatada del barco de un tipo despiadado por el capitán Annee, cuya consigna cuando navegaba era no hacer daño a las mujeres. Annee le dio un sitio entre la tripulación, y después de su muerte Dienterrojo acudió a ellas en busca de una nueva tripulación a la que servir y querer. Cuando se trataba de sus chicas, se aseguraba de que todas tuvieran lo que necesitaban, aunque fuera a su costa. Y eso incluía a la capitana. Si Caledonia se pasaba la noche sin dormir, Dienterrojo también.

No volvieron a oír al chico. Era difícil pensar en él sin pensar también en Donnally y Ares. La recompensa era real, no había mentido al respecto, así que ¿era posible que tampoco hubiera mentido sobre sus hermanos? Por primera vez la esperanza daba vueltas en el corazón de Caledonia sin control alguno. Se vio sorprendida por la cálida presión de las lágrimas y le provocaba espanto saber que acababa de desperdiciar la mejor oportunidad para salvarlos. Pero todavía tenía al Bala. Si había otra forma de llegar hasta ellos, le obligaría a revelársela.

Pensaba también en Lir. Por un breve instante, lo tuvo a la vista. La proa de la barcaza incendiada de farolillos y la torre oscura elevándose cuatro niveles hacia el cielo. No olvidaría nunca la forma que tenía, y ahora que la había visto, no deseaba otra cosa que destruirla. Pero Hesperus había dicho que era uno de los Cincohijos. Siempre navegaría con una pequeña flota a su alrededor a modo

de escudo, aislándolo y protegiéndolo de todo a su alrededor.

Estaba vivo. Lir vivía. Y si vivía, significaba que ella le podía matar.

Los dedos de Caledonia se acercaron al puñal que tenía en el cinto. El metal de la hoja estaba siempre caliente y enrojecido con la memoria de su sangre. Algún día serían otros los recuerdos que lo calentarían.

Justo antes del amanecer, Piscis fue a sentarse al lado de Caledonia con dos tazas de *teca* en las manos. La infusión era una mezcla de restos —granos de café, raíces de achicoria, hojas de té—, raramente la misma de un día para el otro. Aquel día era peor que de costumbre. A pesar de que Tina había incrementado las existencias en Baja Nuberrota, Far intentaba desde el primer momento que estas duraran lo máximo posible.

—Está durmiendo —dijo Piscis.

A Caledonia le costó un segundo darse cuenta de que hablaba del chico. No le importaba si dormía o no, solo que no gritara. De todas formas, asintió como si la información la hubiese complacido.

—Creo que ya ha pasado lo peor, aunque el dolor está lejos de remitir.

Aquello sí la satisfizo.

—Bien.

Piscis soltó un suspiro de alivio tenue y desilusionado.

—Ya sé que los odias. Pero si quieres creer que nuestros hermanos están bien, que pueden volver a ser quienes eran antes de caer en manos de Aric, entonces lo mismo debe valer para él.

Caledonia solamente podía limitarse a no discutir. Se acordaba de sus hermanos. Donnally era demasiado bueno y generoso como para someterse enteramente a la crueldad de Aric. De Ares no estaba tan segura. De niño había sido tan tranquilo como Piscis, pero albergaba una rabia que de vez en cuando sacaba a relucir. Cuando no había suficiente carne, pan o tiempo, explotaba y perdía los papeles. Por entonces el enfado iba dirigido a la flota de Aric, pero era solo un niño y a Caledonia le daba miedo que esa rabia pudiera haberse canalizado de otra manera en contacto con los Balas.

Sin los metales en estado sólido que Amina necesitaba para construir un electromag, probablemente nunca lo sabrían. Había pasado de ser una misión de rescate a una misión de supervivencia. No se veía capaz de frustrar las esperanzas que Piscis tenía de salvar a sus hermanos, pero le costaba no perder las propias.

La luz del sol se posó, ligera como un pájaro, sobre los vértices de las paredes de los canales. Pronto habría luz para acelerar. Caledonia sorbió su taza

de *teca* y su estómago respondió con un gruñido.

—Hime dice que estás mejorando de tu infección y que deberías evitar el contacto con el agua hasta que se cierre la herida. ¿Cómo está el hombro?

Otro suspiro.

—Hoy un poco mejor.

—Bien. Sigue descansando. Haz todo lo que te diga la Bella Hime y nada de lo que te diga Rojo.

Aquello provocó la risa de Piscis. Las chicas se pusieron de pie mientras el sol dejaba los acantilados para enfocar la nave. Era el momento de ponerse en marcha y la tripulación ya estaba encargándose de los preparativos. Las chicas que habían hecho guardia por la noche bajaron a dormir unas pocas horas, mientras que otras aparecieron descansadas y listas para afrontar el nuevo día. La fatiga se apoderó de las extremidades de Caledonia. Cuando apareciera Tina, bajaría también a descansar.

—¡Capitana!

Todas se giraron para ver a la mujer que salía de debajo de la cubierta. No era habitual oír la voz de Far, y nunca a ese volumen. Se hacía extraño verla fuera de la cocina. Era una mujer alta, con las caderas anchas y el pelo negro espeso y rizado alrededor de la cara y los hombros. Tenía la piel blanca como la cal viva.

—¡Una polizona!

Allí delante, sujeta por el puño de hierro de esa mujer, había una niña que a duras penas lograba tocar el suelo con los pies. Se retorció para mirar a Caledonia. Su mejilla estaba decorada con una espiral en relieve y su pelo estaba lleno de cintas de colores: era Ortiga.

CAPÍTULO 18



—La encontré escondida detrás de la cal viva. —Far dio un empujón a la niña, pero sin soltarla—. Como una rata.

Ortiga no trató de resistirse y tuvo la decencia de mostrarse culpable cuando cruzó su mirada con la de Caledonia. Se aferró a una bolsa que tenía apoyada contra el pecho y que era la mitad de alta que ella. A pesar de que llevaba armas, no hizo ningún amago de querer utilizarlas.

Cada uno de los huesos de Caledonia le pedían ir a descansar, su estómago quejoso le recordaba que no había ingerido nada excepto *teca* y desde su llegada a Nuberrota ni siquiera había dormido. Tener que lidiar con una polizona era lo último que le apetecía.

—Creía que eras más lista, Ortiga. —Dienterrojo arrancó a la niña de las manos a Far y la hizo poner de rodillas frente a la capitana.

—Sé que me pediste que esperara, capitana Styx, pero tú misma dijiste que no atracáis a menudo en puertos. No podía arriesgarme. —Las palabras de Ortiga salieron como una avalancha de esperanza. Paseó su mirada de Caledonia a Dienterrojo y después de Piscis a toda la tripulación que estaba allí congregada—. ¡Sois todas chicas! Sois todas chicas. Por favor, dejad que me quede. Por favor, por favor, dejad que me quede.

Caledonia observó a la niña. Las había vendido a la corte del Rey Astuto sin avisarlas previamente. ¿Conocía su plan de reclamar la recompensa?

—Ya me has desobedecido una vez. ¿Para qué iba a quedarme con alguien en quien no puedo confiar que cumpla las órdenes?

—Te desobedecí para poder servirte —dijo Ortega—. Os traigo unos regalos.

Dejó la bolsa en el suelo y empezó a deshacer los nudos. Dienterrojo soltó una carcajada y empujó la bolsa fuera de su alcance.

—Baterías. Dos de los litios en estado sólido que estabais buscando y una caja de cables. No son muy potentes, pero sí ligeros y por lo que he oído conservan la carga durante mucho tiempo. Muy valiosos. —Mientras hablaba, Dienterrojo sacaba los artículos de las escasas pertenencias de Ortega—. Hesperus siempre recibe más de lo que da. Pero yo conozco todos sus escondites.

—¿Los has robado? ¿Del Rey Astuto de Nuberrota? —Piscis casi gritó.

—Sí. —Esta vez, Ortega no se mostró culpable.

—¿Así que nos has traído las baterías y un nuevo enemigo, es eso? —Había una rabia temblorosa en la voz de Piscis. Caledonia entendía lo que quería decir. Ya tenían suficientes enemigos, pero le habían dejado un pequeño tesoro a Hesperus y se habían marchado sin causar daños en el puerto. Estaba dispuesta a considerar que esto era parte del trato de forma indirecta.

—Avisad a Amina —pidió Caledonia. Y a Ortega le dijo—: Si son tan buenas como dices, no voy a entregarte por robar estando a bordo de mi nave y sin mi consentimiento. Pero si no, podrás considerarte afortunada de que todavía estemos en los canales.

Amina llegó poco después, todavía parpadeando de sueño. Después de examinar los regalos de Ortega, confirmó que eran exactamente lo que la niña les había prometido.

—Litio en estado sólido, baterías completamente cargadas —dijo Amina con una mirada cómplice a su capitana.

La tripulación era plenamente consciente de que un par de manos más facilitarían el trabajo, pero que también supondrían una boca más que alimentar. Por no hablar de la pastilla de jabón, que estaba a punto de agotarse. Quedarse con Ortega podía generar resentimiento, pero Caledonia no estaba por la labor de abandonar a niñas. Especialmente en el caso de una niña lista. Aunque la irritaba profundamente ser rehén de los caprichos egoístas de Ortega, tener litio en estado sólido significaba que Amina podría construir su arma. Era exactamente lo que necesitaban para ir en busca de la Electra y de sus hermanos.

—Trae más problemas de lo que vale —susurró Piscis en la oreja de Caledonia.

Caledonia respondió con la misma suavidad.

—No más que un Bala.

Ortiga alzó el mentón, proyectando confianza en sí misma. Las cintas de su pelo ondeaban al viento y sus ojos oscuros brillaban como las escamas negras en la vela de sol. Su valentía era desafiante, pero también apacible. A Caledonia le caía bien, muy a su pesar.

—Amina dice que son buenas y eso, ahora mismo, es lo único que te mantiene con vida —le dijo—. Te quedarás a bordo y vivirás según nuestras reglas, pero, hasta que demuestres lo contrario, para nosotras valdrás menos que los moluscos enganchados en el casco. Un solo paso en falso y te cambiaremos por una cabra la próxima vez que toquemos tierra. ¿Está claro?

Ortiga hizo un esfuerzo por no reír.

—Está claro.

Antes de que Caledonia pudiera asignarle a alguien la misión de enseñar a la niña su nueva posición, Amina se ofreció voluntaria.

—Yo la llevaré a su cabina y le mostraré el trabajo por hacer. Si alguien tiene algún problema con ella, tendrá problemas conmigo.

—Rojo, entrega los regalos de Ortiga a Hime para el inventario. Y Amina, asegúrate de que se pone a trabajar inmediatamente. El desagüe de residuos podría ser una buena forma de empezar.

Por primera vez, Ortiga vaciló en sonreír. Sabía exactamente lo que le esperaba, lo cual significaba que era capaz de orientarse por la nave y que era consciente de lo mal que olía. Cincuenta y dos chicas ensuciaban mucho.

—Considéralo hecho, capitana —dijo Ortiga con menos entusiasmo del que había mostrado en un principio.

Algunas chicas mostraron su alegría, las que hasta entonces se habían encargado de las tareas relativas al desagüe. Si Ortiga hacía bien su trabajo y era capaz de terminarlo por su cuenta, podría ganarse fácilmente algunas aliadas.

—Cuando ella lo considere, Amina me dirá que te has ganado estar entre nosotras. —Caledonia caminó hacia la niña y a un metro de distancia se detuvo—. Preveo que puede tardar.

Ortiga estaba de pie con la espalda recta y los ojos mirando hacia arriba. No la intimidaba el hecho de tener a Caledonia tan cerca.

—No te voy a defraudar, capitana Styx. Estoy aquí para ayudar.

Caledonia lanzó una mirada penetrante a Amina antes de dejar la cubierta. Ya no eran cincuenta y dos. Entre el chico en la celda y esta niña tan lista eran cincuenta y cuatro. Intentó fijar esa cifra en su mente mientras bajaba al nivel inferior y tomaba el camino serpenteante hasta su cabina.

Todavía quedaba mucho por hacer. Estaban navegando rumbo al sur en lugar de al norte, las reparaciones en la popa habían resultado insatisfactorias y requerían más atención de la que podían darles mientras estaban en camino.

Podía sentir cómo su energía se escurría por las plantas de sus pies, dejando un charco por detrás mientras caminaba. Comer le sentaría bien, pero cuando terminó la ronda ya no podía más. Su periplo terminó en la puerta de su habitación, y no había nada, ni siquiera una sensación lacerante de hambre, que la pudiese arrastrar hasta la cocina.

Pero no importaba. Dentro de su cabina encontró un plato de comida esperándola: una rebanada de pan, una cucharada de algo verde y una porción de masa de semillas compacta. En conjunto no eran más que unos bocados, pero al menos eran bocados por los que no había tenido que luchar. Tendría que agradecerle el gesto a Far. Pero ahora necesitaba descansar.

Se desnudó, tomó una ducha y antes de meterse en la cama se obligó a quedarse de pie mientras se cepillaba los dientes. Se durmió con la mente puesta en la estela que dejaba la nave.

En algún lugar detrás de ellas, la Farolillo se encontraba en aguas oscuras, esperando el retorno de sus barcos. La mente de Caledonia se detuvo por un momento, tratando de evocar alguna imagen del aspecto actual de Lir, pero una y otra vez lo único que afloraba era el chico de cuatro años atrás, con la nariz quemada por el sol y una oreja que sobresalía más que la otra. Era el chico que había sonreído dulcemente mientras le clavaba un puñal en el vientre.

No tenía dudas de que huir había sido la decisión correcta. Las superaban en número, se encontraban atrapadas en el puerto y una batalla les hubiera costado caro, pero en la oscuridad de su cabina dio rienda suelta a la decepción. Esa herida en el vientre nunca se llegaría a curar.

CAPÍTULO 19



Caledonia se sentía como si hubiese dormido durante días cuando finalmente logró salir de la cama. Los ruidos de la nave a toda máquina se filtraban por los pasillos. El retumbar debajo de sus pies era una señal de que la nave avanzaba con seguridad y firmeza.

Abrió la puerta de la cabina y se encontró a Ortega apoyada contra la pared, con un plato de comida en las manos. Reaccionó de inmediato, derramando *teca* caliente y maldiciendo mientras recobraba el equilibrio.

—Capitana. Buenos días. Mejor dicho, buenas tardes. Hace rato que ha salido el sol.

Caledonia cogió primero la taza. Le dio un buen sorbo mientras Ortega intentaba no parecer avergonzada.

—Ortiga, ¿qué haces aquí?

Le ofreció la bandeja como respuesta.

—La comida. Es casi la hora de comer. Amina me dijo que me sentara aquí hasta que te despertaras y que luego me asegurara de que te llenabas el estómago. Así que me senté ahí y, cuando te oí moverte, corrí a la cocina. Far dice que solo aceptará de vuelta un plato vacío.

Aun siendo pequeña, la ración era más que abundante para una persona, pero no había ninguna chica en la nave tan valiente como para no terminarse un plato de Far. Caledonia se lo zampó y lo mandó de vuelta vacío.

Cuando llegó a la cubierta, el sol se deslizaba hacia el oeste y se divisaba el final de los canales. Más adelante, el mar se ensanchaba sin paredes altas que comprimiesen el cielo, sin la amenaza de unos canales peligrosos por su poca profundidad. Dejaron atrás las aguas desiertas y silenciosas: ningún barco Bala seguía su pista. En poco tiempo, la Mors Navis estaría atravesando el mar abierto y Caledonia se llenó los pulmones del aire con aroma a sal. Por el momento, estaban libres y sin obstáculos.

Tina se acercó con el informe de la nave. Se había lavado el pelo encrespado de color castaño, parecía alerta y descansada.

—Y, finalmente, tema víveres —dijo al llegar al final de la lista—. Far está aguando la sopa y con este racionamiento tenemos para cinco días. Recomiendo reducir la velocidad y soltar las redes, por lo menos un rato.

Cinco días. En mares que les eran del todo extraños, después de cinco días no estarían precisamente en una situación cómoda. La recomendación de Tina era buena.

—Paremos antes de dejar atrás los acantilados. Nos servirán de protección si queremos tener éxito con las redes. Sacad los botes para vigilar que no haya señales de peligro. Podemos perder una hora, quizás dos, pero después habrá que seguir.

La nave ralentizó la marcha y las chicas empezaron a desenredar las redes, preparándolas para el agua. Caledonia se encontró con el resto de las hermanas María preparando las cuerdas y tendiendo la ropa debajo de la vela de sol. Dienterrojo y un pequeño grupo de chicas se dispersaron con los botes, con las armas a mano y los dedos aceitosos mientras frotaban la pólvora de los cañones.

Encontró a Amina y Hime a un lado de la cubierta posterior, con las piernas colgando por la barandilla de estribor y chocando los pies en el aire. Miraban a Ortiga, que estaba más abajo, cogida con un arnés para reparar los daños más graves causados por las balas enemigas.

Con tanta actividad en la cubierta, los niveles inferiores se encontraban casi desiertos. La bodega de carga estaba en silencio, como debería ser a esa hora del día. Pero cuando Caledonia llegó, se encontró con la puerta medio abierta. Corrió por miedo de encontrarse con un Bala desaparecido merodeando por la nave. Pero lo que se encontró fue mucho peor.

El chico todavía estaba. Con las manos atadas y su cuerpo enroscado en el centro del habitáculo, como una concha. Su piel morena estaba pálida y brillaba de sudor, tenía la ropa empapada y su cabeza descansaba en el regazo de Piscis.

Levantó la cabeza cuando entró Caledonia. Sus miradas chocaron. Piscis se puso tensa, pero no se levantó. Se mostraba desafiante, a la defensiva, sentada junto a ese chico que se estaba disolviendo por el suelo. A su lado había una taza

vacía y una pequeña tetera. Una suave brisa entró por la claraboya abierta, refrescando el olor a rancio que flotaba en el ambiente.

Al sentir que algo había cambiado en la habitación, los párpados del chico palpitaron antes de abrirse. Cuando vio a Caledonia, se quedó helado.

—Fuera —dijo Caledonia.

Piscis presionó el brazo del chico con una mano y con cuidado sacó sus piernas de debajo de él, recogió la taza y la tetera y se levantó. Lo hizo sin prisas, como si quisiera desafiar a Caledonia a cada paso que daba. Era una pequeña rebelión que Caledonia no iba a olvidar.

La mirada del chico buscó rápidamente el auxilio de Piscis antes de que cruzara el umbral de la puerta. Caledonia no le dio la oportunidad de girarse y cerró detrás de ella sin olvidar el cerrojo. Aunque no funcionaba bien por ese lado, no era seguridad lo que necesitaba, sino intimididad.

Se dio un momento para respirar y calmarse. Centró su atención en el estado de la habitación. Alguien le había estado trayendo más que *teca* durante los últimos días. Había una manta delgada, un plato sucio y una garrafa de agua fresca.

Empapado y todavía temblando por culpa de la abstinencia, el chico obligó a su cuerpo a desplegarse. Se sentó, tratando de superar el dolor, y la observó con una mirada más presente que la de antes. En sus ojos marrones se formaron anillos como en el interior de un árbol viejo.

—Has sobrevivido.

Había rollos de cañamazo amontonados contra la pared más cercana a la puerta. Se apoyó contra ellos, examinándolo con los brazos cruzados. Parecía débil, pero nunca volvería a infravalorar a un Bala. Mantuvo la mano cerca de su pistola.

—Una parte de mí, sí. —Su voz cargaba con el peso de la falta de sueño y los gritos interminables. No consiguió sonreír—. Creo que todavía me falta un poco.

—Los Balas tampoco es que tengáis muchas partes.

Era difícil juzgar si el ruido que soltó fue un gruñido o una carcajada.

—Estamos hechos de lo mismo que tú. Solo que un poco distorsionados.

—¿Distorsionados? ¿Obligáis a los niños a serviros, masacráis a familias a mansalva y llamas a eso una distorsión?

Caledonia sentía la rabia ganando terreno al sentido común. Había venido a buscar información, no una pelea.

El chico tiritaba al sentarse.

—Es la única palabra que conozco para describir lo que nos pasa.

Nos. Ellos. El grupo que ahora incluía a su hermano. De repente era la voz

de Piscis la que oía en su cabeza diciéndole que, si quería creer que sus hermanos habían sobrevivido, tenía que creer que aquel chico también lo podía hacer. Pero no se parecía en nada a sus hermanos.

—Sabes que podías haberte salvado si te hubiéramos tirado a las aguas poco profundas. Estabas fuera de su alcance entonces. Pero te quedaste en mi nave. Sabías que había una recompensa y te quedaste.

—No estoy hecho solo para sobrevivir.

Resultaba casi risible viniendo de un chico que estaba sudando una enfermedad que solo el Pálido Fuego superaba en intensidad.

—¿Para qué estás hecho, entonces?

En ese momento sonrió. Serio y tenaz.

—Para contraatacar.

En la esquina de esa sonrisa vislumbró un atisbo de lo que aquel chico debía de haber sido, y por un segundo Caledonia sintió pena por lo que habría tenido que pasar para convertirse en un Bala.

—¿Cuántos barcos acompañan a la Electra?

—Ninguno.

—No me lo creo.

Asintió como si la respuesta fuese previsible.

—La Electra navega sola. Su casco es su mayor defensa y las Aguas del Norte están tan poco pobladas que nunca tienen que preocuparse por un ataque. Pero, más allá de eso, viaja sola para demostrar el perfecto control que Aric tiene de la región. Tiene tanto de juego psicológico como de buscar nuevos reclutas. —Cuando terminó, cerró la boca y la miró. Los escalofríos le provocaban sacudidas en los hombros, pero su mirada seguía firme. Caledonia reflexionaba sobre esta nueva información.

—Hay algo más —dijo, después de una pausa—. Algo que tienes que saber.

Los ojos de Caledonia se entrecerraron.

—Cada vez que me ofreces información acabo confiando menos en ti.

Su mandíbula se contrajo alrededor de lo que podría haber sido una mueca o una sonrisa.

—Entonces esperaré.

Fue la primera cosa que dijo que provocó una sonrisa en los labios de Caledonia. Al menos no estaba delirando.

El chico vio la sonrisa y su cuerpo entero se paralizó. Sus ojos merodeaban alrededor de la boca de Caledonia, y sus labios se curvaron tan levemente que Caledonia apenas lo notó. Se le ocurrió pensar que aquel chico no se estaba disolviendo, sino consolidando; al salir el Limo de la sangre, estaba redescubriendo sus límites. Pronto recuperaría su fuerza. Y observándolo en ese

momento, Caledonia entendió que su fuerza era considerable. Su porte era fuerte y musculoso, y sus movimientos para resistirse a Dienterrojo habían bastado para demostrar su agilidad y competencia en caso de lucha. Hasta era posible que se hubiera contenido, resistiéndose lo suficiente para ganar tiempo sin hacer daño a nadie.

—Te acabaré convenciendo de que puedes confiar en mí.

Caledonia soltó una sonora y solitaria carcajada.

—Antes que confiar en un Bala para algo que no sea morir, este mar se convertirá en piedra.

Esta vez no respondió. Caledonia tenía más preguntas. Necesitaba saber cuándo era el momento idóneo para atacar la Electra y también un croquis de la nave para saber en qué lugar se encontraban sus hermanos. Pero ya había llevado la confianza al extremo para un solo día.

CAPÍTULO 20



Se acercaba la hora de cenar y la cocina era un bullicio. Se oían gritos, risas y bromas. Al mediodía siempre hacía calor, con los fogones encendidos y un montón de cuerpos que hacían subir la temperatura. En ese momento, el calor combinaba perfectamente con el humor de Caledonia.

En el centro de la sala, el poste circular del mástil principal ocupaba una amplia circunferencia. A los lados se encontraban la cocina y un espacio para sillas y mesas, que se guardaban y aseguraban cuando nadie las utilizaba. Cuando el mar estaba picado, una mesa suelta era casi tan peligrosa como una pistola.

Encontró a Piscis sentada en una mesa cerca de la puerta. No comía. Estaba esperando. Cuando vio a Caledonia, se levantó y se dirigió hacia ella.

Caledonia pasó de largo, a sabiendas que su amiga la seguiría. No era ese el lugar para mantener la conversación que pretendía Caledonia.

Ninguna de las dos dijo nada hasta que se encontraron en la habitación de Caledonia, con la puerta bien cerrada.

—Cala... —empezó Piscis, pero Caledonia la cortó.

—¿Qué crees que estás haciendo con él?

Piscis se cruzó de brazos.

—Ayudándolo. Ayudándonos.

—Tenías su cabeza en tu regazo. —La voz de Caledonia temblaba de rabia

—. Eso no es ayudarlo.

—Está enfermo. Necesitábamos que se callara, dijiste que querías que se callara.

—¡Sí! ¡Pero dándole un puñetazo, no cantándole una nana!

—No es lo que estaba haciendo, Cala.

Caledonia esperó. Se golpeó las caderas con el puño y tenía los labios fuertemente apretados.

Piscis suspiró con todo el cuerpo.

—Tengo una tintura de noche que me dio la doctora Tricius. Le he dado algunas dosis para aliviar los síntomas y ayudarlo a dormir.

La medicina de noche no era difícil de encontrar, pero en la nave no tenían. Aunque no era tan adictiva como el Limo, provocaba en quien la ingería un intenso sueño. Podía noquear a una persona de cualquier tamaño, por mucho dolor que sufriera. Era peligrosa y también cara. Piscis había decidido por sí sola que compraría un poco para calmar al Bala.

Caledonia hizo una mueca exagerada con los labios. Había puesto en riesgo el buen corazón de Piscis al dejar que ese chico se quedara en la nave. Debería haber sido consciente del peligro, más allá de las promesas que este había hecho. Debería haberlo tirado por la borda.

Pero no lo había hecho, y ahora lo necesitaban.

—Los Balas son veneno. Ese Bala es veneno.

—Se llama Oran —dijo Piscis, cortando de raíz el intento de Caledonia de convertirlo en un prisionero sin rostro—. Y no es veneno, es un chico. Ya sé que quieres convencerte de que todos son iguales, drogados, violentos, malvados..., pero yo no estoy dispuesta a creer eso. Oran me salvó la vida. Es humano. Tiene corazón y cabeza. Tal vez haya hecho cosas terribles, pero no creo que sea una persona terrible.

—¡Por supuesto que ha hecho cosas terribles! Y las volverá a hacer. Por eso no lo quería a bordo. Por algo tenemos reglas en esta nave, nos protegen precisamente de este tipo de engaños. Nada de Balas.

—Hasta que encontremos a nuestros hermanos.

—¿Perdona?

—Nada de Balas hasta que encontremos a nuestros hermanos.

Las palabras chocaron contra los pulmones de Caledonia.

—Son..., son nuestros hermanos —tartamudeó.

—Y son Balas. —Piscis habló segura de sí misma, con palabras que al ser pronunciadas causaban dolor—. Alguien les ha hecho eso. Alguien los ha convertido en aquello contra lo que luchamos. Si pudiera encontrar a los responsables, dejaría que la semilla de odio que plantaron en mi interior hace

cuatro años se convirtiera en algo aún más terrible. Se lo haría pagar. —Sus dedos se cerraron formando un puño que temblaba. Espiró lentamente—. Pero eso nunca va a suceder. Lo que sí va a suceder es que vamos a rescatar a nuestros hermanos. Y esa norma va a tener que cambiar, así que mejor cambiarla ahora con Oran.

—Es un error confiar en él. —Caledonia vio que en los ojos de Piscis surgía una réplica, pero no le importaba. Era por su propio bien—. No lo volverás a ver. No vuelvas a visitarlo. No vuelvas a mirarlo. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. —La voz de Piscis era tan fría como el agua del océano—. Entiendo que tienes miedo. Siempre has tenido miedo. Tu secreto más oscuro y profundo es que tienes miedo, juzgas a la gente a tu alrededor basándote en aquello de lo que tienes miedo. Quizás te sorprenda, pero somos igual de listas que tú, Caledonia. Somos igual de valientes, y tienes que confiar en que nuestras acciones lo demuestren.

Esas palabras fueron como un viento punzante que dejó a Caledonia sin aliento. Piscis no sabía que Caledonia era responsable de la muerte de sus familias y de la captura de sus hermanos, pero conocía a su amiga.

—Sí que confío en ti. Pero no confío en el mundo. Por eso tenemos reglas. Las reglas nos protegen. —Si hubiese creído a su madre cuando le dijo la misma cosa, habría evitado la masacre de todas las familias a bordo de la Fantasma. Su madre lo sabía mejor que nadie, y ahora ella también.

El rostro de Piscis dejaba entrever frustración.

—No creo que confíes en nosotras. No de la misma manera en que nosotras confiamos en ti. Si no, me dejarías ocuparme de Oran.

Se hizo el silencio, como si el aire se hubiera quebrado y estuviera a punto de romperse por la mitad. Caledonia sabía que tenía que decirle a Piscis que confiaba en ella, quizás incluso ir más lejos y demostrárselo animándola a que visitara al chico en su celda, pero su boca se selló con la idea de que era demasiado peligroso. Su piel quemaba al recordar los dedos de Lir rozándole la mandíbula y acariciando su pelo. Ese único momento de intimidad había destruido muchas cosas, y Piscis había tenido la cabeza del chico en su regazo. Seduciría a Piscis hasta que pensara que es mejor de lo que realmente es. La acabaría convenciendo de que lo ayudara. Y entonces le haría daño. Quizás a toda la tripulación. Todas esas chicas que habían luchado con tanto ahínco para sobrevivir. Y cuando eso ocurriera, la semilla de odio de la que hablaba Piscis acabaría explotando. Y la destruiría.

—Bueno —dijo finalmente Piscis, cuya tristeza evidente se manifestaba incluso en el hoyuelo de su mentón—. Pues alguien debería ocuparse de él. Cuanto antes salga de esta, más útil nos será.

La habitación le parecía mucho más pequeña de lo que era, pero, sin embargo, Piscis se encontraba a kilómetros de distancia. Las dos se habían peleado a menudo con los años, a veces muy duramente, pero siempre se habían reconciliado. Esta vez no sería distinto, Caledonia estaba segura de ello. Sí, estaba segura. Pero le resultaba extraño comprobar que, por mucho que confiara en que su amistad sobreviviría, no confiaba tanto en Piscis como creía. Si fuera así, sería capaz de hablarle de Lir y de la nave Farolillo. Le contaría lo que realmente sucedió aquella noche en la playa, aquello de lo que fue responsable.

Pero si Piscis descubría la verdad, tal vez la dejaría para siempre. Y ese era un riesgo que Caledonia no había estado dispuesta a correr. Por lo menos hasta ese momento.

Una llamada en la puerta las sorprendió.

Caledonia apenas había ordenado a la chica que entrara cuando apareció Ortiga sudando y con la respiración agitada. De repente oyeron el ruido de los motores al encenderse.

—Capitana. —La urgencia de su tono parecía anunciar batalla. Con la siguiente palabra se confirmó—. Gaviotas.

CAPÍTULO 21



En la cubierta, la escena había cambiado dramáticamente respecto a unas horas antes. Ya no quedaban chicas ni armas en la proa, tampoco había cuerdas para tender la ropa colgando del mástil de sol, y un equipo de doce chicas doblaban cuidadosamente las redes de pescar y preparaban la nave para alcanzar velocidades muy altas. Ataron y amarraron cualquier cosa que pudiera volar por encima del aparejo.

—Ahí —dijo Ortiga, señalando unas siluetas en los acantilados que aceleraban al tiempo que la nave ganaba velocidad.

La Mors Navis corrió hacia mar abierto, dejando atrás el abrigo de los canales.

Un puñado de embarcaciones de un solo tripulante aparecieron en la punta más meridional de las Islas Rocosas. Salieron disparadas de la parte baja de los acantilados, cayendo con tanta fuerza que durante unos momentos desaparecieron bajo el agua. Cuando reaparecieron, volaron varios metros por el aire antes de caer otra vez y continuar hacia delante. Cada piloto llevaba un pulmón azul que le permitía estar debajo del agua todo el tiempo necesario. Era esa habilidad para zambullirse y volver a salir a la superficie la que les daba su nombre: Gaviotas.

Eran piratas en el sentido más clásico de la palabra. Vivían de robar y buscar restos por los mares. El hecho de que hubiera una recompensa sobre la Mors

Navis sin duda habría despertado su interés, pero se conformaban con cualquier barco, incluso un barco Bala si consideraban que podrían hacerse con él sin pagar un alto precio.

Hasta ese momento, Caledonia solo se había topado con los Gaviotas en la literatura, en las batallitas que contaban algunos hombres en los puertos, con el rostro metido en el interior de algún vaso, o en los cuentos que contaban algunas de las chicas en un tono de inquietud, traumatizadas.

—¡Desplegad los mástiles! ¡Nudos al aparejo! —gritó Caledonia, corriendo hacia el puente para poder controlar la proa y la popa.

Las piezas que bloqueaban los mástiles se abrieron. Pronto se desplegaron y Amina y las Nudos escalaron con los rifles a sus espaldas. En la cubierta, Dienterrojo dispersó a sus chicas de forma que cubrieran todos los ángulos, formando equipos de dos para disparar y protegerse.

Piscis se quedó al lado de Caledonia, siguiendo la trayectoria de las embarcaciones que las acechaban.

Trece Gaviotas iban en dirección sur. Sus brazos y torsos estaban cubiertos parcialmente por armaduras brillantes que reflejaban la luz del sol para cegar a sus presas. Llevaban máscaras que les cubrían los ojos y la nariz y un pulmón azul acoplado para poder respirar debajo del agua. Su silencio era espeluznante, solo se oía el coro de los motores individuales. Se abrieron en abanico dejando a su paso largas estelas de agua.

—Capitana —Amina llegó por detrás—, mira esos dos de ahí.

Señaló el centro de la manada. Caledonia siguió la línea que salía de los dedos de Amina hasta que sus ojos se posaron sobre dos Gaviotas que arrastraban un remolque.

—Rompecascos. —Piscis, estupefacta, dio pequeños pasos al frente—. Y grandes.

Amina contrajo la mandíbula y miró al cielo, maldiciendo en voz baja.

—Metedme en el agua —dijo Piscis, realizando movimientos circulares con el hombro y haciendo lo posible por disimular el dolor—. Puedo plantar minas estáticas en nuestra estela que nos permitan escapar.

Las minas estáticas flotaban a tres metros debajo del agua y explotarían cuando un Gaviota pasara cerca. Pero hubieran necesitado muchas minas para un resultado que tampoco era seguro. Cuanto más dispersos estuvieran, más difíciles serían de eliminar.

—No, necesitamos que se acerquen. Pi, no te metas en el agua. Amina, cuando estén a tiro, tú y las Nudos dispararéis sobre los bombarderos. Vamos a reducir la velocidad y dejar que se acerquen.

Las tres se dispersaron al instante. Amina corrió hacia la cubierta principal.

Piscis impartió órdenes entre la tripulación para que estuvieran preparadas para disparar. Caledonia se metió en el puente para dar la orden de disminuir la propulsión.

La distancia entre los Gaviotas y la nave comenzó a reducirse, mientras que la distancia entre cada Gaviota aumentaba. Caledonia observaba los rompecascos, llenos de bombas de metralla con el suficiente poder como para perforar el casco una y otra vez. Los artefactos eran demasiado pesados como para lanzarlos por el aire, por lo que los Gaviotas se acercaban al máximo con la intención de catapultarlos sobre el agua hasta impactar en la Mors Navis. Caledonia buscaba atraer a los rompecascos para que las Nudos pudieran hacer su trabajo.

Solo se oían los latigazos del agua contra el casco, el alegre zumbido de los motores, las aves marinas que sobrevolaban la escena. De repente el aire se resquebrajó en torno a una cascada de disparos. Uno de los Gaviotas cayó al océano después de recibir el impacto de una bala perfectamente dirigida por una Nudo desde lo alto del mástil principal. Antes de que se oyeran más disparos, se oyó un pitido y, uno a uno, los Gaviotas se sumergieron en el agua hasta que no quedó ninguno en la superficie.

Caledonia quedó abatida. Había subestimado su tecnología y había permitido que se les acercaran.

—Maldita sea. ¡Atentas, chicas, muy atentas! —Dienterrojo corrió buscando señales de dónde se encontraban.

La estela de la Mors Navis marcaba el océano con espuma blanca. Era imposible determinar si había algún Gaviota debajo de la superficie.

—¡Motores a la máxima potencia! —gritó Caledonia.

Tina se mantenía firme al timón y respondía a las órdenes de la capitana, pero no era capaz de anticiparlas, lo cual hacía que avanzaran a un ritmo atropellado.

Caledonia miraba hacia delante. El mar era una llanura abierta e inescrutable. Solo cabía dirigirse hacia el sur y esperar a ser más rápidas que las Gaviotas.

Todas estaban tensas, con los ojos y las armas puestos en un enemigo invisible. A cada momento crecía la tensión y el aire se volvía tan espeso como una masa.

Finalmente se oyó el grito de una chica en el lado de babor de la cubierta de popa, al que siguió una serie de disparos. Caledonia vio como estos impactaban en el agua, a unos metros de distancia. Bajo la superficie, una cosa plateada y brillante por la luz del sol avanzaba hacia la nave. Las chicas se concentraron en disparar a ese punto y de repente el agua explotó, saltando hacia arriba con la peligrosa fuerza de una bomba rompecascos neutralizada. Las chicas se

abalanzaron sobre la cubierta, apretando sus cuerpos contra el suelo mientras la metralla sobrevolaba sus cabezas.

En un instante ya había pasado. La voz de Dienterrojo las animó a ponerse de nuevo en pie.

—¡Ningún daño!

Caledonia sabía que habían tenido mucha suerte. No solamente habían conseguido destruir uno de los rompecascos, sino que lo habían hecho con la profundidad necesaria para que la metralla no causara ningún estrago.

No había tiempo para disfrutar de la victoria. Los Gaviotas disparaban a la Mors Navis desde todos los ángulos. Uno salió a la superficie, perforado por la metralla que centelleaba bajo la luz del sol, derramando sangre y aceite en el océano azul. Aquello llamó la atención de Caledonia. No utilizaban tecnología solar, por lo que su radio de acción sería limitado.

Con tres menos, quedaban diez, uno de los cuales cargaba con un segundo rompecascos. Caledonia contaba con que los Gaviotas atacarían por el otro flanco. Pero no veía ningún rompecascos. Tendría que provocarlos.

—¡Viraje a estribor! —gritó.

Las chicas ataron sus arneses a aquello que les quedaba más cerca antes de que la tripulación del puente cumpliera la orden. Sin otro aviso, la nave viró bruscamente. El casco llegó a morder el agua y la nave giró en semicírculo estrecho, soltando una violenta ola hacia delante al cambiar de dirección.

Por ágiles que fueran los Gaviotas, en el caso de que estuvieran ocultos bajo la Mors Navis, con aquel giro habrían dado vueltas en el agua como si fuesen conchas.

Los que estaban en la superficie, sin embargo, bordearon la nube de espuma y se reagruparon más rápidamente de lo que Caledonia había creído posible.

Las chicas disparaban sin parar. Los Gaviotas permanecían fuera del radio de alcance, lo cual significaba que estaban gastando munición inútilmente, si bien les permitía mantener las distancias.

Las telarañas de Amina podrían venirles bien en esa situación. Caledonia intentó no recurrir a las baterías de Hesperus. Las necesitarían todas para atacar la Electra. No podían prescindir de ninguna.

Caledonia se giró y se encontró cara a cara con la Bella Hime. Se había quitado el delantal y llevaba atada una cartuchera alrededor de la cintura. Su larga trenza caía por su espalda y formaba ondas en el aire, dejando a la vista la parte baja de la oreja con una cicatriz y su mandíbula.

Cuando se trataba de Hime, a Caledonia casi le salía instintivamente protestar. Pero esta vez había algo en su mirada que aplazó sus objeciones.

Hime levantó las manos.

—*Nos están llevando a su terreno. Nos están empujando hacia los marjales de hierba alta.*

Caledonia recordó las almohadillas del mapa de Hesperus, justo al sur de las Islas Rocosas, cuyo significado no habían logrado comprender. La hierba alta acabaría atascando los sistemas y deteniendo la nave. Si los Gaviotas se habían propuesto ese objetivo, aquella era una manera perfecta de lograrlo.

Por detrás, los Gaviotas avanzaban en una formación de V. Caledonia se fijó en que mantenían un ritmo constante. La luz del sol se reflejaba intensamente en las armaduras de metal y en las máscaras frías y amenazantes de los Gaviotas, que mantenían una distancia suficiente para aplicar presión, acorralándolas por el lado de babor para empujarlas ligeramente hacia el oeste. Estaban haciendo exactamente lo que había advertido Hime, y Caledonia no se había dado cuenta.

Caledonia dejó que los distintos escenarios se desarrollaran en su mente. Si seguían ese rumbo, se arriesgaban a terminar en los marjales de hierba alta. Si giraban hacia el este, los Gaviotas volverían a atacar, aplicando más y más presión hasta que se les acabaran las municiones y tuviesen que rendirse. Podían resistir las arremetidas, pero había que tener en cuenta también la gran amenaza que suponía el rompecascos. Tenía que atraer a los Gaviotas para que entraran en combate.

—Vete debajo de la cubierta y quédate ahí. ¡Amina! ¡Baja a las Nudos! ¡Replegad los mástiles! —Caledonia corrió hacia el puente, subiendo las escaleras de dos en dos—. Reducid la propulsión. Vamos a dejar que se acerquen, viraremos la nave y nos los quitaremos de encima. Propulsores listos —continuó Caledonia—. Necesitamos que estén sincronizados. ¿Lista, Tina?

—A la orden, capitana.

Las manos de Tina se movían nerviosamente por el timón, bailando de atrás hacia delante, como si este fuera incómodo de sujetar.

—Bien. Ajusta cuatro grados a babor, luego ralentiza la marcha y esperas a que te dé la señal para girar bruscamente.

La nave empezó a reducir la velocidad y se oyeron gritos de «¡Giro brusco! ¡Giro brusco, chicas! ¡Ataos!» entre la tripulación. Caledonia se encontraba fuera del puente, desde donde podía controlar a los Gaviotas. Cuando vieron que la Mors Navis giraba hacia el este, ajustaron el rumbo y, uno a uno, volvieron a sumergirse debajo del agua.

Cuando estuvo segura de que los Gaviotas las habían alcanzado, dio la orden de acelerar al máximo. Mientras la Mors Navis cortaba por encima de las olas, los Gaviotas aparecieron por todas partes. Tenían preparadas las armas y disparaban sin compasión desde el aire.

Sin las Nudos para contraatacar desde arriba, estaban en manos de las chicas

de cubierta para responder a los disparos.

Caledonia observaba la escena. Las chicas de la cubierta estaban desprotegidas, puesto que debían responder a unos disparos que venían tanto desde arriba como desde abajo. Resultaba imposible defenderse. Entre ellas divisó a Hime, con sus pistolas alzadas y la boca abierta en un grito de batalla, el lazo azul del pelo reflejando la luz del sol por una fracción de segundo. Una voz en la mente de Caledonia la instaba a proteger a las chicas, a cambiar el rumbo y a encontrar otra solución. Pero había tomado esa decisión porque no había una alternativa mejor.

Esperó su momento. Los Gaviotas tejían sus redes alrededor de la popa, sin traspasar nunca la sección central, sin intentar adelantarlas. Entonces llegó el momento que Caledonia había estado esperando: tenía a los Gaviotas por el lado de babor y el que cargaba con el rompecascos sumergido debajo de la nave. Si lo hacían bien, se sacarían de encima a los nueve con el propio cuerpo de la Mors Navis.

—¡Ahora!

La nave empezó a girar en un arco muy abierto, muy lejos del giro brusco que había planeado.

Caledonia veía cómo se les escapaba la oportunidad. En el puente, Tina pilotaba con pánico en la mirada mientras intentaba sin éxito que la nave virara. Justo cuando temía que su plan se hubiera ido al garete, Tina desapareció de su vista, los propulsores rugieron y la nave viró.

Caledonia no podía hacer otra cosa que agarrarse mientras la nave entera giraba como un corcho en la superficie del agua, y lo hacía rápido, mucho más rápido de lo que había podido prever. Sintió que su estómago se desplazaba contra la columna vertebral para quedarse ahí.

El momento pareció más largo de lo que realmente fue. Cuando la nave se detuvo, el mar se convirtió en espuma, y Caledonia oyó a la tripulación tosiendo o vomitando por todas partes.

Eso era exactamente lo que había querido hacer. Los nueve Gaviotas restantes estaban indefensos ante tanto metal girando. Sus embarcaciones se dispersaron en un radio de medio kilómetro en todas las direcciones, con los pilotos revolcándose por el agua. Necesitarían tiempo para recuperarse y para entonces la Mors Navis estaría demasiado lejos como para reiniciar la persecución. De alguna forma, lo habían conseguido. Alguien lo había conseguido.

Caledonia se desató, lista para elogiar a quien hubiera realizado la maniobra. Pero el puente estaba silencioso, todavía bajo la conmoción. A un lado, Tina se había desvanecido contra la ventana abierta y ahora andaba buscando aire fresco.

Por detrás, la tripulación del puente ajustaba los propulsores anticipando ya una nueva carrera. Con las manos firmemente en el timón estaba nada menos que Ortega.

CAPÍTULO 22



Tras sacarle una ventaja cómoda a los Gaviotas, los mandos de la nave se reunieron en la sala de mapas.

Ortiga estaba sentada en el lugar que había ocupado Oran cuatro días antes. La niña tenía las manos sobre su regazo, el mentón levantado y los ojos bien abiertos. Tal vez era la estrategia de una niña que había convertido en un arte el parecer más vulnerable de lo que era, el desaparecer entre la multitud y de la mente de las personas tan rápido como volvía a aparecer.

A un lado de la niña, Dienterrojo estaba de pie con la espalda contra la pared, casi pero no del todo fuera del ángulo de visión de Ortiga. Hime estaba sentada frente a la mesa, con sus manos reposando suavemente encima. Al otro lado de la habitación, Piscis apoyaba su cadera contra la mesa de mapas, con los dedos jugando con la cadena que llevaba alrededor del cuello. Amina fue la última en llegar y cerró la puerta al entrar.

—¿Qué estabas haciendo en el puente? —Caledonia estaba de pie delante de Ortiga, con las manos apoyadas en la mesa.

Los ojos de Ortiga recorrieron nerviosamente la habitación antes de responder. Sabía que estaba atrapada y por primera vez sus ojos dejaron entrever miedo.

—Se me da mejor el timón que las armas y pensé que necesitabais mi ayuda.

—¿Acaso pedí tu ayuda? —Caledonia formuló la pregunta, aunque todas

sabían la respuesta. Introdujo su argumento en la pregunta siguiente—: ¿Acaso te di alguna orden?

Ortiga tragó saliva.

—Sí, capitana.

—¿Y cuál era esa orden?

—Hacer lo que me mandase Amina.

—¿Y seguiste esa orden? —La niña había hecho un muy buen trabajo, pero a costa de desobedecer las reglas de la nave. Caledonia no podía pasarlo por alto.

Ortiga miró a Amina. Enderezó los hombros mientras se incorporaba.

—Sí, capitana. —Caledonia abrió la boca para llamarla mentirosa, pero antes de que pudiera hablar, Ortiga se le anticipó—. Amina me dijo que cada una de mis acciones tiene que servirte a ti y a la tripulación. Entonces vi que la ejecución de tu orden no estaba siendo la adecuada y di un paso al frente para garantizar su éxito. —Hizo una pausa para mirar a Caledonia y Amina, y luego otra vez a Caledonia—. Por el bien de la tripulación. Actuamos juntas o no actuamos, ¿no es eso? ¿No es la regla número dos? Bueno, pues yo actué con vosotras.

Dienterrojo frunció el ceño con severidad, poniendo el peso de su cuerpo primero en un pie y luego en el otro, como hacía frecuentemente al tratar de resolver un rompecabezas. Al otro lado de la habitación, la expresión de Piscis seguía siendo impenetrable, aunque Caledonia estaba convencida de conocer su opinión.

—Por el bien de la tripulación —repitió Caledonia—. ¿Y qué te hizo pensar que podías hacer algo que la tripulación del puente no pudo hacer?

La fanfarronería de Ortiga remitió un poco.

—Que ya lo había hecho anteriormente. Como te digo, se me da mejor el timón que la pistola.

Su sinceridad tenía un punto de tristeza que Caledonia supo identificar y del que no se quiso valer.

—Permanecerás alejada de mi puente hasta que yo te lo diga o te echaré al agua.

Amina dio un paso al frente. No hacia la niña, sino hacia Caledonia.

—Te serviré donde tú me digas, capitana —dijo Ortiga, con pies de plomo pero valiente. Miró a Amina y añadió—: Pero te serviré mejor como miembro de la tripulación del puente.

Caledonia dejó que la idea calara en las mentes de las presentes antes de echar a la niña.

—Fuera.

Ortiga no esperó a una segunda invitación. Arrastró su silla hacia atrás, lo

cual raspó el suelo bruscamente, y atravesó la sala hacia la puerta que le abría Amina.

—Necesitamos otro rumbo. —Caledonia desvió la atención hacia los mapas una vez que la niña se había marchado y la puerta estaba cerrada. Lidiaría con Ortiga después.

—Lo hizo muy bien, capitana —dijo Amina.

—Es incapaz de obedecer órdenes.

—Necesitamos que la tripulación tome la iniciativa cuando el momento lo requiere —insistió Amina.

—También necesitamos a chicas que sepan hacer lo que se les dice. Incluso o especialmente cuando están en desacuerdo.

—No te olvides que gracias a su tenacidad tengo lo que necesito para construir un electromag con la potencia suficiente para reventar el casco de la Electra. —Era poco habitual que Amina hablara en favor de alguien que no fuera una Nudo, lo cual no se le escapaba a nadie—. Su talento es innegable.

—En eso no discrepo contigo. —Caledonia empezaba a irritarse—. Dime lo que estás pensando, Amina.

—Yo solo digo lo que pienso, capitana.

—¡Pues ve al grano!

—¡Tú tienes que hacer tu trabajo! Has dejado a Tina al timón durante el tiempo suficiente y lo ha hecho bien, pero necesitamos a alguien que haga un trabajo impecable. —De repente todas pensaron en Puntilla. Siempre presente.

A Caledonia le escoció esa extraña sensación, una mezcla de pérdida y enfado. Puntilla apenas necesitaba escuchar una orden antes de estar obedeciéndola. Al timón era sensata y capaz, y hasta ese momento Caledonia no se había dado cuenta de cómo la había trastocado su pérdida.

—Ya lo sé —se limitó a decir—. Hay que tomar otro rumbo.

Las chicas se distribuyeron alrededor de la mesa. Piscis sacó el mapa de Hesperus del cilindro y lo desplegó, aguantando cada una de las cuatro esquinas con piedras lisas. Ninguno de los otros mapas contenía muchos detalles de los mares del sur o de la zona al oeste de las Islas Rocosas. Más al norte y al oeste de donde se encontraban en ese momento, en el mapa de Puntilla había marcada una zona llamada Tormenta Perpetua, donde los cielos eran conocidos por ser violentos y peligrosos, si bien nunca habían llegado hasta allí para poder comprobarlo.

Caledonia tenía un vago recuerdo de navegar por esas aguas en busca de una salida de los mares Bala. Las olas se precipitaban por todos lados, el mar mordía el casco de la nave. Recordaba cómo el cielo se volvió oscuro de repente, como si el sol se hubiera puesto a mediodía. La madre de Piscis había reunido a los

niños y las niñas y los había llevado debajo de la cubierta, donde se apretujaron para no verse arrojados de un lado a otro de la sala. La tormenta pareció durar varios días, lo cual era imposible. Al ser tan larga, Rhona decidió cambiar el rumbo y dirigir de nuevo la nave a los mares del sur, a la desembocadura del Bone.

No habían vuelto. Las anotaciones o mapas que Rhona hubiera conservado fueron destruidos en el ataque, y no habían vuelto a sentir la necesidad de navegar más allá de las Islas Rocosas. Hasta ese momento.

El mapa de Hesperus se centraba en los canales, pero las aguas limítrofes también estaban cartografiadas hasta unos ciento cincuenta kilómetros. Aunque existía la posibilidad de que no se pudiera confiar del todo en él, contenía más información y más detallada que cualquier otra cosa de la que disponían.

Las chicas lo estudiaron en silencio. Amina marcó el punto en el que estaban con una pequeña piedra negra. Las aguas al este de ese punto estarían repletas de Balas, mientras que al oeste las hierbas altas se extendían hasta la Tormenta Perpetua. Un poco más al norte se encontraban las Islas Rocosas que acababan de dejar atrás, e ir hacia el sur sería una auténtica equivocación. Si fuese posible navegar en línea recta a través de las Islas Rocosas, acabarían llegando a las Aguas del Norte en apenas una semana. Pero desde donde se encontraban solo tenían dos opciones: podían cortar por el oeste a través de las hierbas altas y arriesgarse a que se estropeará su sistema de propulsión o podían volver al norte arriesgándose a encontrarse con más Gaviotas y desde ahí rodear el extremo oeste de las Islas Rocosas.

—Según el Bala...

—Según Oran —interrumpió Piscis—. Se llama Oran. —Levantó el mentón, desafiando a Caledonia.

—Tenemos dos semanas para llegar a las Aguas del Norte, interceptar la Electra y salvar a nuestros hermanos. Sabemos que por el este hay una pequeña flota esperándonos, lo cual nos deja el oeste y el norte libres. Entonces... —Caledonia levantó la mirada a la espera de recibir sugerencias.

—Gaviotas o hierba. Ninguna alternativa es buena —observó Dienterrojo con irritación—. Estaría bien poder escoger entre alternativas buenas, para variar.

—Yo escogería la hierba antes que los Gaviotas —admitió Caledonia—. Hemos estado navegando a toda velocidad y, aunque la hierba ralentizará nuestra marcha, es improbable que encontremos Balas en esa dirección. Además, sabemos cómo gestionar el tema de la hierba.

Hime se acercó al mapa, casi tocándolo con la nariz. Con un dedo recorrió una región que bordeaba el lado sur de las hierbas altas, como si buscara algún

indicio de que el cartógrafo las intentaba engañar.

Piscis se inclinó.

—Creo que deberíamos volver al norte. Podemos avanzar despacio y en silencio y cortar hacia el oeste lo antes posible.

Caledonia miró a su amiga, incapaz de decidir si era una sugerencia sincera u otro intento de discutir.

—Si nos vemos envueltas en otra pelea, agotaremos nuestras municiones — reiteró—. Y no nos quedan muchas.

—Los Gaviotas se lo pensarán dos veces antes de volver a por nosotras. —El tono de Piscis era atípicamente frío—. Y la hierba es peligrosa.

—No sería la primera vez que atravesamos hierba.

Piscis asintió.

—Pero no sabemos hasta dónde llegan los marjales. No hemos navegado nunca por estos mares, y los Gaviotas nos empujaban hacia allí por algún motivo.

—El mapa muestra que se estrechan por aquí.

Caledonia respiró para tranquilizarse y con un dedo señaló el punto en el mapa más alejado de las almohadillas.

—¿Realmente vamos a confiar en Hesperus? ¿El hombre que trató de entregarnos a cambio de una recompensa? ¿En qué sentido es eso mejor que confiar en el Bala que me salvó la vida? —argumentó Piscis—. Estamos hablando de Donnally y de Ares. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! Y antes confío en un comerciante deshonesto que en un sucio Bala —disparó Caledonia.

Los ojos de Piscis se agrandaron; estaba perdiendo la paciencia con la misma rapidez que Caledonia.

—Con todo lo que sabemos, la manera más rápida y segura de llegar a las corrientes del norte es dirigirse hacia el norte y cortar hacia el oeste lo antes posible.

—Puede que sea más rápido, pero podría ser un campo de minas. No sabemos cuántas bandas como los Gaviotas merodean alrededor de las Islas Rocosas, y no me apetece descubrirlo. Llevamos días luchando. La tripulación necesita un descanso.

—¿Y qué hay de la comida? —insistió Piscis—. Far dice que nos quedan cinco días, y ya sabemos lo que eso significa. Si vamos al norte, hacia las Islas Rocosas, por lo menos podemos organizar excursiones a la orilla con los botes. Nada garantiza que haya comida hacia el oeste.

—¡Esa garantía de encontrar comida no existe, Pi!

Ese no era el terreno habitual de sus desacuerdos, en el que Piscis ponía a

prueba la sensatez de los planes de Caledonia. En su lugar, se había instalado entre ellas la desconfianza y la frustración. Las dos querían lo mismo: salvar a sus hermanos. Estaban lo más lejos que podían estar de ese objetivo. No tenían ni idea de cómo atacarían la Electra. Y una mala decisión en ese momento podía significar perder a Donnally y a Ares para siempre.

Hime se puso recta y levantó las manos con decisión. Señaló un punto que había estado examinando.

—*Estas son las Tierras del Naufragio. Es peligroso navegar por ahí, pero hay muchos asentamientos en los que se puede encontrar comida.*

—¿Estás segura? —preguntó Amina—. Aun así las hierbas serían un problema.

—*La capitana tiene razón. Esa zona es menos espesa. Se puede atravesar si lo hacemos correctamente.*

Todas habían oído hablar de las Tierras del Naufragio, un largo trecho de tierras pantanosas en la zona sur. Se rumoreaba que estaban deshabitadas y que había fantasmas. Los barcos que navegaban por las Tierras del Naufragio no volvían a ser vistos nunca más. Su ubicación exacta era fuente de especulación, pero Hime parecía segura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Caledonia.

Hime titubeó y por un instante le temblaron las manos.

—*Estuve allí hace mucho tiempo.*

—¿Hace mucho tiempo? —Caledonia acorraló a la amable chica, rebotando frustración—. Sabías exactamente lo que buscaban esos Gaviotas y me gustaría saber por qué.

Antes de poder responder, la voz de Amina cayó como un relámpago.

—Capitana, te acaba de decir que ya ha estado allí.

Caledonia no se amedrentó.

—También me dijo que se quedaría debajo de la cubierta y eso no la detuvo a la hora de coger las armas.

—*Ya te lo dije. Puedo luchar. Quiero luchar.* —Hime se ruborizó mientras gesticulaba con determinación—. *Me proteges demasiado.*

—¡Siempre has necesitado protección! —Caledonia estuvo a punto de gritar.

—¡Pero nunca la he pedido!

Amina se giró hacia la capitana, con mirada amenazante.

—Si dice que está lista para luchar, yo la creo. Y tú también deberías.

—¡Ha roto las reglas delante de toda la tripulación!

—¡Caledonia! —gritó Piscis.

El aliento se quedó atrapado en la garganta de Caledonia. No era habitual que Piscis alzara la voz. Caledonia tardó un segundo en entender que se dirigía a

ella.

—Recuerda que no somos tu enemigo, sino tu tripulación. Somos leales y te serviremos hasta el final, pero eso no significa que vayamos a obedecerte ciegamente. —La mano de Piscis se convirtió en un puño.

—No os pido que seáis obedientes, solo que sigáis las reglas. Y que me sigáis a mí.

Hime y Amina se miraron. Dienterrojo dio un paso atrás.

—Las reglas no nos protegen, Caledonia. Somos nosotras quienes nos protegemos las unas a las otras. Si confiaras en nosotras, las reglas no serían necesarias.

Caledonia se asfixiaba por el calor. Piscis nunca la había retado de una forma tan directa delante del resto de los mandos de la nave. Y no lo habría hecho si no hubiera sido por el maldito Bala que tenían prisionero. La pequeña rebelión se había convertido en algo más grave al incitar a Amina e incluso a Hime a actuar en contra de sus órdenes. Era como si la arena debajo de sus pies empezara a moverse.

—Tenemos que decidir qué ruta tomamos.

Cerró los ojos un instante y luego los volvió a posar sobre el mapa. La hierba era un problema, pero menor en comparación con otra escaramuza. Y las posibilidades de poder comerciar para tener comida eran más altas que las de buscarla por ahí.

—Iremos rumbo al oeste. —Caledonia dio la orden con toda la convicción que consiguió reunir.

Piscis la miró severamente. El muro que las separaba se volvió aún más grueso. Luego se dio la vuelta y sin decir nada se retiró.

CAPÍTULO 23



Caledonia estaba sola en el alerón del puente mientras la Mors Navis se acercaba a los marjales de hierba alta.

Decidieron esperar hasta la mañana para navegar por los mares de hierba, después de una noche que fue larga para la capitana. Se dejó caer sobre la cama, caliente a pesar de que una suave brisa refrescaba la cabina. Intentó rememorar la discusión que había tenido con Amina, pero su mente se estancó en el recuerdo de las acusaciones de Piscis. No conseguía olvidarlas ni precisar en qué se había equivocado. Cuando finalmente se durmió, en sus sueños vio a una niña cuyo rostro oscilaba entre el de Puntilla, con sus mejillas cortadas por el viento, y las marcas en forma de espiral de Ortiga. Soñó que se hundía en un mar de algas marinas y hierba gruesa, como si las briznas fueran cuerdas, envuelta en una de las dulces canciones de Donnally.

Cuando salió el sol estaba cubierta de una fina capa de sudor y su pelo era como un nido alrededor de su cuello. Se lavó y se peleó con su pelo mojado hasta convertirlo en una trenza tan tensada que hasta dolía.

La tripulación estaba en silencio. Realizaban sus tareas con la charla habitual que acompañaba al sol naciente. Aunque no hubiesen estado presentes en la sala el día anterior, sabían que los mandos de la nave estaban intranquilos, lo cual generaba una especie de palidez generalizada.

La Mors Navis estaba anclada y flotaba sin los propulsores, lo que daba

tiempo a Caledonia para estudiar los próximos pasos. El mapa le daba una buena idea de hacia dónde ir, pero el cómo dependía de ella. Cuanto más observaba esas aguas, más decidida estaba a demostrar que se podían atravesar. Rhona lo hubiese hecho sin pensárselo dos veces.

No había torbellinos ni corrientes que delataran la presencia de grandes rocas, y a partir de las variaciones en la superficie se podía deducir lo que había debajo. Gran parte del agua estaba cubierta de pequeñas ondas, nítidas y superficiales. Era allí donde las hierbas eran más gruesas y donde era más probable que los sistemas se bloquearan. A primera vista, esas hierbas abarcaban kilómetros de agua. Pero Caledonia había estado observando el mar, dejando que el agua se revelara, y encontró un camino en el que el agua subía y bajaba en pequeñas olas. Por allí la hierba era más fina, y la *Mors Navis* podría pasar.

Algo rozó ligeramente su brazo. Se giró y vio que la *Bella Hime* estaba a su lado, en el alerón. Llevaba la trenza atada hacia delante con uno de sus lazos azul brillante, que escondía las cicatrices que todas sabían que tenía. La luz matinal rociaba sus relucientes mechones negros y hacía que sus ojos grandes y ovalados brillaran. Era como un ágata con franjas preciosas y finas capas comprimidas en un crescendo de color, aunque solamente perceptible desde un ángulo único e inesperado.

Cuando se incorporó a la nave, antes de que cualquiera de las chicas hubiese aprendido a hablar su idioma y antes de poder comunicarse con nadie, las había impactado su belleza. Aun sudando durante el periodo de abstinencia, luchando contra unos demonios que solo ella podía ver, estaba preciosa. Y así decidieron llamarla. *Bella*.

Solo tardaron unas semanas en comprender que su belleza era tan profunda como el océano. Y por entonces, el nombre ya formaba parte de la tripulación. La única diferencia fue que descubrieron también su nombre auténtico.

—Buenos días —dijo Caledonia con la voz y con las manos.

Hime sonrió, pasó su lengua por los labios y levantó las manos.

—*Lo siento*.

Con solo dos palabras Caledonia se vio acechada por un fluir de emociones que había tratado de reprimir durante toda la noche. Se suponía que una capitana debía tener sentimientos, pero era más importante mantener la cabeza fría y no implicarse demasiado. Hime tenía derecho a querer luchar, y Caledonia tenía derecho a detenerla.

—Entiendo que quieras luchar. Pero la primera vez con Rojo no fue muy bien, y te necesitamos entera, Hime. —Los signos de Caledonia llegaban más tarde que las palabras, pero cuando las dos estaban solas, no le importaba—. Eres la mejor enfermera que tenemos. Te necesitamos cuando la batalla ha

terminado.

—*No soy tan frágil como crees.* —Hime apretó los labios. Sus dedos también se contrajeron y se tomó un momento para prepararse antes de volver a hablar—. *¿Piensas a veces en marcharte a otro lugar?*

El cambio de tema fue tan brusco que dejó a Caledonia estupefacta. Respondió la primera cosa que se le pasó por la cabeza:

—¿Quieres decir más allá de la Red? No.

Todas pensaban en ello alguna vez. Caledonia mentiría si dijera que no, pero la terrible verdad era que nada le daba mayor consuelo que la idea de hundir la flota de Aric o la idea de clavar un puñal en el corazón de Lir.

Y ahora, la idea de traer a su hermano de regreso a casa para incorporarlo a la lucha.

La expresión de Hime se volvió más tensa. Sus ojos pasearon por encima del agua y Caledonia tuvo una sensación muy clara de no haber entendido a la chica. Hime levantó las manos.

—*Piscis tiene razón. Estas hierbas nos van a causar problemas. Es raro que alguien logre atravesarlas.*

Caledonia había decidido no hacer preguntas sobre el tiempo que Hime había pasado en la flota de Aric. En la nave no requerían más información de la que Hime estaba dispuesta a ofrecer. Como Guadaña, había sido destinada a las barcazas y su tarea se limitaba a ocuparse de los farolillos desde la siembra hasta la cosecha para transformar las flores en Limo. Su labor también era probar cada remesa. Su adicción no era un asunto menor.

Si Hime conocía esas aguas de sus tiempos de Guadaña, valía la pena escucharla, aunque había estado tan drogada que era difícil calibrar hasta qué punto era fiable la información.

—¿Navegaste por estas aguas con tu barcaza?

Hime observaba las olas pequeñas que se formaban en la superficie del agua. Miraba fijamente, más allá de lo que se podía ver. Levantó las manos.

—*Sí. Una vez. No lo conseguimos.*

Las barcazas eran mucho más grandes que la Mors Navis, sus cascos igual de planos, pero utilizaban hélices en lugar de propulsarse expulsando agua a gran velocidad. A Caledonia le parecía una diferencia sustancial.

—Nosotras lo conseguiremos —dijo, con los ojos puestos en las aguas que tenían justo delante—. *¿Hay algo más que tenga que saber?*

Hime hizo una pausa. Meneó la cabeza.

—*Lees el agua como si fuese un libro. Si alguien puede atravesarlas, eres tú.*

Caledonia sonrió y llamó a la tripulación de cubierta.

—¡Levad anclas!

El cielo estaba colmado de aves marinas que volaban muy bajo sobre las aguas infestadas de hierba para atrapar el primer pez que se acercara a la superficie. Más al norte, el horizonte devoraba las Islas Rocosas. El aire era cálido, el sol escalaba por el cielo y Caledonia escuchaba el rítmico tintineo del ancla al levantarse, confiada en la tarea que tenían por delante. Las guiaría a través de esas aguas y después estarían mucho más cerca de encontrar a sus hermanos.

Cuando regresó al puente, Tina estaba al timón y todas las chicas ocupaban sus puestos, confiadas. Piscis apareció por la escalerilla. Caledonia se preparó para otra discusión.

—Preparadas cuando tú lo estés, capitana. —Piscis inclinó la cabeza. No quedaba rastro de la discusión que habían mantenido. La silenciaron y ocultaron al resto de la tripulación—. Tengo a quince chicas trabajando en la propulsión. Estamos contigo.

Una sonrisa amenazó con aparecer en su rostro, pero Caledonia luchó contra ello.

—¡Motores a toda máquina! Vamos a buscar la máxima potencia para luego apagarlos y avanzar en punto muerto. Tina, dos grados a estribor. Dirígete a los puntos con mayor agitación.

La Mors Navis fue cogiendo velocidad, avanzando cada vez más rápido hasta que prácticamente tuvieron la hierba alta encima. Caledonia salió a la cubierta de mando, desde donde podía ver mejor el agua, y esperó hasta el último momento para dar la orden de apagar los motores. Cuando estos estuvieran silenciados, la nave se deslizaría limpiamente por una curva de agua que parecía un camino.

De repente, se oyó un silbido. A cada lado de la nave, la hierba alta rozaba el casco, doblándose para acomodarse a la forma de la nave. No quedaba espacio entre las aspas, el agua se había oscurecido por completo, como si se hubiese transformado en una tela verde y sedosa que se enganchaba a la nave.

La pérdida de inercia fue tan inmediata que tiró del cuerpo de Caledonia. En mares abiertos, con la corriente a sus espaldas, el impulso que llevaban las hubiera arrastrado más de un kilómetro. Pero allí la hierba les robaba su velocidad, minando sus energías como las sirenas de la leyenda.

Caledonia no perdía de vista la franja de agua que tenían por delante y que se iba estrechando.

—Motores al mínimo —dijo, y, cuando hubieron aprovechado el espacio existente, dio la orden de volver a avanzar a la deriva.

Continuaron así varias horas. Aumentando y disminuyendo la velocidad dependiendo de si la hierba se lo permitía. Piscis mandaba mensajeras al puente

constantemente para informar de las últimas novedades. Su equipo trabajaba lo más rápido posible arrancando la hierba que había entrado en el sistema. Se subían a las válvulas de salida y despedazaban los tallos fibrosos, lo cual podía hacerse únicamente y sin peligro cuando los motores estaban apagados. Requería tiempo, pero habían encontrado su ritmo, yendo poco a poco. Progresaban lenta pero firmemente y Caledonia empezaba a respirar más tranquila.

Hasta que el camino que tenían por delante desapareció. En su lugar, la hierba se entrelazaba formando gruesas cuerdas que tapizaban el océano como si no hubiera nada debajo.

Caledonia buscó una manera de salir de lo verde. El camino que había escogido las había llevado más al sur de lo esperado. Tan al sur que podía ver la forma de una orilla pantanosa acercándose. Probablemente era la frontera ondulada de las Tierras del Naufragio. No había manera de llegar a la orilla y hasta donde podía ver la superficie del agua era tan plana como el cristal.

—Capitana —una mensajera apareció en la puerta—, Piscis dice que hay que apagar los motores.

Ella negó con la cabeza.

—No podemos. Dile que aparte a las chicas de las válvulas hasta que yo lo ordene.

La chica dudó y luego corrió a transmitir el mensaje.

La única opción que les quedaba era acelerar y esperar que el impulso las ayudara a atravesar la hierba resbaladiza.

—¡Motores a toda máquina! Necesitamos el máximo de velocidad.

La tripulación obedeció. La nave emitió un ruido sordo y empezó a ganar velocidad con menos agilidad de lo que era habitual. La hierba siseaba al tocar el casco de metal, rozando y chocando a desgana, cuando de repente la nave dio unas sacudidas y el murmullo del motor se apagó.

Caledonia maldijo su suerte. La nave iba a la deriva, cada vez más despacio hasta que se detuvo. Si trataban de encender los motores en ese instante, aún entraría más hierba dentro del sistema de propulsión. Podían izar los mástiles o utilizar las velas, pero la brisa no era suficiente para desplazar la nave.

Estaban atascadas. Y hasta que no limpiaran los motores o empezara a soplar un viento más fuerte, no iban a poder salir de allí.

Caledonia volvió a maldecir su suerte. En ese momento la Electra probablemente estaría preparando su viaje por las rutas de reclutamiento de las Aguas del Norte. Cada instante era precioso.

Respiró profundamente. Sangre. Pólvora. Sal. La situación se podía superar. Solo había que ser paciente.

Oyó un grito antes de poder reunir a los mandos de la nave.

—¡Barcos! ¡Amura de babor!

Seis embarcaciones atravesaban las aguas infestadas de hierba en lanchas que apenas tocaban la superficie. Eran planas, con grandes ventiladores zumbando detrás del dispositivo de conducción, y en cada una de ellas se alzaban varias figuras. Salieron de entre los juncos y los matorrales, cerca de la orilla pantanosa. Por detrás, aparecieron cinco embarcaciones más, y por detrás de estas, otras siete. Dieciocho en total.

La tripulación cogió inmediatamente las armas, apuntando con las mirillas a las embarcaciones que se acercaban.

El aire canturreaba mientras una pequeña flota se aproximaba a la Mors Navis. En cada embarcación había al menos cuatro personas. En algunas había más, pero no menos. Casi las doblaban en número. Iban armadas hasta los dientes.

Una de las embarcaciones rompió la formación y apuntó a la proa con las armas de quienes la integraban. Una ráfaga de disparos cayó delante del morro de la Mors Navis. Ninguno impactó en ella, pero el punto de vista quedó claro. Tenían potencia de fuego, eran muchas personas y se desplazaban con facilidad. Sin propulsión, Caledonia solo tenía potencia de fuego.

—Arriba las manos, chicas —alertó Caledonia con amargura en su voz.

—Capitana —Dienterrojo se colocó a su lado, enojada—, aún tenemos la ventaja de la altura. Podríamos al menos hacer disminuir el rebaño.

—No son Balas. Y esos eran disparos de advertencia. Todavía podemos salir de esta dialogando.

Al volver a mirar, la nube de barcos se había multiplicado, con muchos más saliendo de la orilla. Se colocaron en círculo, con las armas apuntando a la cubierta, pero no dispararon ni una sola vez. Los soldados, hombres y mujeres, apuntaban con pericia y llevaban unas placas de metal ennegrecido parecidas a las armaduras de los Gaviotas. Era la presencia de mujeres lo que dio esperanza a Caledonia. Mujeres luchando hombro con hombro junto a hombres. Aún podían sobrevivir.

—¡Rendíos pacíficamente y no os haremos daño! —Era la voz de una mujer. Fuerte, decidida, exigente.

—¡Soy Caledonia Styx y esta es mi tripulación! ¡No vamos a hacer daño a nadie y pensamos rendirnos!

Como respuesta aparecieron dos ganchos sobre la barandilla, con una escalera de cuerda que se tensaba por el peso de alguien que la estaba subiendo.

Caledonia empezaba a sentir cómo el pánico afloraba en su pecho.

Dienterrojo fue la primera en saludar a la recién llegada después de que asomara por la barandilla. No le dejó espacio para pasar, por lo que la mujer

primero tuvo que sentarse a horcajadas. Luego agachó la cabeza, escondiendo una sonrisa mientras se apoyaba con fuerza para levantar la otra pierna y así evitar a Dienterrojo.

Era del mismo color gris topo que un roble, con los brazos cruzados como si fuesen cuerdas gruesas. Su armadura tenía una placa en el pecho y se ajustaba por los hombros, cada parte amoldándose perfectamente a su cuerpo. Llevaba el pelo hacia atrás desde las sienes en nudos atados con abalorios de metal de color gris, negro y del color perlado de una concha de ostra. La mujer miró cara a cara a Dienterrojo, ahora que estaba en la cubierta la apartó sin echarse atrás.

—Sal de aquí, niña —le dijo la mujer con una voz insultante para enseñarle a Dienterrojo exactamente lo que pensaba de su juventud.

—Rojo —advirtió Caledonia, aunque le hubiese gustado ver a Dienterrojo empujando a la mujer hacia atrás. Se puso en medio de las dos—. Podemos ofrecerte monedas a cambio de ayuda. —Habló como si ya contara con una respuesta negativa.

La sonrisa de la mujer se marchitó, el humor se desvaneció.

—Ya sabes que las cosas no van a ir así, Caledonia Styx. Esto son las Tierras del Naufragio, y tú y tu tripulación desembarcaréis sin oponer resistencia.

—¿O?

—¿Qué te hace pensar que tienes una alternativa?

—Capitana —Amina le susurró urgentemente al oído—, remolcadores. Y soldados.

En el agua, las lanchas dejaban sitio a los remolcadores. La tripulación se acercó a la base del casco, donde había cuerdas atadas a la proa y a la popa. Antes de que Caledonia y la mujer intercambiasen más impresiones, empezaron a saltar chispas por el trabajo de los soldados.

Estaban desmontando la Mors Navis.

CAPÍTULO 24



Caledonia había vuelto a perder la nave. Todas las decisiones que había tomado desde hacía cuatro años habían ido dirigidas a seguir navegando. Imaginaba que si alguna vez la volvía a perder, sería el mismo día sangriento en que perdería la vida, con la Mors Navis en llamas y la tripulación pereciendo. Nada como la perturbadora paz de ese momento.

—Esta nave vale mucho más que el metal que la compone. —Caledonia apenas era capaz de pensar más allá del silbido de las balas contra su casco.

A la mujer no pareció impresionarle la información.

—Para una Recolectora, no. Ya expondrás tus argumentos frente a la reina.

Un nudo de miedo y rabia se enredaba en la garganta de Caledonia. Estaba indefensa. La nave estaba estancada en el océano, inmóvil e inútil. Y toda la tripulación había bajado las armas. La única opción que les quedaba era rendirse.

—Saldremos pacíficamente. —Caledonia apenas sentía los labios al hablar.

La mujer dio una orden y decenas de ganchos aparecieron por la barandilla. De cada uno de ellos colgaba una escalera de cuerda como la que había utilizado ella.

—Me llamo Ceepa. —Señaló la escalera por la que había llegado—. Después de ti, capitana.

Caledonia solo pudo poner un pie delante del otro y bajar por la escalera. En la cubierta, la tripulación estaba completamente hundida, los rostros igual de

perplejos que el de ella. Cuando su mano tocó el metal del casco, intentó no pensar que quizás fuera la última vez. Desde la distancia, vio que las chicas bajaban rápidamente por las escaleras de cuerda y eran metidas en lanchas para ir por el barro. Localizó a Amina y Hime, arrimadas una junto a la otra; los lazos multicolor de Ortiga llamaron su atención; Dienterrojo gruñía al ser enviada a una lancha distinta de la de Caledonia. Pero no logró divisar a Piscis.

Cabía la posibilidad de que Piscis, junto a sus chicas, hubiese oído el tumulto y corrido hacia las válvulas para evitar que las encontraran. O quizás había cogido el pulmón azul y el remolque y estaba debajo del agua.

Ceepa subió a la lancha con Caledonia y, tras hacer un gesto al soldado que estaba en el timón, los motores aceleraron. Lejos del océano les envolvía un viento húmedo que transportaba un olor de madera en descomposición y de barro endurecido al sol. El agua dejaba paso al terreno fangoso, que, de nuevo, dejaba paso al agua con tanta rapidez que a Caledonia le costaba seguir el hilo del paisaje. Las lanchas atravesaban una y otra superficie indistintamente, asustando al pasar a pájaros patilargos y ranas rechonchas.

Después de varios kilómetros aparecieron los primeros árboles. Eran raquíuticos y con grandes espinas que salían del agua. Hojas perennes puntiagudas caían de unas ramas demacradas, lo que dejaba espacio para que el sol se colara entremedio. No eran los árboles de brillantes hojas que se hallaban en las islas de la desembocadura del Bone, y Caledonia dudaba de que pudieran dar algún fruto en sus ramas escuálidas.

Caledonia miraba por entre los troncos zigzagueantes cuando vio un edificio. Era una casucha de madera elevada por encima del agua con pilares, con una canoa amarrada debajo. Luego se dio cuenta de que había muchas más, decenas de esas pequeñas construcciones sobre pilares. En la entrada de una de ellas vio a una niña pequeña con un blusón verde que le llegaba hasta las rodillas. La miraba pasar como si la escena que estaba presenciando fuera habitual. Levantó la mano para saludar, ajena a la angustia que había llevado a las chicas hasta allí.

Pronto llegaron a un edificio mucho más grande que los demás. Era circular y estaba coronado por un techo en pendiente, adornado con lámparas solares y rodeado por un porche amplio que abarcaba el perímetro del edificio. En la parte delantera, una escalera llevaba directamente al agua y a un lado había una rampa con un techo arqueado. La embarcación de Caledonia fue la primera en deslizarse por la rampa. Parecía avanzar con menos dificultad sobre esa pista irregular que por las tierras pantanosas.

Cuatro guardias los recibieron al llegar. Uno de ellos le quitó el arma, otro le ató las manos. Caledonia no opuso resistencia. Si sus captores las querían muertas, ya las hubieran matado en la nave. Y si iba a ser su prisionera, le

habrían quitado los cuchillos además de su pistola. Habían invitado a Caledonia y a su tripulación a sus casas, lo cual significaba que querían algo de ellas. Todavía no sabía el qué.

Caledonia recorrió el porche hasta la parte frontal del edificio, donde las demás chicas la pudieron ver. El mensaje estaba claro: si alguien les ponía a prueba, la capitana sería la primera en pagar los platos rotos.

Una a una, las chicas desembarcaron y fueron atadas. Caledonia intentó contarlas, pero, cuando los captores estuvieron satisfechos de que toda la tripulación hubiera visto a Caledonia, se las llevaron por la entrada principal hacia un amplio vestíbulo de techo abovedado. Aunque las paredes estaban hechas de espesos tablones de madera, cada uno contenía una veta de metal pulido que serpenteaba a través de las vigas como si fuesen pequeños ríos. Hacían que la sala parpadeara y brillara como si estuviera llena de estrellas.

Al fondo había un trono. Como las paredes, era una combinación de juncos de madera delicados y franjas plateadas con unos pies que se alejaban de la base como las raíces de un árbol gigante. En el trono estaba sentada una mujer. Sus manos reposaban en ambos brazos y su mentón estaba ligeramente levantado para intimidar. Llevaba una larga túnica púrpura y gris que se extendía en torno a sus pies, y sus manos estaban cubiertas con la misma plata pulida que la decoración de la sala. Estaba rodeada de hombres y mujeres y no perdía de vista a las chicas que estaban siendo conducidas de un lado a otro de la sala.

Ceepea la obligó a detenerse cuando todavía se encontraban a cierta distancia del trono. Dio un paso adelante y se arrodilló.

—Mi reina, traemos una tripulación de cincuenta y cuatro personas. Han sacrificado su nave en la hierba alta y se han rendido sin oponer resistencia. Ninguna de ellas está herida. Nosotros no hemos perdido a nadie durante la toma.

La reina giró la cabeza para examinar el botín. La luz del sol se reflejaba en los sofisticados pendientes que adornaban completamente sus orejas. Llevaba el pelo negro rizado recogido hacia atrás en unas trenzas bastante similares a las de Ceepea, con la diferencia de que el cabello de la reina estaba entrelazado con unos cordones de metal. Daba la impresión de ser una corona.

—El agua provee para nosotros —dijo finalmente la reina.

Todos repitieron la frase y Ceepea se puso en pie.

La reina también se levantó. Su piel era de un marrón pálido y satinado, sus ojos de un gris frío, y, aunque no era alta, su presencia era imponente. Todos en la sala se colocaron lejos de ella, como si su realeza creara un perímetro palpable a su alrededor.

—Mi reina —dijo Ceepea—, esta es Caledonia Styx. Capitanea la tripulación.

La reina dio unos pasos hacia delante, su mirada fija en Caledonia. Se asemejaba a una ola gigante que, dispuesta a sumergirla, se aproxima a una persona.

—Caledonia Styx. —Era una afirmación más que un saludo. La reina siguió avanzando, pasando revista a las chicas—. Estáis en las Tierras del Naufragio. Vuestra nave ya no os pertenece, pero vuestras vidas siguen estando en vuestras manos.

Continuaba avanzando mientras hablaba, echando un vistazo a las chicas, una a una. Algunas le devolvían la mirada, mientras que otras la apartaban. No parecía preferir una respuesta a la otra. Como una ola, se movía siempre al mismo ritmo.

—No sois nuestras prisioneras. Las aguas os han traído hasta aquí y tendréis siempre un sitio entre los Recolectores. Sois libres para marcharos.

—¿En qué barco? —Caledonia habló con severidad después del tono conciliador de la reina.

La reina no se molestó en darse la vuelta para responder.

—Sin barco. Si escogéis marcharos, lo haréis por vuestros propios medios.

—A pie. ¿A través de las Tierras del Naufragio? —Caledonia intentó contener la rabia—. Menuda elección.

Esta vez la reina se giró, no para mirar a Caledonia, sino para aproximarse al centro de la sala.

—Es una elección difícil, de la misma forma que este es un mundo difícil.

Caledonia comprendió cómo habían logrado vivir en secreto durante tanto tiempo. Cuando los Recolectores se hacían con una nave, la tripulación entera pasaba a ser Recolectora. Aquella sala estaba llena de pruebas de sus actividades. Las ropas estaban muy apedazadas, presentaban desgarrones y parches, y proliferaban unas costuras bien extrañas. Las paredes estaban decoradas con objetos que probablemente no venían de esas tierras pantanosas: largas alfombras, segmentos de mapas e incluso pinturas y fotografías de los viejos mundos. No eran guerreros ni comerciantes. Eran coleccionistas. Recolectores.

—Habéis capturado algo más que mi nave y mi tripulación. —Caledonia dio un paso al frente, separándose de las chicas como había hecho la reina de su propia gente—. Aric Athair ha puesto una recompensa sobre nuestras cabezas. Una flota Bala al completo nos persigue. Si nos obligáis a quedarnos aquí, vosotros también os convertiréis en objetivos.

Una pequeña ola se propagó entre hombres y mujeres, a ambos lados del trono, cuando mencionó la flota Bala. La reina, sin embargo, permaneció imperturbable.

—Entonces os estamos haciendo un gran favor —dijo. Por primera vez sus labios rompieron el equilibrio de su rostro y dibujaron una sonrisa que llegó hasta sus ojos grises—. Pronto ya no habrá ninguna nave que rastrear y, una vez hayáis escogido formar parte de nuestra comunidad, os protegeremos. De cualquier amenaza. —Dio un paso atrás—. Ahora tenéis que decidir todas y cada una de vosotras. ¿Quién empieza? ¿Os marcháis u os quedáis?

El pánico soliviantó los pulmones de Caledonia. Necesitaba su nave. Necesitaba su tripulación. La vida de Donnally dependía de ello. La vida de Ares también. Quedarse allí no era una opción. Pero tampoco lo era atravesar las Tierras del Naufragio sin nave, sin armas y sin nada más que la ropa que llevaban encima. ¿Cómo iba su tripulación a escoger irse con ella cuando todo lo que les podía ofrecer era un esfuerzo potencialmente mortal a través de los pantanos?

De repente, Hime se separó de la tripulación y corrió hacia el trono. Amina la alcanzó al instante.

—¡Hime! —gritó, pero su amiga no se detuvo.

Todos en la sala se alteraron. Ceepa cogió a Caledonia con fuerza por el hombro. Cuatro guardias se juntaron para proteger a la reina. Dos más se acercaron a Hime. Dienterrojo salió disparada tras Amina.

Levantaron a Hime del suelo y la arrastraron de nuevo al centro de la sala. No opuso resistencia, solo levantó las manos para expresar una única palabra:

—*Madre.*

—¿Hime? —Una mujer que llevaba una blusa de color marrón claro y unos pantalones negros se le acercó. Era bajita y delgada como los brotes de sauce, con evidente fuerza en los brazos y las piernas. Llevaba el pelo en una trenza larga. Era de un color negro brillante con abundantes mechones grises—. Hime, ¿de verdad eres tú?

El guardia que retenía a Hime la soltó con delicadeza mientras la mujer se le acercaba.

Desde más cerca, Caledonia vio el parecido. La piel clara como las plumas de un gorrión, los ojos oscuros rodeados de gris y marrón, la implacable belleza en la curva de la boca.

Justo entonces la mujer lo confirmó. Cogió las manos de Hime entre las suyas y suavemente, entre lágrimas, dijo:

—Hija mía. Has vuelto a casa.

CAPÍTULO 25



Se produjo un cambio en el estado de ánimo. El aire pareció detenerse cuando la mujer desató las manos de Hime y la tomó entre sus brazos. Hime se desmoronó sobre ella.

Su hija. La mujer había llamado hija a Hime. Era el tipo de historia que no solía contarse. Cuando los niños eran separados de los padres, ya nunca más los encontraban. No era buena idea tener esperanzas a este respecto. Caledonia nunca se había permitido desear algo así. Pero había pasado. Justo delante de sus ojos. Todas las personas en la sala comprendieron que aquello era lo más cercano a un milagro que iban a presenciar nunca.

Finalmente la reina dio un paso al frente y colocó una mano delicada sobre el hombro de la mujer. La mujer respondió apartándose de Hime a regañadientes.

Controlando poco a poco las lágrimas, levantó las manos y con ellas empezó a hacer signos. Preguntaba a Hime qué le había pasado, dónde había estado todos esos años. Las respuestas de Hime eran largas, sus manos le temblaban. Estaban fuera de la vista de Caledonia.

—Mi reina —dijo la mujer cuando las manos de Hime finalmente descansaron—, esta es Hime. Mi Hime. Las aguas nos han devuelto a mi hija.

—A tu hija se la llevaron hace algunos años, antes de que llegara a la madurez. —La reina estudió el rostro de Hime, evaluándolo con una calma inalterable—. ¿Estás segura, Sera?

—No podría estar más segura, mi reina. Dice que ocurrió lo que temíamos y que la secuestró la flota de Aric Athair junto a su hermano. Su padre, mi marido, murió y su cuerpo fue entregado al agua.

Todos quedaron inmóviles. Juntos levantaron las manos a la altura del corazón, con las palmas hacia abajo como si reposaran en la superficie del océano, y las empujaron lentamente hacia abajo en una lenta exhalación.

Una nueva marea de lágrimas subió a los ojos de Sera mientras repetía el gesto.

—Tuvo que prestar servicio a la causa de Aric y trabajar con los Balas hasta que esta chica y su tripulación la rescataron. Dice que la salvaron sin tener ninguna obligación de hacerlo.

Hime miró a la reina, con el rostro más pálido que de costumbre, pero con un destello de decisión en la mirada que Caledonia empezaba a comprender que siempre había estado allí. Levantó las manos.

—*No estaría viva de no ser por estas chicas. Luchan contra Aric Athair y buscan a sus familiares perdidos.*

Para sorpresa de Caledonia, nadie tuvo que traducir las palabras a la reina, quien escuchaba y entendía claramente todos los signos. A Caledonia le impactó que casi todas las personas en la sala entendieran a Hime. Conocían su idioma y quizás también lo hablaban.

Hime continuó.

—*Luchan por una buena causa. Por favor, ayudadlas.*

Al lado de Caledonia, Amina era una lanza de energía, plantada con firmeza y sin moverse, pero llena de vigor. Toda su atención estaba centrada en Hime.

—Mi reina.

Un hombre destacó del resto de la multitud. Era alto y de complexión fuerte, con una frente llena de arrugas desde hacía años que le daba una expresión de preocupación o desaprobación. La parte inferior de su cara estaba cubierta por una barba descuidada, con trenzas y decorada con abalorios de metales preciosos.

—Jon —dijo la reina, dando su permiso.

—Aceptar lo que nos han traído las aguas es una cosa. Vamos a sacar su nave del agua antes de que nadie la vea —dijo—. Pero ayudar a una tripulación marcada por el Padre nos hace vulnerables. Ese no es nuestro camino. Aceptamos lo que nos dan y soltamos aquello que pertenece a otro.

Mucha gente estuvo de acuerdo. No tenían miedo de expresar sus opiniones, lo cual daba a entender que, a pesar de que la reina mandaba, también sabía escuchar.

Luego habló Sera.

—Quizás no sea nuestro camino, pero ¿por qué no vamos a dejarlas marchar si es de justicia? Sobre todo cuando nos han devuelto algo tanpreciado.

—Involuntariamente —continuó Jon con amargura—. No querían devolverte a tu hija, Sera. Es una coincidencia muy bienvenida, pero no justifica que nos pongamos en una posición de vulnerabilidad.

—¿Acaso no somos siempre vulnerables? —preguntó Sera—. Quedarnos con una tripulación marcada sería tan peligroso como ayudarla.

—Tienes razón. —Jon cruzó los brazos a la altura del pecho—. Por eso no deberíamos hacer ni lo uno ni lo otro. Deberíamos dejarlas marchar así. Que sean las Tierras del Naufragio las que decidan su suerte.

Se oyó el murmullo de la muchedumbre, que a Caledonia le recordó aquellos terribles momentos en Nuberrota, cuando Hesperus tuvo el destino de las chicas en sus manos. Pero mientras que él había sido seducido por la promesa de una recompensa y por ganarse el favor de Aric, esta gente parecía querer evitar ambas cosas. Como Hesperus, acabarían decidiendo por miedo, y a Caledonia ya no le quedaba nada por ofrecer.

Una anciana arrastró los pies hasta la primera fila. Era jorobada, con los ojos cansados y el cabello plateado amontonado en su coronilla, pero aun así su cuerpo era robusto y era evidente que conservaba el juicio.

—Reina —empezó.

La reina trató a esa anciana con mayor deferencia que la mostrada a Jon o Sera, inclinando ligeramente la cabeza mientras hablaba.

—Jules.

Jules continuó:

—Cumplimos con nuestras obligaciones con el Padre porque tenemos que hacerlo, no porque queramos. Tal vez las aguas nos hayan traído esta tripulación para apoyar a aquellos que resisten a su poder. Para nuestra comunidad sería mejor que se marcharan, en lugar de que se quedaran aquí.

Caledonia vio que era su oportunidad. Dio un paso al frente.

—Reina —dijo, imitando el discurso de la anciana—. Esta tripulación se construyó sobre las aguas. Somos valientes y decididas, y el mar nos llama a luchar donde otros no pueden. Por favor, dejadnos continuar. No os pido ayuda, solo que nos dejéis marchar. Con nuestra nave.

Todos se giraron cuando habló la reina, como las flores cuando buscan el sol. Caledonia sintió la atracción de su magnetismo.

—Las aguas nos han traído una oportunidad. Durante los últimos años hemos perdido a muchos de nuestros hijos en manos de la flota Bala. El acuerdo que tenemos con el Padre se basa en nuestro trabajo. Los metales y minerales que recogemos le ayudan a expandir su poder al tiempo que protegen a nuestras

familias. Pero solamente mientras vivamos escondidos. —Miró a Caledonia y por primera vez pareció que le hablaba directamente—. Su tripulación no se esconde. Luchan en una guerra que ninguno de nosotros empezó, así que, en lugar de tenerlos aquí secuestrados, les ayudaremos a hacer lo que nosotros no podemos hacer.

Era el momento de dar las gracias y al mismo tiempo de estar callada. Caledonia escogió un término medio e inclinó la cabeza mirando a la reina.

La reina se fijó en Caledonia mientras respiraba profundamente. Luego continuó.

—Os ayudaremos por lo que habéis hecho por nuestra hija. Repararemos vuestra nave, os entregaremos los víveres necesarios para el viaje, y os alimentaremos y hospedaremos mientras estéis en las Tierras del Naufragio.

Caledonia entendió de repente que aquello no era una negociación y que la reina en modo alguna la veía como una igual. Aún más inquietante fue la revelación de que Caledonia no pensaba en sí misma como una igual. La reina no había tenido que levantar la voz para que toda la sala aceptara sus palabras. Era un tipo de autoridad que Caledonia asociaba con la de su madre, el tipo de poder que no estaba segura de poder tener nunca.

Entonces la reina habló para su corte.

—Caledonia Styx y su tripulación serán nuestras invitadas hasta que su nave vuelva a estar en condiciones de navegar. Todas excepto el chico.

¿El chico? Caledonia se dio la vuelta y sus ojos se toparon con los de Oran.

—Traédmelo.

Mientras la reina regresaba a su trono, uno de los guardias sacó a Oran a empujones de entre la tripulación. Tenía mejor aspecto. Su piel no estaba empapada del sudor de la enfermedad y había recobrado el tono moreno cálido que tenía cuando Piscis lo había traído a bordo. El guardia tiró de las vendas alrededor de sus muñecas y el Bala hizo una mueca de dolor.

—Un Bala —dijo la reina, señalando las cicatrices naranjas en su bíceps—. ¿Es vuestro prisionero?

—Sí —se apresuró a confirmar Caledonia.

—Bien. —La voz de la reina era fría y distante—. Matadlo.

El guardia cogió a Oran del cuello con una mano firme y carnosa para conducirlo fuera de la sala. Oran plantó los pies en el suelo y endureció su cuerpo por si tenía que pelear.

—¡No! —Piscis se aproximó de inmediato, una vez más interponiéndose entre el Bala y la muerte—. ¡Caledonia!

Caledonia volvió a sentirse irritada. Por la súplica apasionada de Piscis, por el Bala que ponía en riesgo la incierta alianza que se estaba fraguando, y por ella

misma y la decisión que tendría que tomar a continuación.

—Mi reina —empezó Caledonia, introduciendo la deferencia en su tono de voz—. Es un Bala y solo por eso ya merece morir. Pero también es la única esperanza que tenemos de volver a encontrar a nuestras familias.

La reina no dijo nada. Levantó una de sus manos elegantes y el guardia dejó de empujar a Oran. Esperó a que Caledonia reanudara su discurso.

—Pi —dijo, extendiendo la mano. Tras echar un vistazo a Oran, Piscis atravesó la sala hacia donde se encontraba Caledonia—. Perdimos a nuestros hermanos en un ataque de los Balas hace cuatro años. Este chico los ha visto. Sabe por dónde navegan. Es triste que sea así, pero lo necesitamos. Su muerte no significaría nada para vosotros, pero para nosotras, sí.

La reina no se dignó a devolver la mirada a Oran. En cambio, miró fijamente a Caledonia durante un buen e incómodo rato. La sala se convirtió en una gota de silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero mientras esté aquí, permaneceré siempre a tu lado. Si lo encontramos en algún lugar que no sea exactamente a tu lado, morirá.

Caledonia oyó como Oran suspiraba. Hubiera preferido que le arrancaran las uñas de los dedos de los pies y que se los metieran en el agua salada del océano antes de pasar tiempo junto a un Bala, pero lamentablemente no había otra opción. Inclino la cabeza frente a la reina y pronunció unas palabras que solo pensaba en parte.

—Gracias, mi reina.

CAPÍTULO 26



Caledonia intentó no pensar en el chico sentado detrás de ella en la canoa ni en la cuerda que le habían atado alrededor de la cadera y que le unía a él. Las órdenes de la reina eran incluso peores de lo que había imaginado en un principio. Caledonia no solo tenía que estar al lado de Oran en todo momento, sino que también debía mantenerse lejos del pueblo.

—Estos son veneno —dijo Ceepa mirando a Oran con rencor—. No se trae veneno al corazón de tu pueblo.

Una vez más, la irritación se apoderó de Caledonia. Pero no estaba en condiciones de discutir. Tampoco ella había querido ese veneno en su nave. Mientras su tripulación era liberada y transportada en canoas hacia el centro del pueblo, Caledonia y Oran estaban atados y se alejaban.

El pueblo Recolector era amplio y extenso. Más allá del edificio principal había una red de construcciones sobre pilares como las que habían visto anteriormente, solo que estas estaban dispuestas generalmente en grupos. Tres o cuatro casas descansaban alrededor de una amplia plataforma y estaban conectadas entre sí mediante una pasarela hecha de cuerdas y tablones. La mayoría parecían residencias familiares, y todas se distribuían en torno a un gran edificio central. Niños y niñas de todas las edades correteaban por esas pasarelas que se balanceaban, sus gritos y risas alegres mientras se perseguían de un lugar al otro. Los adultos se movían con más cautela al pisar puentes y escaleras

precarios. Por el agua mantenían un ritmo constante, deslizándose entre las casas, nunca por debajo. En cierto modo y salvando las distancias, a Caledonia le recordaba la vida a bordo de la Fantasma.

—¿Qué les acaba pasando a la gente que capturáis después de quitarles sus bienes más preciados? —preguntó Caledonia, maravillada por el tamaño del pueblo.

Ceepea hizo caso omiso de la pulla que le había lanzado Caledonia.

—Compartimos entre todos lo que producimos. A partes iguales y siempre que la persona trabaje.

—Pero naves como la nuestra no deben de aparecer por aquí a menudo. ¿Qué hacéis mientras esperáis?

—Extraemos hierro del pantano, lo fundimos y lo vendemos. —Ceepea señaló hacia el sur, donde se alzaba una cortina de humo fina, visible por encima de los árboles—. Es una forma honesta de ganarse la vida.

La puesta de sol llegó antes que en el océano y muy pronto el pueblo quedó envuelto en el frío resplandor entre blanco y azul de las lámparas solares. Era precioso, como un campo de estrellas por encima del agua. A Caledonia le hizo recordar a Donnally, de tal forma que sintió un pinchazo en el fondo de la garganta. Él habría dicho que eran los espíritus de sus antepasados colgando sobre sus cabezas para iluminar el camino hacia los seres amados. O que eran los corazones de los árboles, que solo aquella gente podía ver. Las historias de Donnally eran siempre mágicas e insondables.

Ya era casi completamente oscuro cuando Ceepea arrastró la canoa debajo de una solitaria casa de pilares. Se encontraban a varios metros del complejo de casas más cercano.

—Alguien vendrá a traeros comida. Tenéis una canoa ahí por si la necesitáis. —Siguiendo las indicaciones de Ceepea, Caledonia vio una pequeña embarcación contra un poste—. Cuando vengas al pueblo, asegúrate de atar a la fiera. —Ceepea dedicó otra mirada de indiferencia a Oran, quien con buen criterio no levantaba los ojos de su regazo.

Caledonia no se molestó en garantizar que Oran estaría bien atado en todo momento. Estaba de pie, manteniendo el equilibrio con el movimiento del pequeño barco, y luego subió por la escalera.

La escalera llegaba a una trampilla en el suelo de la plataforma que rodeaba la pequeña casa. Caledonia subió con dificultad y esperó a que Oran hiciera lo mismo, torpemente, con las manos atadas.

Dejando que la trampilla volviera a su sitio original, hizo un gesto a Oran para que entrara en la casa primero. Aunque estaba atado, no era razón suficiente para darle la espalda. Él obedeció e instintivamente buscó el panel de luces al

entrar. La luz del vestíbulo era blanca y azul, insuficiente para eliminar la oscuridad, pero suficiente para hacer que las sombras más espesas se desvanecieran.

Había dos habitaciones: una grande y abierta, con un baúl en una esquina y una serie de ganchos colgando del techo, y otra en la que había algo que se parecía a un cuarto de baño.

En el baúl encontraron dos hamacas y juntos las colgaron de los ganchos. Las ventanas estaban abiertas y flanqueadas por unas cortinas con redes de mallas finas para protegerse de los insectos, de tal manera que los bordes estaban llenos de bichos muertos y telarañas grumosas. Hacía calor. El aire se le enganchara a la piel y parecía meterse por su ropa, causándole una sensación de pesadez y humedad.

Iba a ser una noche incómoda en un lugar extraño. Y estaba atada a un chico al que había intentado matar. Dos veces.

Quizás serían tres. Por un segundo flirteó con la idea de tirarlo al agua de una vez por todas y dejar que se ahogase. Sin las manos para poder mantenerse a flote, sobreviviría un ratito, pero al final sus piernas acabarían cediendo y desaparecería bajo el agua.

El pensamiento no le produjo el placer que había anticipado. Le dejó un mal sabor de boca, como una serpiente marina que altera el fluir del agua. Tal vez Ceepa tenía razón al referirse a él como veneno. Había algo realmente malicioso en ese chico. Tan malicioso que Caledonia había dejado de desearle una muerte instantánea.

Oran estaba a poco más de un metro de distancia. Lo suficiente para que la cuerda quedara suspendida en el aire. No había ninguna buena opción para pasar la noche: la cuerda se tensaría entre las hamacas, con la posibilidad de que Oran esperase a que Caledonia se durmiera para estrangularla. Se vio obligada a deshacer el nudo y atar a Oran a la hamaca.

Pero aquellos nudos eran fáciles de deshacer con solo un poco de esfuerzo. Y Caledonia no tenía armas a su disposición. Había entregado sus cuchillos a Piscis para que se los guardara, y Ceepa no le había ofrecido a cambio ninguna de sus pistolas. Aunque aquello la hacía sentirse indefensa, admitía que era lo correcto. Tanto en relación con los Recolectores, quienes, a pesar de Hime, tenían pocas razones para confiar en las chicas, como respecto a su situación presente. De estar armada, a Oran se le podría llenar la cabeza de ideas, y ella tendría que pasar el rato deshaciéndose de balas y vigilando los cuchillos. No hay nada peor que ser apuñalado con tu propio cuchillo. Ese era un destino que le reservaba a Lir.

Hizo un gesto hacia una de las hamacas en medio de la habitación y, cuando

Oran se hubo instalado, lo ató a la cadena de la hamaca con las manos encima de la cabeza. La piel alrededor de las ataduras estaba roja y en algunas partes todavía se notaban las heridas. Dolía verlo. Caledonia le ató con cuidado, tratando de apretar las heridas con suavidad.

Oran la miraba trabajar, con los ojos oscuros extrañamente fijos en el mismo punto, de espaldas y relajado a pesar del quehacer de Caledonia. Ella esperaba que le rogara que aflojase los nudos o que le prometiera que no tenía intención de hacerle daño. Pero no dijo nada. Simplemente la observaba.

Después de atar los nudos, se instaló en su hamaca y se hizo un silencio extraño. Ahora ya no tenía que estar pendiente de él. Caledonia se dejó caer sobre una bola de tejidos y cerró los ojos. No había mejor manera de demostrarle que no lo consideraba una amenaza que hacer ver que ni siquiera se daba cuenta de que estaba ahí.

Pero en realidad no podía estar más pendiente de él.

Con cada pequeño ruido de la hamaca de Oran ella pensaba que se había movido unos pocos centímetros a su izquierda. Podía oír su respiración y percibir que inspiraba por la nariz y espiraba lentamente por la boca. Creyó poder oler también su sudor, aunque, siendo honesta consigo misma, bien podía ser el suyo.

Al menos la tripulación estaba cómoda y a salvo. Al menos no estaban desmantelando la nave. Al menos todavía había tiempo para llegar a las Aguas del Norte y salvar a sus hermanos.

—Gracias.

Abrió los ojos y al girarse vio que Oran todavía la estaba observando. ¿Lo había estado haciendo durante todo ese rato? Puso mala cara.

—Porque hoy me has salvado la vida. Sé que no tenías por qué y te lo agradezco.

—No quiero que me des las gracias. No me interesa tu gratitud. —Creyó detectar una media sonrisa en la boca de Oran, por la que quiso pegarle. Fuerte.

—No tiene por qué interesarte. —Se movió, apartando finalmente la mirada de Caledonia—. Pero te lo agradezco igualmente.

—No vale nada —ladró—. La gratitud de un Bala no vale nada. No te he salvado de los Recolectores porque te lo merezcas. Te he salvado porque tienes información que necesito. En cuanto esto termine, te entregaré a la primera persona que me lo pida amablemente.

La hamaca chirrió, pero él no dijo nada más. Una leve brisa, que fue muy bienvenida, se coló por las ventanas, susurrando contra las redes y absorbiendo la asfixiante humedad. Afuera, las aves nocturnas entonaban sus cantos largos y repetitivos. Los bichos tarareaban y repiqueteaban, y de vez en cuando se oía el

sonido distante de unas risas o una puerta al cerrarse de golpe. Lo que no se oía por ningún lado era el agua. Era una sensación extraña saber que estaba sobre el agua y aun así tan lejos del vaivén de sus brazos mecedores.

Oyeron un golpe en la plataforma y Caledonia se puso inmediatamente en pie.

—Comida —dijo Oran tranquilamente—. Ceepa dijo que vendría alguien a traer comida.

Tenía razón, naturalmente, pero la constatación irritó a Caledonia. Corrió hacia la plataforma y abrió la trampilla en el momento en que una mujer de cabello plateado depositaba hábilmente un paquete en el suelo. Permaneció en la escalera sin mostrar señal alguna de querer subir hasta arriba. Sorprendida, Caledonia reconoció a la anciana de la corte. Era Jules, que había hablado en su favor.

La anciana meneó la cabeza lentamente, y unas pequeñas baratijas de color plata tintinearón entre su pelo.

—Qué joven. De cerca eres más joven de lo que había creído.

En su mente oyó la respuesta que Amina le había dado a Clag en Nuberrota. «Solo en años». Habían pasado pocos días desde entonces, pero sentía como si le pesaran en los hombros. Nada había salido bien desde que ese hombre extraño las había mandado a ver a la doctora Tricius.

—Quizás sea demasiado joven. —Caledonia se sorprendió a sí misma por su sinceridad, pero era agradable mostrar sus preocupaciones a alguien que no era responsabilidad suya. Quizás tuvo que ver el hecho de que Hime se hubiera reencontrado con su madre. Quizás era que, en muchos sentidos, la reina le recordaba a su madre. En cualquier caso, Caledonia no quería que la anciana se marchase.

—Joven, pero no una niña. —Con una mano, Jules acarició la mejilla de Caledonia. Sus manos callosas eran suaves y duras al mismo tiempo, endurecidas por el trabajo y suavizadas por la edad—. Ya no existe la infancia. Solo hay bebés y luego el resto de nosotras. Recuerda una cosa: cuando te dicen que eres una chica, están intentando decirte que son más que tú, que tu cuerpo te hace ser menos que ellos. Pero sabes bien, y yo sé bien, que eres exactamente lo que necesitas ser.

Caledonia puso una mano sobre el brazo de la anciana, cuya piel era fina como el papel.

—Gracias.

—Hay también para el chico —dijo Jules con una sonrisa gris—. Pero asegúrate de llevarte la mejor parte, querida.

Luego se fue, dejando palabras que resonaban como campanas en la mente

de Caledonia. Se sentó en el suelo de la plataforma un buen rato después de que Jules se hubiese marchado, permitiendo que esas palabras cavaran dentro de su mente para echar raíces.

Lo que había dejado Jules olía divinamente. El estómago de Caledonia rugió, recordándole el tiempo que había pasado desde la última vez que había comido algo. Recogió la cesta y la llevó adentro, vaciándola por el suelo a cierta distancia de Oran. Había varias cajitas de madera que contenían delicias humeantes: una carne oscura en una salsa espesa, nabos blancos sobre un fondo de verduras tan oscuras que bajo esa luz parecían negras y, en la última cajita, una pequeña rebanada de pan fresco con mantequilla. Había dos botellas transparentes de agua potable y en una pequeña lata encontró sal gorda.

Oran ni siquiera intentó disimular que tenía hambre. Se incorporó de la única forma que le permitían sus ligaduras, apoyó los pies en el suelo y, con la boca semiabierta, miró como Caledonia destapaba cada plato.

Lo primero que pensó Caledonia fue no darle nada. Obligarlo a mirar cómo comía y cómo la porción que le correspondía a él iba disminuyendo poco a poco. Pero el hambre era un caso especial, como especial era el deseo en sus ojos al contemplar el vapor. Por vacío que estuviera su estómago, el de Oran seguramente estaría peor.

Lamentándose en su fuero interno, Caledonia terminó por desatar la cuerda que sujetaba a Oran a la hamaca.

—Vamos —masculló—. De poco me vas a servir si te mueres de hambre.

Se sentaron con las piernas cruzadas alrededor de los platos. No había cubiertos, por lo que comieron con las manos, utilizando el pan para rebañar la salsa. Estaba todo sabroso, sin lugar a dudas, pero comieron demasiado rápido para poder apreciar si los nabos estaban más tiernos que la carne o si las verduras tenían un punto amargo.

Oran esperó a que Caledonia cogiera su parte antes de servirse. Se acercó el plato de carne a la cara, lamió las esquinas y se manchó la nariz con una pizca de salsa. Caledonia casi rio mientras el chico se apresuraba a limpiarse, avergonzado del estropicio en que se había convertido su cara, pero no del método que había utilizado para comer.

—Creo que lo único que voy a echar de menos de la flota Bala es la comida —dijo Oran, lamiendo los restos de salsa de sus dedos—. Aric es un demonio y un cabrón, pero sabía lo que hacía al construir la Agriflota.

Las barcasas de farolillos eran solo una parte de la flota. El resto transportaba variedades de frutas y verduras que hacían que todos los Balas estuvieran sanos y fuertes, incluso pese a que sus mentes estuvieran sometidas a la constante presión de la droga.

—¿Y qué me dices del Limo? Solo han pasado unos días, pero dicen que los primeros son los peores. ¿No te gustaría volver a probarlo?

La expresión de Oran se empañó.

—No voy a echar de menos el Limo —dijo como si tratara de convencerse a sí mismo.

—¿Seguro? —preguntó Caledonia—. No he visto nunca a nadie terminar tan rápido con la dependencia como tú.

El cuerpo de Oran se puso tenso.

—No es la primera vez.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Caledonia.

Oran se acercó a la ventana. Dio un buen trago a su botella de agua antes de responder.

—A veces te dejan sin Limo. Un día o dos. Como castigo.

—Parece contraproducente. —Caledonia se puso en pie, examinando al Bala desde detrás—. ¿Para qué debilitar a tu propia tripulación de esta manera?

—Para recordarles cuánto lo necesitan y cuánto necesitan a Aric —respondió Oran al instante.

Caledonia sintió un escalofrío.

—Pero un día o dos no son suficientes para terminar con la dependencia —insistió.

Oran inclinó la cabeza y apartó la mirada de Caledonia.

—A veces el castigo es aún peor.

Quería saber más. Quería saber por qué le habían castigado y si Donnally había sufrido o no cosas parecidas. Sin pensarlo, se le acercó y con la punta del dedo rozó una de las tres franjas que tenía en el bíceps.

Oran se giró de inmediato y le agarró la muñeca como si el contacto le hubiese quemado. El calor de su respiración llegaba hasta la boca de Caledonia, sus cuerpos estaban separados por unos pocos centímetros. La miró a los ojos con atrevimiento. Estaba enfadado y en cierto modo también le tenía miedo. Ella estaba confundida. Entonces, con la misma rapidez, dejó caer la mano de Caledonia y se apartó.

El corazón de Caledonia palpitaba con fuerza. Su muñeca todavía estaba caliente, pero no le había hecho daño. Se había detenido antes de cruzar el fino umbral de la violencia.

Limpieron los restos y colocaron las latas vacías en la plataforma exterior sin mediar palabra. Oran ofreció sus manos para que se las volviera a atar a la cadena, y después Caledonia se hundió en la hamaca con un sentimiento de inquietud.

Los únicos sonidos eran los de los insectos nocturnos y la brisa a través de la

ventana. Se oyó el murmullo de la voz de Oran:

—Lo siento, Caledonia.

Caledonia le dio la espalda y cerró los ojos.

CAPÍTULO 27



Caledonia volvió a ver la Mors Navis cruzando por delante de su ventana al amanecer.

Se levantó al instante y descubrió la red para ver a su nave apuntalada en un muelle flotante, avanzando con mayor profundidad por las Tierras del Naufragio. Tomó nota de cada corte y de cada marca. No siempre era posible reparar la nave debidamente en alta mar, pero hacían lo que podían. Era una nave resistente y Caledonia se sintió aliviada al ver que estaba de una pieza. Las tareas de reparación no deberían tardar mucho.

Oran dormía en su hamaca, con los brazos bien atados por encima de su cabeza. En la luz gris del amanecer, su figura parecía dibujada con trazos más suaves. A pesar de que por la noche la temperatura había bajado hasta resultar particularmente agradable, tenía la frente cubierta de una fina capa de sudor y su ceño estaba delicadamente fruncido. Casi parecía una persona amable, vulnerable frente a aquello que los demonios retorcidos de Aric habían dejado en su interior.

Caledonia frotó su muñeca, recordándose a sí misma lo que pasa cuando alguien se olvida de lo malvados que son esos demonios.

—Levántate. —Caledonia habló con una voz alta y clara, ahuyentando el sueño del chico y el destello de simpatía que había sentido hacía un instante—. Es hora de irnos.

En su favor, Oran no hizo una sola pregunta. Se levantó en cuanto Caledonia liberó sus manos y unos pocos minutos después ya estaba listo.

Casi tropezaron con el desayuno al salir. Alguien había reemplazado la cena con un nuevo paquete que contenía panecillos, queso blando y frutas del bosque. Se demoraron el tiempo suficiente para meterse los panecillos llenos de queso en la boca. Tuvieron que llevarse las frutas del bosque y el agua.

Consideró por un momento que sería buena idea colocar a Oran en la parte delantera de la canoa para tenerlo controlado. Pero no evitaría la posibilidad de que la sorprendiese y tampoco quería pasar más tiempo del necesario mirando su cabeza. Además, mandarlo detrás transmitía un mensaje: «no me das miedo, no te considero una amenaza».

La luz de primera hora de la mañana se filtraba por los árboles con unos tonos entre naranja cálido y amarillo gélido. Los insectos cosían la superficie del agua con pequeñas operaciones de cirugía, y, por debajo, los peces corrían a toda velocidad. Las canoas se deslizaban entre los árboles y los pilares, encrespando el agua, mientras la gente emprendía sus tareas matinales. Las Tierras del Naufragio estaban despiertas, arriba en las casas y abajo en el agua.

A pesar de estar atado, Oran sumó sus brazadas a las de Caledonia y pronto encontraron un ritmo para hacer avanzar aquella canoa con la que tan poco estaban familiarizados. En un primer momento, Caledonia le daba indicaciones, pero poco después Oran aprendió a responder a los movimientos sutiles del remo de ella, ajustando los suyos antes de que Caledonia pudiera dar una nueva orden. La actividad tenía algo de relajante: el ritmo lento y constante de los remos, la música del agua. El aire era fresco y agradable, y, aunque estaban rodeados de los pasos de la gente del pueblo, había una sensación de serenidad.

Llegaron al conjunto de casas en el que se hospedaba la tripulación y allí se encontraron a Ceepa y Piscis sentadas en una mesa exterior, charlando mientras tomaban una bebida caliente.

—¿Té, capitana? —ofreció Ceepa al acercarse Caledonia—. Para el Bala no me queda.

Piscis no se molestó en disimular que desaprobaba esa falta de respeto.

—Gracias.

Caledonia aceptó una taza de esa bebida aromática y tomó asiento cerca de Ceepa. Oran estaba de pie, tan alejado de la mesa como lo permitía la cuerda. Resultaba más incómodo tenerle ahí merodeando que si hubiese estado a su lado. Caledonia señaló una silla cercana y Oran se sentó.

—Hemos evaluado los daños en vuestra nave —dijo Ceepa—. Está bastante maltrecha. Necesita unas buenas reparaciones.

Cuatro batallas en los últimos diez días. Pero la nave había soportado más

que la suma de todos esos combates.

—No necesito que esté en perfecto estado, solo que pueda funcionar. —A Caledonia no le gustó el tono informal que había adoptado Ceepa—. ¿Cuánto tardará?

—¿Con la ayuda de tu tripulación? Nueve días —afirmó Ceepa—. Quizás diez.

—¿Diez días?! —Caledonia se puso de pie—. No tenemos tanto tiempo.

Si las previsiones de Oran eran exactas, tardarían catorce días para llegar a las Aguas del Norte antes que la Electra. Necesitarían cuatro días, en condiciones ideales, para navegar desde las Tierras del Naufragio hasta las Aguas del Norte. Más si encontraban peligros por el camino. Diez días dedicados a reparaciones y estarían en clara desventaja. Sus hermanos probablemente ya se habrían marchado.

—Navegaba bien cuando la dejamos —dijo Piscis con tacto, mirando fijamente a Caledonia para que mantuviese la calma—. Los propulsores estaban obstruidos, pero los podríamos haber limpiado en un solo día. ¿Qué le habéis hecho?

Ceepa simplemente se encogió de hombros, levantándose de su asiento.

—Amigas, nosotros nos dedicamos a desmontar barcos. Y lo hacemos rápidamente. Pero volver a poner las piezas en su sitio es más largo.

Las chicas empezaban a despertarse, saliendo de las casas por la plataforma en busca del desayuno. Caledonia trató de contener su enfado. En la distancia, las chicas hacían cada vez más ruido, como si reprodujeran el ruido sordo que encerraba su pecho.

—Nadie conoce la Mors Navis tan bien como mi tripulación. Vamos a reducir ese tiempo. Solo tenemos una semana.

Oran se aclaró la garganta.

—En realidad tenemos menos tiempo del que pensáis. La Electra empezará a navegar en el cuarto creciente. Ese es el tiempo que tenemos.

—¿Cómo? —La pregunta de Caledonia tenía un punto de rabia que ya resultaba habitual—. ¿Por qué?

—Lo hacemos todo de acuerdo con la posición de la luna. El cuarto creciente es un momento de crecimiento y potencial. Perfecto para reclutar.

Ya lo había oído alguna vez: los Balas eran extremadamente supersticiosos y tomaban como referencia la luna para las señales y los presagios de lo que estaba por venir. Pero esta era la primera vez que lo oía con tanto detalle.

—El cuarto creciente es dentro de doce días —dijo Piscis con inquietud renovada.

Doce días. No catorce. Tenían que marcharse.

Antes de poder pronunciar otra palabra, el ruido de la tripulación alcanzó su punto máximo. El murmullo aumentó de intensidad y las chicas empezaron a bailar en un círculo alborotado a lo largo de la plataforma. Luego empezaron los vítores. Aquello solo podía significar una cosa: pelea. Aun estando a favor de que las chicas se desahogasen, aquel no era el momento ni el lugar para ello. Oran siguió a Caledonia mientras esta caminaba por la plataforma y emitía un silbido penetrante:

—¡La cabeza bien alta, chicas!

Las chicas se callaron, alzaron las cabezas y rompieron el círculo. En el centro había dos figuras: Dienterrojo, cuya presencia no sorprendió en absoluto a Caledonia, y Amina, que no pudo sorprenderla más. Dienterrojo se peleaba con todo el mundo, pero Amina no era de las que se metían en líos.

Las dos chicas se separaron. Amina, con las manos en las caderas y la mirada firme puesta en Caledonia; Dienterrojo con la sangre cayendo por su mentón y una mirada dolorida hacia Amina.

—¿Lo habéis arreglado ya? —preguntó Caledonia—. ¿O me necesitáis para que lo arregle yo?

Amina apartó la mirada. Dienterrojo refunfuñó en voz baja.

—Más alto, Rojo —ordenó Caledonia.

—Solo dije... —Hizo una pausa para separarse un poco más de Amina—. Solo dije que la Bella Hime iba a quedarse con su madre.

Un sentimiento de comprensión inundó el rostro de Caledonia y sustituyó el enfado previo. El poso que dejó fue una repentina y silenciosa aprensión. Era una posibilidad desde que habían llegado. Todas sabían que podían perder a Hime, y Caledonia se temía que era el desenlace más previsible.

Vio que ese mismo temor resonaba entre las chicas como un acorde en busca de una canción. Estaban tan acostumbradas a pelear que, si pasaban demasiado tiempo sin hacerlo, buscaban alguna excusa. Estar sin hacer nada durante mucho tiempo no les sentaba bien a esas chicas con electricidad en la sangre.

—¡Ceepa! —avisó a la mujer que estaba apoyada en el marco de la puerta, con una vista panorámica del espectáculo—. ¡La tripulación está lista para empezar a trabajar!

CAPÍTULO 28



Necesitaron veintiuna canoas para transportar a la tripulación de la Mors Navis. Cuando llegaron, el sol caía de pleno y el aire se había vuelto más espeso por la humedad.

A primera vista, la nave parecía estar igual que la habían dejado, pero al examinarla más de cerca vieron que se habían producido daños importantes en la parte delantera del casco. Ceepa no había exagerado la capacidad destructiva de su gente.

Mientras la tripulación subía a bordo, Caledonia y Piscis evaluaron el exterior de la nave. El dique seco era una maravilla en sí mismo, con dos paredes y una plataforma de metal oxidado capaz de levantar un barco y sacarlo completamente del agua y de desplazarlo grandes distancias. Las chicas caminaron hasta el punto más bajo del casco de la Mors Navis y pasaron las manos por las juntas desgastadas.

Oran las seguía por detrás, con cuidado de que la cuerda que le unía a Caledonia no tirase demasiado fuerte. Cada vez que se movía, Caledonia recordaba lo pendiente que estaba de ella. No importaba lo que hiciera, él estaba siempre preparado para moverse de forma acorde. Al final ella se dio cuenta: no se trataba de obediencia, sino que era una cuestión de percepción. Lo hacía para poder verla por el rabillo del ojo y tenerla presente en todo momento.

—Creo que podemos hacerlo en cuatro días —dijo Piscis, interrumpiendo su

reflexión—. Conocemos las herramientas. Si trabajamos por la noche, las chicas lo pueden conseguir.

—Bien. —Caledonia dejó de pensar en Oran—. Que Puntilla organice los equipos de trabajo. Si las cabinas están en buen estado, podemos hacer turnos entre las de aquí y las del pueblo.

—Tina —corrigió Piscis con delicadeza—. Quieres decir Tina.

El estómago de Caledonia se convulsionó y por un instante fue como volver a perder a Puntilla. Si hubiese estado allí, habría organizado los equipos sin siquiera tener que arremangarse. Pero no estaba. La habían perdido. Caledonia la había perdido. Y a la tripulación le faltaba ese punto de apoyo.

O quizás era a ella a quien le faltaba.

—Sí, claro. Tina —dijo, asintiendo rápidamente—. Pondremos a Tina en la lista de turnos. Quiero a alguien de la tripulación aquí a todas horas. La reina ha ordenado a su gente que nos ayude, pero hay algunos que no parecen compartir su criterio. No quiero darles la oportunidad de llevarse lo que es nuestro.

—Hecho —confirmó Piscis, con la mirada puesta en el poblado.

—¿Hay noticias de Hime? —preguntó Caledonia. Quizás fue la pelea entre Amina y Dienterrojo lo que le había hecho pensar en ella. O quizás era la inquietante sensación de estar a punto de perder a un segundo miembro de su tripulación.

—Estuvo aquí por la noche. Poco tiempo. Luego se marchó con su madre. —Hizo una pausa, echando una ojeada a la cubierta, donde las chicas habían empezado a trabajar. La nave empezó a retumbar levemente: comprobaban el funcionamiento de los sistemas—. No hace falta decir que Amina no se lo está tomando muy bien.

—¿Crees que va a quedarse? —preguntó Caledonia, a pesar de tener la sensación de conocer la respuesta. Lo único que recordaba de ella eran los momentos en que Hime había expresado su frustración por el rol que le había encomendado en la nave. La habían contenido cada vez, impidiendo que luchase a pesar de que era algo que deseaba fervientemente. ¿Por qué iba a quedarse con ellas cuando lo único que había hecho Caledonia era decir que no?

Piscis puso cara de preocupación por un instante, como si estuviese pensando en lo mismo.

—No lo sé —dijo finalmente, resignada.

—Creo que se quedará con vosotras. —La voz de Oran las sorprendió. Lo encontraron apoyado contra el casco erosionado, sus ojos marrones brillando al sol.

—¿Por qué? —preguntó Piscis, con voz amable.

—Era una Guadaña —dijo simplemente, como pidiendo perdón—. Luchar

forma parte de quien es.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Caledonia.

Oran hizo una leve mueca con la boca.

—Los niños que forman parte de la familia del Padre acaban de dos maneras: luchando o no luchando. Si no estuviese hecha para luchar, se hubiera marchado hace tiempo. De una manera o de otra. Pero está con vosotras. Necesita luchar tanto como el que más. —Hizo un gesto hacia una larga fila de árboles plateados. La superficie del agua estaba totalmente plana alrededor del dique seco—. Aquí no podrá hacerlo.

Caledonia comprendió que al decir eso estaba hablando tanto de Hime como de sí mismo. No supo identificar la sensación que nacía en su pecho: era una especie de tristeza resignada o de inquietante sensación de consuelo.

Le miró a los ojos y se sorprendió ante la primera impresión que le causaron: parecían honestos.

—¡Capitana! —Apareció Dienterrojo de pie en la ranura de la parte delantera del casco. Saltó desde arriba y sus botas golpearon el suelo con firmeza. Tenía un moratón alargado que oscurecía su pálida mandíbula. Amina no se andaba con rodeos—. La bodega está en buen estado. Puedes deshacerte del Bala mientras estemos aquí. Así no tienes que llevártelo a todas partes.

—Os puedo ayudar. —Oran se acercó al pequeño grupo—. Puedo trabajar con mis manos y los barcos se me dan bien. Más concretamente, la tecnología de barcos.

Dienterrojo empujó su cara con un dedo.

—Un maldito Bala asqueroso no toca mi nave. Inténtalo y te despellejo. —Luego, como colofón, añadió—: A menos que la capitana diga lo contrario.

—Créeme —dijo Oran con una sonrisa macabra dirigida a Dienterrojo—. Ya me golpeaste con ese puño como un martillo en una ocasión. No tocaré nada hasta que me des permiso.

—Deberíamos dejar que nos ayude —dijo Piscis—. Hay mucho por hacer y es capaz. Yo lo vigilaré.

—No —respondió Caledonia con contundencia—. Las órdenes de la reina son claras. Tiene que estar atado a mí en todo momento. No voy a darles ninguna excusa para que piensen que he desobedecido, así que se queda conmigo. Solo realizará tareas básicas.

Piscis no fue capaz de esconder su frustración, mientras que Dienterrojo obsequió al chico con una mirada de satisfacción.

Él le devolvió una sonrisa y dijo:

—Puede que mi puño no sea como el martillo de Dienterrojo, pero lo haré lo mejor que pueda.

Dienterrojo se le acercó para responder:

—No te sientas mal. Por la manera como encajas los golpes, diría que eres un buen clavo.

CAPÍTULO 29



Los tres días siguientes pasaron rápidamente entre largas horas de trabajo y pocas horas de sueño. Tina exprimió al máximo la tripulación, estableciendo una rotación por turnos muy severa. Caledonia y Piscis se turnaban para asegurarse de que alguien siempre estaba presente, y a Ortega se le encomendó la tarea de hacer sonar la alarma para el cambio de turno. Al final del cuarto día la Mors Navis estaba en mejor forma de lo que había estado en años. Estaban listas para partir a la mañana del día siguiente.

La cabina de Caledonia resultaba mucho más pequeña con todo el mando de la nave en el interior, pero se las apañaron quitando las hamacas para tener más espacio. Oran estaba sentado en una esquina, debajo de la sombra de Dienterrojo, que se alzaba imponente como un mástil. Caledonia se había desatado, más para su comodidad que para la del chico. Después de pasar días trabajando pegados el uno al otro, habían encontrado una especie de ritmo que consistía en que Oran se anticipaba a los movimientos de Caledonia.

Tras coger el mapa de Puntilla de los mares Bala, lo desplegaron ante sí. Un pequeño trozo de metal representaba la Mors Navis atrapada en las Tierras del Naufragio.

—Contando mañana, nos quedan ocho días —dijo Caledonia—. Desde aquí nos dirigiremos directamente hacia la Tormenta Perpetua. —Intentó parecer confiada, pero ninguna de ellas sabía lo que podían esperar de esas aguas—.

Oran, muéstranos el mejor punto para interceptar a la Electra una vez que lleguemos a las Aguas del Norte.

Oran se puso en pie antes de que terminara de hablar. Cogió el lápiz torcido que Amina tenía en la mano y dibujó las rutas de reclutamiento de las Aguas del Norte. Eran las previstas, con la única diferencia que Oran dibujaba con seguridad, marcando con precisión cada parada a lo largo de las colonias de las Aguas del Norte.

—Aquí —dijo, marcando el extremo oeste de las rutas—. Si llegamos aquí con tiempo suficiente, podremos escondernos en una de estas calas y cogerlos desprevenidos.

—¿Y qué pasará con la Electra?

Oran pasó el croquis que había estado bosquejando cada tarde después de volver de la Mors Navis. Había localizado las bobinas que generaban los campos eléctricos en torno al exterior de la Electra, e indicó el punto de impacto estratégico más importante para poner la nave en apuros sin que volcara.

—No puedo garantizarlo, pero solían destinar a tu hermano a los motores. Aquí —dijo a Piscis—. Y el tuyo es más probable que esté en alguna parte de la torre de mando— dijo, sin mirar a Caledonia.

Examinaron el croquis en silencio. Instalar el electromag de Amina era bastante sencillo. Solo tenían que acercarse lo suficiente y desactivar el casco electrificado antes de que desde la Electra supieran que estaban siendo atacados. Era la segunda parte del plan la que resultaba compleja: cómo atacar la nave sin matar accidentalmente a sus hermanos.

En los planes que habían ejecutado hasta el momento las vidas de los enemigos no importaban. Salvar vidas Bala iba en contra de todos sus instintos naturales.

—No hubiera dicho nunca que estaría tratando de encontrar la manera de *no* matar Balas —gruñó Dienterrojo.

—Tiene que haber una manera. —Piscis examinaba el croquis frenéticamente, como si apartar la mirada supusiera perderse el momento crucial en que la respuesta iba a revelarse.

—La hay. —Se giraron bruscamente al oír la voz de Oran—. Mandadme a mí. Puedo subir a bordo sin muchas dificultades. Una vez dentro, puedo encontrar a vuestros hermanos y sacarlos. —Nadie dijo nada y Oran continuó—: Es muy posible que no sepan que soy un traidor, así que probablemente no sospecharán.

—Los Balas tienen radios —dijo Amina.

—Sí, pero de corto alcance. Y el casco de la Electra lo dificulta todo aún más. Su propio campo eléctrico intercepta las comunicaciones.

—Eso es verdad —confirmó Amina—. Y sus radios tienen menor alcance en el norte debido a que hay menos torres. Los colonos las destrozan cuando las encuentran.

Amina habló con la seguridad de alguien originario de esa región. Aric había intentado dominar las Manos del Río de la misma forma que había sometido las colonias del norte, pero la región de las Trenzas era demasiado extensa y laberíntica.

—Mandadme dentro —repitió Oran—. No perdéis nada.

Tenía razón. Podían mandarlo dentro y dejarle el trabajo más difícil. Si lo descubrían, no perdían nada, a menos que lo hubiese planeado todo desde el principio: gánate su confianza, aprende cómo funciona la Mors Navis y atráelas hacia una emboscada.

—Esa mierda de droga le ha contaminado el cerebro —dijo Dienterrojo, acercándose para fisgar en los ojos de Oran.

—A mí me parece una buena idea. —Amina pensaba exclusivamente en su propio plan, sin importarle el destino que le aguardara a Oran—. No perdemos nada si lo cogen.

—¿Que no perdemos nada? ¡Es una misión suicida! —Piscis se dirigió a Caledonia—. Cala, no puedes ni tomarlo en consideración. Ya sabes lo que le harán si lo cogen.

—Estoy considerando todas las alternativas. —Caledonia cogió de la mano a Piscis, entrelazando sus dedos para calmar a su amiga y tratando de ignorar la ansiedad que sentía cada vez que Piscis saltaba para defender al chico. Se giró hacia Oran y le preguntó—: ¿Por qué quieres hacer algo tan arriesgado?

Oran tartamudeó, pero lo disimuló rápidamente con una sonrisa burlona.

—Me vais a entregar igualmente, ¿no? Pues mejor que dedique el tiempo que me queda a una buena causa.

Los dedos de Piscis se entrelazaron con los de Caledonia. Todas sabían lo que les pasaba a los hijos desleales de Aric. Y no era una muerte fácil. Pero eso a Caledonia no le importaba. O no debería. Lo que no le gustaba era mandar a un Bala a hacer el trabajo que les correspondía. Lo que no le gustaba era la idea de tener que confiar en un Bala para hacer el trabajo que les correspondía. Si convertía a Oran en un elemento central de su plan, estaría poniendo a todas en peligro.

—No —decidió Caledonia—. Encontraremos otra manera.

Finalmente, el único plan que ofrecía alguna garantía era el primero: desactivar los campos eléctricos y atacar el barco con la orden de minimizar las muertes. No era perfecto, pero no tenían otro. Si no aprovechaban esa oportunidad, la Electra tardaría otros diez meses en recorrer las rutas de las

Aguas del Norte y para entonces la información de Oran podría no serles útil.

El mando de la nave se marchó justo cuando Jules llegaba con otro montón de cajas con la cena para Caledonia y Oran. Esta vez, una chica joven subió la escalera por delante. En la espalda llevaba una pequeña bolsa, que ofreció a Caledonia con una sonrisa amable.

—Son mantas —dijo—. Puede que refresque esta noche. Incluso hay una para... él.

Tenía probablemente la misma edad que Ortega, quizás fuera algo más joven. Su pelo largo y castaño era fino, como el de Jules, y estaba recogido en un moño.

—Gracias, Tilly —dijo Jules—. Es suficiente. Quería conocer a la reina pirata y al chico.

—¿La reina pirata? —Caledonia rio amablemente. Tilly estaba de pie frente a ella, con los ojos encendidos—. Los piratas eran ladrones y canallas. Yo no soy canalla. ¿Sabes lo que soy? —Tilly negó con la cabeza y Caledonia respondió—: Soy rebelde.

—¿Y él? —preguntó Tilly.

—Él sí que es un pirata —concedió Caledonia, sacándole una tímida sonrisa a la chica.

—Has tenido suficiente tiempo para hablar. Vámonos, Tilly. —Jules golpeó el suelo de la plataforma con las manos y empezó a bajar por la escalera.

Tilly no perdía de vista a Oran mientras bajaba por detrás y seguía a su abuela hasta la canoa.

—La reina dice que a primera hora vayáis al edificio principal. —Jules la avisó cuando ya iba por la mitad de la escalera—. Y sea cual sea la batalla que os espera, deseo que les hagáis la vida imposible.

Cuando Caledonia regresó a la cabina, Oran había colgado las dos hamacas en el techo, había dispuesto una manta en cada una y había colocado la cena en el suelo. El menú consistía en pollo mezclado con unos granitos marrones brillantes en un fondo de salsa espesa, un plato de verdura como el de la noche anterior y unos palitos de pan sustanciosos.

Tardaron poco tiempo en terminarse todo lo que había.

Tal como habían avisado, poco después empezó a entrar frío por las ventanas y las mantas no solo fueron bienvenidas, sino incluso necesarias. Todavía quedaba una franja de luz cuando se tumbaron en las hamacas con el estómago lleno y los párpados pesados.

Oran levantó los brazos sin quejarse. La piel de sus muñecas iba a peor, en algunas partes incluso estaba pelándose. Caledonia dudó.

—Siéntate en el suelo.

Encontró lo que necesitaba en una pequeña reserva de suministros del cuarto

de baño: una botella de desinfectante de cristal, un pote plano de pomada y un paquete de vendas transparentes. Oran estaba en el suelo, con las manos lejos del cuerpo para que no recibieran ningún golpe o rozadura innecesarios. Caledonia se sentó a su lado, colocó el pote y las vendas en su regazo y empezó a trabajar suavemente sobre sus ataduras. Estaban muy ajustadas y al final no hubo otra manera de quitarlas que tirando.

Oran se puso tenso, pero no hizo un solo ruido. Caledonia hizo lo posible para ignorar el dolor, que era evidente. Era sencillo ignorar algo que no le importaba en absoluto. Pero de repente no era tan sencillo. Finalmente las cuerdas cedieron y dejaron a la vista unas espantosas ataduras llenas de sangre y de piel devastada. Oran respiró profundamente y Caledonia hizo un gesto de dolor mientras buscaba muestras de descomposición o infección.

—Esto te va a doler mucho —dijo Caledonia, empapando una de las pequeñas vendas con alcohol.

—No lo disfrutes demasiado —respondió Oran, con la voz tirante.

—No me digas lo que tengo que hacer —masculló Caledonia.

El chico rio hasta que Caledonia presionó firmemente sus muñecas con las vendas, dejando que el alcohol penetrara ahí donde la piel estaba más desgastada o completamente abierta. Los músculos de Oran se contrajeron, desde la mandíbula hasta los muslos, pero se mantuvo inmóvil y no se encogió de dolor cuando Caledonia levantó las vendas y repitió la operación las veces necesarias en ambas muñecas. Luego aplicó un poco de pomada, esparciéndola por la piel en una capa fina y aceitosa. Para terminar, envolvió cada muñeca con vendas nuevas.

—¿Y ahora estas? —Oran cogió las cuerdas viejas con el pie. Estaban manchadas de sangre y sudor, las fibras más oscuras eran las que habían presionado su piel durante muchos días. Deberían quemarlas y tirar las cenizas al océano.

Pero no tenía otra opción. La única cuerda con la longitud suficiente era la que la ataba a él, y, si salían de aquella cabina sin estar atados, ella habría desobedecido a la reina.

Se sorprendió a sí misma frunciendo el ceño.

—Sí.

Oran permaneció completamente inmóvil. Caledonia recogió las cuerdas y con cuidado las enrolló a las muñecas de Oran. Luego ató los nudos delicadamente, dejándolos más sueltos que antes.

—Sé que me arriesgo a que me cortes la lengua si hablo —dijo, subiéndose a la hamaca cuando había terminado—. Pero te ayudaría aunque no fuera tu prisionero. —Miró hacia arriba, sin desafiarla excepto en su sinceridad.

Caledonia se puso en pie. El anochecer se había impuesto finalmente en el horizonte, dejando a su paso pálidas sombras por toda la cabina. Los ojos de Oran brillaban con una luz difusa. La irritación que ella esperaba sentir era distante y apagada. En realidad sentía curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque también se llevaron a mi familia.

—Aric es el padre de todos —le recordó. Era la mentira que Aric les quería hacer creer, la que contaba una y otra vez. Si él era el padre de todos, nadie necesitaba otra familia.

—Nací en el Holster y me entregaron cuando tenía siete vueltas. Hasta nuestros progenitores nos dicen que Aric es el único padre que tenemos, el único padre que necesitamos. Pero no todos nos lo creemos.

—¿Tú te lo creíste? —Caledonia prácticamente susurraba.

—Al principio, sí. Casi todo. No había razón para no creérselo. —Hizo una pausa, buscando algo que se había perdido en sus ojos—. Pero el año pasado Aric puso a prueba mi devoción al ordenarme que matara a mi padre biológico.

Una vez más, Caledonia preguntó con delicadeza:

—¿Y lo hiciste?

—No —respondió Oran—. Pero tampoco le salvé.

Una brisa suave tiritó por la habitación, tensándose alrededor de la garganta de Caledonia.

—Aric le disparó delante de mí. —El tono amargo de su voz era afilado como un cuchillo, listo para cortar—. Aric no es mi padre.

De pronto, Caledonia lo entendió, la forma distraída con la que había pronunciado el nombre de Aric, sin el honorífico Aric Athair o simplemente el Padre. Pensó en lo que sabía, en cómo conocía el calendario de navegación de los barcos, en cómo había realizado un croquis de la Electra de memoria, en cómo sabía dónde encontrar a sus hermanos. No eran conocimientos al alcance de un Bala cualquiera.

—¿Qué relación tenéis? —preguntó.

Dudas. Una señal de arrepentimiento. Una señal de resistencia. Oran permaneció imperturbable como una estrella en mitad de la noche y respondió:

—Soy uno de los Cinco hijos.

Por primera vez, Caledonia le creyó sin albergar ninguna duda.

CAPÍTULO 30



Aquella noche Caledonia soñó con tormentas.

Vientos que arrancaban la nave del agua como si no fuera más que una concha, arrojándola por el cielo, donde esperaban los barcos Bala con las armas preparadas para acribillar el casco y perforar nuevos agujeros. Luego caían al agua otra vez, en un mar azul y resplandeciente, que poco a poco se volvía más sombrío y se llenaba de ballenas monstruosas cuyos cuerpos estaban hechos de nudos de metal brillante y algas marinas de color verde oscuro. Cuando salían a la superficie con la boca abierta, el ruido que hacían era un rugido cacofónico como el que hubieran hecho cien chimeneas fantasma.

Cuando abrió los ojos, Oran estaba tumbado de costado. Se había despertado por los ruidos que ella hacía y la miraba con una preocupación que se reflejaba en la frente.

—No lo hagas —dijo ella.

—¿El qué?

—Pensar en mí —dijo, incapaz de encontrar otras palabras en el estado en el que se encontraba, tan pronto por la mañana.

Más que verla, Caledonia oyó la sonrisa del chico cuando respondió.

—Me temo que la situación en la que estamos hace que eso sea imposible, capitana.

Al llegar al edificio principal, el sol apenas empezaba a colarse por entre los

árboles y a despertar a la gente de su letargo. Miembros del séquito de la reina se llevaron a Oran tan pronto como hubieron atracado, y una chica joven embarazada informó a Caledonia de que la reina la estaba esperando.

Caledonia se puso nerviosa al momento. No era una mujer a la que quisiera hacer esperar.

La mandaron a una sala adyacente a la principal, donde encontró a la reina sentada en una mesa baja. Llevaba una túnica verde salvia y negra, y, aunque estaba sentada sobre un almohadón en el suelo, bien podría haber estado sentada en su trono. Tenía la espalda recta y el mentón elevado sin ningún esfuerzo, como si una veta de un metal precioso recorriera su espina dorsal. En la mesa había una tetera marrón con líneas plateadas que despedía un vapor aromático, y las puertas y las ventanas estaban abiertas para que entrara la luz matinal. Había dos guardias situados en cada entrada, con las armas preparadas.

—Tu nave ha sido reparada, Caledonia.

La reina se inclinó para servir el té mientras Caledonia se sentaba al otro lado de la mesa.

Caledonia no sabía qué pensar de aquella escena. ¿No debería ser ella quien sirviera a la reina? Pero no era su reina, sino simplemente una mujer que en poco tiempo se había ganado su admiración.

—Sí, gracias, reina.

La reina continuó de forma plácida.

—Hemos llenado vuestra despensa con todo lo que nos sobra, las baterías están totalmente cargadas y, por lo que sé, incluso hemos reforzado vuestra proa. Esto hará que la nave sea más pesada que antes. Imagino que notarás la diferencia. Puede que avancéis un poco más despacio, aunque muy ligeramente.

Piscis había supervisado aquella mejora en concreto. Los soportes se estaban colapsando y los ingenieros Recolectores habían recomendado reforzar toda la proa. Aquello necesitó una cantidad considerable de recursos.

—¿Todo esto por salvar a uno de los vuestros? Os doy las gracias, pero es más de lo que puedo prometer devolver.

—Salvasteis a uno de los nuestros y os estamos agradecidos, pero sospecho que no era vuestra intención en ese momento. Dime, capitana, ¿saliste aquel día con el objetivo de salvar a Hime de la flota Bala?

Caledonia recordó las barcasas que habían destruido, ninguna con tanta claridad como aquella en la que iba Hime. Fue en los primeros tiempos de su campaña contra la Agriflota. Hasta ese momento solo habían conseguido destruir una y la barcaza apareció delante de ellas como un regalo. Navegaba, sin vigilancia, lejos de la orilla. Se acercaron con cautela en un primer momento, pero pronto se dieron cuenta de que la barcaza estaba en dificultades. Las flores

se marchitaban bajo un sol estival de justicia, y no había nadie en la cubierta para cuidar de ellas. Cuando subieron a bordo, encontraron a cuatro Guadañas debajo de la cubierta. Una estaba muerta, su pequeño cuerpo rígido en el catre, otra tenía fiebre y estaba pálida, tiritando por el suelo. Las otras dos, perturbadas por una mezcla de fiebre y Limo, corrieron hacia la patrulla que lideraba Dienterrojo. Murieron en muy poco tiempo, y Dienterrojo regresó a la Mors Navis con la única chica superviviente entre sus brazos. La que se había caído al suelo. La terrible verdad era que Hime sobrevivió únicamente porque se encontraba demasiado mal para luchar.

—No —respondió Caledonia con sencillez.

La reina hizo una pausa para coger la taza humeante y hacerla girar entre sus manos.

—No tenemos otra opción que satisfacer las demandas de Aric y suministrarle metales refinados. Hierro, plata, acero. Sabe lo que tenemos y que no podemos oponer resistencia.

Caledonia se sorprendió imitando los gestos de la reina, cogiendo la taza ella también y haciéndola girar entre sus manos. El vapor olía a madreSelva y musgo.

—Y si se lleva más que nuestros metales, tampoco podemos pedir ayuda a nadie. Si oponemos resistencia, perderemos la poca libertad que tenemos. —La reina dio un sorbo a su té y luego puso la taza encima de la mesa—. Pero el peligro de preservar pequeñas libertades es la complacencia y la complicidad. No puedo hacer mucho por ti, capitana, pero esto sí que lo puedo hacer. Llévate tu nave y tu tripulación, y demuéstrole a ese hombre que no nos ha sometido a todos. Demuéstrale que en estos mares hay un fuego que no logrará contener.

Las palabras envolvieron a Caledonia en un intenso abrazo. Notaba su piel caliente y el corazón ligero y pesado al mismo tiempo. No estaba segura de su propia voz, pero estaba claro que tenía que decir algo. Apretó los dientes y respondió:

—Lo prometo.

La reina asintió, sorbió su té, recogió la túnica y se puso en pie.

—Espero que algún día las aguas os vuelvan a llevar a estas tierras, capitana. Pero, si no, entonces espero que os protejan.

Caledonia buscó algo similar para decir.

—Que las aguas os traigan todo lo que necesitéis.

La reina sonrió. Era una sonrisa como la cresta de una ola, breve y preciosa. Luego se dio la vuelta y dejó sola a Caledonia.

A media mañana, la tripulación estaba lista para partir. La Mors Navis se encontraba fuera del pueblo, en aguas más profundas. Ceepa quería guiarlas a través de la hierba hasta que estuvieran a salvo. Caledonia se encontraba en la

rampa del edificio principal mientras las chicas subían a las lanchas y desaparecían. Dienterrojo estaba a su lado, garabateando con cuidado el nombre de cada chica en un pequeño bloc de notas.

Piscis había ido primero en el remolque con Oran para asegurarse de que la nave estaba lista y para organizar a la tripulación que iba llegando. Amina debería haber ido con ella, pero se negó. Estaba en la cubierta junto a Caledonia y Dienterrojo. Mientras veían a la tripulación partir, Amina no dejaba de mirar en dirección a los canales del pueblo. Esperando.

Hime había estado ausente desde el primer día que llegaron a las Tierras del Naufragio. Pero todo el pueblo sabía que se marchaban aquella mañana.

Cuando todas las chicas excepto ellas tres estuvieron a bordo, fue el momento de partir. Una sola lancha las esperaba en la rampa. El agua estaba salpicada de pequeñas embarcaciones y aldeanos que venían a satisfacer su curiosidad y ver a las chicas partir. La plataforma, sin embargo, estaba despejada. Estaban las tres y nadie más. La lista de Dienterrojo contenía cincuenta nombres. Con ellas cincuenta y tres. Una menos que hacía cinco días.

Por primera vez, Caledonia sintió la cruda realidad del momento. Aunque habían reparado la nave y llenado la despensa, se marchaban con mucho menos de lo que tenían al llegar.

—Es mi culpa —dijo Amina, con la voz ronca—. Mi culpa.

—No es tu culpa —replicó Caledonia—. Si hay que culpar a alguien, es a mí. Soy yo quien no la dejaba salir de debajo de la cubierta y soy yo quien nos llevó hasta aquí.

—¿Crees que al menos vendrá a decir adiós? —preguntó Dienterrojo.

Se hacía difícil no pensar en las palabras de Oran. Estaba convencido de que Hime iba a marcharse con ellas y Caledonia se dio cuenta de que en parte le había creído. Pero sencillamente no era verdad y Caledonia no quería quedarse atrapada en ese momento. Cuanto más duraba, más duro se hacía.

—Vamos.

—No creo que pueda marcharme. —En las palabras de Amina había desánimo—. ¿Cómo voy a abandonarla de esta manera?

—¿Qué dicen los espíritus? —Viniendo de Caledonia la pregunta habría sonado hostil, pero de parte de Dienterrojo era solo una pregunta.

Amina miró hacia el cielo, buscando aquello que Caledonia parecía incapaz de ver. Las lágrimas brotaron y cayeron por sus mejillas.

—Es hora de irse.

Las tres chicas subieron a la lancha, Caledonia la última. Estaba enfadada porque Hime ni siquiera se había despedido. ¿No las quería lo suficiente?

El trayecto hasta la nave fue tranquilo. Avanzaron como un látigo por los

fantasmales túneles de árboles hacia las tierras pantanosas que había más allá. El sol brillaba y caía de pleno, y aún hacía más calor sin la protección de los árboles. Caledonia miró hacia el cielo e intentó evocar los buenos recuerdos que tenía de Hime. Estuviera con ellas o no, seguía siendo un miembro de la tripulación. No les debía nada.

Cuando apareció el perfil de la Mors Navis, nítida y elegante contra un fondo de agua centelleante, Caledonia sintió que se le deshacía un nudo en el estómago. Su hogar. Aquella nave era el único hogar que había conocido y una vez más estaba entera, preparada, y conservaba su fiereza. Sus pies golpearon el suelo, tenía ganas de sentir el ritmo variable de las olas y estaba ansiosa por presenciar las muestras de coraje que solían verse en la cubierta principal. Habían perdido días en las Tierras del Naufragio, pero ahora estaba preparada para compensarlos.

Al acercarse, vieron cómo las lanchas vacías pululaban alrededor de la proa, listas para guiar a la nave a través de los marjales de hierba y limpiar cualquier obstáculo que pudiera causar problemas a la Mors Navis y a su renovado sistema de propulsión. En la cubierta, la tripulación estaba activa, afanándose al máximo y preparándose para navegar. Acurrucada cerca de la popa, debajo de la escalera que utilizaban para subir a bordo, flotaba una pequeña barca con dos personas sentadas en el interior. Dos mujeres con trenzas largas, negras y brillantes.

A Caledonia se le hizo un nuevo nudo en la garganta. Quizás hubiera sido mejor no despedirse. Mientras su lancha zumbaba por la superficie del agua hacia la pequeña barca, Caledonia sintió que la paz inestable que había alcanzado respecto a la despedida de Hime se escoraba hacia un lado. Sentada un poco más adelante, Amina estaba rígida.

Hacía más frío por el lado de sotavento. El casco de la Mors Navis era liso en lugares donde antes había restos de reparaciones o heridas de guerra. Incluso habían pulido el metal perdido en la refriega con el destructor. Ahora las marcas eran prácticamente invisibles. Daba tanta satisfacción ver el trabajo que habían hecho que Caledonia casi pidió a la mujer que estaba al timón que le hiciera una visita para poder ver todos los cambios, en medio del abrazo glorioso del océano. Pero había asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Amina se puso de pie antes de que la lancha se detuviera al lado de la nave y a la misma altura que la barca. Hime se había detenido y mantenía la estabilidad de la pequeña barca con sus brazos fuertes y su habilidad con los remos, mientras su madre estaba sentada al fondo.

Nadie parecía saber qué decir. Amina y Hime estaban bloqueadas, una con la mandíbula apretada, la otra con los dedos doblados. Dienterrojo se mordía el labio, mirando primero a la pareja y luego a Caledonia, que esperaba que pasara

algo.

—Rojo, a la cubierta principal —dijo con la naturalidad que le permitía la tensión acumulada en la garganta. Si Amina y Hime necesitaban un momento para decirse adiós, naturalmente se lo daría—. Amina, tienes cinco minutos.

Se giró para acompañar a Rojo por la escalera. Un ruido seco hizo que volviera a centrar su atención en Hime.

—*Capitana* —dijo. Luego calló—. *Capitana* —volvió a decir.

—Hime —respondió Caledonia a la expectativa.

—*Permiso para subir a bordo, capitana.*

—Hime —repitió, esta vez con tristeza. ¿Tenía que ser así de cruel?—. No hay tiempo. Tenemos que irnos. Tendrás que despedirte aquí.

Su frente era delicada como una flor cuyos pétalos se cierran con la puesta de sol.

—*No me estoy despidiendo.*

—Hime, por favor. —La tristeza que había intentado contener se manifestaba ahora en toda su intensidad, aplastando su pecho. Ya era duro tener que dejar marchar a Hime, pero más duro aún era negarle un último momento con la tripulación. Así sería más fácil. Para todas—. Es momento de decir adiós.

—*¡No! Siempre estás tomando decisiones por mí. Pero esta me pertenece. Es mi elección. Es mi tripulación.* —Las palabras de Hime salieron con furia, subiendo cada una a lomos de la anterior—. *Voy con vosotras y pido permiso para subir a bordo.*

Las palabras finalmente aterrizaron. Hime quería quedarse. Ir con ellas.

Amina se transformó en una estatua. Tenía enfrente a Hime, pero aun sin ver la expresión de su cara, Caledonia sentía su ansiedad. Detrás de Hime, la madre estaba expectante. Caledonia no podía imaginarse la conversación que habían tenido. Pero la madre estaba allí sentada, con la mirada firme y orgullosa de su hija, a la que, una vez más, iba a perder en los mares.

Una extraña risa salió de los labios de Caledonia.

—Claro que tienes permiso, Hime.

—*Condiciones* —dijo Hime de inmediato, evitando cruzar la mirada con Amina—. *Me dejarás luchar y yo misma voy a decidir cuándo una situación es o no demasiado «tentadora».* *Te ocupaste de mí cuando lo necesitaba, pero eso tiene que terminar. Deja que sea una más de la tripulación.*

Eran peticiones justas, aunque a Caledonia no le acababan de gustar.

—De acuerdo —dijo—. Pero la capitana soy yo, y cuando decida que no podemos arriesgarnos a perder tus manos sanadoras en una batalla, te quedarás fuera. ¿Trato hecho?

Hime asintió.

—*Trato hecho.*

—Pues bienvenida a bordo, Hime.

CAPÍTULO 31



No había nada más glorioso que estar de pie en la cubierta de la Mors Navis con un viento amigo a favor.

Fieles a su palabra, los Recolectores las habían guiado hacia el oeste, atravesando las hierbas altas. Cuando el terreno se aclaró lo suficiente para que la Mors Navis pudiera avanzar por sí sola, se fueron retirando una lancha a la vez, disolviéndose en las aguas de superficie plana que tantos problemas les habían causado.

Las chicas tenían la moral alta. No solamente se ponían en marcha, sino que el regreso de Hime las puso de buen humor. Cuando apareció por la barandilla, Dienterrojo la ayudó a subir y la volteó con un grito de alegría.

Tina caminaba al ritmo de Caledonia mientras exponía su informe. Había hecho inventario de las provisiones y las reparaciones. Estaba casi mareada de revisar la lista de víveres:

—Cereales, arroz, carne seca, té, una bolsa de algo que no sé lo que es, pero Far está encantada.

Caledonia sonrió.

—¿Cuánto nos va a durar?

—Pues «un buen trecho», según Far. La cita es literal.

Como posiblemente no iban a tocar tierra en bastante tiempo, aquello eran noticias excelentes. La reina había hecho por ellas más de lo que era justo, y

Caledonia tenía pensado hacer un buen uso de los regalos.

—Eso suena genial —dijo—. Manda a las chicas a sus puestos. ¡Y a toda máquina!

Lo único que no les había dado la reina era tiempo. Tenían seis días para cruzar el mundo de un lado a otro e interceptar la Electra. Las hierbas altas habían ralentizado su marcha el primer día, y con toda seguridad la recompensa que pesaba sobre sus cabezas haría que llegaran barcos de todas las direcciones en su búsqueda. A su favor tenían la tempestuosa reputación de las aguas que tenían por delante.

Navegaron sin contratiempos el resto del día y con la misma tranquilidad por la noche. Caledonia se separó del timón cuando fue su turno para descansar y volvió a la salida del sol para dirigir la nave hacia el norte. Cada vez estaban más cerca de sus hermanos y Caledonia sintió que su pulso se aceleraba con la corriente.

A media mañana, olió la promesa distante de lluvia, y poco después de que se levantara el viento, el cielo sufrió los fogonazos de una tormenta inminente.

La tripulación se activó al instante, apartando todo lo que encontraban a su paso y almacenándolo debajo de la cubierta. La escena en las entrañas de la nave era parecida. Cualquier objeto suelto en alta mar podía causar lesiones. Las chicas se aseguraban de que todo estuviera bien amarrado antes de que las golpeará la tormenta.

Caledonia corrió hacia el puente. Tina estaba firme al timón.

—¿Estás lista? —preguntó.

Tina apoyó las manos en la rueda y respondió con una confianza forzada:

—Estoy lista, capitana.

—Llena el lastre —ordenó Caledonia—. Y deja caer la quilla.

La Mors Navis no estaba hecha para mares picados, sino para aguas tranquilas que favorecieran la maniobrabilidad en lugar del peso. Pero conocía algunos trucos que podrían ayudarlas a capear un temporal de esas características; por ejemplo, un lastre que se encontraba en el vientre de la nave y que permitía añadir peso al llenarlo de agua de mar, además de una quilla que les daría mayor equilibrio por debajo.

—¡Todas a sus puestos! —gritó—. ¡Replegad los mástiles!

Tres de los cuatro mástiles se doblaron y quedaron guardados en los compartimentos. Pero el mástil principal seguía ahí, peligrosamente estático.

Las olas empezaban a aumentar, abofeteando el costado de la nave.

—¡Rojo!

—¡Capitana! —gritó Dienterrojo, acercándose—. No baja. El engranaje parece atascado. Podemos bajarlo manualmente, ¡pero tardaremos un buen rato!

Siempre había complicaciones después de una reparación. Caledonia lo sabía, pero aun así la frustración amenazaba con convertirse en pánico. El viento soplaba por la cubierta, ralentizando su marcha. Si el mástil no bajaba, podría hacerles volcar o romperse.

Piscis apareció a su lado.

—Voy a sacar a Oran de la celda.

Caledonia la cogió del brazo con fuerza.

—No le necesitamos.

—¡Claro que sí! —Piscis señaló el mástil—. Es experto en tecnología de barcos. Nos puede ayudar.

Un experto en tecnología de barcos y uno de los Cincohijos, pensó con acidez, pero Piscis tenía razón. Si podía ayudarles a bajar el mástil, entonces le necesitaban. Caledonia se tragó su enfado.

—Ayuda a Rojo. Voy a buscarlo —gruñó.

Había mucho movimiento en los pasillos, pero nadie se fijó en que la capitana bajaba al tercer nivel. En la bodega de carga resonaban los pasos y el chorro de agua que llenaba el lastre. Cruzó hasta la celda y abrió la puerta. Se encontró a Oran separando las pilas de provisiones y repartiéndolas por el suelo. Por su pequeña ventana vio la tormenta y comprendió que nadie vendría a amarrar los objetos en su celda.

—Parece que las cosas van a ponerse feas.

Hizo una pausa, manteniendo las manos lejos de su cuerpo. A Caledonia se le ocurrió que tal vez se estaba justificando. No tenía miedo de ella, pero la observaba con cautela.

—Te necesito arriba. —Caledonia miró por la claraboya. Las nubes eran de un gris plomizo y rodaban como si fueran olas—. Tenemos un problema con el engranaje del mástil principal. ¿Nos puedes ayudar?

—Sí —respondió de inmediato, enseñándole las manos atadas para que las liberara—. Si confías en que puedo hacerlo.

La nave cabeceaba más que de costumbre y Caledonia sujetó las manos de Oran. Eran cálidas, ásperas y receptivas. Oyeron la campana de la nave. La tormenta les estaba esperando.

—Confío en que no te morirás —dijo Caledonia, dejando caer sus manos bruscamente.

—Algo es algo.

Oran le pisaba los talones, corriendo hacia la parte superior de la nave. Era tan alto como Piscis, por lo que a menudo tenía que agacharse para esquivar las tuberías. También era rápido.

Cuando llegaron a la cubierta, la lluvia se precipitaba desde el cielo negro. El

mástil seguía señalando hacia arriba, con una docena de chicas alrededor manipulando herramientas, tratando de solucionar el problema.

Oran echó un vistazo al mástil con una mirada experta.

—¿Sabéis en qué punto se atasca el engranaje?

—Sabemos que no baja —respondió Caledonia sin humor.

Una ola golpeó el costado de la nave y la escoró de forma pronunciada. Necesitaban a Caledonia en el puente. Tina nunca había navegado a través de una tormenta. Tenía que cambiar el rumbo y chocar contra las olas o acabarían volcando.

—Rojo te podrá orientar mejor. Ve con ella y asegúrate de ponerte las ataduras —dijo, mandándolo con Dienterrojo.

Se dirigió hacia el puente y luego se detuvo. De repente estaba nerviosa. Había enviado a un Bala con su tripulación. Se giró para buscarlo, para asegurarse de que seguía ahí, de que estaba poniéndose las ataduras y de que estaba haciendo exactamente lo que le había dicho. Y así era. Oran estaba junto a Dienterrojo, recibiendo instrucciones y escalando el mástil con destreza.

Uno de los Cincohijos.

El recuerdo de su confesión brillaba como un relámpago. Oran había sido uno de los Cincohijos y Caledonia le había confiado la seguridad de su tripulación. Se lo quedó mirando cuando una ola sacudió la nave, barriendo todo lo que encontraba a su paso.

La ola tumbó a Caledonia. Se golpeó contra la cubierta, la cabeza contra el rudo metal.

El cielo era de un color azul eléctrico. Su cuerpo se escurría hacia las aguas blancas. Lo último que vio fue a Dienterrojo resbalando por la cubierta, lanzándose a por ella como un ave de presa, las trenzas rubias aleteando y los ojos azules asustados. Caledonia parpadeó.

Y se quedó en blanco.

CAPÍTULO 32



Piscis tenía el ceño fruncido. En realidad refunfuñaba. La mitad de su rostro estaba bañado de luz, mientras que la otra estaba en la sombra, como si el sol se estuviera posando en sus espaldas. Abrió la boca para hablar. Sus labios se movían, pero las palabras salieron ahogadas en un primer momento, empapadas, como si intentaran salir del agua.

—¿Pi? —murmuró Caledonia, su propia voz gruesa y poco clara.

Piscis se arrimó a ella y Caledonia sintió un paño fresco contra su frente.

—Tranquila, Cala. Ahora te traeremos comida.

Poco a poco conseguía enfocar las esquinas de la habitación. Su habitación. Estaba en la cama y el sol naciente se reflejaba en el rostro de Piscis.

—No tengo hambre. —Se incorporó e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. El movimiento hizo que su estómago y cabeza empezaran a dar vueltas. Vomitó a los pies de Piscis.

Piscis tiró una toalla sobre el estropicio.

—Claro que no, pero tienes que comer, así que vas a sentarte y a ponerte algo en la boca.

No tenía energía para resistirse, así que asintió, con cuidado, y se colocó de manera que pudiera apoyarse contra la pared e inspeccionar el bulto que tenía en la parte posterior de la cabeza. Era de tamaño considerable, sensible al tacto, y a su alrededor se había formado una costra de sangre.

Piscis mandó que trajeran un plato y luego abrió la claraboya para airear la habitación con un poco de aire fresco del mar.

—¿Recuerdas lo que pasó?

El sol había salido del todo. La tormenta había golpeado la nave la tarde anterior, lo cual significaba que Caledonia había pasado toda la noche inconsciente. Cerró los ojos con fuerza e intentó recordar. Pero lo único que veía era a Dienterrojo resbalando por la cubierta mientras su cuerpo se acercaba peligrosamente al borde. No estaba atada, y el agua probablemente se la había llevado por delante.

Al abrir los ojos, Piscis estaba sentada delante de ella, con los brazos cruzados. Su cuerpo entero hacía una mueca.

—Recuerdo golpearme contra la cubierta. Y a Rojo... —¿Pero qué había pasado? No conseguía recordar. Era evidente que Piscis lo sabía y que se moría de ganas de decirlo—. Dímelo tú.

—Dudaste. —Descruzó los brazos y sus manos reposaron sobre los muslos mientras se inclinaba hacia Caledonia—. Lo vi, justo a tiempo. Cómo te paraste en mitad de una tormenta para cuestionarte a ti misma y a tu tripulación.

—No era eso lo que estaba haciendo. —¿O sí? Recordaba ese momento. La tripulación del puente la necesitaba, pero también la de cubierta, que estaba forcejeando con el mástil principal. Y allí en medio el Bala. Uno de los Cincohijos.

Piscis entrecerró los ojos.

—Te conozco. Tal vez mejor de lo que te conoces a ti misma. Lo vi. No confías en tu tripulación y empiezo a pensar que no confías en ti misma.

—¡No es eso lo que pasó, Pi! ¡Fue Oran! Le mandé a trabajar con Rojo y luego no pude volver atrás. No me fío de ese Bala.

—¿Qué más quieres? —Piscis dejó caer las manos, exasperada—. Ha hecho todo lo que le has pedido y durante la tormenta estuvo impecable. Si no nos hubiera ayudado a replegar el mástil, esta nave estaría en el fondo del océano y tu tripulación con ella, muerta.

—Lo que quiero... —La cabeza de Caledonia palpitaba—. Lo que quiero es que entiendas que no importa lo que haga para ganarse tu confianza. No se la puedes dar.

—Yo creo que ya ha hecho más que suficiente para ganarse nuestra confianza.

—¡Te está engañando!

—¿Engañando? ¡¿Cómo?! —Piscis estaba de pie, caminando de un lado a otro delante de la cama de Caledonia—. Dime cómo me está engañando.

—¡Estás enamorada de él!

Piscis no pudo parecer más ofendida.

—No estoy enamorada, Cala. Me gusta. Le estoy agradecida. Y le trato como a un ser humano porque es lo que es. Puedo hacer todo esto sin necesidad de sentir un flechazo. ¿Tú no?

Alguien las interrumpió llamando a la puerta. Era un plato de comida abundante y todavía humeante. Aunque hacía un momento habría jurado no tener hambre, su estómago rugió. Cogió el plato.

—¿Qué le pasó a Rojo?

—Casi termina seccionada por la mitad cuando iba a por ti, pero está bien. Dolorida. Más cascarrabias que de costumbre.

Piscis rellenó los huecos de memoria de Caledonia. La nave cabeceaba peligrosamente hacia estribor y a Caledonia se la llevó el agua. Dienterrojo resbaló por la cubierta justo a tiempo para atrapar a Caledonia por el pecho. Caledonia se golpeó la cabeza, pero las ataduras de Dienterrojo aguantaron el tirón y, cuando la nave volvió a estabilizarse, se llevaron a la capitana debajo de la cubierta.

Podrían haber muerto las dos. Ella podría haber sido la responsable de las dos muertes. Piscis tenía razón: dudó y esos segundos casi le cuestan la vida. No fue como la escena en la playa, pero se le parecía. Había reculado. Y cuando reculas, pierdes, pero los que están a tu alrededor pierden más.

Su madre no habría reculado. Rhona se habría mantenido firme en sus decisiones, habría corrido al timón y guiado la nave con valentía a través de la tormenta. Claro que la nave de Rhona nunca hubiera entrado de forma transversal en una tormenta. Ella siempre mantenía la Fantasma a la derecha de las tormentas. Ese era el tipo de nave que pilotaba. Pero Caledonia no era Rhona. No importaba quién estuviera al timón, el rumbo lo determinaba la capitana. Había decepcionado a su tripulación.

Piscis se le acercó y le dio una palmadita en el muslo.

—Anima esa cara. Y come. Cuando termines, subiremos para que veas que nos sabemos espabilar sin ti. Gracias a ti.

Se puso de pie para sacar una camiseta limpia del viejo baúl en el que había estado sentada y la tiró a la cama, cerca de donde estaba Caledonia.

—Tienes probablemente tres días para aclarar tus ideas. Atacar la Electra es otro nivel. Y te necesitamos en plena forma. Esta es la mejor tripulación de todos los mares, Cala. Créetelo.

Asintió, esta vez con cuidado de no hacerse daño en la cabeza.

—Me lo creo y lo siento. Ha sido mi culpa.

Sentía como si se encogiera. Las lágrimas calentaban sus ojos. Si era incapaz de mantenerse a flote en una tormenta, ¿qué le hacía pensar que podría

enfrentarse a una nave como la Electra?

—He dicho que animes esa cara —Piscis volvió a confortarla—. Y si tienes dudas, habla conmigo.

—¿Qué puedo decirte? Lo perdí todo en Nuberrota, dejé que nos quedáramos atascados en las Tierras del Naufragio y ahora esto. ¿Cómo se supone que voy a subir ahí arriba y mirar a las chicas a la cara?

Piscis frunció el ceño, pero de una manera diferente a como lo había hecho antes. Más enfadada.

—¿Y qué pasa con mi hombro? ¿Eso también es tu culpa?

—¡Sí! No lo entiendes, todo es mi culpa. Cada error, cada herida, cada paso en falso. Todo es mi culpa porque soy la capitana de la nave.

—Solo porque las cosas no salgan como tú quieres no significa que sean tu culpa. Nuberrota fue duro, pero yo necesitaba un médico. Y convenciste a Hesperus, el Rey Astuto de Nuberrota, te lo recuerdo, no solo de que nos dejara marchar, sino de que nos diera el mapa que salvó nuestras vidas. Respecto a los marjales de hierba alta, no había alternativa mejor y los hubiéramos superado de no ser por los Recolectores.

—¡Pero si argumentaste en mi contra! Hasta tú piensas que tomé la decisión equivocada.

—Yo no he dicho esto. El norte podría haber salido igual de mal. Quizás peor. Luchar contra los Gaviotas una segunda vez podría haber sido letal.

—¿Entonces por qué te peleaste conmigo?

—¡Porque es mi trabajo! —Piscis volvió a bajar las manos, exasperada—. Soy tu hermana, tu amiga y la segunda en la cadena de mando. Estoy a tu lado y discuto contigo porque alguien tiene que ser valiente para hacerlo. Tomaste una buena decisión en una mala situación, y hemos terminado con la bodega llena y un casco más resistente.

—Gracias a Hime —corrigió Caledonia—. Eso solo fue porque Hime estaba con nosotras.

—Y Hime estaba con nosotras porque eres el tipo de capitana que salva vidas de chicas desaparecidas. Los espíritus, Cala, tu miopía siempre ha sido frustrante. Si no ganamos, perdemos; si no eres buena, eres mala; si no es el día, es la noche.

Aunque sintió dolor al hacerlo, Caledonia puso cara de perplejidad.

—No entiendo a qué te refieres.

Piscis soltó una carcajada, como si un pez hubiera salido por su boca.

—Claro que no lo entiendes. Escucha. Nos persigue una flota Bala. Conocen nuestra nave. Conocen tu nombre. No hay buenas alternativas. Todo el mundo lo sabe. Confiamos en ti para que tomes la mejor decisión posible en cualquier

situación en la que nos encontremos, y te seguimos. En los buenos y en los malos momentos. Te seguimos.

—¿Y qué pasa si tomo muchas malas decisiones? ¿Qué pasará cuando haya demasiados malos momentos?

—¿Qué crees que pasará? ¿Crees que nos levantaremos una mañana y te abandonaremos porque las cosas se han puesto difíciles?

Caledonia apartó la mirada. Era exactamente lo que pensaba. Y lo que se merecía. Si Piscis llegara a conocer la verdad sobre aquella noche en la playa, sería la primera en abandonar la nave.

Piscis languideció.

—Cala —murmuró, sentándose a su lado en la cama—, todas las alternativas que se nos presentan son malas. Confiamos en ti para que encuentres la manera de superarlas. El único error que cometiste anoche fue no confiar en tus propias decisiones.

Caledonia tardó en soltar aire. Algunas lágrimas habían encontrado la manera de descender por sus mejillas. Apretaba la mandíbula por si acaso aparecían más. Piscis abrazó los hombros de Caledonia y dejó que se apoyara en ella. El muro que Caledonia había construido con tanto esfuerzo, el que separaba a su corazón del de Piscis, ya no parecía tan sólido. Se imaginó a Piscis sentada al otro lado con un martillo y un cincel buscando el punto justo donde golpear. Algún día conseguiría entrar. Acabaría sabiendo su único y terrible secreto. Y sería el último día que miraría a los ojos de Caledonia con amor.

Pero en ese momento, en ese momento único, estaban las dos a solas, Caledonia no era la responsable de cincuenta y tres otras vidas ni tampoco escondía un terrible secreto.

CAPÍTULO 33



Atarse durante una tormenta era algo elemental, diferente a tener que atarse antes de un giro difícil en el fragor de la batalla. Esto último ocurría de un momento a otro. Pero una tormenta tiene que acercarse. Te deja tiempo para atarte. Caledonia había tenido tiempo, pero lo había malgastado y había puesto a todo el mundo en peligro.

Se sentía como una novata, y no era el momento de actuar así.

Su cabeza palpitaba y perdía el equilibrio al caminar, pero, cuanto más se movía, más fácil le resultaba todo. Caledonia dejó que Piscis escogiera el más enmarañado de los nudos ensangrentados de su pelo para deshacer la maraña en una trenza que le cayera por la espalda. Luego se puso debajo de un chorro de agua caliente y con aceite y un peine deshizo los demás nudos. Tenía que sobreponerse a la indolente melancolía y ponerse al frente de su tripulación. Tenían que ver que la capitana seguía en pie y que era capaz de reconocer sus equivocaciones.

En la cubierta, Caledonia ya estaba en condiciones de avanzar con mayor rapidez. Los ojos de la tripulación se posaron en ella inmediatamente. Curiosos, preocupados, aliviados. Hizo lo posible por mantener el tipo con la mayor naturalidad posible. Inclino la cabeza, estableció contacto visual, sonrió segura de sí misma y no dejó de moverse.

La nave mantenía una velocidad constante a través de un mar inquieto. La

espuma azul explotaba en todas las direcciones: eran aguas revueltas y llenas de energía. Por detrás y a cierta distancia hacia el oeste, los cielos seguían oscuros, pero en el lugar en el que se encontraban, el sol se mostraba poderoso detrás de las hinchadas nubes blancas.

—Salimos de la tormenta después de medianoche —dijo Piscis, acompañando la mirada de su amiga—. No creemos que nos siga, pero Ortiga está pilotando como si nos pisara los talones.

—¿Ortiga? —Caledonia se fijó en el puente—. ¿La has puesto al timón?

—Se puso ella misma. Otra vez, y justo a tiempo.

Con las manos en las caderas relató el final de la historia. Tina hizo lo posible para mantener la estabilidad de la nave y Ortiga se colocó a su lado y empezó a dar órdenes como si fuera Caledonia. Poco después, Tina dejó el timón y Ortiga empezó a surcar la altura de las olas y los azotes del viento.

—Lo hizo bien. Dudo que Puntilla lo hubiese hecho mejor.

El nombre todavía le dolía. Piscis no lo pronunció a la ligera, sino para demostrar el alcance de su aprobación.

—¿Trae más problemas de lo que realmente vale? —preguntó Caledonia.

Piscis se pasó una mano por la cabeza. Su pelo medía casi tres centímetros de largo y empezaba a rizarse suavemente sobre la frente.

—¿Acaso eso no es aplicable a todas?

—Hablaré con ella. Y con Tina. Hace tiempo que debería haberlo hecho.

Caledonia sentía que llevaba el manto de capitana cada vez con mayor entereza sobre los hombros. No le había sentado bien desde la muerte de Puntilla. Se había distraído con su propio malestar y, cuando se distraía, toda la tripulación se resentía. Era el momento de transmitir seguridad con sus decisiones.

Siguió su ruta por la cubierta, donde encontró a Dienterrojo, de pie en el mástil principal, mirando hacia arriba. Unos metros por encima estaba Oran, que mantenía el equilibrio sobre el penol más bajo, usando el marchapié pero sin arnés. En la cadera llevaba un cinturón con herramientas. Sus brazos resbalaban de sudor, llenos del sol del mediodía.

—¿Crees que podrías moverte más despacio? ¡Y yo que pensaba que los Balas eran rápidos! —Dienterrojo ahuecó sus manos para asegurarse de que la oía—. Rápidos y duros —añadió, apenas conteniendo una carcajada.

—¡Por supuesto! —Oran hizo una pausa para golpear la manija—. ¡Golpeamos a nuestros objetivos! —Otro golpe a la manija—. Y sí, les damos bien fuerte.

—En mi experiencia, no —le provocó Dienterrojo.

Los hombros de Oran se agitaron por la carcajada. No le devolvió la pelota

de inmediato, sino que se centró en lo que estaba haciendo. En la cubierta posterior, un pequeño grupo de chicas estaban sentadas alrededor de una vela. La estaban reparando a pleno sol. Y con la insólita escena de un Bala subido al cordaje.

—¡Capitana! —Dienterrojo saltó desde su puesto, debajo de Oran, y recorrió la distancia que las separaba con tres grandes pasos. Envolvió con sus brazos gigantescos a Caledonia antes de que esta pudiera protestar—. Estás aquí. Te encuentras bien. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. —Caledonia dejó que la abrazara y luego se zafó suave pero firmemente—. Gracias a ti.

Dienterrojo se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Me alegro de que estés bien.

A veces, Caledonia recordaba que Dienterrojo era una chica como el resto. Era tan dura, valiente y sincera, y parecía tan seca, que era fácil pensar que su corazón también lo era. En el fondo era todo lo contrario.

—No quiero volver a verte arriesgando la vida por mí, ¿entendido? Gracias, pero una vez basta.

Dienterrojo miró a Caledonia sorprendida y sin poder creérselo.

—Perdona que discrepe, capitana, pero no te lo puedo prometer. Si vuelves a estar en peligro, voy a actuar. Así son las cosas.

—Rojo... —empezó Caledonia, pero Dienterrojo la interrumpió cogiendo suavemente su cara con sus manos ásperas. Agachó la cabeza para mirar directamente a los ojos de Caledonia y repitió—. Así son las cosas. —Antes de que Caledonia pudiera responder, Dienterrojo le plantó un beso en la boca.

—¡Ya lo tengo! —dijo Oran desde arriba—. La vela vuelve a estar metida en el engranaje. Está lista para bajar. —Saltó del marchapié al penol hasta las puntas que había a lo largo del mástil—. Como yo.

—¿Por qué no lleva un arnés? —preguntó Piscis tras examinar la situación en que se encontraba Oran, colgado casi cuatro metros en el aire y cargado de herramientas—. Tenemos de sobra.

Dienterrojo dibujó una sonrisa conspiratoria.

—Sí. Y son todos para chicas.

—No me digas que se lo ha creído. —Piscis sonaba como si fuera incapaz de decidir si aquello la divertía o la horrorizaba.

La sonrisa en el rostro de Dienterrojo se hizo aún más amplia. Miró de reojo a Oran como si estuviera considerando la respuesta.

—Me cae bien —respondió decidida.

—Rojo —ordenó Caledonia—. Bájale de ahí.

—Sí, capitana.

No necesitó mucha ayuda. Dienterrojo se la ofreció desde abajo, pero la mayor parte del tiempo la pasó burlándose de la forma que tenía Oran de agarrarse. Él disfrutaba con sus comentarios, encajando los golpes y también repartiendo algunos. Lo que había pasado entre ellos mientras Caledonia estaba herida había sido lo suficientemente significativo como para romper la desconfianza de Dienterrojo.

Saltó hasta el suelo a los pies de Dienterrojo.

—¿Queríais que el engranaje cerrase de golpe, verdad? Pues bien, ahora es imposible que se mueva.

Dienterrojo se sobresaltó.

—¿Que cerrase de golpe? ¡No, no era eso! Queríamos... —Sus dientes se estrellaron los unos contra los otros—. Estás de broma. Eres un maldito y sucio Bala y estás de broma.

—Pues sí —confirmó Oran, con la mirada satisfecha.

Estaba bañado por el sol y una vez más en plena forma. El tono de su piel morena era uniforme en lugar de tener manchas o de estar pálido por la fiebre; se había bañado y había lavado la ropa; hasta las muñecas, de un rojo menos intenso, ya no estaban cubiertas de vendas.

Piscis seguía inmóvil, pero su mirada se posó como un rayo de sol sobre el Bala.

—Sabes que cualquiera de estos arneses te hubiera cabido, ¿verdad?

—Claro. —La sonrisa de Oran era fácil, su tono ligero—. Pero siempre hay que confiar en las compañeras.

La sonrisa de Dienterrojo volvió a su sitio, claramente satisfecha de que Oran hubiera asumido el reto.

—Tripulación —corrigió Caledonia—. Aquí no hay compañeras.

—Claro —dijo—. Fallo mío. Me alegro de que estés en pie.

—No te pongas sentimental —contraatacó Caledonia.

Se rio.

—¿A qué llamas sentimentalismo? —Meneó la cabeza en señal de incredulidad, suspiró y levantó las manos—. Imagino que mi tiempo al sol ha llegado a su fin, ¿verdad?

La respuesta era afirmativa. Tendría que atarlo y devolverlo a la celda como el invitado desagradable que era. Excepto que ya no era tan desagradable como un par de semanas antes. Les había proporcionado información valiosa, había sobrevivido a la abstinencia y durante su ausencia la tripulación lo había integrado en el ritmo de trabajo. Podía llevárselo otra vez y encerrarlo hasta que volviera a necesitarlo o podía integrarlo en la nave.

La batalla que les esperaba estaba llena de incógnitas. Él era su activo más

importante, su gran ventaja. Si no le mostraba la más mínima confianza, ¿cómo esperaba que la tripulación lo hiciera? Si iban a arriesgar sus vidas para asaltar la Electra, tenían que saber que lo hacían por la mejor causa y con la mejor información disponible.

Caledonia miró al chico que tenía delante. Antes era un Bala. Uno de los Cincohijos. ¿Qué acabaría siendo: un amigo o un traidor? Mientras estaba de pie en la cubierta, con un fuerte viento soplando a sus espaldas, comprendió que solamente había una forma de averiguarlo.

Colocó una mano en sus muñecas y las empujó firmemente hacia abajo.

—No hagas que me arrepienta —advirtió.

—Caledonia Styx —dijo Oran, con una sonrisa vibrante como el sol de mediodía—. Sospecho que tienes pocos remordimientos, aunque legendarios.

No sabía cuánta razón tenía.

CAPÍTULO 34



En el cuarto de baño reservado para Caledonia (aunque no lo estaba oficialmente) había un espejo. Era perfecto, con la superficie plateada hecha de un polímero autorreparable. Si se rompía, en pocos segundos los trozos de metal volvían a ensamblarse. Más de una vez Caledonia había estudiado aquella superficie inmaculada con fascinación. El viejo mundo había sido capaz de crear cosas que no se rompían, pero terminó rompiéndose él. Los hombres dejaron herramientas y armas, historias a medio contar y una herencia triste.

Rhona dijo una vez que la historia de sus antepasados era como una criatura viviente de la que estarían huyendo toda su vida. Según ella, la historia era una enfermedad contra la que no estaban preparadas para luchar. Creía que, si lograban escapar de sus garras, tal vez podrían crear su propia historia sin hacer daño ni perseguir ni infectar a los demás.

Caledonia sentía como si hubiera estado huyendo de su historia durante cuatro años. Pero desde hacía dos semanas había dado media vuelta. Iba en busca de algo y a cada minuto se acercaba más a la nave en la que viajaban sus hermanos. Cada kilómetro que pasaba por el lado del casco de la nave era uno menos que tenían que recorrer. Quizás era el hecho de huir del monstruo de la historia lo que las hacía avanzar con tanta potencia. Si podía recuperar a sus hermanos, quizás, solo quizás, sentiría que dejaba de escapar de su pasado. Y quizás entonces encontraría el coraje para decirle la verdad a Piscis.

Caledonia contempló el rostro de Piscis en el espejo que tenía delante. Estaba sentada en un taburete con el mentón hacia arriba, todos los ángulos de la mandíbula, nariz y mejillas afilados bajo la luz azul de la cabina. En su pecho, la planta verde del amuleto de cristal parecía más viva que nunca. Piscis esperaba, arqueando una ceja cuando Caledonia tardaba demasiado. Sacudiéndose los pensamientos de la cabeza, Caledonia mojó la cuchilla de afeitar y presionó la garganta de Piscis con sus dedos para que inclinara la cabeza todavía más. Luego pasó la cuchilla de afeitar con decisión por el cabello de Piscis. Mientras los cabellos negros se esparcían por el suelo, a Caledonia le sorprendió lo similar que era ese momento respecto a la primera vez que le había cortado el pelo a su amiga. Los mechones de entonces eran mucho más largos y la expresión del rostro de Piscis menos severa, pero cortarse el cabello simbolizaba la pérdida que habían sufrido de una manera insospechada. De la misma manera que aquel instante simbolizaba el principio de algo nuevo.

—¿Te lo dejarás crecer cuando les hayamos salvado? —La pregunta llegó al terminar de afeitar la parte delicada detrás de una oreja de Piscis.

Piscis pellizcaba una brizna de pelo con los dedos. Las miradas se cruzaron en el espejo.

—No lo creo.

—¿Por qué no? —Desde el otro lado Caledonia desplazaba la cuchilla de afeitar desde la coronilla hasta el centro, limpiando la hoja con la toalla que colgaba de sus hombros antes de repetir una y otra vez el mismo gesto—. Te encantaba llevar el pelo largo.

—Antes sí. Pero... —Piscis dejó caer la brizna de pelo y miró hacia arriba—. Cala, ¿has pensado en lo diferentes que van a ser?

—Claro. —Caledonia intentó sonar objetiva e indiferente—. ¿Qué tiene que ver eso con tu pelo?

—En realidad, nada. —Piscis se calló por un momento antes de encontrar otra manera de abordar el tema—. Ya no serán los mismos. No hay forma alguna de que lo sean.

—Ya lo sé. —La respuesta de Caledonia fue escueta. Pero Piscis estaba decidida a perseverar.

—Pero es que nosotras tampoco somos las mismas. No creo que vuelva a ser nunca la misma chica que era aquella noche en la isla de Gem. Tal vez suene extraño, pero el pelo largo pertenecía a esa chica y no creo que pueda volver atrás, aunque me encantaba. —Esperó a que Caledonia limpiara los últimos pelos de su cabeza y luego se dio la vuelta en el taburete—. Tampoco nosotras seremos capaces de convertirlos en quienes eran.

El metal que Caledonia tenía en las manos estaba caliente. A pesar de la

escarcha que florecía en la claraboya circular, de repente hacía demasiado calor en la habitación. Se obligó a sí misma a responder con calma.

—Ya sé que serán diferentes. Pero volverán con nosotras. Sé que lo harán. Tú misma dijiste que, si Oran puede cambiar, ellos también.

—Ya lo sé. —Piscis permaneció de pie y arrebató la cuchilla de afeitar de las manos de Caledonia—. Pero tenemos que estar listas para dejarles descubrir quiénes quieren ser cuando tengan la oportunidad.

Tal vez la cautela de Piscis fuera premonitoria. Caledonia no quería pensar en lo que cuatro largos años le habrían hecho a la amabilidad de Donnally. ¿Y si Ares no quería volver con ellas? Era demasiado terrible de imaginar. No quería agobiar a Piscis con los mismos pensamientos lúgubres que la atormentaban a ella, así que, en su lugar, sonrió y dijo:

—Después de sacarlos del barco y de desintoxicarlos, por supuesto.

—Claro —respondió Piscis, más animada—. Primero la fuerza. Después la elección.

No era fácil pensar así, pero no había otra manera. Encontrarían a sus hermanos adoctrinados y drogados. Y, aunque era tentador imaginar que sería fácil rescatarlos, reconquistar sus mentes podría llegar a ser incluso más difícil. Caledonia intentaba estar preparada para las dos cosas, pero en su interior pensaba que la segunda era mucho más probable.

Si hubiera sido ella, si la hubieran secuestrado y forzado a llevar un modo de vida violento, no estaba segura de haber sobrevivido. Pero nunca había probado el Limo. Y no había forma de saber cómo esa cosa la podría cambiar.

—Solo es que... —dijo Piscis, atrapando a Caledonia antes de separarse por los pasillos—. Solo es que estoy preocupada. Y tú no lo pareces.

—Lo estoy —admitió Caledonia. Se imaginó a sí misma en el espejo de la pared, con una grieta en medio partiendo su cara por la mitad antes de que las dos partes se volvieran a unir—. Pero no por ellos.

Durante dos días la Mors Navis navegó rumbo al norte, deteniéndose únicamente una noche oscura para reservar energía y dejar descansar los motores. La tormenta las había retrasado medio día de lo previsto, por lo que tenían que apresurarse para alcanzar las Aguas del Norte antes que la Electra.

El aire seguía siendo helado y el mar estaba embravecido. Las chicas no estaban acostumbradas a ese tipo de frío y pronto asaltaron el almacén en busca de jerséis, abrigos de lana y guantes. Había para casi todas. Y las que se quedaron sin nada se pusieron a trabajar en la cocina, cosiendo varias piezas cálidas de ropa y sábanas que no se utilizaban.

Piscis, obstinada y ansiosa, y probablemente languideciendo tras pasar tanto tiempo fuera del agua, utilizó las paradas nocturnas para zambullirse. Dienterrojo la miraba con su nuevo amigo Oran a su lado. Caledonia hubiera sido incapaz de decir cuál de los dos saltaría antes en caso de que Piscis estuviera en peligro. Aun con el traje de buzo más grueso que había en la nave, Piscis salía del agua con los labios morados y los dientes castañeteando debajo de una sonrisa renovada.

Era el mediodía del segundo día completo desde la tormenta cuando por el norte apareció una costa de color entre gris y azul. La tierra se volcaba hacia el océano como los guijarros que caen por una ladera. Las montañas, unas más altas que las otras, se alzaban entre unos valles de gran amplitud, flanqueados por ríos raudos y poco caudalosos. La costa era escarpada y temperamental, en ocasiones adoptaba la forma de una curva elegante, en otras cortaba hacia dentro y de nuevo hacia fuera de forma abrupta. Había calas y penínsulas de todos los tamaños, perfectas para esconderse y esperar.

Las Colonias eran el conjunto de pueblos y aldeas dispersos por esa zona. Dada la irregularidad del territorio, eran conocidas por cambiar de ubicación constantemente. Tiempo atrás lo habían hecho de forma agresiva tratando en todo momento de aventajar a los secuaces de Aric. Pero ahora, si querían abandonar un lugar para ir a vivir a otro, tenían que informar de su nueva ubicación o arriesgarse a sufrir unas consecuencias atroces. Como todos los pueblos de los mares Bala, vivían sometidos y una vez al año se llevaban a muchos de sus pequeños.

Al timón, Ortega mantenía la distancia con respecto a la costa y pilotaba la nave a un ritmo constante. La conversación con Caledonia fue fácil. Había demostrado de lo que era capaz, pidió asumir la responsabilidad, y Caledonia estuvo dispuesta a dársela. Ya no estaba a prueba, sino que había pasado a ser la Chica del Timón.

Su conversación con Tina, sin embargo, fue menos agradable. Era culpa de Caledonia. En lugar de superar la muerte de Puntilla y asignar sus tareas a otras chicas, había dejado que Tina ocupara dos puestos durante demasiado tiempo. Y, aunque estaba muy capacitada para uno de ellos, dejarle hacer los dos era demasiado para ella y para la tripulación. Tina parpadeó cuando escuchó que Caledonia la nombraba Jefa de Operaciones.

—¿Solo Operaciones? —preguntó, sus ojos azules entrecerrándose—. ¿Y la polizona va a ser Timón?

—Sí —respondió Caledonia sin titubear—. Ortega es Timón. Tú eres Operaciones. Te necesito ahí donde más destacas, ¿está claro?

Para Tina, aquello era despojarla de su poder. Se notaba en su forma de

apretar la mandíbula.

—Está claro —respondió malhumorada. Sus puños adoptaron la forma de dos bolas, y se retiró. Era el tipo de gesto que Caledonia asociaba con su tripulación. Eran chicas valientes y resueltas, un grito de batalla nacido de una extraordinaria mezcla de desesperanza y deseo. Y cuando finalmente encontraran la Electra, era precisamente ese grito lo que les permitiría recuperar a sus hermanos.

Pero saber de antemano en qué lugar se encontraban las Colonias no era suficiente. Necesitaban una localización y tenía que ser concreta. Oran tardó algunas horas en orientarse. Sentado en el puente junto a Caledonia, estaba envuelto en un abrigo de reluciente lana roja y levantaba los hombros para protegerse del viento. A su lado había una taza de *teca* frío y un plato vacío. Miraba por los prismáticos y luego realizaba anotaciones en un pequeño trozo de papel.

—Hay una cala justo en esa curva. Es la colonia más lejana, donde la Electra empezará su colecta.

Caledonia se llevó los prismáticos a los ojos y enfocó un saliente de tierra.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. —El viento arremetía contra el pelo de Oran, azotándolo contra sus ojos y orejas—. Pero hace meses que no soy uno de los Cincohijos. Y a los Balas no les cuentan nada. Las cosas pueden haber cambiado. Lo dudo, pero existe esa posibilidad.

Habían pasado casi tres semanas desde que Oran le había contado lo de su huida, desde que le habían aceptado a bordo. Si entonces hubiera dicho algo parecido, Caledonia lo hubiera desestimado de buenas a primeras y hubiera sospechado que trataba de apartarlas de su rumbo. Pero ese día ya no tenía dudas. Si Oran tenía razón, solo les quedaba un día antes de encontrarse con la Electra. Aunque podía estar también anclada en la siguiente curva, asaltando una colonia y llevándose a los pequeños.

—Entendido. ¡Ortiga! Llévanos a esa cala —gritó Caledonia, poniéndose en pie y señalando la que estaba al lado de la que había dicho Oran. La nave retumbó inmediatamente y Caledonia se dirigió a la cubierta principal.

Dienterrojo silbó y la tripulación se puso en marcha.

Al abandonar la cubierta, Caledonia bajó corriendo por la escalerilla agachándose para no chocar contra las tuberías. Corrió por los pasillos del tercer nivel para reunirse con Amina y Hime, que estaban en la sala que llamaban el laboratorio, del tamaño de varias cabinas, justo debajo del puente y al lado de la bodega de carga. Había taquillas y casilleros a lo largo de las paredes, perfectos para catalogar y guardar material tecnológico, la mayoría del cual, en aquel

momento, estaba desparramado por el suelo. Había cables, paneles y baterías de todas las formas y tamaños. De las paredes colgaban diversos dibujos gracias a unos imanes, algunos de los cuales eran casi tan grandes como el papel que sostenían.

A Caledonia le parecía un caos, pero las dos chicas encajaban bien en esa complejidad metálica que las rodeaba. Encontraban lo que necesitaban al instante, se pasaban piezas y partes la una a la otra con la misma naturalidad que si estuvieran compartiendo comida. Cuando Caledonia las miraba, en lugar de fijarse en el lío que tenían montado, el caos parecía de repente una danza de lo más lógica. Era precioso. Y estimulante.

—Amina. Avísame cuando estemos preparadas.

No contestó de inmediato. Cruzó al otro lado de la sala con pasos largos y cuidadosos. Había recogido su pelo en una única trenza que le caía por la espalda, atada con un lazo azul sencillo. Sus mejillas doradas estaban manchadas de grasa.

Hime se puso de cuclillas hacia un lado, con el delantal extendido a sus pies, las manos reposando en las rodillas. En cada uno de sus dedos se veía la marca del trabajo que habían estado haciendo: pinchando, cortando o pelando.

Un instante después, Amina levantó la mirada.

—Estamos preparadas.

Preparadas. Estaban preparadas. Estaban en el lugar adecuado. Tenían el arma adecuada. Ahora solo faltaba el objetivo.

CAPÍTULO 35



Caledonia estaba agazapada en la parte delantera del bote mirando el contorno rocoso que las separaba de la cala. Estaba convencida de que detrás de esa curva encontraría la Electra reposando sobre el agua. Lo sentía en la vibración del océano, y su sangre ansiaba esa batalla.

Para avanzar en silencio, el bote tenía que avanzar despacio, y para poder reconocer el terreno sin ser vistas se verían obligadas a anclar el bote y caminar hasta el mejor punto de observación de la montaña. Dienterrojo llevaba la caña del timón, pilotando hábilmente hasta la orilla; Oran estaba sentado en medio, con los pies acompañando los pequeños saltos que daba el bote. Era una expedición pequeña, pero el objetivo no requería más.

En circunstancias normales, Dienterrojo se habría llevado a su equipo para buscar la Electra. Pero Caledonia quería que Oran viera la nave antes de atacar, y detrás de Oran iba ella.

La orilla estaba llena de madera que las corrientes habían arrastrado, creando una barrera entre ellas y la montaña. Dienterrojo acercó el bote a la playa, pero no había manera de tocar tierra sin mojarse. Saltaron por el lado, con el agua vivificante por encima de las rodillas.

Dienterrojo maldijo con cierta contención.

—Ahora sé que Pi es en parte pez. ¿Cómo diablos lo consigue? No, lo retiro. Quiero saber por qué lo hace.

—Para tranquilizar su espíritu —respondió Caledonia, agradecida porque la habían distraído del frío del agua.

—Esa chica tiene una extraña noción de lo que es la tranquilidad de espíritu —añadió Oran, uniéndose a Caledonia en la parte trasera del bote para empujarlo, mientras Dienterrojo tiraba desde la proa.

Llevaron el bote por encima del montón de madera descolorida hasta llegar a la playa y pronto estuvo bien amarrado para dejarlo allí.

Extrajeron el máximo de agua de su ropa, se ataron los chalecos y empezaron a subir por la ladera. En el suelo había rocas cubiertas de musgo resbaladizo, lo cual hacía que la subida fuera aún más exigente. Resbalaron a través de la superficie irregular hasta acabar con moratones en las rodillas y en la cara. Cuando llegaron a la cima, estaban sudando y respiraban agitadamente.

Se movieron rápidamente, buscando cobijo detrás de unos peñascos que les ofrecían una leve protección del viento gélido, además de una buena vista del mar.

La cala al otro lado de la montaña era bastante parecida a la que ellos habían llegado, solo que estaba vacía. Caledonia sintió el miedo clavándosele en el estómago. ¿Y si Oran se había equivocado? ¿Y si era la cala equivocada? Entonces Oran señaló algo.

—¡Ahí! —dijo.

El humo salía en vaharadas neblinosas de los árboles, a un kilómetro y medio de la orilla hacia el interior. Los colonos estaban cerca, anticipando la llegada de la misma nave que estaba esperando Caledonia.

—Quizás esta vez no perderán a los niños —dijo Caledonia.

—No se detendrán. —Oran dio media vuelta y apoyó los hombros contra una fría roca—. Perderán a los niños de una forma u otra.

De esta forma funcionaba el mundo. Así había sido para Caledonia desde que nació, pero oírlo la hundió en una trinchera de tristeza que no esperaba. Contempló las señales de humo e imaginó las familias reunidas, abrazando a los niños y las niñas por última vez.

—¿Qué le haría detenerse? —Dienterrojo sorprendió a Caledonia con la pregunta—. Tú eras un Bala. No debías de servir de mucho, si te digo la verdad, pero alguna idea tendrás.

Oran casi sonrió.

—Destruir la Agriflota es una buena táctica, sinceramente, pero nunca lo conseguiréis sin ayuda.

—¿Cuántos barcos necesitaríamos? ¿Cinco? ¿Diez? —insistió Dienterrojo, muy interesada en el tema.

—Una flota —respondió Oran, sombrío—. Necesitaríais una flota.

Dienterrojo cayó en el desánimo y se pasó un minuto largo poniendo caras largas a Caledonia.

—Rojo —dijo Caledonia cuando ese minuto ya duraba demasiado—, habla o deja de poner caras.

—Necesitas una flota —dijo Dienterrojo con total naturalidad—. Si alguien puede comandar una flota, esa eres tú.

—Estás soñando. —Caledonia se giró para observar la entrada de la cala—. No digo que no debas soñar, pero tal vez podrías poner estándares más razonables.

—Te refieres a asaltar un barco con un casco electrificado? —Dienterrojo asintió—. Buen consejo.

Caledonia la miró mal.

—Tiene razón —dijo Oran desde su lado—. Si alguien puede liderar una flota, esa eres tú.

A pesar del frío, Caledonia sintió que florecía algo de calor en su pecho. Dienterrojo soltó un gemido.

—Las cosas tienen que ir muy mal cuando un Bala está de acuerdo contigo. Rápido, di algo espantoso. No debería de ser muy difícil para ti. Solo abre la boca.

—Rojo, eres una persona leal y fuerte, y si me muero mañana, espero que recuerdes que te consideraba una amiga —dijo Oran con ingenio.

—Si no te mueres mañana, ven a buscarme al día siguiente —respondió Dienterrojo, esta vez sin disimular su sonrisa—. Yo me ocuparé de ti.

Oran respondió algo, pero Caledonia no lo oyó.

Su mirada se movió siguiendo un punto en el océano. El viento que escocía en sus mejillas de repente se llenó de un zumbido eléctrico. Lo sintió en la piel y lo probó con la lengua. Un segundo después, apareció.

La Electra navegaba alrededor de la península como un arpón. Una luz entre blanca y azul crepitaba por el casco hasta el punto exacto en el que la nave se encontraba con el océano. Crujía y despedía chispas, creando un destello artificial que desafiaba la luz del día. No había ninguna chimenea montada sobre la proa. En su lugar, un viejo holograma proyectaba cifras de color naranja en el cielo apagado.

La nave era como una pesadilla que acude a una llamada. Y era la jaula en la que vivían prisioneros Donnally y Ares.

—Ya está aquí —dijo Caledonia, alzando el telescopio con los dedos entumecidos—. Y llega sola.

El sol se ponía por detrás mientras la Electra se dirigía hacia los fuegos de los Colonos en la playa. La nave era tal como la había descrito Oran: ancha y

lenta, con un vientre pesado y una torre de mando corta. Observaron cómo se desplazaba hacia el centro de la cala, donde levó anclas. Estaba demasiado oscuro para empezar a reclutar, por lo que esperarían hasta la primera luz de la mañana. Caledonia tendría que atacar antes.

—¿Ves el cuidado que tienen con el ancla? —Oran susurró al oído de Caledonia, tratando de no levantar la voz.

Caledonia encontró el ancla con la mira y vio que los Balas evitaban a toda costa tocar el casco con la cadena. Era la única prueba de lo peligroso que era. Pero el agua no parecía afectada. Como había dicho Oran, el campo eléctrico estaba diseñado para detenerse justo por encima de la línea de flotación para no cargar la zona aledaña.

—Rojo, ¿cuántos Balas hay? —preguntó.

—Veinticinco en la parte de arriba —respondió Dienterrojo de inmediato—. Debajo de la cubierta no estoy segura.

Estas tripulaciones suelen ser de cincuenta o sesenta —dijo Oran confiado—. Dejan el máximo de espacio posible para los nuevos reclutas.

Permanecieron allí durante otra hora estudiando los movimientos de la tripulación e intentando contar el número de sus integrantes con mayor exactitud. Todo parecía indicar que superaban en número a la tripulación de Caledonia, pero, según Oran, no por mucho.

Se hacía extraño pensar que podía estar mirando a Donnally o Ares en aquel mismo instante, sin saberlo. Más de una vez se sorprendió a sí misma observando a un Bala en concreto, con el pelo oscuro, buscando algún rasgo que le confirmara que era su hermano pequeño. Estaba tan cerca. Tan cerca de que volviera a formar parte de su vida. Algo en su interior la impulsaba a ir a por ellos: regresar a la nave y organizar el ataque de inmediato.

Pero sería una estupidez. Y ella no era estúpida.

—Tenemos lo que necesitamos —dijo cuando el cielo estaba ya del todo oscuro y las claraboyas del barco Bala se llenaron de una luz fría y azul—. Vámonos.

CAPÍTULO 36



En el norte la noche parecía más oscura. O quizás era el frío y la manera que tenía de meterse por las fibras de abrigos y pantalones o de enredarse en torno a orejas y gargantas. No era la presión constante de una noche cálida en la desembocadura del Bone, sino una creciente incomodidad que parecía no acabar nunca.

O tal vez era simplemente que aquella era una mañana de promesas y posibilidades, el momento que Caledonia había pensado que no llegaría. El momento en que Donnally y Ares cobraban vida más allá de sus sueños. Quizás por eso la oscuridad resultaba tan perfecta. Por la promesa de lo que se escondía más allá.

La noticia de la llegada de la Electra hizo que los ánimos de la tripulación se agitaran. En todas las chicas veía una mirada brillante, las manos listas para luchar. Dio órdenes de descansar, pero la batalla estaba tan cerca que muy pocas lo conseguirían.

Far hizo que las cocineras trabajaran al límite, preparando un ágape de lo más copioso. Las chicas se reunieron en la cocina para comer y después en la bodega de carga para comprobar dos y hasta tres veces que sus armas estaban en condiciones y para rellenar los cartuchos de pólvora, aunque los cargadores estuviesen ya llenos. Algunas chicas se bañaron, otras durmieron e incluso hubo las que cerraron las puertas de sus cabinas para gastar sus energías las unas con

las otras. Cada una tenía su propia manera de prepararse para la batalla.

En las horas previas a que el sol esmaltara el frío océano, Caledonia y Piscis cogieron tazas de pintura negra y azul y dibujaron emblemas en las manos y mejillas de cada chica y en cualquier lugar del cuerpo para que sus hermanos los pudieran identificar. La marca de Piscis era sencilla de dibujar, pero los pinceles no eran lo suficientemente finos para rellenar la mitad de la flecha de punta roma de Caledonia. Cada vez que lo intentaba le salía una mancha deforme, así que lo dejó y solamente dibujó la silueta.

No había forma de adivinar cómo iban a reaccionar sus hermanos. La imaginación de Caledonia insistía en presentar una reunión fácil y lacrimógena. La deseaba. Pero estaba convencida de que en esa empresa nada iba a resultar sencillo, incluyendo, quizás especialmente, el recuperar las mentes de sus hermanos. Dibujaron los emblemas con la esperanza de que pudieran distraer a sus hermanos de la batalla el tiempo suficiente para poder sacarlos de allí sin que fueran heridos. Como no podían saber quién iba a encontrar a los chicos, todas ellas tenían que llevar los emblemas. Con toda certeza iban a verlos y a recordar el significado. Por lo menos Donnally. Lo sabía con absoluta certeza.

Caledonia se dirigió finalmente a Oran. Días atrás se había mudado de la celda a una cabina cerca de la suya. Encontró su puerta medio abierta, con el interior a oscuras. Sin husmear más allá de la escotilla, Caledonia llamó a la puerta.

Oyó un movimiento repentino, unas extremidades que se levantaban de la cama. Luego se encendió la luz y Oran se presentó ante Caledonia, poniéndose una camiseta por encima de la que ya llevaba.

—¿Ya es la hora? —preguntó, con el pelo tieso y los ojos entrecerrados por el sueño.

—Casi.

Se fijó en la copa de pintura que Caledonia tenía en sus manos y levantó una ceja en señal de curiosidad.

—Es para el emblema. Para marcarte como miembro de mi tripulación, alguien en quien puedan confiar.

Los ojos de Oran pasaron de la marca en la frente de Caledonia a la copa de pintura. Después dio un paso al lado y la dejó entrar.

Le habían asignado una cabina para él solo, pero, aunque por espacio era tan grande como la de Caledonia, el número de camas la hacía parecer más pequeña. Dos literas estaban empotradas de forma irregular contra dos de las paredes, con los extremos tocándose en una esquina. En la tercera pared había cuatro casilleros y poco más. No había ventanas, algo que muchas de las chicas preferían para poder dormir mejor. A juzgar por la disposición de las sábanas,

Oran había dormido en una de las camas inferiores.

Oran se quedó en el centro de la habitación sin saber qué hacer. Caledonia se subió a la litera y le hizo una señal para que se sentara en la cama inferior de la pared adyacente. Siguió las instrucciones que le daban y puso las manos sobre sus rodillas.

En los últimos días Oran había pasado la mayor parte del tiempo a su lado, pero había algo decididamente diferente en estar con él a solas. Agitó la pintura negra a pesar de que ya estaba líquida y rebajó la tensión inesperada con una pregunta:

—¿Cómo están tus muñecas?

—Casi como antes. —Oran le enseñó cómo había mejorado el color de sus muñecas—. ¿Cómo está tu cabeza?

Hizo una mueca al recordar su metedura de pata durante la tormenta.

—No tan dura como la cubierta.

Caledonia no estaba segura de quién rio primero, pero en el lapso de tiempo entre sus palabras y la risa se deshizo el último nudo de tensión. El chico que había acabado en su nave con los colores de un Bala ahora era simplemente Oran.

—Acércate. —Caledonia levantó el pincel de la taza. Tenía las cerdas empapadas en pintura negra.

Oran obedeció, acercándose e inclinando la cabeza. Con suavidad, Caledonia cogió su mandíbula y mentón, girando su rostro para poder trabajar. Empezó un centímetro debajo de la comisura del ojo con una línea vertical que luego desvió hacia la oreja. Dibujó otra línea, esta vez hacia el labio, y finalmente una curva en forma de sonrisa que conectaba las dos.

—Así sabrán que eres un amigo.

—¿Eso es lo que soy?

Sentía su cálida respiración en la palma de la mano y en la muñeca. Oran no le quitaba ojo. Las capas de marrón y gris tenían mayor textura desde cerca, los anillos interiores explotaban hacia afuera como los brazos de una estrella de mar. Caledonia intentó no mirar, pero le llamaban la atención de tal forma que no podía hacer otra cosa.

—Sí —contestó, sabiendo que estaba descubriendo demasiada parte de la verdad y sabiendo también que la confianza consiste en decirle la verdad a la gente cuando así lo pide.

De repente estaban más cerca todavía. El mentón de Oran reposaba sobre la palma de su mano. Los labios estaban a punto de tocarse.

Sintió que un calor desconocido crecía en el pecho, que un deseo irreflexivo cantaba en sus oídos. Cada uno de sus pensamientos giraba en torno a los ojos

pardos de Oran, a su nariz larga, a sus labios, sus labios, sus labios.

Oran se acercó aún más. Los labios se rozaron como el viento del sur más ardiente. Él se detuvo, esperando, con los labios tocándose de una forma tan ligera que apenas podía decirse que se estaban tocando. Ella quería más. Y en ese momento Caledonia se apartó.

El pincel cayó al suelo dejando una mancha de pintura negra, y, si bien la taza todavía estaba en posición vertical, era de puro milagro. Caledonia se sentó con la espalda derecha para contener el extraño temblor de su cuerpo.

—¿Me he extralimitado? —preguntó Oran con una mirada intensa aunque imperturbable.

Caledonia recuperó el pincel, respiró profundamente y le volvió a coger el mentón, esta vez con más fuerza.

—Cuando quiera un beso, seré yo quien te lo robe.

Ignoró la sonrisa de Oran y se puso a trabajar de nuevo. Dibujó otro emblema con trazos más veloces; un círculo cortado por dos líneas verticales en el medio.

—Que quede constancia —dijo Oran completamente en serio cuando Caledonia hubo terminado—. El beso sigue ahí, esperando a que alguien lo robe.

Caledonia volvió a reír. Había otro tipo de tensión entre ellos. Una tensión que los unía en lugar de separarlos. No era del todo desagradable.

—Lo añadiré al inventario de Tina —bromeó.

Caledonia sabía que había llegado el momento de hacer las preguntas que hasta entonces se había reservado. Las que no tenían nada que ver con la Electra y sus hermanos. Las que tenían que ver con el día después.

—Dijiste que a mi hermano al principio le gustaba cantar. —Ahora que había empezado encontraba que era difícil continuar. Pero lo hizo—. ¿Puedes decirme cómo es? ¿Es como tú? ¿Quiere dejar de ser un Bala?

—Caledonia —Oran se recostó, mordiéndose los labios—, te lo dije. No quiero mentirte.

—Pues no lo hagas —dijo al instante, súbitamente alarmada—. ¿Qué sabes?

—Sé que para los chicos como Donnally es aún más difícil. No es el mismo niño de la Fantasma. Hace tiempo que está ahí fuera y para un Bala la manera de sobrevivir es la violencia.

La mente de Caledonia vaciló. ¿Qué sabía Oran? ¿Qué había visto de su hermano? ¿En qué se había convertido durante esos cuatro años? Y una última pregunta que la hizo ponerse de pie:

—¿Cómo sabes el nombre que tenía nuestra nave?

Los ojos de Oran se agrandaron, su boca se entreabrió sin emitir ruido alguno.

—¿Cómo sabes el nombre? —le interpeló Caledonia.

El pequeño espacio en el que estaban parecía de repente aún más pequeño. Oran se puso en pie, acercándose a Caledonia como si fuera a cogerle la mano.

—Oran —le advirtió.

—Todos le conocen.

—¿Por qué? Sé más concreto.

—Porque... —empezó Oran—. Todo el mundo conoce al Balístico Donnally. Caledonia dio un paso atrás.

—Dijiste... —Tomó aire. Sangre. Pólvora. Sal—. Dijiste... que formaba parte de la cadena de mando.

—Exacto. —Los rasgos de Oran dejaban entrever un profundo arrepentimiento—. Es el primero en la cadena de mando. Donnally capitanea la Electra.

El mundo tal como lo conocía un momento antes se derrumbó con esas tres palabras. «Donnally capitanea Electra». Ya no tenía donde agarrarse. Y tampoco lo iba a encontrar en esa cabina cada vez más pequeña con ese chico que..., ¿qué había hecho? ¿Había mentido? No. Todo era demasiado complicado, así que decidió tomar medidas drásticas.

—Busca a Rojo —le dijo al abrir la escotilla y cruzarla con paso inseguro—. Ella te armará hasta las cejas.

Y se fue.

CAPÍTULO 37



Caledonia estaba rodeada de las cuatro chicas en las que más confiaba. Piscis tenía mejor aspecto que en las últimas semanas, con el pelo recién afeitado y su brazo plenamente recuperado. Amina observaba el aire y escuchaba lo que le susurraban los vientos. Hime se había quitado el delantal, llevaba una cartuchera colgada de la cadera y su pelo sedoso estaba recogido en una trenza que caía por su espalda. Dienterrojo había manchado su boca de arcilla rojiza y parecía ansiosa por combatir. En el centro, Caledonia dejó caer un poco de la puntilla raída que llevaba desde el funeral de su amiga.

La noche era negra, el viento cortante, pero se mantuvieron firmes en la cubierta de mando revisando la estrategia. El electromag de Amina les permitiría inhabilitar el casco electrificado gracias a sus vibraciones, pero nadie sabía cuánto tiempo. Tenían una sola oportunidad. Si la Electra volvía a cargar el casco antes de establecer contacto, la partida se habría terminado. Era precisamente la necesidad de moverse con celeridad lo que decidiría todo: se abalanzarían sobre la Electra y, cuando estuvieran cerca del objetivo, dispararían el electromag, inhabilitando el casco antes de la embestida.

—Hime —empezó Caledonia, hablando a la vez con sus manos y en voz alta—, aún hay tiempo. Te necesitaremos más adelante.

—*Entiendo* —dijo Hime, moviendo la cabeza mientras hablaba—. *Pero mi sitio es entre vosotras.*

Caledonia se tragó sus protestas. Por mucho que prefiriera que se quedara debajo de la cubierta, sabía que era un momento importante para las dos. Se dio la vuelta y consultó a Amina.

—¿Qué dicen los vientos?

—Están en conflicto —respondió mirando las estrellas desdibujadas en el cielo—. Pero a nuestro favor.

—Suenan mejor que de costumbre. Rojo, ¿cómo están los grupos de asalto?

—Fuertes como el acero —respondió Dienterrojo de inmediato—. Listas para el abordaje en cuanto golpeemos la nave.

—¿Pi? —preguntó Caledonia.

Piscis cogió su mano y la apretó con fuerza:

—Vamos a por nuestros hermanos.

Caledonia ignoró el chispazo de miedo que sintió en el pecho. Lo reprimió una, dos y hasta tres veces, enterrándolo con el recuerdo de la sonrisa taimada de Donnally, el tacto escurridizo de sus rizos negros, el sonido de su voz diciendo:

—¡Levanta la mirada!

Sabía que tendría que habérselo contado a Piscis. Que Donnally no viajaba simplemente a bordo de la Electra, sino que capitaneaba la nave. Pero no era capaz de decírselo. Un Donnally al mando de un barco Bala no era un Donnally que pudiese evocar con la mente, pero el horror reflejado en el rostro de Piscis podía cambiar las cosas. Quizás tampoco era tan importante. Estaría entre los mandos de la nave y, si realmente era el Balístico, enseguida sabría dónde encontrarlo. Lo primero sería ir hacia él.

Caminaron juntas hasta detenerse en la pequeña cubierta detrás del puente, donde podían ser vistas por toda la tripulación, que se había reunido en la cubierta principal. Todas iban armadas y estaban preparadas. Entre ellas Caledonia vislumbró a Ortiga, su joven rostro preparado para la batalla, los lazos brillantes adornaban su pelo oscuro. También vio a Tina, de pie y abrazándose con sus hermanas, cada una más fuerte que la otra. Oran también estaba allí. Se había quitado su abrigo de reluciente lana roja que llevaba por encima de una camiseta de mangas largas ajustada. Cargaba con una cartuchera doble repleta de pistolas y una espada corta.

La multitud era compacta y las miradas estaban puestas en Caledonia y las cuatro chicas que tenía detrás. Las marcas solares brillaban en la oscuridad azul, las estrellas las enfocaban. Era el momento de hablar, de pronunciar un discurso, de inspirar. Permaneció callada mientras estudiaba la forma que adoptaba la multitud en la cubierta. Sabía que tenía cincuenta y tres almas allí debajo y que en unas pocas horas seguramente serían menos. Sabía que esas pérdidas la perseguirían para siempre.

Rhona hubiera aprovechado para dar media vuelta. Rhona hubiera mantenido la tripulación entera y a salvo. Creía que las pequeñas pérdidas eran inevitables, pero las grandes, no. Rhona no se hubiera arriesgado. Pero Caledonia no era su madre.

En algún momento se había dado cuenta de que no podía hacer nada para mantener a todas a salvo. Pero podía ayudarlas a luchar. Su trabajo no era salvarlas. Su trabajo, como siempre había sabido Piscis, era liderarlas.

—¡Hermanas! —gritó Caledonia—, antes pensaba que habíais cruzado todo el mundo hasta llegar a las Aguas del Norte por mí, y he pasado días sin entender por qué ibais a arriesgaros a rescatar a dos chicos que ni tan siquiera conocéis. Pero he aprendido algo durante este viaje. No estáis aquí por mí. Yo estoy aquí por vosotras. Si no fuera por vosotras, lo hubiera tenido que intentar sola. Si no fuera por vosotras, hubiese fracasado a la primera.

»No os puedo prometer seguridad. Creía que podía, pero no vivimos en un mundo seguro. Vivimos en un mundo en el que no hay buenas alternativas, pero gracias a vosotras podemos sacar el máximo provecho de las que se nos presentan.

Hizo una pausa. Podía sentir como subía la energía, casi podía oír el palpitar general de la sangre. En las mejillas de las chicas, los símbolos de su familia y de la familia de Piscis brillaban con el resplandor azul de las marcas solares. Todas estaban marcadas como si fueran de su familia. Era maravilloso y aterrador al mismo tiempo.

—En los confines del mar, ¿en quién confiamos? —gritó.

La tripulación respondió al unísono:

—En nuestras hermanas.

Caledonia levantó la voz:

—Cuando nuestra nave se estropea, ¿en quién confiamos?

—En nuestras hermanas.

Finalmente gritó:

—En una tormenta de Balas, ¿en quién confiamos?

Las voces se alzaron juntas en una espiral, elevándose como el sol de la mañana.

—¡En nuestras hermanas!

Terminó con una sonrisa.

—¡Luchamos juntas!

Y todas respondieron:

—¡O no luchamos!

—¡A por ellos, chicas! —gritó Caledonia.

La Mors Navis despertó rugiendo. Se habían acercado lentamente a la bahía

durante la noche, pero seguían necesitando espacio para tomar impulso. Ahora, con Ortega al timón, avanzaban a toda velocidad.

Amina y Hime tomaron posiciones en la parte elevada de la proa, al lado del cañón que iba a disparar el electromag. Piscis miraba por los prismáticos, marcando el ritmo, atenta a cualquier imprevisto. Dienterrojo estaba junto a Caledonia, a medio camino entre la proa y el puente. Desde ahí darían órdenes a la tripulación, que esperaba en la cubierta inferior. Estaba dividida en grupos de asalto dispuestos a atacar en manada.

Un fuerte viento helado le arrancó unas lágrimas a Caledonia y tiró furiosamente de su pelo. A pesar del frío, su cuerpo estaba cubierto de sudor, por lo que se quitó el abrigo gris que había llevado toda la mañana.

Dienterrojo se acercó, alzando la voz para que la oyeran a pesar del viento.

—No hay buenas opciones —dijo con una sonrisa—. Parece nuestra especialidad.

Caledonia recordó el momento, semanas atrás en la misma cubierta, en el que discutía con Amina la posibilidad de buscar el enfrentamiento con un barco Bala para robarle la vela de sol. Había sido la primera de una larga serie de opciones no demasiado buenas.

—Yo me doy por satisfecha —respondió Caledonia con una sonrisa.

Al rodear la península y entrar en la bahía, empezaron a verse señales en el cielo de que se aproximaba el amanecer. La Electra descansaba en medio de la cala, con la proa apuntando hacia ellas. Las cifras naranjas de la cuenta atrás flotaban en el aire en un tictac que cada vez se acercaba más al cero. El fuego azul y blanco rompía una y otra vez la línea de flotación: parecía que el barco levitara sobre el océano.

—¡Viraje a estribor! —ordenó Caledonia a Ortega, que apenas necesitaba instrucciones.

La nave giró en un ángulo cerrado a estribor y dejó a la vista el lado de babor de la Electra. Según Oran, el mejor punto para atacar y destruir los motores era la amura de proa. Pero como era probable que Ares estuviera en el cuarto de máquinas, sugirió que golpearan la nave en pleno centro.

Ortega alineó la nave y aceleró.

Piscis levantó una mano.

Amina y Hime ajustaron sus respectivas empuñaduras.

Una pared de Balas apareció por la barandilla de la Electra. Levantaron las armas y los escudos y abrieron fuego. La tripulación de la Mors Navis no disparó a pesar de que su casco resonaba como si fuera golpeado por la lluvia. Cualquier bala perdida podía ser la que terminara con Donnally o Ares. Por ello, las chicas utilizaban la cubierta para esconderse —las cabezas agachadas detrás

de los escudos maltrechos— y esperar.

Pareció pasar una eternidad hasta que Piscis dio la orden y el arma de Amina fue disparada. El electromag era más pesado que una bala. Era más lento y más fácil de rastrear. Voló por los aires directamente hacia su objetivo y cayó con un golpe seco.

No pasó nada.

La distancia entre la Mors Navis y la Electra disminuía a cada segundo. Otro más y el impacto electrocutaría a todos los miembros de la tripulación.

—¡Amina! —gritó Caledonia sabiendo que ya era tarde.

Iba a dar la orden de abandonar la nave cuando el casco de la Electra empezó a brillar. Una red de luces púrpuras se fraccionaba en todas las direcciones, desapareciendo en el aire. Después el casco se apagó. Había dejado de funcionar.

CAPÍTULO 38



Caledonia buscaba entre las filas del barco enemigo. Un destello de energía empujó a los Balas lejos de la barandilla. El aire olía a humo y el camino estaba despejado.

—¡Listas para el impacto! —chilló Dienterrojo.

La distancia final entre las dos naves se esfumó. La Mors Navis golpeó contra el costado de la Electra con un violento alarido metálico y la proa perforó varios metros de la nave. La Electra se escoraba, arrastrando consigo la Mors Navis. Sobresaltada, Caledonia se dio cuenta de que las dos naves estaban enganchadas y de que seguían avanzando. Habían embestido con demasiada fuerza. Ahora las dos naves volcarían y todo estaría perdido.

Las naves protestaron, gravemente inclinadas. El agua salpicaba la barandilla de la Electra, y la Mors Navis temblaba por el esfuerzo realizado. Los Balas bajaron por la cubierta, agarrándose a la barandilla o cayendo a las frías aguas. Caledonia sentía la tensión en su propia cubierta mientras cada remache resistía el tirón de la Electra.

Entonces, justo cuando parecía que el impulso de la Electra las condenaría a todas, las naves dejaron de moverse. Las cifras naranjas de la cuenta atrás titilaron y se apagaron. Se congelaron por un breve instante y luego se pusieron a rodar otra vez.

Caledonia permanecía erguida. Alerta y preparada. Estaban apiñadas frente

al centro de la Electra, cuyo costado había sido triturado por la proa afilada de la Mors Navis. Delante de ellas, la cubierta estaba llena de Balas que trataban de ponerse en pie, y por la barandilla había cuerpos de los que no habían retrocedido mientras el electromag hacía su trabajo. Intentó no preocuparse de que estuvieran muertos, de que alguno de ellos fuera Donnally o Ares.

—¡Agarraos! —gritó Caledonia, dando a la tripulación la orden de desplegar los ganchos y garfios para acoplarse a la Electra—. ¡Al abordaje!

Así empezó la batalla. Las chicas saltaron por la borda, con las bocas abiertas, soltando chillidos y rugidos agudos, las espadas y las pistolas en alto, siempre al lado de sus hermanas. Enfrente, los Balas salían a su encuentro con sus mentes guerreras y las recibían con violencia en la cubierta.

El aire era como un grito constante interrumpido por disparos ocasionales. Caledonia se unió a la batalla junto a Piscis, con una pistola en una mano y una espada en la otra. Buscaba el emblema en el rostro de cada Bala con el que se cruzaba, incluso reservando sus energías para ello. Las chicas hacían lo mismo, lo que limitaba el alcance de su acometida hasta confirmar que el enemigo no era ni Donnally ni Ares. Proceder de esa manera las dejaba en una situación de vulnerabilidad. Era una forma terrible de luchar. Una forma muy larga de luchar. No tenían francotiradoras que las ayudaran y tampoco podían confiar en que las muertes que causaban en las filas enemigas fueran buenas. Solo podían confiar en sus mentes rápidas y en sus puños fuertes.

Y en la información de Oran.

La batalla se trasladó a la cubierta principal de la Electra, con demasiada distancia entre las chicas. Cada uno de los instintos de batalla que poseía Caledonia le decían que aquello era un error. Había que juntarlas, las chicas tenían que avanzar como una unidad y dejar espacio para que las Nudos pudieran disparar. No era suficiente con ganar la batalla, tenían que hacerlo de la forma adecuada.

Con un bramido, Caledonia se lanzó hacia delante, apartando la escopeta de un Bala con su espada. Antes de que el Bala pudiera recuperarse, lo cogió por la parte inferior del mentón con la palma de la mano. Era tan pálido como Donnally, pero al momento vio que tenía el pelo rubio. Eso era suficiente para descartarlo. Retrocedió y le clavó la espada en el pecho.

La frustración dio paso a la desesperación. Caledonia se consolaba pensando que tampoco esperaban encontrarse a Ares a la primera de cambio y que Donnally, por su condición de Balístico, no estaría en el fragor de la batalla. La única manera que tenía de dejar a las chicas luchar sin cortapisas era encontrar a sus hermanos y sacarlos de ahí por cualquier medio.

Acercándose a Piscis y a Hime, se tomó un momento para examinar la

evolución del combate. La pelea se concentraba en medio de la cubierta principal. Los efectivos Bala eran fuertes y combativos, pero escasos gracias al electromag de Amina. La barandilla estaba cubierta de los cuerpos de aquellos que habían estado demasiado cerca de la explosión, y las fuerzas restantes eran de un número similar a las suyas. En el momento en que las chicas se sintieran más libres para luchar, la batalla se inclinaría hacia su lado. Pero por ahora daban puñetazos a cambio de sangre, confiando en sus puños más que en las espadas o en las armas de fuego.

—¿Alguna señal? —gritó Piscis.

—¡Ninguna todavía!

El aire frío centelleaba con el olor de la sangre y el humo. Caledonia sintió un pinchazo de culpa en su garganta, el deseo de decirles a las chicas que utilizaran cualquier arma que estuviera a su disposición. Pero justo entonces le llamó la atención un Bala en concreto que seguía las evoluciones de la batalla desde un punto elevado. Solo tardó un momento en darse cuenta de que era el Balístico. Su pelo negro era demasiado corto para rizarse, pero era negro como la noche y su piel era pálida.

Donnally.

Ya no era el niño que había conocido en la Fantasma. Era alto, con las mejillas demacradas y unos hombros anchos como los de su padre. Pero era él.

Era él.

Caledonia ya no sentía el frío de los cielos del norte. Atravesó el campo de batalla como un fuego que se extiende y consume todo lo que toca a su paso. Su mano y su espada estaban empapadas de sangre y el dolor cantaba desde las profundidades de su mente. Continuó desesperada y decidida a llegar hasta Donnally antes que ninguna otra.

Finalmente logró atravesar la multitud. Tenía por delante un espacio abierto hasta llegar a la rampa que subía al puente. El Balístico no la había visto. Estaba de perfil, por lo que Caledonia solo podía vislumbrar la punta de su nariz. A Caledonia le retumbaban los pulmones. Tenía a su favor el factor sorpresa. Podría derribarlo antes de que supiera que estaba ahí, atarlo antes de que pudiera resistirse. Estaba lista para correr. Pero algo la golpeó por detrás en el preciso instante en que oyó un disparo. Cayó de rodillas. Su pistola resbalaba por la cubierta.

Dio algunas vueltas por el suelo intentando defenderse con su espada, hasta que se dio cuenta de que había chocado contra Amina, que intentaba sacarla de la zona de peligro. Nunca dejó de moverse con soltura antes de ponerse en pie, con las trenzas balanceándose alrededor de su cuerpo como las cuerdas de un látigo, y hundió su espada en el vientre de un Bala que cargaba contra ellas.

Caledonia se concedió un respiro antes de girarse e ir en busca del Balístico. Lo encontró al instante, apuntando con la mirada y su pistola a Amina.

Caledonia sintió que las entrañas le quemaban de horror al darse cuenta de que llegaría demasiado tarde para apartarla.

Voló hasta caer a sus pies.

La pistola disparó.

Pero no fue Amina quien cayó al suelo, sino Dienterrojo. Apareció justo a tiempo para convertir su cuerpo en un escudo. Su pecho se convulsionó mientras una bala perforaba su espalda. Sus manos peinaron los hombros de Amina como si la avisara para decirle algo. Durante un segundo todo estuvo en calma, excepto los bucles sueltos de su pelo rubio, que se rizaban en el aire como si fueran hojas en otoño. Luego floreció una mancha roja entre sus omoplatos y su cuerpo chocó contra la cubierta a los pies de Amina.

Fue entonces cuando Caledonia oyó el grito atronador de Amina. La chica apuntó hacia arriba y, sin pensárselo dos veces, sin esperar a encontrar ningún emblema, disparó al Balístico.

Caledonia gritó. Se giró justo a tiempo para ver la mano del Balístico agarrarse el pecho, sorprendido. Un reguero de sangre bajaba por su mentón, y su cuerpo se desplomó sobre la barandilla del puente. Sin vida.

En sus oídos sonaba un zumbido aterciopelado.

Se encontraba atrapada entre los cuerpos de una de sus hermanas y de su hermano. Bloqueada. Amina gritaba. Estaba de pie sobre el cuerpo de Dienterrojo. Se enfrentaba a cualquiera que se le acercaba. Los gritos de Amina fueron lo único que conseguía penetrar la niebla alrededor de la mente de Caledonia.

Confianza en la espada de Amina, se agachó al lado de Dienterrojo. Sus ojos azules todavía estaban abiertos, la expresión de su rostro solo desprendía amor. Por Amina. Por la tripulación a la que tan bien había servido.

Mientras estrechaba su mano, Caledonia cerró los ojos de Dienterrojo.

—¡Amina! —gritó, arrastrando a Dienterrojo fuera del campo de batalla.

Amina había actuado instintivamente, protegiendo a su capitana y a su hermana caída en combate. Las mejillas de Caledonia estaban cubiertas de lágrimas. No trató de contenerlas mientras apoyaba a Dienterrojo contra la pared y se dirigía hacia su hermano.

El mundo se resumía en el brillo de la sangre en su pelo de color cielo oscuro. Era todo lo que podía ver Caledonia al acercarse.

—¿Donnally? —susurró, arrodillándose en el charco de sangre que se había formado a su lado.

¿Por qué no se lo había dicho a las chicas? ¿Por qué no les había dicho que

Donnally era el Balístico de la nave? Culpa suya. Una vez más su estupidez les había costado cara.

—¿Cala? —La voz de Piscis sonaba cercana—. Cala, mantén la compostura.

—Es él, Pi. —Había lágrimas en sus ojos, en su garganta y en su cara—. Ay, espíritus, es él.

Suavemente, Piscis sujetó la cabeza de aquel hombre y la levantó de la cubierta. Tenía el mentón cubierto de una barba incipiente y las líneas alrededor de los ojos daban a entender que era mayor que Caledonia. Además, no tenía ningún tatuaje en la sien.

—No lo es —confirmó Piscis.

Caledonia respiró profundamente y regresó al campo de batalla. Sangre. Pólvora. Sal. El mundo recuperó su consistencia en un solo instante.

Piscis oprimió su hombro con firmeza.

—En pie, capitana.

No era él. Debería de haberlo sido, pero no lo era. Había podido pasar cualquier cosa para que lo hubieran relevado del mando. Caledonia intentó no pensar en ello. No había tiempo para obcecarse. Las respuestas vendrían después.

Cada vez quedaban menos Balas, y sin el Balístico al timón su confianza menguaba visiblemente.

Luego estaba Dienterrojo. Apoyada contra la pared de la torre de mando. Sus trenzas rubias teñidas de rojo hasta su coronilla. Las esperaba una ola gigante de tristeza, una ola que se las llevaría por delante si no hacían nada para evitarlo. La visión de su cuerpo la llevó a emitir un terrible chillido cortante. Fue creciendo lentamente, viajando de una chica a otra hasta que no podía oírse otra cosa.

Algunos Balas continuaban luchando, completamente enfrascados en el fragor del combate, pero la mayoría flaquearon al oír aquel grito. Sus espadas titubeaban y las chicas se aprovechaban de esa circunstancia.

Caledonia vio a Ortega corriendo como un rayo entre los Balas, a quienes hería por detrás; vio a Tina y a sus hermanas tejiendo mortíferas telarañas con las espadas; vio a Hime blandiendo su espada doble con furiosa destreza. Vio que la batalla se inclinaba hacia su lado y que pronto proclamarían la victoria.

Subió al puente donde había encontrado al Balístico. Observó el campo de batalla, cada vez menos poblado, y gritó:

—¡Dejad las armas y viviréis!

La transición duró unos minutos, pero pronto los Balas quedaron rodeados por su tripulación, dispuesta en forma de círculo. Divisó el lugar en el que Dienterrojo había caído y apretó la mandíbula; su sangre era como una bandera que brillaba con la cubierta metálica oxidada de fondo.

—Si no tienen un emblema —dijo Caledonia, la voz revestida de acero—, matadlos.

—¡No, atadlos! —gritó Piscis, partiendo aquel momento en dos.

Caledonia bajó del puente de inmediato, con el rostro furioso. Pero Piscis la recibió con una mirada impasible.

—¿Por qué me contradices? —Caledonia señaló el mar de rostros Bala que tenían delante—. Estos no son nuestros hermanos.

Piscis dio un paso al frente y acercó su hombro al pecho de Caledonia para poder hablarle al oído.

—Si vamos a recordarles quiénes eran, nosotras no podemos olvidar quiénes somos.

Caledonia quería sangre. Venganza por la muerte de Dienterrojo. Su cuerpo temblaba por ella. Imaginaba la cubierta de la Electra llena de cadáveres de Balas, la superficie reluciente con la sangre de todos los chicos que no eran su hermano. Lo imaginaba y sentía escalofríos.

—¡Atadlos!

CAPÍTULO 39



Ni un solo Bala en la cubierta llevaba un emblema de la familia de Caledonia o de Piscis.

El miedo empezó a atenazar la garganta de Caledonia. Habían confiado en la palabra de un Bala, habían atacado una nave poderosa y habían sufrido varias pérdidas. ¿Y todo para qué?

—Cala —Piscis tiró de su mano—, bajemos un momento. Vamos.

Mientras Amina y las Nudos seguían apuntando con sus armas a los prisioneros, el resto de la tripulación se ocupaba de las heridas y de comprobar que la Mors Navis no había sufrido mayores daños y podía navegar.

Caledonia iba a avisar a Dienterrojo, pero se frenó abruptamente. En su lugar, se aclaró la garganta:

—¡Ortiga!

La pequeña apareció a su lado. Tenía la frente manchada de sangre y había recibido un puñetazo en la mejilla, pero, por lo demás, parecía haber salido indemne.

—¿Capitana?

—Necesito que trabajes con Tina para organizar una partida de recuperación con cualquier chica que sepa reconocer el valor de las partes de una nave. Y después de que Piscis y yo hayamos hecho un primer barrido.

—Cuenta con ello. —Ortiga sonrió fugazmente y se retiró.

—Vamos.

Caledonia iba por delante cuando entraron en el primer nivel. Los pasillos eran más anchos que los de la Mors Navis, pero las tuberías eran igual de bajas. Abrieron las puertas de todas las cabinas, moviéndose con cuidado y sigilosamente por los pasillos desconocidos.

Cuando estuvieron seguras de que el primer nivel estaba vacío, bajaron por la escalera hasta el segundo nivel. Oyeron voces, tensas y susurrantes.

Caledonia y Piscis se miraron y avanzaron en silencio. Las voces llegaban de una sala pequeña en el corazón de la nave. Caledonia hubiese dicho que estaban exactamente debajo del puente.

Piscis levantó dos dedos. Caledonia asintió. Había dos personas ahí dentro. Caledonia intentó no hacerse ilusiones. Pero era una batalla perdida. Al escucharlos, buscaba alguna pista que delatara la voz de Donnally, alguna promesa de Ares.

Las chicas cogieron las armas. Piscis dio la vuelta a la esquina, Caledonia iba por detrás.

—¡Manos arriba! —gritó Caledonia.

Oyeron el estrépito de unas herramientas que caían al suelo. Los dos Balas estaban demasiado sorprendidos como para no levantar las manos y dejar que Piscis los atara. Caledonia tenía la pistola a punto y la respiración atascada en el pecho.

Pero Piscis negó con la cabeza. La esperanza se desvanecía en sus ojos. No eran ellos.

Llevaron a los prisioneros a la cubierta antes de reanudar su búsqueda, pero el segundo nivel estaba igual de vacío que el primero. Cada pasillo y cada cama traían solamente el recuerdo de un Bala.

Caledonia y Piscis avanzaban cada vez más rápido por el tercer nivel en dirección a la sala de máquinas. No lo decían en voz alta, pero las dos sentían el mismo pánico desgarrador: ¿y si la información que les había proporcionado Oran estaba desfasada? ¿Y si sus hermanos ya no se encontraban allí? Si habían hecho todo esto para nada, si Dienterrojo había entregado su vida para nada, ¿entonces qué?

La puerta de la sala de máquinas estaba cerrada. Piscis le dio un empujón para abrirla. Caledonia tenía la pistola a punto. Entraron más fácilmente de lo que habían imaginado.

Una mano agarró a Piscis por la muñeca y, antes de que ella pudiera resistirse, la arrastró hacia dentro. La pistola cayó al suelo, pero Piscis no chilló.

Caledonia la siguió, apuntando al chico que ahora sostenía a Piscis contra su cuerpo, el cuello de ella entre sus fuertes brazos, las manos preparadas para

romperlo.

Era alto. Tenía la piel tostada por el sol. En sus ojos podían encontrarse oro y sombras. Llevaba el pelo negro rapado. Y ahí, en su sien, escondido entre las entradas, estaba el emblema.

—Ares —dijo Caledonia, con voz de alivio—. ¡Ares, somos nosotras!

No le rompió el cuello a Piscis. Pero tampoco la soltó. Sus ojos se estrecharon y se quedó sin habla.

Piscis no forcejeaba. Tenía los ojos bien abiertos y sus manos se posaron suavemente en los brazos de Ares.

De repente, el corazón de Caledonia empezó a latir salvajemente en su pecho. Si Ares estaba ahí, entonces Donnally también, simplemente no lo habían encontrado. El peso de la esperanza era sobrecogedor, pero se obligó a mantener los pies en el suelo. No era el momento de ser imprudente con los sentimientos.

Dejó que su mirada se pasara por la habitación y confirmó que allí no había nadie más. Por lo menos no se veía a nadie. El centro de la sala estaba ocupado por grandes partes del motor y varias capas de tuberías en el techo. Si había alguien más, tenía muchos lugares en los que poder esconderse.

—Ares —Caledonia lo volvió a intentar—, sé que te acuerdas de nosotras. Mira, es Piscis. Pi. Tu hermana. Tienes a tu hermana entre tus brazos, en este mismo instante.

Ares negó con la cabeza.

—Mi hermana murió hace mucho tiempo.

—En la Fantasma, ¿verdad? —Caledonia tenía la pistola cogida con firmeza, apuntando directamente a su frente—. No estaba a bordo de la nave cuando la atacaron. ¿Lo recuerdas? Estaba en la orilla. Conmigo.

Ares hizo una mueca, pero no apartó la mirada. La examinó con más detenimiento, contemplando su pelo y el emblema en la mejilla. Con todo, seguía oprimiendo la garganta de Piscis.

Piscis le habló con voz entrecortada.

—Ares, mira. —Con una mano, levantó el amuleto que llevaba y lo puso a la altura de sus ojos.

Ares apartó las manos del mentón y la frente de Piscis. Azorado y con los brazos abiertos, dio un paso atrás. Piscis se dio la vuelta para observarlo. Respiraba con dificultad.

—Ares —repitió. Extendió las manos con las palmas hacia arriba de la manera menos amenazante que supo—, soy yo, Piscis. ¿Lo ves? —Le enseñó la mejilla para que viera claramente el emblema.

Caledonia no dejó de apuntar al pecho. Hacia arriba y a la izquierda. Si se veía obligada a disparar, por lo menos sobreviviría.

Ares siguió sin moverse. Sus manos colgaban por ambos costados como si estuvieran llenas de plomo. La expresión de su rostro revelaba algo parecido al dolor.

Finalmente habló.

—Te has cortado el pelo —dijo.

—¡Y tú estás más alto! —Piscis rio y corrió entre sus brazos.

Al principio ni siquiera se movió. Estaba tan rígido como un árbol mientras Piscis lo abrazaba del cuello. Un escalofrío recorrió su cuerpo y susurró:

—Espíritus. —Se agachó para levantar a Piscis del suelo como si apenas se diese cuenta de ello—. Ay, los espíritus.

La garganta de Caledonia estaba tensa. Las lágrimas inundaban sus ojos. Trató de contenerlas echando una ojeada nerviosa por la sala en busca de Donnally. Estaba contenta de ver a Ares. Estaba extremadamente contenta, pero ella también necesitaba ver a su hermano. Y cuando no pudo esperar ni un segundo más, interrumpió el reencuentro.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó—. Ares, ¿dónde está Donnally?

—¿Donnally? —Ares puso a su hermana de nuevo en el suelo—. No está aquí.

—¿No está en esta sala? —preguntó Caledonia.

—No está en esta nave. —Ares frunció el ceño—. Lo siento, Cala, pero se marchó hace un mes.

CAPÍTULO 40



No oyó ni una sola palabra más. Dio media vuelta y empezó a caminar.

Apenas se fijó en los pasillos de esa nave espantosa. Siguió por las escaleras hasta que volvió a encontrarse en la cubierta, donde había muchas más cosas que oír además del sonido vacío de su desilusión. Cuando el sol empezó a calentar, la nave comenzó a oler a sangre.

Habían atado a los Balas con más fuerza y ahora estaban sentados en la cubierta posterior, lejos del centro de actividad. Ortiga organizaba el desmantelamiento de forma expeditiva, asegurándose de que los esfuerzos a la hora de despojar la Electra de sus partes más valiosas y transferibles fueran lo más eficientes posible. Todas las heridas habían sido llevadas de vuelta a la Mors Navis y Tina dirigía las operaciones con resolución.

Todo iba según lo previsto.

Al divisar a Caledonia, Tina cruzó la cubierta. Su expresión era de sombría determinación. En lugar de un puñal tenía una libreta en la mano. Las noticias que contenía probablemente le romperían el corazón. Caledonia deseó por un momento que estuviera hecho de cristal autorreparable y que pudiera curarse a sí mismo un instante después de que se quebrara.

Cuando la chica estuvo lo suficientemente cerca, Caledonia hizo un gesto con la cabeza y simplemente le preguntó:

—¿Cuántas?

—Doce heridas —dijo Tina, impasible. Podían verse los restos de la batalla salpicando su pálido rostro—. Cinco muertas.

—¿Quiénes? —Caledonia contrajo la mandíbula con fuerza.

Consultó sus notas, tal vez deseando que apareciesen en la mente de Caledonia para no tener que decir los nombres en voz alta. Finalmente se aclaró la garganta:

—Alesa, Quinn, Thatcher, Maddy y... —no logró pronunciar el último nombre.

—Y Rojo —Caledonia la ayudó a terminar—. ¿Dónde está? —Tina tardó un momento en responder.

Señaló la torre de mando. En la sombra, Caledonia divisó un cuerpo apoyado, las trenzas rubias manchadas de sangre. Se la habían dejado a la capitana. Como tenía que ser.

—Gracias. —Caledonia se acercó a Dienterrojo.

Era más alta que Caledonia, más musculosa y más pesada. Aunque Caledonia se encontraba débil por culpa de la batalla, se agachó y tomó el cuerpo de Dienterrojo entre sus brazos.

—Volvamos a casa, amiga —le susurró.

Lentamente, se puso en pie con el cuerpo de Dienterrojo cogido firmemente contra su pecho. Las chicas dejaron lo que estaban haciendo mientras Caledonia atravesaba la cubierta hacia la plancha de desembarco. La miraban subir con Dienterrojo a bordo de la Mors Navis, una vez más. Caledonia dejó que las lágrimas cayeran libremente por sus mejillas. Había perdido a una amiga, había perdido a miembros de la tripulación, había vuelto a perder a su hermano.

—Ya la cojo yo, capitana. —Amina se cruzó con ella en la cubierta principal y cogió el cuerpo de Dienterrojo en sus propios brazos.

—Cógela tú —repitió Caledonia.

Vio que desaparecían debajo de la cubierta y que luego Amina subía a la cubierta de mando, donde podría estar a solas con Dienterrojo.

Habían logrado su objetivo, rescatar a Ares, lo cual no era poca cosa. La Electra ya no estaba en condiciones de reclutar a nadie. Los colonos podrían disfrutar, por lo menos, de un aplazamiento.

Aun así, en aquel momento era difícil no sentirse profundamente derrotada. Habían muerto cinco miembros de la tripulación, no tenía ni idea de dónde estaba Donnally y la breve esperanza que había alimentado el corazón de Caledonia ahora tocaba a su fin.

—Capitana. —Tina tenía cara de preocupación.

Caledonia parpadeó y se aclaró la garganta.

—Sí.

—Tenemos un problema. Nuestras exploradoras han localizado una flota Bala que se acerca. Están a quince kilómetros y vienen por el este a toda velocidad.

Tendrían que darse prisa. Tendrían que abandonar la nave sin su hermano y volver a huir para salvar sus vidas. Otra vez. Caledonia sentía que su corazón le pesaba demasiado y que estaba anestesiado para todo lo que no fuera ese constante ejercicio de responsabilidad.

—¿Cuántos barcos? —preguntó con la voz y el alma exhaustas.

Tina seguía cada movimiento en la cubierta mientras respondía a las preguntas de Caledonia.

—Nuestras exploradoras han visto al menos seis. Parecen los mismos que nos perseguían en Baja Nuberrota.

—¿Cómo lo saben?

—Dicen que la proa del buque insignia estaba cubierta de farolillos.

Farolillos.

Lir.

—Preparad las baterías —dijo Caledonia, con urgencia renovada—. Y traed a las chicas a casa. Es hora de largarse de aquí.

CAPÍTULO 41



Caledonia no podía pensar. Corrió a su cabina y tiró las armas al suelo. Por un instante padeció todo lo que estaba viviendo.

El corazón le latía a un ritmo frenético, las lágrimas quemaban sus ojos y limpiaban sus mejillas, la respiración silbaba hacia dentro y hacia fuera, luchando contra los pulmones. La muerte de Dienterrojo había desgarrado sus entrañas. El regreso de Ares le provocaba alegría y tristeza a la vez. La ausencia de Donnally se manifestaba en una presión en el pecho. Y la furia de Lir revoloteaba alrededor de sus tobillos, instándola a huir, a dar patadas, a moverse.

En medio de aquella tormenta, solamente Lir parecía sólido. La información de Oran estaba obsoleta. Donnally ya no estaba a su alcance. No habría manera de encontrarlo entre la flota Bala. Era un sueño imposible.

Pero ahí estaba Lir. Y ahora no estaban en Nuberrota. No había necesidad de pedirle a su tripulación que luchara. La promesa de encontrar a su hermano en el futuro se había esfumado. Solo estaba Lir y la promesa de venganza. Si no podía tener al que quería, por lo menos tendría al otro.

Empezó a pensar en un plan, juntando algunas piezas de la esperanza despedazada que quedaba en su corazón. Se vengaría y lo haría sin pedirle a nadie que arriesgara su vida, lo haría sin perder a nadie.

Se dio la vuelta y encontró a Oran. Estaba de pie en la cabina con sus ojos oscuros bien abiertos. Estaba diciendo algo, preguntándole algo. Su boca se

movía.

Caledonia no oía nada. Recorrió la distancia que los separaba y presionó su cuerpo contra el de él, llevó las manos a sus mejillas y las pasó por su pelo. Luego le robó un beso de sus labios.

No le pareció que el chico vacilara. Oran le devolvió el beso, envolviéndola con sus brazos alrededor del pecho, las manos presionando los hombros de Caledonia. Entre ellos no había lugar para la ternura. El momento quemaba como un fuego a su alrededor, haciéndoles creer que con un beso se apagaría.

Caledonia le besó con más intensidad, dejando que el fuego arrasara los demás pensamientos que tenía en la cabeza. Permitiéndose ser valiente y atrevida.

—¡Cala! —gritó Piscis antes de que se separaran.

Caledonia se quitó a Oran de encima y se dio la vuelta para mirar a Piscis.

—¿Qué? —preguntó.

—Te necesitamos arriba. —Los ojos de Piscis iban de Caledonia a Oran, los músculos tensos y la mirada penetrante. Volvió a mirar a Oran y después a Caledonia, esta vez con más dureza que antes—. Ahora.

Se retiró antes de que Caledonia hubiese recuperado el aliento.

—Espíritus —masculló, buscando su abrigo antes de recordar que lo había dejado tirado en el puente justo antes de la batalla.

Instintivamente, Oran dio un paso al lado para dejarla pasar. Pero antes de que saliera de la habitación, la cogió por la muñeca.

—No lo sabía —dijo—. Creía que estaba ahí.

A través del tejido de la camiseta podía sentir que la mano de Oran estaba caliente.

—Te creo.

Cuando salió a la cubierta, la nave empezaba a alejarse lentamente de la Electra. La tripulación había trabajado duro y con eficiencia para separar las naves tras la colisión. Las reparaciones necesarias en el casco deberían realizarse sobre la marcha. La ventaja de quince kilómetros no iba a durar mucho.

Encontró a Piscis en el puente de mando con Amina y Hime. Ares estaba en algún lugar de la nave. Pero incluso la victoria parecía ausente en sus expresiones. La miraban con cautela y con un punto de pena por no haber encontrado a su hermano.

Piscis la saludó con una mirada fría. Su opinión del beso no era positiva, pero tampoco iba a manifestarla allí.

—Opciones —pidió Caledonia.

—*Huir rumbo al oeste y buscar cobijo en alguna cala.* —Hime no parecía muy convencida al decirlo—. *Escondernos hasta que se marchen.*

—Demasiado arriesgado —dijo Caledonia—. ¿Más?

—Huir rumbo al oeste —empezó Amina—. Y utilizar la topografía de la costa para cobijarse y seguir avanzando al mismo tiempo.

Caledonia asintió. Era lo que había pensado.

—Minas con cables. —Piscis cruzó los brazos mientras daba vueltas al asunto—. Podemos dejarlas a la deriva al salir de la cala. No son gran cosa, pero nos darían una pequeña ventaja.

El silencio que siguió fue del todo natural. Esperaban una cuarta y una quinta opinión. Pero esas opiniones no llegaron. Dienterrojo ya no estaba.

—Bien. Haremos las dos cosas. —Levantó la voz en dirección al puente—. Ortiga, sácanos de aquí despacio pero sin pausa. No queremos dejar rastro si lo podemos evitar.

Ortiga respondió con el suave rugido de los motores. La nave se movía dejando una estela mínima.

—Amina, prepara las minas. Hime, te necesitamos en la enfermería.

Las dos chicas asintieron y se retiraron de inmediato. Caledonia esperó a estar a solas con Piscis para hablar.

—Pi, necesito que tomes el mando.

—¿El mando? —preguntó Piscis con recelo. Cruzó los brazos y bajó la voz—. ¿Qué está pasando aquí?

Había mucho por decir y Caledonia no tenía ni idea de cómo hacerlo. El sol era frío y cruel, exactamente como tenía que ser ella en ese momento. Tal vez Piscis la maldeciría aquel día y los siguientes, pero en algún momento el dolor remitiría.

—Escúchame, Pi. —Caledonia se la llevó fuera del puente de mando hasta la proa, donde nadie las podía oír—. Tienes a Ares y la lealtad de la tripulación. Tan pronto como me vaya, huye lo más lejos posible. Utiliza a Oran y a Ares para averiguar cómo perforar la Red y desaparecer de los mares Bala para siempre.

Piscis la miraba entrecerrando los ojos.

—¿Por qué hablas así? Tenemos ventaja. Somos rápidas e inteligentes y acabamos de navegar por esas aguas. Esta no es peor que otras situaciones a las que nos hemos enfrentado.

Si hubiese encontrado a Donnally, las cosas habrían sido distintas. Podía imaginarlo navegando con ellas, luchando por una vida más allá de la Red. Pero no lo había encontrado. Estaba ausente, como lo había estado tras la destrucción de la Fantasma. Y la persona responsable se dirigía hacia ella.

—Me marcho —afirmó Caledonia—. Hay algo que tengo que hacer. Sigue las reglas y todo irá bien.

—¿Qué reglas?! —Piscis no sabía si reír o burlarse de ella—. ¿Las que sigues tan a rajatabla? Luchamos juntas o no luchamos, ¿te acuerdas de esa?

Su estómago se retorció y le ardían las mejillas.

—Me tengo que ir. Es mi mejor oportunidad.

—¿Para hacer qué? Cala, háblame. Sea lo que sea, deja que te ayudemos. Lo dijiste tú: no son las reglas las que nos protegen, sino nosotras mismas. ¿O estabas mintiendo allí arriba? —Con el dedo señaló el puente en el que, unas horas antes, Caledonia había pronunciado el discurso ante la tripulación.

—No estaba mintiendo. Somos nosotras quienes nos protegemos las unas a las otras. Y eso es lo que estoy intentando hacer. Protegeros.

—Pues no lo parece. Parece que estés tomando una decisión temeraria y me importas demasiado como para dejarte hacerlo. —Piscis cogió su mano, entrelazando sus dedos con los de Caledonia—. Te quiero, Cala. Más que a nadie en este mundo, te quiero.

—Pues no deberías. —El corazón de Caledonia se llenó de hielo y de un aceite mugriento que le dejaron una sensación de náusea en la mitad del pecho—. Nuestras familias murieron por mi culpa. Mi culpa. Desobedecí las reglas. Esa noche en la isla encontré a un Bala. En lugar de matarlo, bajé la guardia. Y así descubrieron la presencia de la nave. Si no hubiera sido por mí, aún estarían vivos. Todos.

Esperaba ver el horror reflejado en el rostro de Piscis o incluso que le pegara un puñetazo. Pero no cambió nada, excepto la profundidad de la expresión de su amiga.

—¿Por qué no pareces sorprendida?

—Porque no es sorprendente. Te encontré con una herida en el vientre que nunca explicaste y siempre te has sentido culpable por esa noche.

—Me siento culpable porque fue mi culpa. Encontré a un Bala en la playa y por ello descubrieron la existencia de la Fantasma. Fue mi culpa. —El recuerdo la llenaba como una bocanada de aire, que después soltaba con la misma rapidez—. No puedo hacer nada al respecto, pero todavía puedo encargarme de ese Bala.

—Teníamos catorce vueltas. Y estábamos solas. —Piscis estaba tranquila, segura de sí misma al enfrentarse a esa confesión. Era como una piedra de sílex: allí por donde se había roto era preciosa y elegante, y, si la golpeabas con fuerza, salía fuego—. No eres más responsable de lo que pasó que yo.

—Eso no lo acepto. —Caledonia escudriñó el océano gris como el acero en el que Lir esperaba.

Piscis la agarró por los hombros.

—¡Cometiste un error! Todos cometemos errores.

—¡Pues los míos hacen que muera gente a la que quiero o a la que quieres tú!

—Nuestra primera familia no será la última —afirmó Piscis.

Se abrió una grieta en la pared que recubría el corazón de Caledonia. Había hecho algo imperdonable y Piscis la estaba consolando. No tenía sentido. Frunció el ceño.

—Les mataron por mi culpa, Pi. Exactamente como a Puntilla y a Rojo. Las mataron por mi culpa.

—Cala, te perdono. ¿Es eso lo que necesitas oír? Te perdono. Pero si dejas a tu tripulación ahora y te marchas para luchar sola contra un Bala, estarás traicionando a la familia que has construido. ¿Eso es lo que quieres?

Caledonia sintió un escalofrío. Lir estaba ahí fuera. Se estaba acercando. Nunca conseguiría traer a Donnally de vuelta a casa, pero esto lo tenía que intentar. Al menos podría arrancar de raíz la razón última de todo su dolor y dejar a la tripulación en mejores manos que las suyas.

Las lágrimas que ardían en sus ojos eran agresivas. Caían por sus mejillas en un fluir constante, pero aun así lograba ver a través. Dejaba que brotasen de unos ojos que ya no parpadeaban. Levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Piscis.

—Lo siento.

CAPÍTULO 42



En el fondo del océano la oscuridad era más compacta y la sensación que tenía Caledonia era la de entrar en un mundo desconocido. Lo odiaba. La mañana de la batalla había dado paso a una tarde con poca luz. Aquello le permitiría ocultarse mejor, pero igualmente hubiera deseado que la oscuridad no fuera tan densa. El atardecer no cambia en nada el océano. El atardecer y el amanecer son cosas del cielo.

Caledonia se tiró al agua junto al remolque, a espaldas de la tripulación, mientras la Mors Navis navegaba sin complicaciones por la entrada de la cala. Piscis, en la cubierta posterior, la observaba con los brazos cruzados en el pecho. Aunque su marcha fuera terrible, Piscis tenía a su hermano y a una tripulación que la quería. Todo iría bien, aunque le costara un tiempo darse cuenta.

Ortiga se aproximó todo lo que pudo a la costa aprovechando que las montañas caían en picado. Trazó una curva alrededor de la península para evitar que la Mors Navis fuese vista antes de tiempo. En su estela dejaron caer una docena de minas que ahora flotaban en el agua entre Caledonia y la nave. Aunque quisiera regresar, ya no podía.

Huirían. Sobrevivirían. Piscis tenía razón. Su tripulación era la mejor. Eran chicas inteligentes, valientes y hábiles, y Caledonia estaba orgullosa de haber sido su capitana. No se había visto capaz de despedirse en persona, por eso lo hacía en aquel momento, flotando en la estela de la Mors Navis. Mentalmente

repitió los nombres de las chicas, una a una, las vivas y las muertas. Se imaginó el funeral que organizarían por la muerte de Dienterrojo y las demás. Se imaginó cómo Ortega sería cada vez más hábil, cómo Tina acabaría encontrando su sitio en la nave, cómo Amina y Hime se darían permiso para ser felices juntas. Se imaginó a Piscis guiándolas hacia una vida mejor, a Oran y Ares descubriendo quiénes eran sin una pistola en las manos. En el momento en que la Mors Navis desapareció de su vista, se imaginó que su corazón era una piedra pulida por el océano que se hundía bajo la superficie. La nave había sido su casa durante toda su vida. Había sido destruida y la habían reparado y convertido en un hogar para muchas personas. Pero ahora se había marchado. Y Caledonia estaba convencida de que nunca más la volvería a ver.

No había tiempo que perder. Tenía que volver a la maltrecha Electra antes de que llegara la flota para así estar en mejor disposición de subir a la nave Farolillo. El remolque avanzaba a un ritmo constante, agitando las aguas a su alrededor. Se le hacía extraño respirar por el pulmón azul y le costó varios minutos adaptarse a ver agua a través de la máscara y a inspirar sin dificultades. El traje de buzo hacía que el frío penetrante fuese relativamente soportable. Debajo llevaba un biotraje ajustado de color negro que reflejaría el calor corporal hacia su piel una vez que estuviera fuera del agua. En la espalda llevaba una bolsa impermeable con una única batería, un control a distancia y una pistola en el interior.

En el cinto escondía un simple puñal.

Aunque la brújula se iluminaba débilmente en la oscuridad y la aguja se veía con claridad, sentía como si estuviera vagando sin rumbo. Quizás a Piscis le parecía una sensación relajante, pero Caledonia no era tan amiga de las profundidades del mar.

Les oyó llegar antes de verlos. El rugido de los motores se propagaba por debajo del agua, por lo que Caledonia subió a la superficie de inmediato. Seis barcos salieron en masa de la península oriental, con las chimeneas fantasma cantando sus acordes discordantes. La mismísima Farolillo iba en cabeza.

Lir.

Recordó su cara sonriendo en la playa. Recordó el movimiento ondulante de su pelo, el ángulo torcido de su oreja, sus ojos pálidos y en forma de estrella.

La tristeza desapareció y lo único que quedó fue la rabia, negra como una escama solar rebosante de energía.

Esperó a que la Farolillo bajara el ritmo. Apenas tardarían unos minutos en examinar lo sucedido con la Electra y uno o varios barcos seguirían el rastro de las chicas. Las minas ralentizarían su marcha, y en el momento de empezar la persecución con mayor ímpetu ya les habrían perdido la pista del todo. Para

poder empezar una persecución, se verían obligados a mandar barcos en tres direcciones diferentes. Ventajas del mar abierto. Con el tiempo y la distancia suficientes, todo se puede perder de vista.

Pero antes de que pasara todo esto, ella estaría a bordo de la nave de Lir.

Tal vez había perdido la oportunidad de salvar a Donnally, pero llevaba un pequeño puñal metido en una funda. Y era el momento de devolvérselo a su propietario.

CAPÍTULO 43



Caledonia se movió con gran celeridad por la torre de mando utilizando las sombras y las esquinas de las paredes metálicas para ocultar sus movimientos.

Se había quitado el traje de buzo antes de salir del agua y lo había abandonado junto al remolque, que seguiría dando vueltas a una profundidad de nueve metros bajo la superficie del mar hasta que no se agotaran las baterías. Si por alguna milagrosa sucesión de acontecimientos Caledonia conseguía regresar al agua, solamente tendría que presionar el control remoto que llevaba en la bolsa para que el remolque la fuera a buscar. El biotraje no era más que una capa de tejido negro, pero con la capucha sujeta con cintas por debajo del mentón y el pelo recogido en el interior, la protegía del frío y evitaba que sus dientes castañetearan.

Se detuvo de golpe y se colocó de espaldas a la pared al oír unas carcajadas debajo de la cubierta. En la parte de arriba apenas había nadie de la tripulación de la nave Farolillo. Todos estaban en sus puestos y los pocos que se desplazaban lo hacían con tanta rapidez que apenas prestaban atención a Caledonia. Aun así, se movía con cautela.

Era terrible encontrarse allí. El barco estaba tan ordenado como el suyo, aunque repleto de muestras de su actividad atroz. Toda la barandilla estaba cubierta de puntas de acero de distinta longitud y anchura, que apuntaban en todas las direcciones. La mayoría estaban decoradas con cuerpos en estados más

o menos avanzados de descomposición. Otras estaban libres, preparadas para recibir nuevas víctimas. En la parte superior de la torre, una chimenea fantasma tenía su boca de metal bien abierta para tragar viento. Era un mecanismo simple, casi elegante, que ofrecía una estampa inquietante como la de una ballena enorme a punto de comerse todo lo que se encontrara a su paso. Al pie de la torre, Caledonia no podía sino imaginar los gritos agudos que emitía. ¿Cómo sería tener que oírlos desde tan cerca?

Basándose en lo poco que sabía de Lir, imaginaba que su cabina estaría al lado del puente para tener un fácil acceso en todo momento. Caledonia apartó la mirada de la chimenea y se dirigió a las dos escotillas que se encontraban justo debajo del puente. Se detuvo delante de la primera y trató de escuchar si había ruidos que delatasen alguna presencia. Se preparó para utilizar la pistola y forzó la entrada.

La habitación era preciosa. Estaba revestida con paneles de madera pulida y llena de sillas elegantes, una mesa baja y un escritorio. Lir no estaba ahí. Estaba vacía.

Aunque le hubiese encantado investigar y pasar las manos por las superficies de las paredes relucientes y buscar información sobre la flota Bala de Aric, esa no era su misión. Cerró la puerta y se dirigió a la otra habitación, escuchando una vez más para tener alguna indicación de si había alguien dentro. No oyó nada, por lo que forzó la entrada. Aquella era, sin duda, la habitación de Lir.

Un simple Bala no disfrutaría del lujo de una habitación privada. La cama era grande y con unas sábanas que parecían tan finas como la superficie de un espejo. Una pared entera estaba pintada del mismo color del casco, cubierta con un arsenal de farolillos. Una puerta a la izquierda debía de dar a un cuarto de baño privado, y al pie de la cama reposaba un gran baúl metálico adornado con unos ribetes multicolor de un metal que había visto solo en otro lugar.

Corrió hacia la cama y sacó del interior de su bolsa la batería que le había robado a Amina. Era una de las de recambio. Quería matar a Lir con sus propias manos, pero, si no lo conseguía, necesitaba una distracción o un plan de emergencia. No causaría muchos daños en el barco, pero sería más que suficiente para eliminar a una sola persona. Accionó el sensor, se agachó y lo metió debajo de la cama.

Otra vez en pie, se puso a admirar un mural en la pared. Lo había pintado una mano experta. Las flores se arqueaban unas encima de otras, doblándose sobre la claraboya con tanta gracia que parecía que estuvieran en movimiento. En medio de todas ellas, un toque suave de azul. ¿Lo había hecho Lir? Era extraño pensar que un Bala pudiera crear arte, menos aún el hombre que había masacrado a su familia. Sin embargo, había algo en el recuerdo que tenía de ese

chico en la playa que le hacía pensar que era capaz de pintar algo así.

—Son perfectas, ¿no te parece?

Caledonia intentó darse la vuelta, pero unas manos agarraron sus brazos con firmeza, inmovilizándola. Trató de liberarse y sintió el pecho de Lir como una roca.

—A mí me parecen perfectas —insistió, la voz torciéndose como una sonrisa. Hubiera reconocido esa voz en cualquier lugar—. Simétricas y persistentes. Como tú, Caledonia Styx. —Le arrancó la capucha de su cabeza, deshaciendo el cierre debajo de su mentón y revelando su melena roja.

Una idea inquietante serpenteaba por la mente de Caledonia: Lir no parecía sorprendido de encontrarla ahí.

—¿Sabes que en el viejo mundo los científicos las diseñaron para sobrevivir? —Lir continuó—. Dice la leyenda que era un mundo en crisis; los cultivos crecían cada vez peor en parte por culpa de las abejas y los insectos, que llegaban demasiado tarde o demasiado pronto para la polinización. El resultado fue que diferentes tipos de cultivos dejaron de producir sus frutas y verduras. Los científicos escogieron esta flor por su gracia y resistencia, y utilizaron sus genes para crear una flor nueva que pudiera florecer prácticamente en cualquier circunstancia durante todo el año. Por supuesto, estamos hablando del viejo mundo, y, mientras intentaban prolongar la vida de la flor, también querían despojarla de sus peligrosas propiedades medicinales. ¿Querían separar la flor de su espíritu! Crearon una enfermedad para erradicar la flor original y para que pudiera florecer la versión mejorada. ¿Pero sabes lo que pasó?

A Caledonia no le importaba. Trató de zafarse una vez más.

—Que hubo una que sobrevivió.

Era más alto que ella, pero no mucho. Y estaba confiado. Caledonia utilizó el tacón para golpearle la espinilla con una patada brusca. La soltó un solo instante, pero fue todo lo que necesitaba. Impactó el rostro de Lir con la parte posterior de la cabeza y, cuando consiguió liberarse, se dio la vuelta.

Era él. Lir. El chico de la playa.

El tiempo había añadido dureza a sus facciones, esculpiendo un peligroso contorno en su mandíbula y pómulos. Su pelo rubio todavía era un estudio del movimiento y su puntiagudo peinado le recordaba las sangrientas puntas de metal de la barandilla. La forma de las orejas, aunque todavía parecían intentar alcanzar el sol, era menos singular que cuatro años atrás.

Arrastró el pulgar por su labio inferior, lleno de sangre por el cabezazo que había recibido. Y sonrió.

—Una sobrevivió, y aquello llevó a que se popularizaran los farolillos. Su material genético original se mezcló con el de la flor manipulada genéticamente

y varias generaciones después... —Sus ojos flotaron hacia el mural—. Una simetría perfecta. Como este momento.

—Este momento no tiene nada de perfecto. —Caledonia intentó ignorar el efecto aterciopelado de su voz. Se negaba a reconocer el recuerdo vibrante del roce de los dedos de Lir contra sus mejillas—. No hasta que mis manos estén manchadas de tu sangre.

—Siempre me he preguntado qué le pasó a vuestra nave —dijo, haciendo caso omiso de las amenazas de Caledonia con una sonrisa—. Regresé, naturalmente. Siempre regresamos cuando el fuego se ha apagado para recoger los restos e incorporarlos a nuestra flota. Pero vuestra nave desapareció.

Caledonia sintió un escalofrío al pensar en la nave de su familia en manos de Lir o Aric. Habrían utilizado su casa para esclavizar y castigar, habrían decorado el perímetro con puntas cubiertas de muerte.

—Siempre me alegra decepcionarte —le dijo.

Lir asintió.

—Pues sí que fue una decepción, Caledonia. En realidad fue lo único decepcionante. A Aric no le gusta el despilfarro. —Adoptó una mirada distante y sus manos se movieron distraídamente sobre un punto de su brazo. Duró solo un instante, luego volvió a fijarse en ella y a sonreír—. Imagino que tu decepción habrá sido parecida hoy.

Sorprendida, Caledonia dejó que el pánico se apoderara de sus palabras mientras apuntaba al pecho de Lir.

—Mi hermano —dijo con la voz entrecortada—. ¿Dónde está?

Lir levantó las manos.

—¿No vas a pedirme que me ponga de rodillas?

—¿Dónde está mi hermano? —volvió a preguntar.

Esta vez sonrió.

—¿Te interesaría unirme a él? Eso te llevaría a un lugar que no creo que te gustase.

Olvidándose de la pistola que tenía en la mano, Caledonia le embistió. Le propinó dos puñetazos rápidos, empujándolo hacia atrás. Lir contraatacó de inmediato. Un puño impactó contra el vientre de Caledonia, el otro contra su mentón. Se tambaleó hacia atrás, pero sin perder el equilibrio. Antes de poder noquearla con otro puñetazo, Caledonia consiguió esquivarlo y golpear su cara con el codo.

Lir sonrió con la boca manchada de sangre y contraatacó con dureza. A Caledonia le salía sangre de la nariz y le dolían los pulmones al respirar, pero aun así peleó con cada gramo de rabia que consiguió reunir. Peleó por la sonrisa de su madre, de dientes separados, por la rapidez con la que su padre guiñaba el

ojo, por la voz preciosa de Donnally. Peleó por la familia de Piscis y por todas las familias a bordo de la Fantasma. Peleó por Puntilla y Dienterrojo y por su tripulación leal e implacable.

Destrozaron la escotilla y cayeron sobre la cubierta, revitalizados por el frío de la brisa nocturna. No estaban solos, sino rodeados de niños y hombres, Balas que habían acudido a ayudar a su líder.

Caledonia se quedó paralizada y ese instante de duda fue un error. Lir la cogió del pelo y tiró fuerte, zarandeando su cabeza hasta obligarla a mirarlo a la cara y fijando un puñal debajo de su mentón. Se acercó, tanto que Caledonia sintió cómo una gota de sangre de Lir resbalaba por su mejilla hasta llegar a su oreja. Lir tiró aún más fuerte.

—¿Sabes lo que encuentro apasionante del hecho de que sobrevivieras? La voz de Lir goteaba por el rostro de Caledonia como si fuera sangre. El puñal hizo que Caledonia dejara de forcejear.

—No confundas mi presencia aquí con un interés por tus pensamientos. — Dejó que el escarnio recubriera sus palabras.

—Creo que esto te va a interesar. —Lir estrujaba su pelo con una mano mientras que la otra sostenía el puñal—. Sobreviviste cuando no deberías haberlo hecho y te has convertido en un grano en el culo de Aric. Tu muerte le causará más placer que las muertes de tus padres o de cualquier otra en esa nave. Me ofreciste un buen regalo aquella noche. Y esta noche me vas a dar otro.

La tripulación que les rodeaba empezó a rugir. Lir la arrastró por el círculo estrecho, asegurándose de que Caledonia sentía la presión de su rabia desafiante. No harían nada a menos que Lir se lo pidiera y hasta ese momento se habían comportado como tiburones en el agua. Olían sangre y eso les ponía nerviosos.

Caledonia enseñó sus dientes, la presión en su cabello era cada vez más insoportable.

—Farolillo —Lir apretó su cara contra las mejillas de Caledonia—, sobreviviste. Y ahora puedo volver a matarte e ir a por tu preciosa tripulación. ¿Dónde han ido, por cierto? Si me lo dices, te dispensaré un trato de favor.

Caledonia dirigió el codo contra el estómago de Lir y al mismo tiempo aferró la mano que sostenía el puñal. Durante un segundo creyó que iba a ser el último movimiento que iba a realizar en su vida. No había buenas opciones, así que se decidió por la única que dejaba entrever un atisbo de esperanza.

Aprisionó el pulgar de Lir y se lo retorció con fuerza. Se impulsó con sus talones para alejarse del puñal. Oyó un pequeño ruido cuando el pulgar de Lir salió de su glena, como si alguien hubiera descorchado una botella. Lir gruñó y el puñal resonó en la cubierta.

Era libre. Completamente rodeada de Balas, pero ya no estaba a merced de

ninguno de ellos.

—Veo que te gusta quitarme las armas de las manos. —Lir ya no disfrutaba como antes—. ¿Pero te acuerdas de lo que pasó la última vez, Farolillo?

Llegó a ver su mirada conocida mientras Lir la embestía.

Cuando se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de la barandilla, ya era demasiado tarde. Se abalanzó sobre ella, la levantó y la empujó hacia atrás. La frenó una presión repentina debajo de las costillas, tan familiar que se puso a llorar. A cada lado tenía puntas de metal que apuntaban en todas las direcciones. Una de ellas le había entrado por la espalda y perforado el vientre.

Apenas podía respirar ni moverse.

—Te has dejado una punta —dijo Lir, llevándose un pulgar a su labio inferior—. Vamos, otra vez.

Sus manos temblaron, pero fue capaz de alcanzar su cinturón y liberar el control remoto.

—Tú también te has dejado algo.

Presionó el botón. Una explosión cortó el cielo nocturno por la mitad, vertiendo fuego y aullidos. La llamarada subía hacia arriba desde la cabina de Lir, revolviéndose alrededor de la cubierta de mando.

Lir salió disparado por la detonación lo suficientemente lejos de Caledonia como para que esta pudiera liberar su cuerpo de las puntas. Vio a Lir boca abajo unos metros más allá. No se movía, pero todavía estaba vivo.

Un reguero de sangre caliente le recorrió toda la espalda. Abrió la bolsa que cargaba en el hombro y sacó el segundo control remoto para llamar al remolque. Luego se ató la correa en la zona baja para contener la sangre.

No tardarían en darse cuenta de que estaba ahí. Y ya no podía defenderse. Había fallado en su objetivo, pero prefería morir en el océano oscuro antes que darle a Lir el placer de matarla una segunda vez.

Con pasos débiles, corrió hacia el puesto de mando por el que había subido una hora antes. Veía borroso. Se movía, pero sentía como si sus pies estuvieran muy lejos. Y de repente se encontró en el agua.

Volvió a presionar el botón. Una vez más. Pero el remolque no llegaba y ella se encontraba demasiado débil para esperar. Su cabeza desapareció por debajo del agua.

Escupió. Respiró. Le pesaban los ojos. Le pesaba el mundo. Se estaba consumiendo y lo único que quería era dormir.

—Levanta la mirada. —Esas palabras tan familiares parecían llegar desde muy lejos. Parecía la voz de su padre—. ¡Levanta la mirada!

Parpadeó. Ahora era su madre quien la llamaba.

—Caledonia, ¡levanta la mirada!

La noche se llenó de gritos y de fuego. Su familia se estaba muriendo. Ella se estaba muriendo.

Algo golpeó su costado. Sentía un dolor como si la atravesara una lanza. Quería hundirse en él, dejar que destruyera sus sentidos.

Extendió la mano y notó el tirador del remolque debajo de la punta de sus dedos, con el tubo del pulmón azul a su lado.

El agua daba vueltas a su alrededor: hambrienta, insistente, frenética. No le importaba hundirse por debajo de la superficie o quedarse flotando por encima, sin aliento. Era un tira y afloja, como si su cuerpo fuera un juguete que ayuda y estorba al mismo tiempo.

—*¡Levanta la mirada!* —Volvió a oír el grito, como si llegara de otro mundo —. *Nia, ¡levanta la mirada!*

Esta vez era Donnally. El hermano al que había querido. El hermano que había perdido. El hermano que estaba en algún lugar.

Sus pensamientos le llegaban lentamente, como el fluir de un río helado. Pero por debajo había algo abrasador, una llama que no estaba lista para extinguirse. Por debajo estaba el pelo rojo despeinado de su madre, la mano firme de su padre, el canto de Donnally. Los recuerdos se almacenaban como las brasas de un fuego inmemorial. No estaba lista para dejarlos marchar.

Caledonia rodeó el tirador del remolque con sus dedos congelados. Y abrió los ojos.

AGRADECIMIENTOS

Escribí *Mar de fuego* durante uno de los años más difíciles de mi vida. Fue una época de pérdida y sufrimiento, y la tripulación de la Mors Navis representó una constelación de esperanza muy necesaria para mí. Para dar vida a los personajes conté con los esfuerzos conjuntos de un grupo de amigos y compañeros increíble. Les estoy muy agradecida a todos ellos.

En primer lugar, quiero dar las gracias a los agentes que han hecho posible mi carrera: Molly Cusick, John Cusick y Lara Perkins. No podría haber deseado un mejor trío de guías y compañeros.

Mi agradecimiento eterno al equipo de Alloy: Josh Bank, Sara Shandler, Romy Golan, Laura Barbiea y, especialmente, Lanie Davis, cuya mirada atenta ha estudiado cada palabra de esta novela (y, a menudo, ha sugerido otra mejor). Es igual de eterno mi agradecimiento al equipo de Razorbill: Marissa Grossman, Ben Schrank y Jessica Almon. Sois esa tripulación que siempre querría a mi lado.

Muchas gracias al equipo de correctores de estilo y de pruebas, unos grandes observadores que se han asegurado de que mi desorden no se acabara reflejando en la versión final: Krista Ahlberg, Samantha Hoback, Janet Pascal, Ashley Yee y Abigail Powers. Por supuesto, el desorden que todavía podáis encontrar es únicamente de mi responsabilidad.

La ilustración de cubierta de Billelis combinada con el diseño de Corina Lupp es... eléctrica (perdón, es el primer y último juego de palabras que incluyo en estos agradecimientos). Con su trabajo han capturado el espíritu de la novela y todavía estoy asombrada de sus habilidades y talentos.

Estoy increíblemente agradecida a mi publicista de Razorbill, Lindsay

Boggs, a todo el equipo de ventas y marketing de Penguin Young Readers y a toda la gente de Rights People. A todo el mundo que ha trabajado entre bastidores, ¡muchas gracias!

Mis amigos me han apoyado en la risa y el llanto, entre cafés con leche y cervezas. Soy más persona gracias a ellas. GRACIAS en mayúsculas a: Lydia Ash, Megan Bannen, Dhonielle Clayton, Becca Coffindaffer, Zoraida Córdova, Laci Gerhart, Bethany Hagen, Sarah Henning, Christie Holland, Tara Hudson, Dot Hutchison, Justina Ireland, Kate Johnston, Chris McKitterick, Julie Murphy, Robin Murphy, Joane Nagel, Kaitlyn Sage Patterson, Amanda Sellet, Miriam Weinberg y a toda la tripulación de FMC.

Gracias y disculpas a mi padre, a quien he molestado con preguntas técnicas sobre buques de guerra y su capacidad de combate. Siempre me ha respondido con paciencia y predisposición para especular. Hay que reconocerle el mérito por todo aquello en lo que he acertado, y no se merece ninguna culpa por las libertades que me he tomado.

Mi familia está repartida por distintos países y océanos, pero su apoyo ha sido inquebrantable a pesar de la distancia. Muchas gracias en especial a mi madre, que siempre llega a tiempo para encontrar la última errata.

Y finalmente a mi mujer, Tessa Gratton, que me ha acompañado en todas las etapas de este camino. Te quiero, y además me gustas.